

Presentación

Luis Gómez Jacinto

Este número de la revista *Encuentros en Psicología Social* es un monográfico homenaje a Florencio Jiménez Burillo. Es el homenaje de unos amigos a un amigo. Un grupo de profesores de la Universidad de Málaga han querido reunirse en torno a la jubilación de quien, aun perteneciendo a la Universidad Complutense, ha sido una persona clave en el desarrollo del área de psicología social de la Universidad de Málaga.

Su relación con esta universidad se remonta al año 1986. Por aquel entonces el área de psicología social contaba con dos profesores ayudantes, de reciente incorporación al también recién creado Departamento de Psicología de la institución malagueña. Como en otras universidades españolas se ponían en marcha los estudios de psicología. Era la época en muchas universidades españolas de los primeros planes de estu-

dio de la Licenciatura de Psicología y la psicología social se convertía oficialmente en una de las seis áreas de conocimiento. Todos conocemos y agradecemos la influencia que tuvo el profesor Jiménez Burillo en aquel rápido desarrollo de la disciplina.

En 1980 se crea en la Universidad Complutense la primera facultad de psicología española y es elegido decano el homenajeado, entre cuyos principales objetivos programáticos figuraban el dotar a la carrera de psicología de un nuevo plan de estudios y el promover una mejora de las condiciones materiales y recursos humanos de la facultad con vistas a la elevación de su calidad docente y su nivel científico. Simultáneamente a esta labor gestora, la UNED le publica en dos volúmenes uno de los primeros manuales de psicología social de un autor español (Jiménez Burillo, 1981); para muchos de nosotros, entonces alumnos,

fue nuestro primer contacto con la psicología social. Con anterioridad se había preocupado por rastrear los vestigios de una psicología social española en el artículo “Psicología social en España (Notas para una historia de las ciencias sociales)” (Jiménez Burillo, 1976).

Durante aquel primer lustro de los ochenta dejó constancia escrita de su inquietud por los ámbitos entonces emergentes de la psicología social. Su interés por la psicología ambiental se concreta en dos compilaciones: La primera *Psicología y Medio Ambiente*, editada por el Ministerio de Obras Públicas y Transportes (Jiménez Burillo, 1982) y la segunda *Introducción a la Psicología Ambiental* (Jiménez Burillo y Aragones, 1986). Ambos textos tuvieron una gran influencia en los primeros estudiosos e investigadores psicoambientales; con un ulterior desarrollo de la psicología ambiental en nuestro país que se tradujo en su incorporación a los planes de estudio, la celebración periódica de congresos y su propia revista.

De aquella época es también su interés por la psicología política. Publica en 1986 tres trabajos sobre esta temática: “La psicología política”, “Percepciones, actitudes y tensión internacional” y “La psicología política: una contribución marxiana”. Esta preferencia por los temas políticos le acompañará posteriormente: “Freud y la política” en 1993, “Psicología política” en 1999 y su más reciente contribución a la temática, el libro *Psicología de la relaciones de autoridad y de poder* (Jiménez Burillo et al., 2006).

La psicología jurídica es otro de los ámbitos que contribuyó a desarrollar. Buena prueba de ello es *Intervención psicológica en violencia y marginación social*, publicado en 1984 y *Psicología social y sistema penal* (Jiménez Burillo y Clemente, 1986). Como sucedió con la psicología ambiental, la psicología jurídica pasó también a formar parte de muchos planes de estudio, a configurar un ámbito de la intervención psicosocial, tener sus propios congresos y publicaciones, hasta llegar a ser en el presente uno de los campos preferidos por los psicólogos sociales españoles.

Así que, aquel lejano año 1986 en el que visita la Universidad de Málaga, Jiménez Burillo era un destacado representante de la naciente psicología social de nuestro país. No fue difícil dejarse llevar por su magisterio, que se ha extendido a lo largo de 30 años. Durante este tiempo el área originaria se transformó en departamento, se incorporaron nuevos profesores, se sumaron otras áreas del ámbito social; hasta el momento actual en que cuenta con 60 miembros e imparte docencia en más de una docena de titulaciones

de la Universidad de Málaga. En su primera visita el profesor Jiménez Burillo impartió dos conferencias sobre los temas que entonces más le interesaban: la primera, en la Sección de Psicología y Educación, sobre la violencia juvenil; la segunda, en el Colegio de Psicólogos, sobre la psicología jurídica. Después de esas dos primeras intervenciones ha participado en numerosos actos académicos organizados por el departamento. Nos ha acompañado en tesis doctorales, oposiciones, conferencias, seminarios, congresos y buenos ratos de charla y amistad. Desde el año 2002 Floro es miembro honorario del departamento.

Tras su jubilación como catedrático de la Universidad Complutense, nosotros, los compañeros de su segunda casa, pensamos en hacerle un pequeño homenaje, en forma de número especial de la revista del departamento *Encuentros en Psicología Social*. La propuesta era realizar por nuestra parte diversos trabajos de revisión teórica sobre algunas temáticas psicosociales. Le pedimos a Floro que él escribiera también una contribución, dejándole libertad para que la hiciera como considerase. En las páginas siguientes se muestra el resultado.

Las contribuciones de los compañeros de Málaga se abren con el trabajo titulado “Dos caras de la Psicología Social: la felicidad y la violencia de pareja” de Jesús San Martín y Fabiola Perles. En él se trata de encontrar un nexo de unión entre dos temáticas antagónicas. Tras revisar la investigación reciente de ambas líneas de investigación, los autores proponen un punto de conjunción a través del uso del ocio terapéutico como una estrategia de intervención, basada en la potenciación de la felicidad de aquellas personas que han vivido como víctimas y/o agresores experiencias de violencia en sus relaciones de pareja.

Le sigue el artículo de Isabel Hombrados y Miguel Ángel Martín “El papel del apoyo social en la intervención psicosocial con poblaciones vulnerables: ¿Es un recurso suficientemente implementado en la práctica profesional?”; que analiza los efectos que tiene el apoyo social en diversos colectivos en riesgo. Proponen un mayor uso de este recurso de intervención psicosocial por parte de los profesionales que trabajan con grupos de personas vulnerables. Se muestran las ventajas de esta capacidad interventiva para procurar beneficios sobre el bienestar y la salud de desempleados, personas mayores, mujeres, inmigrantes y adolescentes.

Jesús Canto revisa “La perspectiva de la identidad social: desde la identidad social a la movilización social”. Su trabajo trata de romper con una de las tradi-

ciones más asentadas en la psicología de los grupos, la que considera a éstos como una fuente de sesgos, prejuicios y conflictos. Por el contrario, el autor presenta una visión positiva del comportamiento grupal y de su mejor expresión en la cooperación. Sostiene que, en lugar de tener miedo a los grupos, debemos alentar a trabajar de forma conjunta para desarrollar sistemas colectivos que les permitan a las personas emplear el poder de manera responsable.

En este mismo sentido positivo escriben su aportación Antonio Hernández, Verónica Morales y Rafael Reigal “Desarrollo moral y práctica física en la infancia y adolescencia”. En él se pone de manifiesto la importancia de la práctica deportiva para el desarrollo moral de los niños y los adolescentes. Tras revisar las principales líneas teóricas que vinculan el deporte con el proceso de socialización en valores y las formas de intervención deportiva en el desarrollo moral, los autores consideran que la práctica de actividad física y deporte puede ser una buena herramienta para el desarrollo y formación de los niños y adolescentes.

María de las Olas Palma García en “Resiliencia profesional: aproximación desde la intervención social” señala los principios, elementos característicos y estrategias que permiten a las organizaciones saber gestionar los entornos inestables y complejos con los que conviven, y ofrecer respuestas resilientes ante ellos. Sostiene la autora que hay que mantener en el ámbito de las organizaciones de servicios sociales el desarrollo de estrategias colectivas que permitan la construcción de la resiliencia entre sus profesionales.

Los cuatro trabajos siguientes se enmarcan en el ámbito de la política, tan querido para nuestro homenajeado. En el primero de ellos Manuel Montalbán titula “Lacan y la política”, al modo en que lo hizo Jiménez Burillo en 1993, “Freud y la política”. Tras una revisión de dos perspectivas de una izquierda lacaniana, el autor aboga por la influencia diversa de la enseñanza lacaniana en la revitalización del pensamiento político de izquierdas al comienzo del siglo XXI.

Pilar Moreno escribe “Sobre la participación ciudadana y su relación con otros factores”. Analiza en este trabajo los conceptos de participación social y de ciudadanía y su relación con la intervención comunitaria; así como los factores que hacen que las personas se comprometan y participen. Según la autora, la participación es un motor potencial de cambio social a la vez que implica la toma de conciencia colectiva y el compromiso individual de las personas, elementos básicos para una verdadera democracia.

También sobre participación trata el trabajo de Patricia García y de Juan Manuel Domínguez, “Participación y *empowerment*”. En él se analiza el concepto de fortalecimiento y sus principales componentes. Se coloca al mismo como eje del desarrollo de la participación ciudadana; haciendo que las personas que participan en la vida política de su comunidad incrementen su *empowerment* psicológico a través de ese proceso vivencial de la participación. De los mismos autores es la siguiente aportación “La psicología social crítica en el abordaje del estudio del colectivo LGTB”, donde proponen una nueva visión teórica de lesbianas, gays, transexuales y bisexuales, en la que el esfuerzo no debería ir dirigido a demostrar que las personas que no forman parte del mundo heteronormativo son tan equilibradas como los demás, sino a desmontar que el mundo no es ni debe ser exclusivamente heterocentrista.

Finalmente, se cierran las aportaciones de los compañeros de Málaga con el trabajo titulado “De los riesgos psicosociales en el trabajo a la Psicología Organizacional Positiva: hacia un enfoque más integrador en Psicología del Trabajo y de las Organizaciones”, del que son autores Natalio Extremera, Margarita Bravo y Auxiliadora Durán. Es una extensa revisión sobre las posibilidades de la psicología positiva en el ámbito tradicional de la Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, y la hacen de la mano del binomio *burnout-engagement*. Como es sabido el primer término ha configurado buena parte del quehacer investigador tradicional de la POT; convirtiéndose el segundo en la punta de lanza del nuevo enfoque positivo. Revisan los autores la evolución que ha seguido el tándem y la circularidad que hay entre ambos.

La libertad con la que sugerimos a Floro que eligiera tema hace que su contribución nos sorprenda y nos conmueva ante la presentación de un contundente ensayo sobre el miedo a la muerte. Es un trabajo extenso e intenso, en el que su autor pone de manifiesto las dificultades que tiene la mente para lidiar con la angustia que nos produce nuestro destino fatal; sin que sea capaz de enseñarnos cómo vivir o cómo morir. Y eso es, probablemente, porque, un poco como el exhorto de San Pablo que nos recuerda el autor, “comamos y bebamos, que mañana moriremos”; esos pocos motivos son lo único que el gran relojero ciego ha dejado impreso en nuestra mente. Poco le importa a ésta ayudar a la gente a lograr la felicidad, conseguir el control de sus vidas, o alcanzar algún significado superior de la existencia, aunque a veces pueda parecerlo. El objetivo último de la mente es

permitir a los individuos manejar oportunidades reales y amenazas tangibles, que son las que los seres humanos han afrontado recurrentemente a través de su historia evolutiva. Como dice Jiménez Burillo no nos orienta acerca del sentido de la vida ni sobre si tiene sentido preguntarse sobre éste. Más bien parece estar dirigida por las palabras del Eclesiastes con que finaliza “Del miedo a la muerte”: “ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con corazón contento, pues que se agrada Dios en tus obras... goza de la vida con tu amada[o] compañera[o] todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el Sol. Todo lo que puedas hacer, hazlo en tu pleno vigor, porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría”. Guiada por este consejo se configura la estructura motivacional de los individuos que dirige sus comportamientos y que tratan, en última instancia, de postergar lo más posible la muerte. Ganarle tiempo a ésta ha sido el gran desafío evolutivo que han tenido que afrontar los *Homo sapiens* ancestrales y los contemporáneos. Cada minuto ganado es un desafío vital superado. Y es en ese complejo de desafíos vitales en el que se ha forjado nuestra mente. La gestión de tales desafíos, que son a la vez oportunidades y amenazas, requiere que los individuos sobrevivan, manejen los problemas derivados de ser una especie ultrasocial y afronten la supervivencia durante un largo período de inmadurez física y psicológica.

La estructura de desafíos fundamentales es tridimensional: la supervivencia, la sociabilidad y la reproducción. La supervivencia tiene que ver con la auto-protección, con la evitación de la enfermedad y con la obtención de recursos materiales. La sociabilidad tiene dos caras, la afiliación social y la búsqueda de estatus. Y la reproducción tiene un triple significado; es conseguir una pareja, es conservarla y es cuidar de los familiares. Los seres humanos que tuvieron éxito en la resolución de estos desafíos críticos se convirtieron en nuestros ancestros. Cada uno de estos retos es cualitativamente diferente; una buena solución para un problema puede ser incompatible con la solución de otro.

Nos pasamos la vida entretenidos en resolver alguno de estos retos evolutivos. Nada le importa al relojero ciego lo felices o desgraciados que seamos durante su resolución, pero, al final, algo de tiempo le habremos ganado al sepulcro. Mientras tanto, nuestra mente se habrá entretenido en hacernos sentir seguros, saludables, cobijados y sin hambre. Habrá engrasado los mecanismos psicológicos que nos vinculan a los demás y que hacen que nos quieran. Más allá de la simple

actividad sexual, nos complicará la vida buscando y conservando el amor, y atendiendo a la familia.

Este es básicamente el contenido del número monográfico. Es el pequeño homenaje a Florencio Jiménez Burillo de un grupo de profesores de la Universidad de Málaga, discípulos suyos sin él pretenderlo; amigos sobre todo. Sus contribuciones son una mínima muestra de la diversidad y el dinamismo de la psicología social española que Floro, junto a otros queridos maestros a los que también reconocemos, ha contribuido a desarrollar.

BIBLIOGRAFÍA:

- Jiménez Burillo, F. (1976). Psicología social en España. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 31, 235-284.
- Jiménez Burillo, F. (1981). *Psicología Social*. Madrid: UNED.
- Jiménez Burillo, F. (1981). *Psicología y medio ambiente*. Madrid: CEOTMA.
- Jiménez Burillo, F. (1986). La psicología política. *Papeles del psicólogo*, 25,
- Jiménez Burillo, F. (1986). Percepciones, actitudes y tensión internacional. *Revista de Occidente*, 57, 175-186.
- Jiménez Burillo, F. (1986). La psicología política: una contribución marxiana. R. Reyes Sánchez (Coord.). *Cien años después de Marx: ciencia y marxismo (Actas del Coloquio Internacional en conmemoración del Centenario de la muerte de Carlos Marx)*, 487-499
- Jiménez Burillo, F. (1993). Freud y la política. *Psicothema*, 5, 45-51.
- Jiménez Burillo, F. (1999). Psicología política. J.L. Alvaro, A. Garrido y J.R. Torregrosa. (Coord.). *Psicología social aplicada*. Madrid: McGraw Hill.
- Jiménez Burillo, F. Del Aguila Tejerina, R., Luque Baena, E., Sangrador, J.L. y Vallespín Oña, F. (2006). *Psicología de la relaciones de autoridad y de poder*. Barcelona: Editorial UOC.
- Jiménez Burillo, F. y Aragonés, J. I. (1986). *Introducción a la psicología ambiental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jiménez Burillo, F. y Clemente, M. (1986). *Psicología social y sistema social*. Madrid: Alianza Editorial.

Luis Gómez Jacinto

Director de Encuentros en Psicología Social

DEL MIEDO A LA MUERTE

F. Jiménez Burrillo

Univ. Complutense de Madrid

A la memoria de mis padres

“Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser (Spinoza, *Ética*, III, prop VI)”.

“El mundo es todo lo que es el caso (Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, 1)”

INTRODUCCION

Llegados al Castillo, Don Quijote y Sancho entran en el patio acompañados por los Duques. Dos hermosas doncellas echan sobre los hombros del Caballero un gran mantón de finísima escarlata, a la vez que un coro de criados y criadas proclaman a grandes voces: ¡bien sea venida la flor y la nata de los caballeros andantes!, mientras derraman sobre él pomos de aguas olorosas. Y anota Cervantes: «de todo lo cual

se admiraba Don Quijote; y aquél fue el primer día de que en todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos» (II, 31).

Algo parecido a lo de mi paisano experimenté yo, mis muy estimados compañeros, cuando el profesor Gómez Jacinto -¡hace 16 meses!- me comunicó vuestra intención de dedicarme un número de esta Revista. Sentí, además de asombro, gratitud y un vehemente deseo de corresponder lo más dignamente posible. Asombro, porque yo he asociado siempre los homenajes, bien a los muertos, bien a los próceres vivos, y, de momento, no cumplo ninguno de los dos requisitos. Agradecido también por este gesto conmovedor, uno más de los muchos que no solo ese Departamento me ha dispensado durante tantos

años, sino también la Facultad, personificada en los Ilustrísimos Decanos Julián Almaráz y Alfredo Fierro, a los que públicamente les doy las gracias. Finalmente, busqué de qué forma podría yo devolver vuestro regalo. El Director de la Revista me invitó, muy cortésmente, a escribir algo, lo que yo quisiera. Pensé que no podía ser cualquier cosa, como para salir del paso. Tres condiciones me parecieron ineludibles. El tema me debía costar esfuerzo, al menos como ha sido el vuestro, de relevancia psicológico-social y relativamente novedoso en nuestra área. El miedo a la muerte cumplía esos requisitos: a causa de la vejez, y de mi desconocimiento del asunto, me ha costado bastante trabajo (¡y tiempo!), su carácter psicosocial y relevancia son innegables, y, ciertamente, es un asunto que ha sido ignorado por nuestra disciplina. Una cuestión importante es cómo interpretaríais este fúnebre presente mío. Creedme: de ninguna manera ha sido mi intención amargaros la vida. Si leéis el artículo hasta el final, advertiréis que el mensaje, dentro de lo que cabe, es sabiamente optimista. Además, la cosa va para largo. Según mis cálculos, moriréis -si para entonces hay caso- dentro de unos 60 años vosotros y unos 70 vosotras. Pero hay que meterse en harina, aunque antes me importa formular estas cuatro advertencias previas:

1) En primer lugar, esto no es un artículo científico al uso, como son los vuestros. Por calificarlo de algún modo, se trataría de un «ensayo», un término polisémico con, entre otros, estos tres significados: el primero y más ilustre es el derivado del «Essai» francés, un género inventado por Montaigne, con tan eminentes cultivadores como Pascal, Voltaire, Feijoo, Ortega o Alain. El segundo es incomparablemente más modesto: ensayo como intento, como vago bosquejo de una obra a la que siempre «le faltará una última mano». Y, en fin, un tercer sentido es el del ensayo como aquél escrito «en prosa» en el que el autor desarrolla sus ideas «con carácter y estilo personales».

Es obvio que de éste trabajo nada puede decirse, ni remotamente, que tenga algo que ver con el primer significado. Respecto al segundo sentido, sí hay algo de «intento», de esbozo de lo que podría ser un magno Proyecto de Investigación, interdisciplinar, naturalmente, y dotado con los medios suficientes. Finalmente, es éste, en efecto, un escrito en prosa; eso sí, consciente el autor de que, como escribe Savater -un gran ensayista- le desbordan tanto la complejidad del tema como su amplitud. Escrito en prosa «con carácter y estilo personales» («discurrir a lo libre» decía

Gracián). Carácter: afirmó Nietzsche «mihi ipsi scripsi» (he escrito para mí mismo). Y Montaigne escribió al comienzo de sus ensayos que él era la materia de su libro. Pues, queridos compañeros, aquí todos -vosotros y yo- hablamos de nosotros mismos, de lo que nos hace iguales, de nuestra naturaleza mortal. Estilo: he hecho lo que he podido, no sé hacerlo mejor. La multiplicación de citas -ya van cinco y acabamos de empezar- puede, sin duda, resultar estomagante. Diré en mi descargo que se cita por varios motivos: por «obligación», buscando el congraciamiento de alguien (que puede estar en los tribunales...) o amparándonos en su Autoridad. Pero también se cita como testimonio de humildad y admiración; escribió Montaigne para justificar sus abundantes citas: «hago decir a los demás lo que yo no puedo decir con tanta perfección». Este es, justamente, mi caso. En varias ocasiones observaréis cómo el discurso se extravía hacia los Cerros de Úbeda y salen temas que, aparentemente, poco o nada tienen que ver con el punto en cuestión; por ejemplo a propósito de la Filosofía Helenística, de Descartes, de recuerdos autobiográficos o las ideas sobre la inmortalidad en la Grecia Clásica. También es cuestión de carácter y estilo. Quizá a alguno os interese, pero si os saltáis la digresión tampoco pasa nada en absoluto.

2) Sabemos desde Grice que la comunicación humana se rige por principios lógicos y, simultáneamente, por imperativos éticos, cuya trasgresión, según sea su gravedad, puede hacer imposible la misma. No sólo por parte de astrólogos, adivinos, parapsicólogos y embaucadores en general, sino en acreditadas disciplinas científicas, ha habido casos en los que la oscuridad del mensaje o el simple falseamiento de los datos, constituyen buen ejemplo de inmoral práctica comunicativa y execrable manipulación. Para contrarrestar estas mañas, el eminente filósofo D. Davidson propuso el «principio de caridad», un recurso hermenéutico -lógico y ético- que, en esencia, exige que en toda acción comunicativa el receptor -vosotros, queridos compañeros- supla o al menos intente suplir las carencias e insuficiencias del emisor, interpretando, en el mejor sentido, el contenido de su mensaje. Este principio no excluye la crítica, naturalmente; simplemente pide su aplazamiento hasta que esa interpretación del mejor sentido haya llegado a un límite razonable. De modo que el receptor no debe(ría) fijarse destructivamente en los elementos más incoherentes, torpes o fáciles de refutar. En cuanto al emisor, debe(ría) procurar expresarse natural y sencillamente, como yo trataré de hacer, cumpliendo el precepto de Wittgenstein: «Cuanto puede siquiera ser pensado,

puede ser pensado claramente. Cuanto puede expresarse, puede expresarse claramente « (Tractatus IV, 116). O, como se dice en el Quijote, «dando a conocer vuestros conceptos sin intrincarlos ni oscurecerlos» (Prólogo, 1ª parte). Solicito yo me apliquéis este principio de caridad, pues soy consciente del carácter fragmentario y disperso de este ensayo.

3) El profesor Castilla del Pino solía distinguir tres esferas o niveles de análisis en la Arquitectura de la Personalidad, distinción que puede ser muy útil para nuestro asunto: comportamientos públicos, privados e íntimos, que incorporan tanto los pensamientos, sentimientos y conductas de los individuos como los escenarios o lugares en los que se llevan a cabo. La esfera pública comprende las acciones, verbales y conductuales, que se realizan a la vista de todos; son comportamientos ostensibles, representativos de roles (Goffman) en escenarios asimismo públicos: plazas, parques, calles, etc. En la esfera privada las acciones se desarrollan ante unos pocos -familia, amigos, allegados- en espacios con reglas de acceso controladas (derechos de admisión, etc), el hogar, clubs privados, etc. Y, en fin, la esfera íntima remite al espacio -mental y comportamental- más reservado e inobservable del sujeto, llevado a cabo en lugares normalmente vetados a la inspección pública y privada. Generalmente suelen identificarse las dimensiones privadas e íntimas, pero hay, al menos dos razones para su distinción: en primer lugar porque, como luego se verá, sólo una mínima parte de los procesos «cebro/mentales» es accesible al propio sujeto, que es consciente de su resultado y no de la dinámica que lo ha determinado. Y en segundo término, el sujeto mismo, ahora plenamente consciente de sus contenidos mentales, no desea comunicarlo, por las razones que fueren, absolutamente a nadie. Es evidente la continuidad existente entre estas tres «capas» de la personalidad («la cebolla de Grass»): lo íntimo, mediante la confidencia, puede revelarse a otro, y deviene privado, e incluso puede llegar a ser público; el ejemplo más inmediato es la narcisista y obscena exhibición de la intimidad psíquica y física en los medios y redes sociales (Asimismo, es evidente cómo las distintas «escuelas psicológicas» abordaron esas dimensiones: desde la pública (Watson, Skinner) a la íntima (Freud, Lacan)). Todo lo cual viene a cuento, porque en nuestro asunto hay aspectos públicos, privados e íntimos, como más adelante se verá, y también, cómo surgen muy serios problemas desde el punto de vista metodológico-técnico, en la investigación de las dimensiones secretas de la muerte. En última instancia, la vivencia de la muerte

propia es de naturaleza radicalmente íntima, como lo son otras experiencias como los deseos incestuosos, la envidia o el hastío conyugal (1).

4) Razones diversas, no siendo la menor de ellas mi mucha ignorancia, obligan a prescindir de aspectos muy importantes vinculados con la muerte, por ejemplo los cuatro siguientes: en primer lugar, la muerte y los niños, capítulo esencial en una necesaria y deseable asignatura obligatoria de «educación para la muerte» en todas las etapas del ciclo educativo; en segundo término, los «muertos resucitados»; el fenómeno es conocido: tras un grave trance clínico algunos supervivientes declaran, un tanto confusamente, haber visto una «luz deslumbradora al final de un túnel, etc», de los cuales García Sabell (1999) comenta: «a mí me da la impresión de que están inventando y no diciendo la verdad». Y Francisco Rubia, en «La conexión divina, la experiencia mística y la neurobiología» (2009) analiza cumplidamente tales relatos explicándolos a partir de la actividad de las estructuras cerebrales; no existe eso de la resurrección, concluye el autor. En tercer lugar, la eutanasia y el suicidio. Ya que «nos nacen» al menos deberíamos tener la oportunidad de abandonar lúcidamente este valle de lágrimas. (Por cierto, sobre el suicidio es imprescindible leer la monografía que acaba de publicar Ramón Andrés (2015) en Acantilado). Finalmente, la pena de muerte, y todo su siniestro ritual: en 2014 había 19094 personas condenadas a muerte en 22 países. Los matan mediante inyecciones, decapitaciones, apedreamientos; en USA, China, Arabia Saudí; por motivos tales como blasfemias, drogas, adulterios...

Por último, dos advertencias más: una, este ensayo, o lo que sea, se circunscribe a las ideas y creencias sobre la muerte en nuestra tradición cultural. Ideas, no actitudes ni comportamientos, objeto de un análisis empírico o experimental. Y dos: los artículos que siguen a continuación estaban escritos y listos para la imprenta en junio de 2014. El retraso, verdaderamente imperdonable, es exclusivamente responsabilidad mía, por lo que pido mis disculpas más sentidas.

Así las cosas, este ensayo consta de ocho apartados fundamentales. El primero, las fuentes de conocimiento sobre la muerte, desde la Filosofía a las Ciencias Sociales. Con algunas ideas fundamentales como la oposición entre pasiones y razones, las estrategias de los humanos para aliviar su angustia ante la muerte y un específico tipo de conocimiento, la sabiduría, para afrontarla con serenidad. Y

también el desdén de las Ciencias Sociales por estudiarla. En el segundo se verifica que la muerte no es un concepto monolítico sino que tiene diversos significados según los juegos de lenguaje en los que se incluya. En la tercera parte se examina la historia de las relaciones entre razones y emociones, viendo cómo su antiguo enfrentamiento ha sido sustituido por una muy estrecha colaboración. En el cuarto y quinto apartados se analiza el miedo y el miedo a la muerte como sentimientos universales, con raíces evolutivas. La sexta parte se ocupa de las estrategias de los humanos para aliviar su terror a la muerte y en concreto los llamados mecanismos de defensa, con especial atención a la Esperanza. La séptima trata de la Inmortalidad, un «meme» universal. Las Religiones la han prometido y hoy la Ciencia ha asumido ese papel salvífico, tratando de prolongar nuestra vida e inventando técnicas para alcanzar la inmortalidad. Por último, la Tecnociencia nos dice qué, y cómo, podemos hacer algo, no si lo debemos hacer. Por ello es necesaria la elaboración de una Sabiduría a la altura de nuestro tiempo.

La tesis que trataré de argumentar podría formularse telegráficamente de esta manera: nuestra forma de pensar determina nuestra forma de sentir; la angustia que nos produce nuestro fatal -por ahora- destino nos ha llevado a inventar falsas creencias y supersticiones acerca de la existencia de una vida ultraterrenal. La Tecnociencia, con sus espectaculares resultados, no nos orienta acerca del sentido de la vida ni sobre si tiene sentido preguntarse sobre éste. No nos enseña cómo vivir ni cómo morir. Una sabiduría a la altura de las circunstancias nos podría liberar de la angustia, sin excluir de nuestras vidas un razonable contento y alegría, eso sí, necesariamente trágicos.

1) FUENTES DE INFORMACIÓN SOBRE LA MUERTE

Hay, al menos, seis grandes fuentes de información sobre la muerte: los diccionarios y libros de «frases célebres», las Bellas Artes, la Literatura, la Filosofía, las Ciencias Naturales y Sociales, y las opiniones de la gente.

EL DICCIONARIO de la Lengua Española (DLE, 2014) recoge varias acepciones de «muerte»: cesación o término de la vida, destrucción, ruina, cosa o persona en extremo molesta, enfadosa o insufrible... Significados todos, sin excepción, expresivos de una incontrovertible connotación maligna, dañosa y nociva. No hay bondad en la muerte en sí misma,

aunque, comparativamente, sí existan formas mejores que otras de morir. LAS FRASES CÉLEBRES transmiten humor -macabro, naturalmente-, ingenio, y también sabiduría. Por ejemplo: “Nací sin saber por qué. He vivido sin saber cómo, y muero sin saber cómo ni por qué” (Gassendi). “Pensamiento consolador; el gusano también morirá” (Ramón Gómez de la Serna). “No os preocupéis si no sabéis morir. La naturaleza os enseñará en el acto, plena y suficientemente” (Montaigne). “Pero ha pasado el tiempo / y la verdad desagradable asoma / envejecer, morir / es el único argumento de la obra” (Gil de Biedma). “La evidencia de la muerte le deja a uno pensativo y le vuelve pensador” (Savater). “Vivir envejece” (Wagensberg). “No ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán” (Sancho). “55000 residentes y ni una sola queja” (rótulo a la entrada de un cementerio de Washington). “Vive para tí solo, si pudieras, porque solo para tí, si mueres, mueres» (Quevedo). Borges ha reflejado admirablemente nuestra inexorable despedida del mundo en estas frases: «Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar, hay un espejo que me ha visto por última vez...»

PINTURA, ESCULTURA, ARQUITECTURA, han representado a la muerte mediante una plural simbología: mastabas, esqueletos sobre un caballo, a menudo mostrando una siniestra y burlona sonrisa, portando guadañas, arcos y flechas, u otros tipos de armas letales.

EN LA LITERATURA, la muerte aparece ya en el poema de Gilgamesh (2100-1800 a.C), en el duelo por su amigo Enkidu -”día y noche le he llorado”- y es constante su presencia en los relatos ancestrales de diversas culturas: Génesis, la Ilíada, el Mahabharata hindú... Como en ninguna otra época, la muerte fascinó a los medievales, siendo la protagonista de todas sus grandes leyendas: Tristán e Isolda, La Canción de Roldán, la Muerte del Rey Arturo, etc. Buena prueba de lo dicho es el éxito de los “Ars Moriendi”, libros “superventas” en Europa, con piadosas instrucciones para afrontar a la muerte, siempre con la ayuda del sacerdote; y como ejemplo superlativo ahí están Las Danzas de la Muerte (1981), magistralmente estudiadas por Martín de Riquer, José M^a Valverde o Ramón Andrés: la muerte como Poder Absoluto en la Baja Edad Media. Es instructivo subrayar el abismal contraste entre la concepción medieval y actual de la muerte. El hombre medieval vivía aterrorizado por las terribles epidemias y hambrunas que asolaban Europa, pero también reconciliado con las profundas desigualdades sociales. Cada uno representaba el pa-

pel asignado por Dios en el Gran Teatro del Mundo: Rey, mujer, clérigo, mercader, labrador o mendigo. Pero hay un único y universal rasero: la muerte, que a todos iguala ->que non he cuidado que tú seas mancebo o viejo cansado->. En una Europa asolada por la peste aparecen en Francia en la segunda mitad del siglo XIV las primeras muestras de la Danse Macabre, posteriormente representadas en esculturas, pinturas, grabados y vidrieras de las catedrales: esqueletos danzantes portando tiaras, capuchas de frailes, azadones de campesino, etc, mostrando su fatal destino más allá de particularidades individuales ->a la danza mortal venit los nascidos que en el mundo soes de cualquier estado->. El mensaje es diáfano: juventud, fama, belleza, riquezas, concluyen en idéntico lugar, en «sepulcros oscuros de dentro fedientes». Tras la negación (ocultación) de la muerte durante la Ilustración (como justamente ocurre ahora), los Románticos -Mallarmé, Bécquer, etc- sintieron una enfermiza atracción por ella, y ya en el siglo XX la muerte es asunto central de obras maestras de todos conocidas, desde «La muerte de Iván Illich» a «Moby Dick» pasando por «La peste» de Camus (2).

Por su parte, el CINE incorporó muy pronto a la muerte en sus guiones. A finales del siglo XIX, cuando los Lumière lo inventan, se estrenó la película «La cara del diablo», protagonizada por vampiros, espectros sin cabeza y esqueletos danzantes. Después, ya se sabe: el cine bélico (Gallipolis, Apocalipsis Now), el western (¡Peckinpah!), la memorable partida de ajedrez de El Séptimo Sello..., y, más recientemente, los espectaculares éxitos de series de televisión ->A dos metros bajo tierra-> o películas como «Mar Adentro». Y, en fin, no puede faltar aquí, la MÚSICA, con todo un género -Músicas para el Buen Morir-, alimento para el alma del difunto y alivio para sus allegados, y, desde luego, las Grandes Misas y los excelsos Requiems de Victoria, Mozart, Berlioz, Verdi, y Britten.

DE LA FILOSOFÍA decía el eminente filósofo español George Santayana que el calibre de un sistema filosófico se medía por su pensamiento sobre la muerte. En principio, parece ser el “tema filosófico” por excelencia. “Filosofar es aprender a morir” escribió Platón, pero no todos los grandes filósofos le han otorgado igual importancia y extensión. Solo hay que comparar las obras de Platón, San Agustín, Schopenhauer o Heidegger, con las de Descartes, Hume, Kant, Spinoza, Russell o Wittgenstein. Los autores reseñados a continuación no están elegidos al azar, sino porque sus ideas son, a mi entender, muy relevantes y útiles en la actualidad para afrontar nuestro fatal destino.

Comencemos con la FILOSOFÍA HELENÍSTICA, inagotable fuente de sabiduría y de inspiración para los más avisados autores de la abundante subliteratura de autoayuda. Los manuales clásicos de Historia de la Filosofía -Abbagnano, Brehier, Copleston, Fraile, Ferrater Mora, etc- coinciden en señalar dos cosas: que la Filosofía Helenística constituye un período de singular interés intelectual y que es un ejemplo de cómo la “infraestructura” -las condiciones económicas y políticas- determina las formas de “conciencia social”, por emplear la conocida jerga marxiana. En efecto, Alejandro Magno había conquistado Grecia, incluida la Atenas de Pericles, Platón y Aristóteles. Tras su muerte, sus generales se disputan el control del Imperio, que se fragmenta en distintos territorios: Siria, Egipto, Babilonia, etc. Son, en verdad, tiempos de enorme convulsión social y política, que concluyen cuando Octavio entroniza a Roma como nueva Capital de Occidente. En el ámbito filosófico, en una decadente Atenas, subsisten la Academia y el Liceo, ya sin su anterior esplendor. A finales de s. IV surgen nuevas escuelas: estoicos, epicúreos, escépticos y cínicos, enfrentadas desde sus comienzos en inagotables disputas. Pero todas comparten unas pocas características comunes que cabe resumir en estos términos (3): En primer lugar, un interés exclusivo por el sujeto empírico, por el individuo “de carne y hueso” y un radical desdén por la Política, los Sistemas y las Grandes Ideas. En segundo término, sostuvieron que la meta de la existencia humana es la Felicidad, que, en su concepción helenística, consiste básicamente en evitar el sufrimiento. Para esta tarea, precisamente, sirve la Filosofía, esa “medicina del alma” (4), cuyo fármaco principal es una “racionalidad práctica” que nos oriente acerca de cómo vivir para alcanzar la “vida buena” (no al revés). En tercer lugar, para esta tarea son imprescindibles unas determinadas reglas como el uso de la razón, del pensamiento, para controlar las pasiones, fuentes constantes de desdicha; o el cultivo de la virtud, es decir, la práctica de la austeridad, la consecución de la tranquilidad del ánimo, y el desdén absoluto de todo tipo de honores, poder o riquezas. Y, lo más decisivo: la causa más importante de la infelicidad es el miedo y, más particularmente, el miedo a la muerte (5).

Como no podía ser de otra manera, la Filosofía en la Roma Clásica tuvo un carácter superlativamente “práctico”, ajeno a especulaciones metafísicas, aceptando en muchos casos ideas del período helenístico griego: epicúreas (Lucrecio) o estoicas (Lucilio, Séneca, Marco Aurelio). De todos ellos, el más grande es,

sin duda, TITO LUCRECIO CARO (siglo I a.C.). Nació en Roma, padeció desequilibrios mentales, al parecer a causa de un bebedizo amoroso, y se suicidó a los 41 años. Es autor del soberbio poema “De Rerum Natura”, cuya versión más autorizada es la del profesor Agustín García Calvo (1997). El poema se divide en seis partes en las que trata asuntos de astrofísica, física atómica y temas psicológicos y religiosos, entre otros. Para nosotros, la parte más interesante es la tercera, dedicada al miedo a la muerte, y sobre la cual ha escrito un magistral trabajo la ya citada Marta Nussbaum (2003). He aquí algunas de sus ideas fundamentales: en primer lugar, el miedo a la muerte es el mayor obstáculo para una existencia feliz. Su eliminación es un asunto decisivo, porque erradica nuestra ilusoria ansia de inmortalidad. Es un miedo que tiene su origen en el inconsciente (sic.) y para extirparlo es menester una (auto)terapia desarrollada en varias fases: identificar los síntomas, por ejemplo, mantener creencias religiosas -que siempre son malas, por ser todas falsas-, o vivir en continua actividad para olvidarse de nuestra inevitable desaparición. O acumular riquezas, buscar gloria, honores y poder como sustitutos de la inmortalidad. Estas ideas de una frenética actividad y búsqueda de la Fama las veremos repetidas posteriormente, como se verá. En segundo término, hay que tomar conciencia cabal de la naturaleza irracional del miedo a la muerte. Lucrecio acepta las ideas de Epicuro: la muerte nada es para nosotros, pues es imposible “vivenciarla”. Si ella está, nosotros no estamos, y al revés. Es por tanto irracional temer un evento futuro que no se puede experimentar. Lo que exista tras morir no puede ser diferente a lo que existía antes de nacer: la nada. El argumento de Epicuro/Lucrecio no está exento de críticas, y así las recoge Nussbaum. En primer lugar, ambos filósofos se centran en el individuo “ya muerto” que, desde luego, no puede vivenciar su muerte; pero, muy probablemente, lo que las personas tememos en realidad es no tanto la muerte sino “el proceso de morir”, la agonía dolorosa, etc, y esto no es absolutamente irracional. Además, Lucrecio nunca contempla que el miedo a la muerte pueda conllevar, desde la perspectiva evolucionista, buenas consecuencias para el individuo, llevándole a adoptar conductas prudentes, no temerarias, que pongan en peligro su vida. Finalmente, como argumentó Schopenhauer, el miedo a la muerte puede impulsar acciones valientes, que funjan como sustitutos de la inmortalidad: tener descendencia, o producir grandes obras de arte, ciencia o literatura (sobre Lucrecio es absolutamente imprescindible leer el libro de Greenblatt, 2012).

MICHEL DE MONTAIGNE, nacido cerca de Burdeos, en 1533, es un personaje de un enorme atractivo intelectual, y para nuestro asunto, de una importancia extraordinaria. El interés de su pensamiento lo demuestra ante todo que sus obras fueron incluidas por la Iglesia Católica en el Índice de Libros Prohibidos. De familia rica, se educó en los clásicos -aprendió latín antes que francés-, estudió Derecho, viajó por Europa, y fue elegido alcalde de Burdeos. Dos veces sobrevivió a la muerte: tras una caída del caballo, y luego a una epidemia de peste. Vivió en unos tiempos de luchas sangrientas (6) -las Guerras de Religión- aunque confiesa que siempre trató de conservar la tranquilidad del ánimo en su existencia. Murió retirado en su castillo, dedicado a leer y a escribir, sin apego a honores ni riquezas. Los Ensayos, de lectura inexcusable -hay que leerlos sin prisa, poco a poco-, constituyen una obra cumbre del pensamiento universal. La obra está dividida en tres libros y 112 capítulos, y trata de muy diversos asuntos: la mentira, la ociosidad, los olores, la incertidumbre, la crueldad ... (y también aborda sus cólicos, el tamaño de su pene, y otros asuntos íntimos) (7). Y en varios capítulos se refiere también a la muerte. Como Platón, pensó que filosofar es aprender a morir, y que la mejor forma de afrontar el miedo a la muerte es frecuentarla, pensar constantemente en ella: «nada he tenido más en la cabeza desde siempre que las imágenes de la muerte» (Montaigne, 2007, I, XIX). Pensar en ella nos ayuda a ahuyentar el miedo. Lo realmente duro, decía, es perder la juventud (¡qué razón tenía!). Lo que no le impidió manifestar un talante alegre, disfrutar de los placeres y rechazar la melancolía: «mi oficio y mi arte es vivir». Dijo también el francés que a los hombres les atormentan sus opiniones sobre las cosas, no las cosas mismas, y, por tanto, si juzgamos como malos los eventos, también mediante el juicio podemos despreciarlos y acomodarlos a nuestra conveniencia. La razón nos ayuda a afrontar la muerte con espíritu fuerte, sin cobardía ni tristeza (8). Por lo demás, hay una forma sencilla de familiarizarse con la muerte, de «probarla» de alguna manera, que es igualarla con el sueño.

ARTURO SCHOPENHAUER fue un viejo gruñón, soltero -el matrimonio, decía, es condenarse a un asco mutuo-, ateo radical, misógino, reaccionario y fracasado profesor envidioso de Hegel; fue “discípulo” de Epicuro, Gracián, Cervantes, Spinoza y Kant (Moreno Claros, 2005). Su visión del mundo era de un atroz pesimismo aunque él se cuidaba mucho -caminaba dos horas diarias- y vivió muy bien. Y meditó largamente sobre la muerte. Frente a la tradición fi-

losófica desde la Grecia Clásica, Schopenhauer pensó que lo esencial de la naturaleza humana, en última instancia, no radica en el conocimiento sino en la voluntad, en la voluntad de vivir -el conatus de Spinoza, citado al principio: cada cosa se esfuerza...etc-. Lo primero, pues, es el deseo, la voluntad de vivir; esa voluntad es una fuerza ciega, inconsciente, ajena al conocimiento. Es *después* cuando éste último, a través del juicio, conflictúa con ese impulso básico (situación, por cierto, de la que partirá Freud -el Yo y el Ello-, un rendido admirador de Schopenhauer). El deseo de vivir, pues, es lo que constituye la “esencia humana”. Pero en nuestra existencia hay dos etapas: en la primera, niñez y juventud, buscamos afanosamente la felicidad, mas, poco a poco, descubrimos que la vida es dolor y sufrimiento. La meta es ahora evitar la desgracia. Que la juventud sea un periodo feliz sería verdad si las pasiones proporcionaran la felicidad. Pero eso es falso; son pasajeras, efímeras, y lo recomendable es prescindir de ellas. Pues, no desear, carecer de pasiones, es como no tener hambre después de comer. Como dijo Platón, la vejez es feliz porque carece de la “carga” del impulso sexual: el abandono de Venus debe ser compensado con frecuentar a Baco (Schopenhauer, 2000). Lo importante es tener salud y evitar la pobreza. La muerte es el final definitivo. A diferencia de los animales, solo el hombre tiene la certeza de su muerte. A la Naturaleza nada le importa la vida o la muerte de los individuos. Unos mueren y otros nacen, pero la especie pervive a través del tiempo: “la muerte es para la especie lo que el sueño para el individuo”; todo lo cual nada tiene que ver con la inmortalidad personal en el más allá. Schopenhauer utiliza argumentos epicúreos para afrontar el miedo a la muerte: la inexistencia no es ningún mal, lo que haya tras morir es tan poco espantoso como lo que había antes de nacer. Todo mal y todo bien presuponen la existencia (y su conciencia). El miedo a la muerte es la voz de la naturaleza, es miedo a que perezca nuestra individualidad, que, en cuanto es pura voluntad de vivir, aspira a la inmortalidad. Como reacción ante esa angustia, los humanos han producido la Cultura, que no es sino una forma de perdurar tras su desaparición.

Antes de concluir este capítulo de la Filosofía, parece obligado aludir, por aquello de las cuotas, a algún pensador nacional: por ejemplo, Ortega, Mosterín y Savater. De Ferrater Mora hablaremos más adelante. ORTEGA no dedicó especial atención a la muerte, pero nos ha dejado sugestivas reflexiones. Así, en 1921, en un artículo en *El Sol*, comenta cómo la figu-

ra de Don Juan, uno de los grandes mitos de la Literatura Universal, es inseparable de la trágica silueta de la muerte: “es la muerte el fondo esencial de la vida de Don Juan, contrapunto y resonancia de su aparente jovialidad”. Lástima que, como es sólito en Don José, se quede ahí, sin ulteriores consideraciones. En otro artículo publicado en 1925, titulado “Notas del vago estío”, avanza importantes ideas de innegable vigencia hoy. El hombre moderno, escribe, está angustiado, todo lo supedita a no perder la vida. Pero el valor supremo de la existencia “está en perderla a tiempo y con gracia”. Vida sin riesgo y apuesta es arrastrarse. El espíritu burgués persigue el ideal de un mundo semejante a un inmenso hospital y a una gigantesca clínica (sic.). Se revela contra la muerte, sin resignarse a reconocer en ella “el atributo más esencial de la vida”. Y trata de vivir sin intensidad prolongando la vida en la medida en que no la usa. La muerte es inevitable y es incomprensible que, así como usamos la vida con libertad, no usemos la muerte con idéntica libertad. Deberíamos poder controlar nuestra muerte. Tras doscientos años de huir de ella, “hace falta fomentar el arte de morir”, concluyendo el maestro que “la humanización de la muerte solo puede consistir en usar de ella con libertad, con generosidad y con gracia” (esto se escribía hace 90 años).

La visión racionalista de JESÚS MOSTERÍN (2006) sobre la muerte es de un innegable interés. En el mundo real, escribe, todo empieza y todo acaba: las cosas reales, espacio-temporales -estrellas, nubes, peces- desaparecen. Los organismos en general y en particular los humanos (sic.) perecemos. La pretensión de alcanzar la vida eterna es tan absurda como la pretensión de tener un brazo infinito. La muerte de unos organismos es la condición para la vida de otros. La Selección Natural no actúa en beneficio ni de la especie ni de los individuos, sino de los genes. Alcanzada cierta edad, una vez nuestras células germinales han tenido la oportunidad de transmitir su ADN a la siguiente generación, el resto del cuerpo, nuestras células somáticas, constituyen un lastre, carecen de función útil y deben morir. En términos de la Termodinámica, la muerte es una vuelta al equilibrio, a la normalidad, un retorno al origen previo a la existencia, a la nada. Tras morir, retornamos a los flujos universales de la materia y la energía, nos fundimos en el resto del Universo. La naturaleza recicla los materiales de los animales muertos incorporándolos a los grandes movimientos de la biosfera, el sustrato de la Vida. Por todo ello, Mosterín recomienda que los cadáveres debían dejarse como comida para gusanos

y animales carroñeros. La incineración, argumenta, es un disparate ecológico: los restos orgánicos pasan directamente al Reino Mineral, haciendo trampas a la naturaleza. Si todas las especies se incineraran el mundo sería inhabitable.

Esparcidas en su ya voluminosa obra, FERNANDO SAVATER (1995, 1995a, 1999, 2000) nos ha transmitido incitantes reflexiones sobre la muerte con un innegable “parecido de familia” con las ideas de Spinoza o Schopenhauer; entre ellas las siguientes: el rasgo más propio de los humanos, aquello que nos define como tales, es la conciencia de nuestra mortalidad. De ella nace la Cultura como un vano intento de desmentirla. También, de esa conciencia, nacen las religiones (sin dioses, puntualiza Savater, “viviríamos en ateísmo divinamente”). No es posible experimentar nuestra propia muerte, siempre la contemplamos desde fuera, la muerte del otro. Sabemos qué es morir pero no qué es morir. Nos sentimos culpables ante los muertos. Si resucitaran nos recriminarían que, una vez ellos en el “hoy”, nos dedicáramos al “bollo”. A pesar de todo, nacer es un privilegio que nos convierte en “aristócratas ontológicos” frente a los no nacidos. Pero no hay buena ni mala muerte, solo muerte a secas. Los humanos nunca aceptamos que la muerte es tan natural como las mareas o los terremotos. Los universales rituales funerarios tratan precisamente de humanizar la muerte, de darle sentido, y ese horror a la nada tratamos de conjurarlo con las prácticas de momificación, embalsamamiento, congelación de cadáveres, etc. En fin, hasta aquí esta breve reseña sobre los filósofos. Hay más, naturalmente: Simon de Beauvoir, Heidegger, Marcel, Bloch, pero los anteriores constituyen una buena introducción sobre la muerte y la Filosofía.

LAS CIENCIAS SOCIALES son una parte constitutiva de nuestra sociedad, de la que vienen a ser su autoconciencia colectiva a través de su función reflexiva. Y aunque tardíamente, se vieron forzadas a ocuparse de la muerte. Los Medios la introducen en nuestras casas diariamente en lo que Marzano (2010) ha llamado la muerte como espectáculo: guerras, catástrofes naturales, ataques terroristas, verdugos levantando cabezas degolladas, pateras... Por de pronto, hay que constatar un hecho, el desinterés de la SOCIOLOGÍA por la muerte hasta fechas relativamente cercanas. No se interesaron por ellas los Padres Fundadores -Saint Simon, Comte, Marx, Weber- y solo Durkheim la estudió en su monografía sobre el suicidio y en algunos comentarios en “Las formas elementales de la vida religiosa” (9). Hacia mitad del pasado

siglo, cambiará el panorama. Existe unánime acuerdo en que fue el sociólogo Geoffrey Gorer el pionero en el estudio científico-social de la muerte en su clásico libro “La pornografía de la muerte” (1955). Su tesis central, ya anticipada por Norbert Elías, ha sido confirmada repetidamente desde entonces. En Occidente, el tabú de la muerte ha sustituido al tabú sexual del siglo XIX. Ese mismo año H. Feifel, un psicólogo, publica “Un análisis interdisciplinar de la muerte” al que luego volveremos. Un tercer hito fue el importante libro de Jessica Mitford “The American Way of Death” (1963), una devastadora crítica de la próspera y obscena industria mortuoria. Unos años después aparece la obra de Sudnow, “La organización social de la muerte” (1971), en la que aplicó el denominado “modelo dramático” en nuestra disciplina. En esa misma línea Turner y Edplay (1975) publican un resonante artículo, de lectura obligada, en la que reafirman las tesis de Mitford.

Una sociedad debe afrontar siempre la muerte de sus miembros desde perspectivas y prácticas determinadas. Sociológicamente esta tarea se lleva a cabo considerando «diversas variables», que dan como resultado un cuerpo de investigación propio de esa ciencia. Los ejemplos son obvios: estadísticas de homicidios, accidentes mortales, suicidios, etc, según edad, género, hábitat, etc. Se trata ahora, sin embargo, de analizar algunas dimensiones públicas de la muerte a las que aludíamos al principio. En concreto estas dos: la negación/ocultación de la muerte, y la industria mortuoria.

Uno de los rasgos más ostensibles en nuestras sociedades actuales es el de la negación/ocultación de la muerte. Una maniobra -un mecanismo de defensa colectivo- que comienza con el lenguaje empleado al referirse a la etapa previa a la misma: la vejez. El subterfugio ya se encuentra en las expresiones asépticas -tercera edad, mayores, veteranos, maduros, en el ocaso de la vida...etc-, que sustituyen a las certeras expresiones clásicas: viejo, anciano, senectud (y nadie empleará impunemente términos como vejestorio, vejete o carcamal). Bienintencionados especialistas consideran a la vejez un periodo del desarrollo epigenético, una etapa más, sin más. Aparte de su evidente importancia económica, política y social, la ancianidad ha generado una gigantesca industria gerontocrática, acompañada de una inabarcable literatura especializada compuesta de venerables ideas de los clásicos -Séneca, Cicerón, etc-, de piadosos consejos de ayuda -dietas, actividad física, etc- y de jubilosas exhortaciones del tipo «La sexualidad a los 80, lo mejor está por venir» (10).

Desde hace un buen número de años algunos autores -Freud y Ortega, entre otros- han venido observando un progresivo e imparable proceso de ocultación de la muerte. Hoy es una realidad clamorosa. Lo más llamativo es el contraste, colosal, con periodos anteriores, como antes señalamos a propósito de las Danzas de la Muerte. Prestigiosos historiadores como Le Goff o Ariès, han documentado cómo en los pasados siglos la muerte era contemplada con tanta naturalidad como el nacimiento, el matrimonio, o la recolección agrícola. Ariès, por ejemplo, cuenta que en la sociedad medieval existía una relativa homogeneidad en los rituales en torno a la muerte: el enfermo o herido, presintiendo su final, se acuesta en la cama o en el suelo rodeado por sus allegados. Recibe la «absolutio» del sacerdote y tan pronto expira comienza el duelo: besos al cadáver, desmayos, gritos de desesperación y rasgaduras de los vestidos. Sosegados los ánimos, el ataúd, con el cadáver envuelto en una sábana y el rostro descubierto, es llevado a la sepultura. Todo ese ceremonial era común en todos los estamentos. El significado del episodio era idéntico: la resignación ante el inevitable destino; aunque, claro está, los sepulcros de los nobles eran de mármol en tanto a los pobres los enterraban en fosas comunes. Montaigne (2007, I, XIX) también relata cómo los cementerios se situaban junto a la Iglesia, en el centro de la ciudad, para que, como aconsejaba Licurgo, el pueblo bajo, mujeres y niños se familiarizaran con la vista de los muertos y recordaran su mortal condición.

A partir del s.XVIII cambian las cosas. Obviamente, el optimismo racionalista ilustrado (la Felicidad, el Progreso, etc) se avenía mal con la idea de la muerte, y pensaron que, si era inevitable, al menos cabría disimular su presencia, situando los cementerios fuera de la ciudad, prohibiendo las ejecuciones públicas e iniciando un camino que ha llevado hasta su actual ocultación. En efecto, diversos autores -Caillois, el propio Ariès, Elías, Parsons- han llegado a idéntica conclusión: a partir de comienzos del s. XX, con diferencias sustanciales entre países, claro está, la muerte natural va perdiendo visibilidad y deviene algo cuasi vergonzoso, nefando, que debe ser disimulado, cuando no ocultado. A partir de la mitad de ese siglo se acentúa ese escamoteo de la presencia de la muerte. En un artículo publicado en 1963, Parsons detectó en USA dos tipos de actitudes colectivas ante la muerte: una, mayoritaria, la contemplaba como «culminación biográfica», un trance que había que afrontar de modo realista en compañía de los allegados. La otra

actitud negaba lisa y llanamente cuanto rodeaba a la muerte. Años más tarde, Riley constató que esto último era ya una tendencia dominante. En 2003, Ernest Becker logró el Premio Pulitzer por su obra «La negación de la muerte» (11).

Varias señales revelan -«delatan»- en nuestros días esas estrategias de ocultación. Y, como en el caso de los viejos, también ahora se emplean expresiones que pretenden suavizar su significado real: final del trayecto, trance u hora supremos, óbito, partida, desenlace, descanso en paz o eterno, paso a mejor vida... Pero no solo eso. Salvo en las ocasiones solemnes, existe alrededor de la muerte una suerte de «aceleración» y de lo que Leonetti denomina «desacralización» del proceso. Aceleración en cuanto se trata de morir tarde, de vivir mucho, sin duda, pero también de morir rápido, sin dolor, acortándose los tiempos: de duelo, de señales externas de luto, etc; y desacralización: los rituales sagrados se sustituyen por actuaciones más laicas, los sermones por lecturas de familiares y amigos sobre el difunto, acompañado todo de música no necesariamente religiosa. Todo lo cual encaja coherentemente con la incineración; la desaparición del cadáver supone la ruptura con la asociación del cuerpo al duelo y al recuerdo (por cierto: ¿qué cuerpo resucitará cuando llegue El Fin de los Tiempos?). Por último, no menor función en estas maniobras cumple la tanatopraxia «embellecedora» del cadáver, la sobriedad de los tanatorios y la belleza de algunos cementerios. (Eliás cita el reclamo publicitario de un camposanto alemán: «una isla de paz verde en medio del agobio y ajetreo de la vida cotidiana») (12).

Un segundo aspecto de la dimensión pública de la muerte mentada más atrás se refiere a la industria en torno a ella. En absoluto es extraño que el sistema económico imperante haya organizado un gigantesco negocio mortuario objeto, como antes quedó dicho, de las críticas de Jessica Mittford. Un negocio, con clientela garantizada, que mueve ingentes cantidades de dinero y, menos mal, da trabajo a un elevado número de personas: en tanatorios, cementerios, floristerías, ventas y alquileres de nichos, secciones de esquelas en los periódicos, fabricantes de ataúdes y urnas, tanatopráxicos, compañías de seguros y servicios funerarios, clérigos, etc. Sin olvidar la utilización masiva por parte de la familia del muerto, de asesores fiscales, abogados, agentes de seguro, etc. (13)

Respecto a LA PSICOLOGÍA, las publicaciones de Kastenbaum (1992), Kastenbaum y Aisenberg (1974), Kastenbaum y Costa (1977) y Feifel (1977, 1990), constituyen una excelente fuente de informa-

ción acerca de los orígenes, tardíos, del estudio psicológico de la muerte. Salvo las excepciones de Fechner, James o Stanley Hall, la muerte fue un asunto desconocido para la psicología científica hasta la segunda mitad del pasado siglo. Las razones de este desinterés las expuso Feifel en su importante artículo: durante las primeras décadas del siglo XX la Psicología intentaba convertirse en una respetable ciencia positiva ante el común desprecio de la Filosofía, la Historia y las Ciencias Naturales. Esta tarea se asoció con la práctica de una rigurosa estrategia metodológico-técnica en la que la cuantificación ostentaba un primerísimo papel. De modo que áreas de investigación como los valores, las emociones -luego lo veremos- y el poder, el amor y la muerte -difícilmente operacionales experimental o correlacionalmente- fueron ignoradas en favor de la psicofísica, la percepción, el aprendizaje, la memoria, etc. Tras la Segunda Guerra Mundial -millones de muertos- cambió el panorama. En 1956, el citado Herman Feifel organizó un Simposium titulado «El concepto de la muerte y su relación con la conducta». Se celebró en Chicago en el encuentro anual de la APA, y las ponencias fueron publicadas en 1959 en una obra editada por el propio Feifel titulada «The meaning of death», que es unánimemente tenida como el hito fundador de la Psicología de la Muerte. Por cierto, que algunas revistas, como *Contemporary Psychology*, desdeñaron el libro por no ser la muerte un tema científico. Tampoco los profesionales sanitarios -enfermeras, médicos- y clérigos lo acogieron favorablemente. El propio Feifel relata la radical negativa de los cuerpos médicos de los hospitales USA a que los investigadores de su equipo entrevistaran a los enfermos irrecuperables.

El segundo momento decisivo en esta corta historia fue la publicación, en 1969, del libro de Elizabeth Kübler-Ross, titulado «Sobre la muerte y el morir». Allí establecía las cinco grandes fases por las que atraviesa el enfermo terminal: negación, ira, negociación, depresión y resignación. En un primer momento, tras el diagnóstico fatal, el sujeto se muestra incrédulo -¿por qué a mí?- y comienza una ansiosa búsqueda de pruebas alternativas. Confirmado el diagnóstico, sobreviene un estado de ira durante el cual el enfermo puede acusar a su entorno de despreocupación e insensibilidad ante su grave situación; sigue una etapa de negociación consigo mismo, con el destino, o con Dios, con la esperanza de que el desenlace se demore algún tiempo. En la cuarta fase, el enfermo cae en una depresión más o menos profunda, a la que sigue la resignada aceptación y espera de la muerte: una se-

rena apatía, acompañada de vacío total y preferencia por la soledad (por cierto, la autora dice que en todas las etapas suele mantenerse un rayo de esperanza). La doctora Kübler-Ross advirtió repetidas veces que su modelo no representa unas secuencias rígidas, aunque a veces se hayan entendido así. De hecho, registros en vídeo de enfermos terminales en distintas fases de la enfermedad ponen de manifiesto la alteración y/o el solapamiento de las fases, así como la aparición de emociones típicas de una etapa en otra distinta: cólera en la última o tranquila aceptación en la primera, etc. En este sentido, las críticas son, pues, injustas. Aun así, han sido numerosas otras reservas: por ejemplo, no tener en cuenta factores decisivos como nivel educativo, personalidad, y estilos de vida de los sujetos. Lo que es innegable es que el trabajo de esta psiquiatra significó una importantísima llamada de atención sobre las necesidades psicológicas de los moribundos.

La investigación psicológica actual de la muerte es, como en cualquier otro campo, muy abundante; hay numerosos cursos y artículos en revistas especializadas -*Omega*, *Journal of Death and Dying*- con resultados ciertamente curiosos. Por ejemplo, al parecer, que hay gente que se muere sin causas físicas visibles, que otros posponen su muerte hasta después de sus vacaciones; o la existencia del «duelo anticipado», una constelación de pensamientos, sentimientos y conductas anteriores a la muerte del otro. Y lo más sobresaliente, que la pérdida de un hijo es causa suprema de sufrimiento humano.

La investigación ha revelado algunas cosas más: la muerte tiene elementos como la angustia, el miedo a la soledad -sobre todo en los viejos-, a la pérdida de identidad -enfermedad de Alzheimer- y puede somatizarse en insomnio y diversos trastornos psicósomáticos. En general, el miedo a la muerte no se manifiesta en niveles conscientes, tal y como reflejan las respuestas a cuestionarios (por eso ya advirtió Feifel que hay que ser muy cauteloso ante ellas), o que es la propia persona la que debe decidir su muerte, no el equipo de profesionales sanitarios. Que el afrontamiento ante la enfermedad terminal varía significativamente entre personas y situaciones: enfermos de cáncer o de corazón reaccionan de modo diferente. Los profesionales que se ocupan de los moribundos deberían analizar sus propias actitudes de evitación, ansiedad y aún hostilidad hacia el enfermo (Sudnow, Glaser y Strauss). Debe haber una educación para la muerte, dirigida a los niños, haciéndoles ver que la aceptación de nuestra mortalidad personal es una excelente vía de autoconocimiento (también a los adultos les

vendrían bien esas enseñanzas). Lo que es indudable, es que es necesario elaborar más Teoría que guíe la investigación empírica, así como serían deseables más estudios longitudinales. Y, desde luego, incorporar a la investigación las Humanidades, vilmente despreciadas por los políticos y buena parte de nuestro país.

De la muerte y la PSICOLOGÍA SOCIAL, como sabéis, poco se puede decir. En plan erudito, cabe recordar que un psicólogo social injustamente olvidado, Otto Klinnberg, en 1940 dedicó un breve comentario a la muerte desde una perspectiva transcultural; y comenta cómo los individuos de ciertos grupos, en Siberia, Esquimales, Islas Fidji, deseaban morir antes de entrar en la vejez, pues creían en la supervivencia del cuerpo y, sabiamente, preferían permanecer jóvenes para toda la eternidad. No obstante, es justo mencionar en nuestra disciplina una curiosa teoría, la TMT (Terror Management Theory), de una naturaleza desde luego insólita en nuestro área. Sus autores, Pyszczynski, Solomon y Greenberg, la formularon hace casi 30 años en acreditadas revistas de la disciplina -JPSP, EJSP, Advances in Experimental Social Psychology-. Distintas exposiciones de la teoría se encuentran en Pyszczynski y otros (1997), Arking y otros (2010) y en el capítulo dedicado a ella en la 5ª Edición del Handbook (2010) (14). Las ideas fundamentales de la TMT pueden sintetizarse así, simplificando mucho: el motivo básico de los seres humanos es la autoconservación, como ya dijera Spinoza y Schopenhauer. Pero sabemos que inevitablemente moriremos. Esta conciencia de la muerte no suele situarse en el centro de la atención de las personas sino en «la periferia de la conciencia». Pues, ciertamente, mucha gente no piensa a menudo en la muerte. Hay tres sistemas motivacionales que facilitan la autoconservación: la satisfacción de las necesidades básicas, diversas estrategias intelectuales defensivas del yo, y las motivaciones que conducen a expresiones del yo, como el éxito personal, el poder, la riqueza, etc. La TMT es extremadamente ambiciosa -demasiado-: pretende explicar «meta-teóricamente» las más conocidas teorías psicosociológicas: consistencia cognitiva (Heider, Festinger), creencia en un mundo justo (Lerner, Homans), identidad social (Tajfel, Turner), autopresentación (Goffman) y algunas más. Su reinterpretación por la TMT es sencilla: las ideas básicas de esas teorías funcionarían al servicio de el «objetivo fundamental»: controlar el terror del individuo a la muerte. Por ejemplo: fortaleciendo la autoestima subjetiva, la *disonancia cognitiva* produce en el individuo una tensión aversiva que éste intentará redu-

cir. Para la TMT esa necesidad esconde otra aún más básica, la de eliminar la inseguridad que disminuye la autoestima que nos alivie del terror a la muerte. Respecto al *mundo justo*, la asunción de esa creencia proporciona coherencia mental; en definitiva, la gente obtiene lo que se merece, y esto, de nuevo, fortalece la autoestima (?), que a su vez protege del terror...etc. La *autopresentación*: en la vida social buscamos respeto, prestigio, admiración, y tratamos de controlar las impresiones de los otros acerca de nuestro yo. La confirmación (positiva) por los otros de nuestra autoimagen maximiza nuestra autoestima, que a su vez protege del terror...etc. Además de fortalecer la autoestima -un medio, nunca un fin en sí mismo-, otra estrategia consiste en conformarse con la cosmovisión cultural vigente; compartir la fe en algo con los otros proporciona seguridad y autoestima. De ahí, argumenta la TMT, que rechazemos (o algo peor) a quien piensa de modo diferente. Las actividades proselitistas precisamente tratan de convertir al otro a las propias creencias y así reafirmarnos en su validez y corrección (15).

Antes de concluir este punto es obligado un breve comentario sobre Freud. Más atrás quedó dicho que la Psicología Científica, en sus comienzos, había ignorado el tema de la muerte. Esa afirmación es inaplicable al psicoanálisis freudiano, como sabe mejor que yo el profesor Montalbán. En 1915, en plena Guerra Mundial, publicó Freud (1968) un largo ensayo titulado “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”. No es su mejor trabajo, por decirlo suavemente, aunque, eso sí, es un buen ejemplo de los inveterados principios “biologicistas” que nunca abandonó. Si mi interpretación es correcta (?), lo que Freud viene a decir es lo siguiente: en los países europeos la población está decepcionada por la guerra más sangrienta y mortífera de Europa. Tal desencanto es injustificable porque se basa en una ilusión: la bondad de la naturaleza humana. Por el contrario, sigue escribiendo Freud, el Psicoanálisis ha demostrado que la esencia humana está compuesta de pulsiones instintuales (Trieb) universales que exigen su satisfacción. Ciertamente, a veces los hombres manifiestan conductas altruistas, pero por debajo continúa existiendo un residuo egoísta, pulsional, pues lo anímico primitivo es “imperecedero” como bien demuestran los sueños “que hemos aprendido a traducir”. Y es en la guerra donde se actualizan nuestros ancestrales impulsos asesinos. En una segunda parte del ensayo, aborda Freud nuestra actitud ante la muerte. Aunque en tiempos pasados el hombre “decía” que la muerte era algo natural e inevitable, sin embargo “hacía”

otra cosa: no pensar en ella, ocultarla, eliminarla de la vida. Insiste Freud: la muerte propia es inimaginable, nadie cree en su propia muerte. En nuestro inconsciente estamos convencidos de nuestra inmortalidad (es esta una idea importante). Hay dos posibles actitudes ante la muerte: la del primitivo prehistórico, y la que aún pervive en los estratos más profundos de nuestra personalidad. Respecto a los primeros, imagina Freud, aunque sin datos «suficientemente seguros», que su actitud fue contradictoria. Reconoció a la muerte como cesación de la vida, pero, simultáneamente, la negó por sus distintas creencias ante su propia muerte y la del prójimo. Sin mencionarlo, todo el argumento (?) de Freud se basa en la conocida hipótesis hobbesiana: el hombre fue un lobo para el hombre, y de ese miedo nació la sociedad civil. En la noche de los tiempos, la muerte del otro fue grata al primitivo, pues era un enemigo menos. Pero la propia muerte le fue tan inimaginable como para nosotros; vió morir a los allegados, a los que quería →pues el amor no puede ser mucho más joven que el impulso asesino- y de ahí dedujo su propia muerte. Pero en virtud de la «Ley de la ambivalencia de los sentimientos», vigente hoy, y todavía más en tiempos prehistóricos, los muertos amados eran, también, enemigos y extraños. Si ante el cadáver del enemigo el hombre sintió satisfacción, la muerte del ser querido -y a la vez extraño- suscitó su reflexión. De este conflicto, afirma Freud con desenvoltura «nació la Psicología» (¿qué cosas decía a veces este hombre!). De modo que el individuo ni podía negar la muerte ni quería reconocerla, pues le era imposible imaginarse muerto. La solución fue la invención de un más allá, una vida después de la muerte.

En suma, parece que para Freud la actitud de nuestros ancestros ante la muerte propia fue inimaginable, de satisfacción ante la del otro/enemigo, y ambivalente ante la de los allegados. El hombre actual no cree en el fondo en su propia muerte pero en ciertas circunstancias, como en la guerra en que se despoja de las «capas civilizatorias», considera a los extraños como enemigos a matar y mantiene un sentimiento de ambivalencia respecto a la muerte de sus seres queridos. Lo dicho: este trabajo de Freud está, a mi juicio, a la altura de otros engendros suyos como por ejemplo su ensayo sobre el Presidente Woodrow Wilson, escrito con W. Bullit.

La cosa no acaba aquí, claro está. La pulsión de muerte, como es conocido, es «otra noción clave» del psicoanálisis freudiano, pero es imposible dar ahora una mínima información sobre su función. Para una

comprensión cabal del asunto, sería necesario, creo yo, tener en cuenta mínimamente las siguientes advertencias: en primer lugar, como en otras eminencias -Platón, Hegel, Marx, Wittgenstein-, cabe distinguir dos etapas en el pensamiento de Freud: una primera, juvenil, racional, ilustrada, optimista, socrática →donde estuvo el ello, que esté el yo- y otra segunda, que comienza en los años 20 con la publicación de importantes obras como «Más allá del principio del placer» (1920), «El yo y el ello» (1923), que culmina con «El malestar en la cultura» (1930), su mejor obra, en mi modestísima opinión. Es en estos libros donde Freud propuso su segunda teoría de las pulsiones instintuales. Fusiona las pulsiones de conservación y las libidinales en una categoría, Eros, y se inventa la Pulsión de muerte a la que Federn llamó luego Thanatos (16). Han sido muy debatidas las razones del invento: las conductas repetitivas-compulsivas de sus pacientes, la propensión de Freud al pensamiento dualista, la influencia del mecanicismo alemán, etc (Fromm, 1975). Pero también influyeron, seguramente, razones estrictamente personales. Como han mostrado sus mejores biógrafos (Jay, Breuger, Roudinesco), la vida de Freud fue extraordinariamente desdichada: la Academia despreció sus ideas, tuvo un dolorosísimo cáncer de mandíbula del que fue operado varias veces, su hijo murió en el frente durante la guerra, y una hija falleció en enero de 1920. Y si creemos a su hagiógrafo Ernest Jones, Freud estaba obsesionado con su propia muerte.

Pues bien, es el caso que ya desde el «Proyecto de una psicología para neurólogos» (1895), Freud creyó que todo motivo humano -sed, hambre, excitación sexual,- significaba ante todo una «perturbación», un desequilibrio aversivo que el sujeto tratará de eliminar. El individuo, realmente, no busca tanto activamente el placer como intenta reducir esa tensión. Además, el débil «yo», sometido al Principio de Realidad, trata de mediar ante las exigencias, igualmente tiránicas, del «ello» (biológicas), y el «super-yo» (morales). Como dijo su admirado Schopenhauer, la existencia toda es sufrimiento. Para Freud, el anhelo de toda persona es el estado reposo, la quietud, el descanso, el Nirvana (no en sentido budista), el retorno, en suma, al seno materno, y, desde luego, hay que admitir que ese estado se disfruta superlativamente estando muertos. Es sabido que la pulsión de muerte no fue aceptada, salvo alguna excepción como Melanie Klein, por la mayoría de los discípulos de Freud. Muchos, sencillamente, negaron su existencia -Jung, Adler, Fromm, los «culturalistas»-; y es que no hay evidencia algu-

na de que exista tal pulsión, que, además de negar al conatus spinoziano, es contradictoria con la teoría darwiniana de la evolución. Pero fue el Thanatos el que impregnó todo el pensamiento de Freud, deslizándolo no solo al atroz pesimismo de El Malestar en la Cultura, sino que también alcanzó a la propia práctica psicoanalítica: recuérdese su artículo, poco citado sobretodo por los feligreses devotos, titulado «Análisis terminable e interminable» (1937), en el que viene a concluir que hay tres tareas imposibles: educar, gobernar y curar (17).

Por último, LAS OPINIONES DE LA GENTE, constituyen la última fuente de información sobre la muerte. Algunos encuestas del CIS nos proporcionan datos sobre las actitudes de los españoles sobre la muerte, y sobre aspectos del mundo sobrenatural, pero conviene analizarlos en otro lugar, más adelante, a propósito del miedo a la muerte y de las creencias en el más allá y la inmortalidad.

Hasta aquí, pues, estas elementales, apresuradas y desde luego insuficientes, notas sobre las fuentes de información sobre la muerte; y creo que estaréis de acuerdo en lo que voy a decir. Hay ciencias «duras» -las Ciencias Sociales- y «blandas» -las Ciencias Naturales- (lo proclamó Einstein: «es más difícil dinamitar el prejuicio que el átomo»). Hay Ciencias Morales, Jurídicas, de la Educación, de la Religión, Ciencias del Deporte, de la Comunicación, Ciencias Sexológicas, Gastronómicas, e incluso Ciencias Ocultas, que no voy yo a regatear titulaciones. Pues bien, visto lo que antecede, la conclusión no puede ser otra que la siguiente: es tan urgente como importante la creación, para empezar, de una Facultad de Ciencias de la Muerte; de naturaleza interdisciplinar, naturalmente. No existe ninguna Institución Académica cuyo objeto de estudio posea la objetividad, solidez, estabilidad, neutralidad, universalidad, seguridad, etc etc, que esa futura Facultad de Tanatología. Una vez creada, la Junta del Centro debatirá el Plan de Estudios, las especialidades, grados, patrón -podrían ser Hamlet o Medea-, distintivo y color de la muceta, que no tiene que ser necesariamente negro ni incorporar calaveras.

2) DEFINICIONES DE LA MUERTE

Permitidme una advertencia previa de alguna importancia. Aquí me voy a referir a la muerte propia, no del otro (18), a la muerte natural, aquella que, según el Diccionario, «solo se atribuye a la vejez», esto es, la muerte como el final común, normal, natural, propio de un proceso vital que comienza, se desa-

rolla -infancia, adolescencia, juventud, madurez, vejez- y debe acabar, necesariamente. El yo vive en «sus» circunstancias; y muere también el yo en «sus» circunstancias: de edad, género, nivel educativo, ingresos, salud, estilo de vida, etc, pero también circunstancias que tienen que ver con la época histórica, cultura, sociedad, ciudad, barrio.... Por tanto, quedan excluidas de estas consideraciones las muertes por asesinato, accidente, naufragio, ejecuciones, epidemias, suicidios, infartos, guerras, ataques terroristas, juegos de ruleta rusa, etc. Y, desde luego, como ya avisé, el análisis se circunscribe a nuestro marco cultural.

La muerte es, simultáneamente, tres cosas: un hecho ontológico, un objeto epistémico, y una vivencia psicológica (y os ruego no arrojéis al suelo la revista). Dicho en cristiano: la muerte es un «acaecimiento», un fenómeno objetivo, que está ahí, como las mareas, las ballenas o los terremotos; inevitable, por ahora, y para la gran mayoría de los humanos, independiente de su voluntad. Además, sobre la muerte cabe llevar a cabo un análisis epistémico, intelectual, cognoscitivo, científico, más o menos profundo, por el que los humanos tratamos de explicarla y comprenderla -darle un sentido- a través de la magia, los mitos, las religiones, la filosofía, las artes y humanidades, las ciencias sociales y naturales, como se acaba de ver. Finalmente, la muerte -propia y ajena- suscita en el sujeto empírico, de carne y hueso, unas respuestas psicológicas, inconscientes y conscientes, dependiendo estas últimas de los modos de afrontar la muerte en su entorno cultural.

Se dice: todo lo que empieza, acaba; todo lo que vive, muere, etc. Pero no todo «muere» de la misma forma: las estrellas, las fanerógamas, las jirafas, o los humanos. De eso trata Ferrater Mora (1947,1979) en sus monografías -de lectura obligada- sobre la muerte. Sostiene el eminente filósofo catalán que las diferentes realidades mueren, cada una, de modo peculiar. Y propone el término «cesación» para designar, justamente, «todo terminar un proceso de cualquier índole que fuera» (la primera acepción de muerte del DLE, 2014, es, precisamente, «cesación o término de la vida»). De modo que los niveles de realidad -piedras, plantas, animales, personas, lenguas, culturas, civilizaciones- desaparecen, cesan, dejan de existir, de manera distinta: una piedra desaparece, cesa, convertida en polvo; una nube se ha disuelto y ya no está. Los organismos biológicos -emergentes de estructuras materiales-, poseen un ADN que se expresa en función de su entorno; su específico cesar no depende ahora sólo de factores externos -accidentes-, sino que

su desaparición se debe, también, a su constitutiva estructura. Así pues, «todas» las realidades, desde los minerales a las personas, dejan de existir, cesan. Pero los organismos, además de cesar, mueren. Dicho de otro modo, el cesar se aplica a realidades no orgánicas, y el morir a los seres vivos, incluyendo al hombre. Cese y muerte humana constituyen los dos extremos de un continuo: del «cesar» de las cosas al «morir» humano. Es ese nuestro tema; que incluye, pues, un cesar que, como realidad material que somos, nos es inherente; pero en tanto realidad biológica, nuestro cesar es, también, un morir. La muerte humana es así la culminación de un proceso ontológico que, surgido evolutivamente en la pura realidad material (inorgánica), se manifiesta en toda su complejidad en el morir personal. Los humanos, insiste Ferrater, somos propiamente mortales, nuestro morir es la forma suprema del proceso ontológico universal de «cesación» (19).

La Muerte -el morir-, decíamos hace un momento, además de un hecho objetivo y un tema de investigación, es también una experiencia subjetiva, psicológica; son tres niveles de análisis, cada uno con su propio marco conceptual, y con su específico «juego de lenguaje». En definitiva, no existe un significado unívoco, universalmente compartido, de qué es eso de la muerte. Esta adquiere sentidos diferentes según el paradigma -epistémico o axiológico-, disciplina, religión, época histórica, cultura en el que se la incluya. La muerte significa cosas distintas en el lenguaje jurídico, biológico, en la civilización azteca, la cultura medieval, el protestantismo o el budismo, en Santa Teresa o en Albert Camus. Llevaba, una vez más, razón, el segundo Wittgenstein. ¿Relativismo? Naturalmente que sí (el relativismo es, a su vez, una noción relativa): un relativismo histórico-cultural, lingüístico, social, psicológico. ¿De qué otra forma podría ser? (20).

3) EMOCIONES Y RAZONES

Desde Platón y Aristóteles se ha venido pensando, durante 2500 años, que en la mente humana operan dos sistemas psicobiológicos -ahora sabemos que de forma interdependiente-, diversamente etiquetados, pero siempre presentados como antagonicos: alma racional/alma sensitiva, mente/corazón, pensamiento/sentimiento, razón/pasión, cognición/emoción, etc. Y, para decirlo todo, esa distinción ha sido acompañada de una más o menos explícita connotación valorativa: masculino/femenino, frío/caliente, actividad/pasividad, orden/desorden...; en definitiva: superior/

inferior. Habría, pues, dos mundos: el de la Afectividad y el de la Racionalidad. El primero incorpora el conocido vocabulario de *emociones, humores, estados de ánimo, pasiones, talentos, deseos, sentimientos, temples...*; el segundo incluye una no menor variedad terminológica: *nous, logos, dianoia, intellectus, ratio, bon sens, mind, Vernunft, Razón Vital...* Sin entrar, ni mucho menos, en ese jardín, sí conviene detenerse en algunas particularidades; teniendo presente, eso sí, aquella sabia advertencia de Nietzsche: “lo que tiene historia no puede tener definición”.

Respecto a las EMOCIONES, recordaré que el añorado maestro Don Mariano Yela diagnosticó hace años (1987) que la Psicología, y esto puede decirse ahora de todas las Ciencias Sociales, era una disciplina “pletórica, frustrante y dividida”. Los tres calificativos pueden ser perfectamente aplicados a la investigación científico-social de las emociones. En efecto, hoy es un área pletórica de artículos, textos, cursos, revistas, teorías, y experimentos; pero son análisis frustrantes, pues no se ven acompañados de soluciones a multitud de problemas “emocionales”: prejuicios, odios, matrimonios “construidos” sobre el amor romántico, etc; y, en fin, es un campo dividido, pues seamos generosos, la “ciencia de las emociones” está muy lejos todavía de ser una disciplina «compacta», por emplear el conocido término de Toulmin. Dicho lo cual no sorprenderá cuanto viene a continuación.

En 1981, en la revista *Motivation and Emotion*, Kleingina y Kleingina enumeran casi un centenar de definiciones de emoción, “implorando” a los especialistas que consensuaran alguna(s) noción(es). En 1989 dos eminencias, Johnson Laird y Oatley analizan centenares de términos pertenecientes al área; y Robert Lazarus (1991a), otro prócer del campo, estableció los cinco grandes desafíos que por entonces se planteaban en la investigación de las emociones. Uno de ellos, justamente, era el concepto mismo de emoción. Más recientemente las cosas no han mejorado; por ejemplo, F.J. Rubia (2000) escribe: “No hay definición científica de las emociones”; y Damasio (2001), tras escribir que “no es fácil decir si algo es una emoción o no”, se pregunta “si puede formularse una definición de emoción que sea medianamente sensata, así como si un único término sigue siendo útil para describir todos estos estados”. Elster (2010) insiste: “no hay definición consensuada de las emociones”; Keltner y Lerner (2010) recogen las definiciones de 13 especialistas, desde James a Frijda y Mesquita, pasando por Tooby y Cosmides. Otros, en fin, se limitan a afirmar de las emociones que “las

encontramos obvias y misteriosas a la vez” (LeDoux, 1999). Una última precisión: sin entrar, claro está, en el laberíntico espacio semántico de las nociones nominales, reales o diferenciales de las emociones -distinguiéndolas de afecto, pasión, estado anímico, etc, en donde imperan sin restricciones los círculos viciosos-, sí puede ser útil para nuestros objetivos distinguir entre emoción y sentimiento. Por ejemplo, para Damasio (1996), la emoción «es un conjunto de cambios que tienen lugar a la vez en el cerebro y el cuerpo, por lo común producidos por un determinado contenido mental»; el sentimiento, por su parte, consiste en «la percepción de esos cambios», más concretamente en «la percepción directa del lenguaje específico del cuerpo». Los sentimientos -aunque no todos- proceden de las emociones y son tan cognitivos como las percepciones. Y así como algunos sentimientos no se vinculan necesariamente con las emociones, en cambio todas las emociones generan sentimientos. Eso mismo piensa Le Doux (1999): los sentimientos son las vivencias subjetivas de las emociones; no todos los sentimientos son emociones, pero todas las experiencias emocionales conscientes dan lugar a sentimientos.

Dejando aparte, pues, las disquisiciones conceptuales, es más útil describir algunas CARACTERÍSTICAS DE LAS EMOCIONES -y de los sentimientos- significativas para nuestro tema, entre ellas las siguientes:

1) Las emociones poseen una base neurofisiológica activadora que, eventualmente, conduce a la acción: huir, agredir, copular, etc. Nuestro cerebro se fue construyendo durante millones de años al modo de una excavación arqueológica: las capas más profundas son, precisamente, las más antiguas. Como es conocido, Paul Mc Lean, distinguió tres estructuras cerebrales fundamentales: el cerebro reptiliano, el sistema límbico y el neocórtex. Es ciertamente en el sistema límbico donde reside la afectividad (recordad vuestros tiempos estudiantiles: hipotálamo, hipocampo, septum y la amígdala -cuya función es decisiva en el miedo). También allí operan esas sustancias claves en la química emocional: dopamina, serotonina, acetilcolina, etc (todo lo cual constituye la «gramática» de la conducta emocional, no su semántica; los neurotransmisores no piensan). Las emociones son, pues, producidas por mecanismos subcorticales y «ascienden» hasta el neocórtex. Su actividad puede ser inconsciente (por eso las emociones nos «sobrevienen»), y de hecho, la mayoría de las respuestas emocionales

se generan en ese inconsciente que alberga la mayor parte de nuestra vida mental. (Como mucho, escribe Rubia (2000), solo el 2% de la masa cerebral está ocupada por procesos conscientes).

2) Las emociones varían en cuanto a su intensidad (por ejemplo, desde una leve antipatía a un odio visceral), y, en general, se debilitan al desaparecer la situación desencadenante: ira, terror, vergüenza, rara vez perduran con la fuerza que tenían al desatarse. La influencia de estas coordenadas espacio-temporales en los sentimientos volverá a mencionarse a propósito del miedo a la muerte.

3) Los sentimientos son vivencias etiquetadas con palabras. El vocabulario emocional se organiza en conceptos y categorías -recordad las viejas técnicas de Osgood, el Diferencial Semántico, etc-; las personas cuentan sus sentimientos según un estilo propio, a partir de su repertorio lingüístico. Esas expresiones lingüísticas están, naturalmente, condicionadas por la situación: un encuentro entre amigos, extraños, jefes y subordinados, etc. Se trata, como habéis adivinado, de la «construcción social de las emociones»; la que, por cierto, a juicio de Keltner y Lerner (2010) «está aún en su infancia».

4) Los sentimientos son bipolares, se experimentan subjetivamente a lo largo de un eje placer/displacer, y también difieren en complejidad: los hay más simples (el terror o la ira) y más complejos (como la melancolía)

5) Las emociones se hacen conscientes a través de nuestras cogniciones y creencias (ciertas, posibles, probables o falsas). Con frecuencia inducen expectativas poco realistas: ansias de fama, de amor eterno, de inmortalidad, etc. Y, en cualquier caso, nos hacen ver la realidad de diferentes colores: «el mundo del feliz es otro que el del infeliz» (Wittgenstein, *Tractatus*, 6, 43).

6) Las emociones tienen una base neurobiológica pero su *expresión* depende de la época histórica, cultura, sociedades, grupos, género, edad, situaciones, etc.

7) Las emociones, faltaría más, pueden medirse según varios procedimientos: reacción galvánica de la piel, alteraciones del ritmo cardiaco o la respiración, dilatación pupilar, cambios en la composición química de la sangre, la saliva o la orina, tomografías cerebrales, “máquinas de la verdad”, etc

(Hay más características, claro está; entre ellas una poco estudiada, que yo sepa: lo que podríamos llamar los “metasentimientos”, los sentimientos acerca de nuestros sentimientos, por ejemplo, el remordimiento).

La CLASIFICACIÓN DE LAS EMOCIONES presenta, al menos, tantos problemas como su definición y características. Especulativamente, desde la Grecia Clásica, ya hubo propuestas al respecto: Aristóteles cita cinco, Descartes seis, Spinoza tres y 48 derivadas, Hobbes siete, etc. Empíricamente, existen, como sabéis, docenas de tipologías, basadas en distintos criterios: su origen en el mundo natural o social, grado de normalidad (?), naturaleza de las creencias que las generan, universalidad, etc. Estos dos últimos criterios son relevantes para nuestro asunto. Según las creencias que las producen, hay emociones ciertas, de las que el sujeto está seguro -psicológicamente hablando, claro-, como la alegría, el miedo, el odio, el asco, etc; otras implican a creencias apoyadas en la incertidumbre -amor, celos, esperanza-; otras, en fin, se basan simplemente en actos de fe -la inmortalidad en un más allá, etc-. Y por lo que se refiere a la universalidad, hay dos grandes perspectivas: los *evolucionistas*, siguiendo a Darwin, sostienen que las emociones están codificadas en los genes, son producto de la Evolución, para facilitar la acción individual y coordinar la interacción social. De otro lado, los *culturalistas* las contemplan como resultado de factores externos, históricos y sociales. Entre los primeros, los más reconocidos especialistas han propuesto listas de emociones universales. En lo que no hay acuerdo es en su número. Por ejemplo, Tomkins y Carroll e Izard, cada uno por su cuenta, citan ocho; Ekman, seis; Johnson Laird y Oatley cinco; Panksepp (con muestra de ratas), cuatro; Plutchick, ocho. Otros mencionan tres y algunos suben hasta quince y más.

Lo importante es subrayar una conclusión: de la veintena de listas más conocidas, hay únicamente dos emociones que figuran en todas ellas, la ira y el miedo; en casi todas aparece el odio, la alegría y la tristeza, y, curiosamente, en algunas no figuran la vergüenza, el asco y la envidia. Universalistas y culturalistas llevan, como suele suceder, cada uno su parte de razón. En las emociones hay rasgos centrales y periféricos y es posible que algunas muestren gran universalidad en los primeros y variabilidad en los segundos (Keltner y Lerner, 2010). Estos últimos autores citan un metaanálisis de 25 estudios en 35 culturas. Los resultados revelaron la existencia de rasgos prototípicos faciales de la ira, el miedo, el asco y la tristeza, pero eran factores culturales los que influían en la manifestación de sus rasgos periféricos. También es evidente la prominencia cultural de algunas emociones. Por ejemplo, el amor romántico ha sido un sentimiento hegemónico en Occidente desde el

siglo XII. Y, según veremos, algunos autores sostienen que nos encontramos actualmente en una «cultura del miedo».

En cuanto a las RAZONES, hay que decir que el mundo de la racionalidad se nos aparece tan complejo como el de la afectividad; atrás mencionamos su plural terminología, desde el *Nous* presocrático a la Razón Vital orteguiana. En efecto, el vocablo tiene su propia historia: el pensamiento griego y moderno, desde Aristóteles a Kant, pasando por Hobbes y Galileo, sostuvo la existencia de *una* Razón Universal capaz de descubrir mediante *el* Método unas verdades universales, necesarias, objetivas, propias del conocimiento científico. Sucesivos embates relativistas -históricoculturales, sociológicos y psicológicos-, fueron restando validez y fiabilidad a esa Razón Ilustrada. Tras el tsunami de la posmodernidad, la epistemología actual ha intentado reconstruir nuevo(s) concepto(s) de racionalidad incorporando elementos antes ajenos a ella: el papel fundamental del lenguaje, la noción de verdad como algo intrínsecamente plural, los valores, los intereses, el método como camino -no como un fin en sí mismo-, la inclusión del arsenal conceptual de las teorías de la complejidad: borrosidad, caos (determinista), azar, contingencia, verosimilitud, bifurcaciones, fractales, etc.

Simplificando mucho, y en cuanto a lo que mis muy limitados conocimientos alcanzan, pueden establecerse hoy al menos cuatro fundamentales sentidos de racionalidad, no necesariamente excluyentes:

1) Un sentido evolucionista como capacidad -variable- del animal, incluido el humano, de adaptarse al ambiente; es, al cabo, esta razón un instrumento al servicio de la supervivencia.

2) Una facultad específica, propia del ser humano, reflexivo, autoconsciente y dotado de lenguaje; un atributo que, precisamente, nos distinguiría del resto de los animales

3) Tras la crítica de la Escuela de Franckfurt, con Habermas como epígono, a la Razón Instrumental, se propuso una importante distinción entre lo racional y lo razonable. Lo primero se reduce a mero cálculo medios/fines, sin intervención alguna de los valores; lo razonable incorpora plenamente a estos últimos (libertad, igualdad, justicia, etc). No todo lo racional es, evidentemente, razonable: la bomba atómica y el Holocausto judío fueron empresas de extraordinaria racionalidad pero ¿qué mal nacido, por decirlo suavemente, pensaría que son razonables? («ciencia sin seso, locura doble», decía Gracián; y «ciencia sin con-

ciencia, es la ruina del alma», sentenció Rabelais). Por lo demás, este significado de racionalidad -entendido como razonabilidad- incorpora también una connotación psicológica y moral: tiene un sentido antidogmático, y resulta equivalente a tolerancia y flexibilidad mental.

4) Por último, es muy sugestiva la noción de racionalidad utilizada en el ámbito de la Psicología Clínica, como «conciencia verdadera», lúcida, de la relación entre el sujeto y la realidad (Albert Ellis estaría próximo a esta concepción). El comportamiento irracional consiste, precisamente, en la pérdida, por parte del individuo, del sentido de la realidad, instalándose en sus fantasías, en cuyo seno, decía Freud, todos somos omnipotentes. (El profesor Castilla del Pino decía al respecto: «lo grave no es tener fantasías sino vivir en ellas»).

Antes de abordar LAS RELACIONES ENTRE RAZONES Y EMOCIONES, se impone una advertencia previa (y van ya unas cuantas...): vista la polisemia de ambos términos, en lo que sigue a continuación estará presente esa ambigüedad toda vez que los autores que vamos a citar no se detienen en especificar qué entienden por razones y emociones. De modo que, inevitablemente, al tratar ahora de sus relaciones, no sabremos, clara y distintamente, a qué se refieren los términos pasión, emoción, apreciación, razón, cognición, pensamiento, creencias, etc. Eso es lo que hay. Por tanto, lo más adecuado es que, allende los significados específicos, hablemos del mundo de la racionalidad y de la afectividad sin descender a los niveles de las denominaciones concretas. Históricamente, las relaciones entre emoción y razón han pasado, por así decir, del antagonismo radical a la más estrecha cooperación, y aún a la identificación. Los presocráticos estuvieron en otros temas, pero ya en Platón aparece el conflicto entre «las almas», concretamente entre el alma racional, inmortal (situada en el cerebro) y el alma concupiscible, percedera, situada en el abdomen. Recordad las metáforas en *La República* y en el *Timeo*: la primera debe controlar los desordenados impulsos de la segunda, como el auriga al caballo desbocado, etc (Freud las copió a propósito de las relaciones entre el yo y el ello). Por lo demás, es sabido el desprecio que el divino sentía hacia la Poesía y el Arte, generadores de las perversas emociones. Aristóteles, aunque con matices, estuvo en general en esto de acuerdo con su maestro. En la *Ética* a Nicómaco afirma que los placeres -particularmente los sexuales, precisa-, constituyen un impedimento para la delibe-

ración racional, pues es imposible pensar en otra cosa mientras estamos concentrados en ellos. Como antes vimos, en la Filosofía Helenística, todas las escuelas coincidieron en abominar de las pasiones: hay que liberarse de ellas (cínicos), extirpar los deseos (Pirron), son los principales enemigos de la razón (Cicerón)... en definitiva, aparecen como el más formidable obstáculo para alcanzar la serenidad e imperturbabilidad del ánimo propias del sabio. Para el Cristianismo, ninguna cosa buena puede esperarse de las pasiones, sobretodo de «esas» que violentan la castidad.

Cercana la Edad Moderna, se va atenuando la contradicción entre razones y pasiones. Pero antes de hablar de este periodo hay que recordar una vez más al inmortal MONTAIGNE y sus interesantes juicios sobre unas y otras: la Filosofía, escribe, nos proporciona los medios de consuelo para la melancolía; citando a Epicuro, recomienda transferir el pensamiento de las cosas molestas a las placenteras. Toda aflicción desagradable debe combatirse con otra contraria o “al menos por una distinta”; y, si es posible, refugiarse en “nuevas ocupaciones y pensamientos donde la melancolía pierde mi rastro y se aleja de mí”. Recuérdese lo dicho más atrás: “a los hombres les atormentan sus opiniones sobre las cosas, no las cosas mismas”; así que, comenta el maestro, los males de la vida nos afectan a través de nuestros juicios. Pensemos si tal mal lo es porque lo piensa nuestra fantasía, y podremos darle así “otro sabor u otro aspecto”. La razón no nos fue dada para que suframos sino para usar el conocimiento y la inteligencia para nuestra conveniencia. El cuerpo es único en su naturaleza pero el alma varía de mil formas, y es capaz de controlar los sentimientos del cuerpo y el resto de accidentes. Concluyendo con esta sabia sentencia: “nadie está mal mucho tiempo sino por su culpa” (Montaigne, 2007, Libro I, capítulo XL). Un ejemplo de terapia conductual (¡nuevas ocupaciones!) - cognitiva.

La Filosofía Moderna, según dicen los manuales, comienza con DESCARTES y sus ideas fundamentales: la radical escisión entre las dos sustancias, el cuerpo como máquina, las ideas innatas, Dios como garantía de la validez del “pienso luego existo” como criterio universal para descubrir *la Verdad*, etc. De lo que realmente pensó Descartes acerca de la relación entre razones y pasiones “hay mucho que decir”, pero no es este el momento. Basten solo unos breves comentarios. Lejos de la interpretación de algunos autores, a mi juicio ni hay un abismo -ni psicológico ni epistémico- entre ambas ni tampoco una oposición total. Un ejemplo: cuando en la Segunda Meditación

Descartes se plantea la célebre -calculada y metódica- pregunta “¿qué soy, pues?”, se responde: “una cosa que piensa”. Y ¿qué es una cosa que piensa? “Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, y, también imagina y siente” (21). Duda, quiere y no quiere, siente... ¿dónde está aquí el pensamiento puro, descarnado, exento de sentimientos? Una atenta lectura de su obra “Las pasiones del alma” (1972) despeja toda duda respecto a la relación que comentamos con “intuiciones” psicológicas que hoy se han demostrado verdaderas, como se verá después. Por ejemplo, escribe el francés que, conocidas las pasiones, “tenemos mucho menos motivo que antes para temerlas”; lo que es menester es evitar sus excesos, aunque reconoce que son difíciles de controlar: es posible hacerlo pero hay muy pocas personas preparadas para ello. Las “técnicas de autocontrol” que Descartes recomienda son todas de naturaleza *intelectual*: cuando sentimos agitada la sangre hay que *recordar* que las imágenes tienden a engañar al alma; y también distraerse con otros *pensamientos*, pero si hay que actuar de inmediato es menester analizar la situación y seguir las *razones* que sean contrarias a lo que la pasión representa. Y recomienda que cuando nos sentimos sobrecogidos por el miedo debemos desviar nuestro pensamiento de la consideración del peligro, teniendo en cuenta *las razones* que invitan a hacerle frente o huir de él. Y si se trata de la ira, antes de atacar, las personas se acordarán de *pensar* que es imprudente perderse y no salvarse, y que “más vale retirada honrosa que exponerse a una muerte cierta” (ibid.) De nuevo otro ejemplo de “terapia cognitiva”, ahora no conductual.

La Ética de SPINOZA -esa «catedral blanca de conceptos» (Savater)- consta de cinco partes; la tercera y cuarta están dedicadas al origen y naturaleza de los afectos, en las que, asombrosamente, el genio holandés avanza ideas sobre las relaciones entre razón y emoción que han sido confirmadas por las investigaciones neurocognitivas actuales, como enseguida se verá. He aquí una sucinta referencia a alguna de sus ideas relevantes para nuestro asunto (22):

1) «Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser» (Ética III, prop VI). Repárese, cada *cosa*: una piedra, una flor, una hormiga, tratan de perdurar, de autoconservarse, de “dar de sí” todo lo que su propia naturaleza y su entorno le permitan. Eso, exactamente, acontece con los humanos, que también formamos parte de la naturaleza y no a “un imperio dentro de otro imperio” (Ética III, Prefacio)

(23). Ese deseo de vivir constituye la esencia humana; en cuanto está a su alcance, pues una letal combinación de causas internas y externas puede acabar con ese impulso de autoconservación. Ese deseo de perdurar significa esfuerzo, potencia de obrar, que siempre se realiza en unas circunstancias exteriores a nosotros. De modo que siempre existe una confrontación entre el deseo, la potencia de obrar, y las fuerzas exteriores -físicas y sociales- que no controlamos (Ética, IV, axiomas y prop III). Las emociones, justamente, contribuyen al reconocimiento por nuestra parte de esas inevitables relaciones entre nuestro deseo y las fuerzas determinantes del entorno. Son las emociones como señales o advertencias del éxito o fracaso de nuestro deseo. Si los eventos nos son propicios experimentamos alegría, en caso contrario, tristeza. Deseo, alegría y tristeza constituyen las tres emociones básicas del ser humano. Todas las demás, hasta 48, son el resultado de las combinaciones de estas tres.

2) El deseo nos impulsa hacia cosas, metas y objetivos, pero “no deseamos algo porque lo juzguemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos” (Ética III, prop IX, Esc.). Como os figuráis, este “relativismo axiológico” provocó un gran escándalo, y continúa haciéndolo.

3) Las emociones y sentimientos se generan, pues, a través de la interacción con el ambiente. Más precisamente, a través de nuestra apreciación -subjetiva- (*appraisal*) de una situación en cuanto puede afectar a nuestro bienestar. Sentir miedo, además de la sintomatología neurofisiológica, es creer que me acecha algún peligro.

4) Esa apreciación subjetiva muestra dos cosas: primero, nuestra dependencia del entorno que evaluamos, a la que en alguna ocasión Spinoza llega a denominar “esclavitud”, y en segundo término, que, en última instancia, las emociones son productos cognitivos, resultado de ideas, creencias y pensamientos. La esencia humana, pues, es primariamente emocional, pasional, sentimental, pero la razón puede conocer y analizar las pasiones, controlarlas en suma, y así alcanzar la felicidad personal (y también de la sociedad). En el prefacio de la tercera parte de la Ética escribe Spinoza que su propósito es determinar la naturaleza y la fuerza de los afectos, y lo que «puede el alma» para moderarlos. Y en la tercera proposición de la quinta parte afirma que «un afecto que es una pasión deja de ser pasión tan pronto como nos formamos de él una idea clara y distinta». Añadiendo que «un afecto esta tanto más bajo nuestra potestad, y el

alma padece tanto menos por su causa, cuanto más conocido nos es» (ibid; corolario).

El SIGLO XVIII fue muy importante en las relaciones entre pasiones y emociones. Ya vimos antes que desde la antigüedad existía un desdén y una condena de las pasiones. En este mismo siglo ilustrado el mismísimo Kant las calificó de «cáncer de la razón» (24). Pero en el siglo XVIII se produce un cambio espectacular en la Filosofía social y política. Años antes, Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, habían comenzado a estudiar los comportamientos de los hombres tal y como estos son, no como deberían ser. Con la actitud realista del científico natural, Adam Smith en «La riqueza de las naciones» había situado en el comportamiento egoísta, en la utilidad subjetiva, desprovista de toda connotación moral, el motor del bienestar colectivo. Cada individuo, persiguiendo su propio beneficio, contribuye al bien común (previa concertación de sus intereses por la Mano Invisible). Sobrevino lo que Weber llamó la «racionalización de las pasiones»; las antes vituperadas emociones -violentas, ciegas, humorales, etc- se transforman en poderosas fuerzas impulsoras del naciente Capitalismo: se convierten en *intereses*, pasiones frías, tranquilas, ahora permeables a la racionalidad. Vico describe certeramente esa revalorización “constructiva” de las emociones: de la ferocidad, de la avaricia, y de la ambición, esos tres vicios connaturales a los humanos, la sociedad “hace la milicia, el comercio y la política, y con ellas la fortaleza, la opulencia y la sabiduría de las repúblicas”; y concluye: “de aquellos tres vicios surge la felicidad civil” (25). Por lo demás, no hay que olvidar cómo, en la obra de Ferguson, pero sobretudo en la de Adam Smith -“La teoría de los sentimientos morales”- un sentimiento, la simpatía, constituye nada menos que la base del comportamiento moral.

En el SIGLO XIX nacen las Ciencias Sociales, que en su legítima pretensión de ser “científicas” optaron por imitar -“servilmente”, dijo Dilthey- el método de las Ciencias Naturales en el que, se creyó entonces, no había mucho espacio para la afectividad y los juicios de valor. Fechner, Weber (el psicofísico), Wundt, James, no se interesaron por las emociones (salvo este último), como tampoco lo hicieron las grandes escuelas posteriores: Estructuralismo, Gestalt, Chomsky, ni desde luego, el Conductismo watsoniano. Lo que ocurrió con Piaget merece un comentario adicional. El libro de Furth (1992) “El conocimiento como deseo”, traza una imagen del gran psicólogo muy alejada del estereotipo habitual.

El propósito de Furth es “superar la disyuntiva vana entre conocimiento y emoción y presentar la interacción ineludible entre la lógica (el conocimiento) y la sexualidad (el deseo) desde los comienzos mismos del desarrollo de la formación del símbolo en el ser humano”. Piaget, escribe Furth, estudia el cómo de la acción; Freud el por qué. El cliché afirma que en Piaget “todo es lógica” y en Freud “todo es sexo”. Furth lo niega: en toda acción se encuentran implícitos un componente sexual y otro racional. También cuenta en el libro que, preguntado Piaget a sus 73 años sobre por qué se ocupaba solo de la inteligencia infantil y no de su afectividad, respondió que “obviamente para que la inteligencia funcione tiene que estar motivada por un poder afectivo... el ímpetu para hacer cualquier cosa yace en el interés, la motivación afectiva (pero) la afectividad no modifica en absoluto la estructura adquirida”; y dijo también: “al estudiar los sentimientos lo que se encuentra son estructuras de conocimiento”. En los afectos hay comprensión y percepción, o sea, cognición. Y en un artículo de 1962 sobre “afectividad e inteligencia” escribió Piaget: “No existe un estado puramente cognitivo”... pues en su más sencilla forma el afecto presupone “un elemento cognitivo”, no pudiendo decirse si uno precede al otro pues “son indisociables” (por cierto, una curiosa noticia que yo desconocía: Piaget llevó a cabo un análisis didáctico psicoanalítico durante algún tiempo y presentó un trabajo en el Congreso Psicoanalítico de Berlín, en 1922, con 26 años; allí estaba Freud) (26).

Y ya que estamos con Piaget, es oportuno traer aquí lo que Sroufe (1995) escribe a propósito del papel de las emociones y la cognición en los primeros años de desarrollo. Su argumentación dibuja la secuencia: estímulo (en un contexto determinado) * procesos cognitivos * sentimientos * conductas. Y propone la siguiente definición de emoción: “reacción subjetiva ante un evento saliente caracterizada por cambios fisiológicos, experienciales y conductuales”. La clave se encuentra en la “subjetividad” que es la que denota el tipo de relación existente entre el sujeto y su entorno. De modo que un mismo evento puede suscitar sentimientos diferentes en distintas personas o incluso en la misma persona en diferentes tiempos o contextos. No es, pues, el evento, sino su “apreciación” por el sujeto, lo que produce la emoción. Sroufe también afirma que el desarrollo emocional y el cognitivo discurren en paralelo desde los seis meses.

En la década de los años 50 advino la REVOLUCIÓN COGNITIVA y su nuevo lenguaje: esquemas,

prototipos, guiones, procesamientos diversos, sesgos, etc. Se debatió si hubo o no “ruptura paradigmática” en sentido kuhniano. Unos adujeron que la auténtica revolución fue el conexionismo de los años ochenta, en tanto otros respondían que esta escuela no era sino un regreso al asociacionismo clásico. Y, por supuesto, se desencadenó un diluvio crítico que, en lo tocante a nuestro asunto, se centró en cuestionar el total desinterés del cognitivismo por el mundo de la afectividad. Entre las razones de tan altivo desdén se citaron las dos siguientes: en primer lugar la metáfora de la mente como un ordenador hizo creer que la «lógica de la máquina» era únicamente aplicable al razonamiento, no a las irracionales y vehementes emociones. Hoy ya sabemos que el pensamiento no funciona según una lógica pura -Tversky, Kahnemann, etc-, que las emociones también poseen su propia lógica y que, desde luego, en ocasiones funcionan como razones. (El celeberrimo Goleman ha dicho que el éxito en la vida depende tanto del CE -cociente emocional- como del CI). Y en segundo término, en tanto las emociones son vivencias subjetivas conscientes, el ordenador se limita a procesar información y carece absolutamente de experiencias; por tanto, no hay lugar para las emociones.

Comoquiera que sea, y a pesar de lo anterior, es el caso que la Psicología volvió a ser la ciencia de lo que ocurría «dentro de la cabeza» (Lyons): pensamientos, creencias, pero también deseos, emociones y sentimientos. Uno de los asuntos que pareció relevante fue, precisamente, el que ahora nos ocupa: qué tipo de relación existía entre esos dos mundos polisémicos, el de la afectividad y el de la racionalidad. Pero no solo eso, la cosa se complicó aún más cuando algunos, aceptada ya la relación, investigaron cuál de ellas era primera y fundamental: si la activación meramente psicofisiológica -sin sentido alguno- o el proceso cognitivo que, al cabo, le otorgaba significado. Fue una historia muy entretenida que describe muy bien la afortunada expresión de Le Doux: unos «calentaron» las cogniciones y otros «enfriaron» las emociones. He aquí, muy sumariamente, algunos datos significativos. En 1960, Magda Arnold publica su importante libro «Emoción y Personalidad» en el que a partir de las ideas de Brentano y Husserl, establece la «intencionalidad de las emociones»: además de ser vivenciadas por «alguien», las emociones apuntan a «algo». Un sujeto aprecia un objeto, que puede ser naturalmente el propio sujeto (es la función de los metasentimientos a los que antes me refería). Y esa apreciación depende de sus cogniciones, creencias y pensamientos. (27). Des-

de entonces proliferaron las teorías del *appraisal*, más de una docena de las cuales analizan Omdahl y cols. (1995). Años después Manstead (2012) escribe que estas teorías de la apreciación fueron “la perspectiva teórica dominante en la investigación de la emoción”.

Un comentario especial merece la polémica que en los años 80 mantuvieron dos eminentes psicólogos, Richard Lazarus y Robert Zajonc sobre nuestro asunto. En el ámbito de las Ciencias Sociales, y también en el de las naturales, ha habido sonados debates protagonizados por algunas lumbreras de su tiempo: Weber, Schumpeter, Sombart y Spranger; Adorno y Popper; Skinner y Chomsky; Rogers y Skinner, etc. Pues bien, salvando las distancias, un debate muy célebre en su tiempo fue este entre Lazarus y Zajonc, llevado a cabo, todo hay que decirlo, sin demasiada acritud. En 1980, a partir del fenómeno de la «mere exposure», Zajonc afirma que las reacciones afectivas son independientes de las cogniciones e incluso que, a veces, preceden a las respuestas cognitivas. A la vez, subraya las ventajas adaptativas de esas reacciones instantáneas ante amenazas y peligros, sin esperar a análisis cognitivos previos; por tanto, los afectos preceden en el tiempo y son independientes de las operaciones cognitivas. Dos años tardó Lazarus en responderle: se equivoca Zajonc al contemplar la mente como una computadora; las emociones son resultado de la relación organismo/ambiente; la cognición es condición necesaria y suficiente para la emoción: necesaria, en cuanto la emoción no puede ocurrir sin algún tipo de pensamiento, y suficiente en tanto los pensamientos son capaces de producir emociones. La interpretación de la situación influye decisivamente en la emoción experimentada. La emoción puede tener un origen consciente o inconsciente pero el papel final de la conciencia es lo esencial. En 1984 responde Zajonc, acusándole de incurrir en círculo vicioso al definir la emoción en términos de condición necesaria de la cognición. En efecto, admite Zajonc, la emoción es independiente de la cognición ya que, por definición, la emoción exige la cognición; y vuelve a defender la primacía del afecto. En ese mismo número de la revista le replica Lazarus: en Psicología siempre hay circularidad, las definiciones son parte integral de la teoría, delimitando los fenómenos de interés; las emociones no pueden entenderse sin analizar las relaciones del sujeto con el ambiente. Si en el proceso emocional se abstrae el significado de las circunstancias, ese sujeto no reaccionará emocionalmente. Lazarus «acusa» a Zajonc de neopositivista y él se declara constructivista. Lazarus continuó con

el asunto en sucesivos artículos reafirmandose en sus tesis. (Merece la pena leer sus artículos, pues son de un elevado nivel. Si tenéis tiempo y humor os indico los números de la revista, sin los títulos, para ahorrar espacio) (28).

Como cabría esperar, otros terciaron en el debate. Por lo poco que yo sé, mi impresión es que el partido lo ganó Lazarus, pero solo es una impresión. También hay que decir que hubo quienes, hartos de la discusión, cortaron por lo sano. Por ejemplo, Pinker dijo que tras cien años de debate no puede decirse que una precede a la otra sino que hay circularidad, como ya afirmó James. Otros advirtieron que se trató de una falsa polémica, porque Lazarus y Zajonc hablan lenguajes distintos: para las emociones Zajonc utiliza «preferencias», reacciones afectivas independientes de las cogniciones, y Lazarus niega que las preferencias sean emociones; y en cuanto a las cogniciones, Zajonc sostiene que la cognición es postperceptual, es decir, es el procesamiento de la información lo que transforma esa información sensorial en cognitiva. Para Lazarus se trata de un mecanismo sensorio-perceptivo mediante el cual el sujeto adscribe significado al estímulo y lo aprecia positiva o negativamente; por cierto que esa apreciación puede ser un proceso no necesariamente consciente. En fin, cosas de la investigación básica, tantas veces al borde del bizantinismo o de perseverar en lo que llamó Lakatos «un programa de investigación degenerado» (29).

Antes de concluir este apartado, es obligado referirnos al más atrás citado Antonio Damasio, cuyas contribuciones a este debate son de suma importancia, merecedoras de toda una Tesis Doctoral. Antonio Damasio (1996, 2001, 2005, 2010) es un médico portugués, Premio Príncipe de Asturias en 2005, y Director del Departamento de Neurología de la Universidad de Iowa. Fervoroso «discípulo» de Spinoza, su estilo intelectual es resueltamente popperiano; utiliza constantemente expresiones cautelosas -probablemente, bien puede ocurrir, hipótesis plausible, hecho dudoso, aproximación provisional, etc-, lejos de afirmaciones rotundas y, menos aún, dogmáticas. Valgan tan solo unas gotas de su talento. En algún momento de la Evolución Biológica, escribe, emergió el pensamiento, y luego el lenguaje, que permitió comunicarlo. De modo que primero fue el «ser» y después el «pensar». Antes de pensar y discurrir, nuestros ancestros tuvieron que vivir, satisfacer sus necesidades elementales -¡Marx y las teorías de la jerarquía motivacional!-: comer, beber, defenderse, procrear, etc. Acciones, todas ellas, escasamente lógico-formales,

desprovistas de cualquier análisis previo y deliberación. Insiste Damasio: el sentir antecedió al pensar; somos y luego pensamos, y pensamos solo en la medida que somos. Lamenta que las teorías tradicionales contemplen las razones y emociones como «el aceite y el agua». El gran error de Descartes fue separar el alma y el cuerpo, lo que acarreó dos gravísimas consecuencias: por una parte, la conceptualización de la mente como un ordenador -sin base biológica, por tanto- desde la mitad del siglo XX, y por otra, explicar lo mental en términos exclusivamente cerebrales, sin tener en cuenta ni al resto del cuerpo ni al ambiente. Todos los fenómenos mentales deben comprenderse como resultado de la interacción entre cuerpo, cerebro (y en su seno la razón y la emoción) y el ambiente (físico y social). La emoción establece nuestros objetivos y la razón calcula los medios para alcanzarlos (que es, a mi juicio, el sentido cabal de la sentencia de Hume acerca de la razón como esclava de las pasiones, de la nota 25). De modo que, según Damasio, es dentro del marco emocional donde opera la razón. Insiste una y otra vez; en la evolución biológica las emociones existieron antes que las razones, éstas emergieron de aquellas: miedo, asco, compasión ayudaron a nuestros ancestros a adoptar las decisiones. También Damasio sostiene la teoría del *appraisal*: las emociones/sentimientos son tan productos cognitivos como otras imágenes perceptuales. No existen sentimientos ni razones «puras». La racionalidad está preñada de corporeidad y de emocionalidad: el funcionamiento de la mente depende de *todo* el organismo. Dice muchas más cosas importantes el insigne portugués: que, como dijo su maestro Spinoza, un sentimiento solo se anula con otro de igual intensidad y de signo contrario; o que, como ya dijimos, la intuición constituye una preciosa ayuda emocional al proceso de razonamiento. Hay un tema de investigación de superlativo interés: entender el miedo como lo que llama Damasio «una emoción de fondo» y analizar su conexión con nuestra «sociedad del miedo» antes mencionada. Un asunto verdaderamente apasionante.

Por último, tras esta tediosa, algo hermética, y a todas luces excesivamente prolongada enumeración, parece que cabe llegar a una conclusión: como dijo Spinoza y repite Damasio «pensamos con el cuerpo». Las emociones son complejos de respuestas químicas y neurales dependientes tanto del entorno como del aprendizaje, del conocimiento que les atribuye su significado. Es decir, la activación fisiológica es inespecífica y solo establece la intensidad del sentimiento. Es la

razón, el pensamiento, las creencias, lo que determina su cualidad y significado. Nuestros sentimientos son resultado de nuestros pensamientos. Así las cosas, parafraseando la inmortal sentencia de Kant me atrevería a decir: “sentimientos sin pensamientos son ciegos; pensamientos sin sentimientos son vacíos” (30).

4) CONCEPTO DE MIEDO

Aunque a distinta escala, al analizar el miedo también nos encontramos con problemas semejantes a los que vimos con las emociones. El primero, claro está, el de su DEFINICIÓN. Pues el término “miedo” comparte una *rejilla* semántica con otros vocablos -ansiedad, temor, angustia, fobia, pánico, terror, etc- con los que sin duda mantiene algunas semejanzas. Y hay otra complicación adicional: el miedo, además de ser entendido como emoción y sentimiento, adquiere nuevos significados al conceptualizarlo como actitud, rasgo de personalidad o contravalor (opuesto a valentía) etc. No es razonable meterse en disputas semánticas ahora, ni tan siquiera pormenorizar la tríada más estudiada: miedo, angustia y ansiedad. Son conocidas las semejanzas atribuidas a las dos últimas: serían vivencias genéricas, fluctuantes, sin objeto concreto como respuesta a una amenaza o peligro *futuro*, real o imaginario; y también sus diferencias: el correlato físico, somático, de la angustia frente a la cualidad exclusivamente psíquica de la ansiedad. Por cierto, no hay acuerdo universal en distinguir una de otra: Freud, por ejemplo, empleó el término *Angst* para ambas, y para Öhman (2008) las dos tienen base biológica. Sea como fuere, es innegable que en la Filosofía y en la Literatura la ansiedad ha sido “barrida” por la angustia (Kierkegaard, Heidegger, la náusea sartriana, etc). Por su parte, el miedo y la ansiedad comparten algunas características: ambos son respuestas hasta cierto punto “normales”, negativamente vivenciadas y variables en cuanto a su intensidad y duración (la “marca” que establece su naturaleza psicopatológica). Pero son notables las diferencias, recogidas en el DSM-V (2014). La ansiedad sería una vivencia fluctuante, negativa, sin objeto definido, orientada al *futuro*, mientras el miedo es una respuesta, asimismo negativa, vivenciada respecto a un peligro o amenaza *presentes*. El miedo tiene una referencia concreta, se especifica por sus objetos: las arañas, la oscuridad, la muerte. Eck lo expresa así: el miedo es la ansiedad (o angustia) “desangustia” por el descubrimiento de su causa. La ansiedad sería un estado mental latente a la espera de un contenido. Cuando este aparece la an-

siedad se transforma en miedo (Favez-Boutonier). Si esto es así, desde una perspectiva terapéutica es preferible sentir miedo a estar angustiado. En un sentido, el miedo tiene *su* lógica, puede ser *argumentado* -del relato saldrá si es más o menos patológico-, en tanto la ansiedad es un sentimiento hacia algo desconocido, indefinible, es un estar mal por “no se sabe qué”.

Desde el punto de vista de la EVOLUCIÓN, hace ya bastantes años, que en la senda de Darwin, los etólogos -Tinbergen, Lorenz, Eibl-Eibesfeldt-, sociobiólogos -Wilson- y más recientemente los psicólogos evolucionistas -y de esto sabe mucho el profesor Gómez Jacinto- han sostenido la existencia de comportamientos programados, innatos, resultado de la filogénesis. Es el caso ahora para los animales humanos y no humanos. El miedo deriva de un hecho evidente: el ambiente es siempre fuente de incertidumbre: en él se encuentran medios y oportunidades pero también amenazas y peligros para la vida. La Evolución Biológica seleccionó los mecanismos de reacción ante esas contingencias; pero cada especie vive en su mundo (el *umwelt* de Von Uexküll) y no todas temen lo mismo. En cada mundo existen estímulos y situaciones específicas desencadenantes del miedo aunque animales y humanos reaccionan a él de un modo extraordinariamente parecido. Le Doux (1999) califica de “asombrosa” la semejanza de los mecanismos fisiológicos subyacentes al miedo de las ratas, los humanos y otros mamíferos, o incluso de algunas aves. Entiéndase bien: hay similitud en la pauta formal de respuesta, no en el contenido; no se trata de que todos los animales reaccionen igual ante idénticas situaciones. Si, como antes quedó dicho, el sentimiento es el conocimiento de una emoción (Damasio), la vivencia del miedo supuso una gran ventaja adaptativa para los humanos; la conciencia, apunta Mora (2015) aumentó la protección del individuo, de modo que “posiblemente” ese sentimiento consciente sirvió como señal de peligro no solo para el individuo sino para todo el grupo. Con la emergencia del Lenguaje ya se pudieron discriminar unos miedos de otros y pudieron comunicarse “verbalmente” y no solo a través de expresiones faciales. Sería tentador concluir, escribe Mora, que con el Homo Habilis la emoción del miedo se transformó en sentimiento de miedo; después, hace solamente 80 o 90 mil años, surgieron los miedos sociales, y de esta manera este sentimiento llegó a constituirse como el “fantasma universal y permanente del hombre” hasta llegar a nuestra actual sociedad del miedo que ahora veremos.

Desde el punto de vista EPIGENÉTICO, en su interesantísimo texto sobre el desarrollo emocional infantil, Sroufe (1995) ha descrito las etapas que anteceden al sentimiento de miedo así como su aparición a determinada edad: entre los 10 y 15 días después del nacimiento ya se observan ciertas alteraciones en los bebés: fijan brevísimamente la vista en un objeto, y con la interrupción visual, lloran. No se trata aún realmente de miedo sino de una pura reacción refleja, sin ningún significado, independiente de cualquier contenido. Entre los cuatro y nueve meses les sobrevienen estados que podrían denominarse de inquietud, cautela, recelo o susto, antecedentes y precursores del miedo y que se explican como una reacción ante lo desconocido. Sroufe advierte aquí algo importante: esa reacción negativa ante lo extraño y desconocido perdurará toda la vida. El miedo propiamente dicho aparece a los nueve meses sucediendo a continuación las vivencias de ansiedad (12 meses), vergüenza (18 meses) y culpa (36 meses). Una precisión final importante: el desarrollo emocional es paralelo al desarrollo cognitivo.

Más atrás vimos algunos de los RASGOS CARACTERÍSTICOS de las emociones, bases biológicas, intensidad, naturaleza inconsciente, etc. El miedo, naturalmente, participa de esas características. Respecto a la BASE NEUROFISIOLÓGICA del miedo, hay un acuerdo generalizado entre los expertos -Pribram, Penfield, Le Doux, Damasio, etc- en el papel fundamental que tiene el sistema límbico, y concretamente la amígdala, en su dinámica (hay experimentos fascinantes en este campo: en la Universidad de Tokio han creado ratones transgénicos que no tienen miedo a los gatos...). El miedo varía en cuanto a su INTENSIDAD, cuestión ya aludida por Darwin cuando al tratar de sus expresiones distinguió la simple atención y temblor a causa de la sorpresa, del terror extremo y el horror. En efecto, esa gradación se manifiesta en el lenguaje ordinario mismo: nerviosismo, inquietud, ansiedad, miedo, espanto, pánico, terror... También en el DSM-V (2014) al hablar de los trastornos de ansiedad se establece una variabilidad en cuanto a la persistencia del síndrome y a su intensidad. Como otras emociones, el miedo puede tener un origen INCONSCIENTE. En una carta -la número 58- de octubre de 1674 al “muy docto” señor G.H. Schüller, ya escribe Spinoza: “los hombres son conscientes de su apetito e ignorantes de las causas por la que son determinados”. En la *Ética* (II parte, prop. XXXV) insiste: “los hombres se equivocan al creerse libres, opinión que obedece al solo hecho de

que son conscientes de sus acciones e ignorantes de las causas que las determinan”. Y en el prefacio a la IV parte repite: “los hombres son, sin duda, conscientes de sus acciones y apetitos, pero inconscientes de las causas que los determinan a hacer algo”. Freud, naturalmente, lo alabó.

Desde hace tiempo se ha venido admitiendo que no existe una “esencia de lo mental”; el contenido de la mente es heterogéneo: creencias, intenciones, imágenes, sentimientos, metasentimientos, inteligencia, memoria... e inconsciente (¿qué rasgo común hay entre un dolor de muelas y la imagen de un cocodrilo negro volando?). Dijo Lashley (1950) que una cosa es el procesamiento de información que realiza el cerebro y otra el resultado del proceso. Nuestros contenidos mentales conscientes proceden de procesamientos *inconscientes*. Los argumentos al respecto son numerosos. Johan Kihlstrom (1987) acuñó en la revista *Science* la noción de “inconsciente cognitivo”, rechazando, como Freud, la identidad cartesiana entre mente y conciencia. Ejemplos de tal inconsciente son el procesamiento, por parte del cerebro, del color, volumen, y forma de las cosas, sin que el sujeto sea consciente de ello: “el cerebro hace cosas que no sabemos que las hace”. Magda Arnold (1960) escribe que las emociones son apreciaciones mentales del daño o beneficio potencial de una situación que induce al sujeto la evitación o aproximación al estímulo apreciado; añadiendo que puede ser que eso ocurra de modo inconsciente pero que sus efectos queden grabados en la mente como sentimientos. Según Rubia (2009) la amígdala, a cuya función clave se aludió antes, puede activarse sin que esa estimulación se haga consciente. De modo que las señales amenazantes para la supervivencia llegan antes a la amígdala que a la conciencia, facilitando así una respuesta adaptativa rápida, inconsciente, ante una emergencia. Ante un peligro inminente, en efecto, el análisis y la deliberación pueden ser letales (como alguien dijo, la Selección Natural fijó aquello de disparar primero y preguntar después). Las emociones no evolucionaron como sentimientos conscientes, ni mucho menos diferenciados lingüísticamente, sino simplemente cómo estados cerebrales seguidos de respuestas físicas. Ambos -estados cerebrales y respuestas físicas- fueron los hechos fundamentales de las emociones. El sentimiento consciente vino después como “el ornamento que recubre las emociones” (Le Doux). Todo lo cual es coherente con la actual revalorización de formas no argumentativas de la racionalidad tal y como sostiene Gigerenzer (2008); allí, además de afirmar que la

mayor parte de nuestra vida mental es inconsciente y ajena a la lógica formal, defiende el valor epistémico de las “corazonadas” en detrimento de la reflexión, la decisión racional, la argumentación, etc.

Como quedó dicho más atrás al hablar de la UNIVERSALIDAD de las emociones, tanto evolucionistas como culturalistas coinciden en identificar al miedo como emoción universal y así queda reflejado en las distintas listas de emociones básicas. Es esta una emoción que satisface cumplidamente los que Otto Klineberg denominó “criterios de confiabilidad” de un motivo: base biológica, continuidad con la conducta animal y universalidad. Le Doux (1999) señala cómo el término miedo está presente en todas las lenguas y Eibl-Eibesfeldt afirma que el hombre comparte con los animales el sentimiento de miedo -“es una de las criaturas más miedosas”- pero, además, le atenazan miedos específicos, existenciales, a causa de su intelecto; y, en fin, el gran Bertrand Russell, en su obra “¿Por qué no soy cristiano?” escribe “El miedo es la base de todo: el miedo a lo misterioso, el miedo a la derrota, el miedo a la muerte. El miedo es el padre de la crueldad y, por lo tanto, no es de extrañar que la crueldad y la religión vayan de la mano”.

Respecto a los TIPOS, hay que decir que el miedo “será uno” -de hecho todos comienzan en la amígdala y se diversifica consciente o inconscientemente después-, “pero se dice de muchas maneras”. En la Historia de nuestra especie surgieron distintos tipos de miedos según los sucesivos cambios del entorno. Existen, por tanto, muchas modalidades del miedo (a finales del siglo XIX había catalogados hasta 202 tipos de fobias). Hay *miedos normales, naturales, adaptativos*, que nos previenen de conductas temerarias, como respuesta a amenazas y peligros para la supervivencia: miedo “en y a” la oscuridad, al dolor, a las catástrofes naturales, etc. (Hace algún tiempo escuché una magnífica conferencia al Director de esta Revista, sobre el miedo desde el punto de vista evolucionista, con observaciones muy inteligentes acerca de la función de los miedos en nuestra especie; el porqué del miedo -pánico, diríamos, compartido con nuestros parientes los primates- a las serpientes. También explicó el profesor Gómez Jacinto el miedo a lo desconocido, al agua, a las alturas, y cómo los urbanitas nos protegemos de peligros que ya no existen y no de los que abundan en nuestra vida cotidiana). Hay *miedos aprendidos*, directa o vicariamente, hacia multitud de cosas: a los dioses -esos hijos del miedo-, a los extraterrestres, a los mercados, a la pobreza, miedo de la prostituta a la mafia que la explota, al

inmigrante que huye arriesgando su vida... Hay *miedos urbanos*; Marino Pérez Álvarez (en Domínguez, 2002), en un valioso trabajo muestra cómo este sentimiento está inscrito en el “alma” de la ciudad; que nos protege, sin duda, pero que también genera sus propios miedos. En una encuesta realizada en 2008 en diez grandes ciudades -ninguna española- sus habitantes declaraban tener miedos: en Tokio 97,7 %, Nueva York 90 %, Moscú 99,6 %, Londres 74,7 %. Las mujeres (92,2 %) aparecían como más miedosas que los hombres (88,1%) y los de mayor edad y niveles socioeconómicos más bajos declaraban tener más miedo que los más jóvenes y los de nivel socioeconómico medio-alto. También existen *miedos irracionales*. En la “Tabla Rasa”, Pinker comenta los miedos a “alimentos artificiales” y modificados genéticamente, procedentes de la modalidad del periodismo “cancerígeno del día”, que, como en tantas otras ocasiones, en absoluto coinciden con peligros objetivos. En este capítulo se encuentran las numerosísimas fobias antes mencionadas que encubren conflictos que los psicólogos tratan de desvelar. Hay *miedos sagrados*. Dice Tito Livio que los griegos honraban al dios del Temor (Deimos) y del Miedo (Fobos). Y los romanos dedicaron santuarios al dios Pavor. La divinidad como Poder Aterrador, cuyo máximo atributo es la cólera, divina, naturalmente. Existen *miedos colectivos*, y epidemias de pánico. Todos recordaréis el famoso episodio radiofónico protagonizado por Orson Welles el 31 de octubre de 1938. Ese día emitió desde la CBS la supuesta invasión de alienígenas -una adaptación del libro de H.G.Wells- en una aldea cercana a Princeton. Harry Cantril, un notable psicólogo social USA, publicó dos años más tarde una apasionante obra subtitulada, precisamente, “Un estudio de la psicología del pánico”. Más de un millón de personas creyó realmente en la invasión, y cientos de miles huyeron aterrados entre gritos y llantos. Por cierto, que el autor entrevistó a 135 de ellas descubriendo que un buen número buscó refugio en compañía de un grupo de congéneres, en tiendas, edificios y cafeterías. Años después, Schachter y Singer lo confirmaron: en situaciones de miedo, la gente prefiere la compañía de otros a estar sola. Un interesante hallazgo psicosocial: y, ya sabéis, “todos unidos contra el terrorismo”, sectas religiosas apiñadas ante el fin de los tiempos, etc. Entre algunos de estos miedos colectivos, el rumor ostenta un papel fundamental, como ya demostraron los textos clásicos de Allport y Postman -Psicología del Rumor, 1948- y de Edgard Morin -El rumor de Orleans, 1969-. Barbalet (1998) llama “climas emo-

cionales” a las vivencias colectivas de cierta duración. Climas que pueden ser nacionales e internacionales (y, como no, autonómicos); por ejemplo, el periodo de la Guerra Fría tras la Segunda Guerra, el crack del 29, la crisis del 2008...etc.

En cuanto a los EFECTOS del miedo, desde hace siglos se han venido mostrando sus devastadoras consecuencias. En el Libro del Buen Amor (verso 1381) escribe el gran Arcipreste: “las viandas preciadas con miedo son agraz / todo es amargura do mortal miedo yaz”. Montaigne (2007, libro I, cap XVII) observa: “Quienes viven aterrados viven en continua angustia, dejan de beber, de comer, de descansar. Otros se culpan, se ahogan o arrojan al vacío, mostrando que el miedo es incluso más importante e insoportable que la muerte”. Dice Don Quijote a su escudero “el miedo que tienes te hace Sancho que ni veas ni ayas a derechas porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos”. Una abundante literatura, empírica y experimental, ha demostrado, según su intensidad, los deletéreos resultados del miedo, tanto en animales no humanos como en el hombre. Consecuencias *fisiológicas* ya descritas por Darwin -alteración de la expresión facial, descontrol de esfínteres, palidez, etc-; también *cognitivas*, pues el miedo suscita pensamientos negativos, a menudo obsesivos; hay un estrechamiento de la atención y se acortan los tiempos de reacción, dificulta y aún impide el procesamiento claro de la información, etc. Y, desde el punto de vista *conductual*, el miedo determina comportamientos paralizantes, de evitación, huida y ataque -“unas veces nos pone alas en los pies, otras nos deja clavados y trabados” (Montaigne).

Y, en fin, la EXPRESIÓN del miedo depende del *contexto*, la *cultura*, la *sociedad*, la *situación*, etc. Tan solo una recomendación: que leáis el extraordinario libro del insigne profesor del Colegio de Francia, Jean Delumeau (1989). En él cuenta la historia del miedo desde mitad del siglo XIV hasta 1800. Toda la obra es interesante, pero hay que leer atentamente el capítulo 20, sobre “el miedo a las mujeres”. El libro de Delumeau concluye en 1800. Pero algo hay que decir, aunque sea brevemente, sobre el papel del miedo en nuestras sociedades actuales, las llamadas SOCIEDAD DEL RIESGO / SOCIEDAD DEL MIEDO. El DLE define el riesgo como “contingencia o proximidad de un daño” y se admiten como sinónimos, entre otros, azar, suerte, fortuna, desgracia y peligro. En 1986 se publica en Alemania un libro de extraordinario impacto: “La sociedad del riesgo”, de Ulrich Beck. Aparecieron después varias

obras sobre el mismo asunto: “Riesgo y sociedad” (1987), “La construcción social y cultural del riesgo” (1987) y “Riesgo, organización y sociedad” (1991), a los que siguió una copiosa literatura. La tesis de Beck, telegráficamente expresada, era la siguiente: el espectacular desarrollo de la tecno-ciencia ha traído a las sociedades industriales contemporáneas, junto a innegables progresos, unas consecuencias imprevistas, resueltamente negativas. Un poderoso elemento se ha introducido en el seno mismo de esas sociedades: la presencia constante de eventos y sucesos amenazantes, para cuya solución es difícil recurrir a medios tecno-científicos al ser precisamente estos los que provocan los peligros. La retahíla de infortunios es bien conocida: Chernobil, Fukushima, armas químicas, calentamiento global, SIDA, vacas locas, ébola, carnes rojas (!) etc. Incertidumbre e inseguridad, miedo, en definitiva. Pero hay más. Desde hace un tiempo, nuestra sociedad viene siendo descrita en términos sobrecogedores y aún pavorosos; se anuncia el Fin: del libro, la lectura, los tiempos, la Historia, la certidumbre, las ideologías, la ciencia, el poder, el fin de los hombres, de la educación... (todos son títulos de libros). Los más acreditados analistas sociales contemporáneos, desde Sennett, Baumann y Giddens a Sloterdij, Gray, Castells o Lipotvesky, vienen diagnosticando las desventuras que nos afligen. Por ejemplo: desesperanza, confusión identitaria, indignación, explotación, corrupción, racismo, paro, gigantescos contrastes entre riqueza y miseria, antítesis entre integración/fragmentación, codicia/solidaridad, universalismo y particularismo, complejidad social y simplificación mediática, etc, a lo que cabe añadir la pérdida de autoridad de Instituciones otrora prestigiosas: Iglesia, Partidos, Sindicatos, Familia, Religión, Gobierno, Universidad, etc. En efecto, “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Todo lo cual ha contribuido a lo que se ha denominado la “sociedad del miedo” (“El país del miedo”, titula Isaac Rosa su excelente novela). Un miedo *ontológico* resultado de la acumulación de los miedos particulares de cada cual: al paro, a la pareja violenta, al terrorismo, a la soledad, al colesterol... El miedo ya sabemos que es la emoción más contagiosa, y aumenta con la interacción de las personas. En esa sociedad del miedo, en ese marco interpretativo (Lakoff), operan los Medios, esos “fabricantes del miedo” (J. Estefanía). Sin embargo, algunos entrevén alguna esperanza: en un libro reciente, Francisco Mora (2015), aceptando lo anterior, afirma que el miedo, al cabo, está dentro de nosotros, en nuestro cerebro, y cree

que si el miedo es un producto del cerebro, las neurociencias podrán erradicarlo en las sociedades humanas. El título del libro del profesor Mora es “cauteloso”: “¿Es posible una cultura sin miedo?”. Su análisis del miedo se nos antoja un tanto, digamos, unilateral, incluso reduccionista. El profesor Mora es un acreditado Catedrático de fisiología humana y analiza el tema desde su propio lenguaje. Los sentimientos son respuestas a situaciones externas a las personas, son resultado -como quedo dicho más atrás- de la relación entre el individuo y el ambiente. El cerebro, sin duda, es (una) parte del problema, y es indispensable conocer sus mecanismos. Pero la otra parte la deben investigar otros saberes. El profesor Mora es consciente de ello cuando, bien que sumariamente, solicita la intervención de la Filosofía, la Sociología, e incluso de las ideas budistas.

Y ¿qué decir respecto a la PSICOLOGÍA SOCIAL? Prácticamente nada; salvo las excepciones del viejo Otto Klineberg. Stoetzel y Sabini, y algún otro muy recientemente, ha sido un tema desdeñado por nuestra querida disciplina. Una prueba más reciente de ese desinterés es, por ejemplo, la siguiente: Rom Harré y W.G. Parrot editaron en 1996 una obra titulada “The Emotions”, analizando sus determinantes biológicos, sociales y culturales. Es un buen texto que, si no he leído mal, menciona una sola vez al miedo -en el artículo de Oatley- a propósito de las funciones comunicativas de la emoción. Sí figuran la vergüenza, la culpa, la pena, la timidez y el asco.

5) EL MIEDO A LA MUERTE

Tenemos miedo a muchas cosas y, entre ellas, seguramente el miedo a la muerte propia. Seguramente, porque, como enseguida se verá, hay quienes dicen que nunca piensan en la muerte. Cita Savater en su Diccionario Filosófico (1995) un documento hallado en una tumba de Mesopotamia hace 5000 años que contiene los juicios del autor sobre la existencia misma: allí se denuncia la arrogancia de los poderosos, la soberbia y brutalidad de los militares, la codicia de los comerciantes, y, cómo no, la infidelidad y la maldad de las mujeres. Y asimismo, se lamenta la brevedad de la vida, el miedo a la muerte y la incertidumbre de cómo y cuándo sobrevendrá. También aparece el miedo a la muerte en la Leyenda de Gilgamesh cuando éste toma conciencia de su propia muerte al ver la de su amigo Enkidu. La muerte está omnipresente en el Génesis, y en la defensa de Sócrates, Platón escribe que los hombres

temen a la muerte “como si tuvieran la certeza de que sea el mayor de todos los males”; Aristóteles, en la Ética a Nicómaco, afirma que de todas las cosas malas que tememos -la pobreza, la enfermedad, la falta de amigos- «lo más terrible es la muerte». Varias veces aparece en De Rerum Natura (31) y según el Arcipreste de Hita «con el miedo de la muerte la miel non es sabrosa / todas las cosas amargan en vida peligrosa» (verso 1380). Y Hobbes (Leviatán, cap 12) cita ese «miedo perpetuo» que siempre nos acompaña. Hay excepciones, naturalmente: Santa Teresa no solo no la temía sino que la anhelaba (32).

Nadie sabe qué pensaban sobre la muerte Lucy hace 3,6 millones de años caminando erguida por el suelo de Tanzania, o nuestros ancestros de Atapuerca hace 600 mil. En lo que sí parece haber acuerdo es que en algún momento del proceso de hominización el hombre descubrió su finitud, surgió el miedo a la muerte y, a partir de entonces, adquirió la categoría de sentimiento universal en sentido antropológico-cultural (33). Un miedo que incorpora tanto la certeza de nuestro final como la incertidumbre acerca del cómo y cuándo. Y, como toda emoción, también el miedo a la muerte varía en intensidad, desde una ligera aprensión en espera del resultado de una analítica rutinaria, hasta la angustia insoportable una vez se confirma un diagnóstico fatal. Para Jankelevitch (2002) el miedo a la muerte es causa de «la angustia de las angustias, es angustia elevada a la máxima potencia». (34)

Para temer algo, claro está, hay que pensar en ese algo, pero sí, -insisto en el condicional- si son verdad las respuestas a determinadas encuestas, no todo el mundo piensa en la muerte, ni, desde luego, lo hace de modo recurrente; por lo tanto, no la teme, al menos conscientemente. En efecto, desde el punto de vista verbal, consciente, las personas, en Occidente, generalmente no piensan en la muerte (Lester), la mayoría de los individuos no piensan en ella (Mira i López); en ancianos USA el miedo a la muerte «se observa muy rara vez» (Weissman y Kastembaum), se piensa en ella pero nunca se habla abiertamente (Strauss); en USA solo el 25 % de las mujeres y el 20 % de los hombres tenían pensamientos recurrentes sobre la muerte, pero con una muestra de 240 ancianos USA la muerte era su preocupación esencial (Wolf).

Desde los años 60, el ahora denominado CIS incluyó muy ocasionalmente alguna pregunta sobre las actitudes ante la muerte: en 1997 (estudio 2245), a la pregunta ¿qué temas cree usted que más preocupan a

las personas mayores? los encuestados respondieron: la soledad (73,7 %), la enfermedad (38,2 %) y la muerte (11 %). En 2002 los datos fueron los siguientes: pensaban en la muerte con frecuencia el 14,1 %, algunas veces el 41,7 %, casi nunca 25,2 % y nunca 18,6 %. O sea, el 55,8 % pensaba en la muerte con frecuencia o algunas veces, y nunca o casi nunca el 43,8 % (Una advertencia importante: los investigadores empíricos están de acuerdo en que con preguntas directas casi nadie declara tener miedo a la muerte o pensar en ella; en cambio con técnicas indirectas, por ejemplo con técnicas proyectivas o de asociación de ideas, sí aparece ese miedo, pero ya sabemos las limitaciones de las técnicas indirectas).

Hay diversas razones explicativas de ese «no pensar consciente» en la muerte. En primer lugar, recordad el conatus spinoziano (cada ser, en cuanto está a su alcance...). En cuanto está a nuestro alcance cada uno trata de existir, de dar de sí, de durar. Los humanos, constitutivamente, no deseamos nuestra propia destrucción. Son las circunstancias las que, en su caso, nos derrotan y truncan nuestro deseo de vivir. Además, hay precondiciones cognitivas de los sentimientos, como vimos más atrás; entre ellas, las creencias apreciativas acerca de la distancia espacio-temporal del objeto de la emoción (Arnold, 1960; Greespan, 1988). Con una esperanza de vida superior a los 80 años y el pronóstico de que se irá ampliando más, mucha gente contempla la muerte como algo muy lejano, como algo que no está ni aquí ni ahora (35). Y ya sabemos, por añadidura, que nadie se cree, en el fondo, su propia muerte. En tercer lugar, también ayudan las circunstancias. La gente muere en la cama y, todavía, son noticia los accidentes mortales y las muertes violentas. En los medios aparece la muerte ajena, de los otros, y las estrategias sociales de ocultación nos evitan su presencia. En cuarto lugar, las exigencias de la vida actual para la población activa son incompatibles con el paralizante pensamiento sobre la muerte: trabajo, prisa, más de tres horas diarias de TV, otro tanto -aproximadamente- en las redes ¿quién tiene tiempo para meditar sobre su finitud? Por último, carecemos de experiencia acerca de nuestra muerte -todos somos aprendices, decía Montaigne-. No podemos vivenciarla (si está ella no estoy yo, etc).

Puede haber, sin embargo, distintos grados de cercanía o de proximidad a la vivencia de la muerte (Ferrater, 1979): sensaciones del tipo «creí que me moría», fusilamientos frustrados, muertos «resucitados»; o cuando se contempla a la muerte como salida de una situación intolerable: el «suicidio lúcido» debe

aproximarse mucho a la experiencia de la muerte. Adivinos, videntes, nigromantes, brujas, hechiceros, astrólogos, psiquiatras (¡Szondi!), han desarrollado desde hace siglos una floreciente industria para pronosticar la muerte. Hoy la Ciencia ha sustituido a esa patulea irracional que, por cierto, no ha desaparecido del todo, ni mucho menos. Así, por una cantidad no excesiva (solo unos 600 euros) dada la trascendencia del caso, una empresa islandesa llamada Decode, confecciona, a través de una muestra de saliva, el perfil genético de la gente, incluyendo la probabilidad de contraer graves enfermedades: cáncer, diabetes, Alzheimer, etc, hasta 29. Los expertos dudan de su valor predictivo -prescinde de las circunstancias del yo-, aunque creen que en el futuro la técnica se perfeccionará y será de suma utilidad (?). Y por lo que respecta a la muerte del otro, tampoco, obviamente, podemos experimentarla; como dice Heidegger, sólo podemos *asistir* a la muerte ajena; la podemos ver -¡el cadáver!-, nos entristecemos, nos alegramos o nos da igual. Y eso es todo.

Siendo muy generosos, lo que más se aproximaría a una teoría psicológica del miedo a la muerte es la que propuso Ernest Becker (2003) en el libro antes citado. En el prólogo, Sam Keen afirma que la teoría de Becker incorpora cuatro ideas fundamentales: 1) el mundo, incluida la muerte, la naturaleza y la sociedad es, sencillamente, aterrador (sic.); 2) la motivación básica del ser humano es negar o defenderse de ese terror fundamental; 3) ese “miedo terrorífico” es, por una parte, reprimido en el inconsciente y, por otra, sublimado mediante la creación artística, científica, la búsqueda de riqueza, procreación, etc.; 4) la lucha contra el mal del mundo aumenta el miedo a la muerte (?). El propio Becker afirma que éste es un sentimiento universal que aterra a los hombres más que ninguna otra cosa. Dice inspirarse en ideas de Otto Rank y Gregory Zillborg -dos psicoanalistas- aceptando su tesis fundamental: el miedo a la muerte es omnipresente en nuestro funcionamiento mental; es un miedo normal pero inconsciente, y comparte con Zillborg la idea que ya nos es conocida: nadie se cree su propia muerte. Hay más explicaciones psicoanalíticas: las de Norman Brown hace decenios o aquellas que derivan el miedo a la muerte de la angustia infantil tras el abandono, por momentáneo que sea, de la madre. Otros, en fin, han propuesto explicaciones menos complicadas; que el miedo a la muerte es innato, análogo a un simple reflejo incondicionado, o que es un miedo aprendido al contemplar la muerte de otros.

¿Y qué pasa con la medida? Algunos, ignorando

la sabia advertencia -todo lo real se puede medir, pero no todo lo medido es real-, se han aventurado a cuantificar el miedo a la muerte -el consciente, claro-. Sin apenas reflexionar sobre lo que hacen, pues no distinguen correctamente entre las variables: la muerte y el morir (death and dying), muerte propia y ajena, miedo a lo desconocido, al castigo en el más allá, miedo normal y patológico, miedo a la soledad del moribundo (Elias), a perder la conciencia, a devenir un cadáver o a qué le pasará a los familiares dependientes... El caso es medir, utilizando un buen surtido de técnicas: inventarios, cuestionarios, entrevistas, escalas de distinto formato, asociación de palabras, completar frases, análisis de sueños y pesadillas (sic.), redacciones escritas, adaptaciones del TAT de Murray, respuestas fisiológicas. Las muestras, en lo que se me alcanza, las habituales: un pequeño número de sujetos, estudiantes en el esplendor de la vida, enfermos de cáncer y del corazón, portadores del virus VIH. Los resultados de las investigaciones -desconozco si hay alguna española- son escasamente sorprendentes unos, triviales otros, y la mayoría inconsistentes o contradictorios. Por ejemplo, las mujeres piensan y tienen más miedo a la muerte que los hombres, la gente tiene distintas representaciones o imágenes de la muerte: figuras macabras, físicamente repulsivas, desdentadas, podridas, etc.; a veces la muerte se personifica en una figura alegre y seductora (?) más vieja que el respondente. Unos la imaginan del sexo femenino y otros del masculino... y ¡la bomba!: portadores varones del virus VIH mostraban más miedo a la muerte que sus congéneres sanos.

Un comentario aparte merece el trabajo de V. Florian y M. Miculincer (2004). Desde 1979, Florian -un judío israelí- ha desarrollado un proyecto de investigación (?) centrado en el terror (no simple miedo) a la muerte. Comencé a leer su artículo con interés pero me fue decepcionando, e incluso irritando, hasta su conclusión. El comienzo es brillante: a partir de los supuestos de la TMT formulan tres preguntas: ¿qué hay de terrorífico en la muerte propia? ¿cómo se expresa ese terror, consciente e inconscientemente? y ¿cuál puede ser una correcta (?) conceptualización de la muerte? A mi modesto entender, el artículo es muy deficiente. El modelo teórico (?) con sus tres dimensiones no está justificado, no hay teoría que guíe la elección de unos ítems y no otros en las escalas, incluidas las derivadas del TAT. Los autores utilizan muestras de estudiantes USA, israelíes y soldados de este país, con conclusiones sobremanera anodinas; por ejemplo: que la muerte

es una entidad multidimensional con significados múltiples en distintos niveles de conciencia (?) y es cognitivamente representada de modos diversos; o esta otra: las creencias religiosas alivian la intensidad del miedo a la muerte y (con muestras de estudiantes USA), encuentran diferencias significativas entre budistas y protestantes en cuanto al miedo al castigo en el más allá; con sus propias palabras: «diversos grupos religiosos asociaron distintos significados a su muerte, y temían a la muerte por diferentes razones». Florian falleció hace poco, y no está bien hablar mal de los muertos. Leed el artículo y quizá le encontréis virtudes epistémicas o metodológico-técnicas.

6) ACTITUDES Y MECANISMOS DE DEFENSA ANTE LA MUERTE

Las respuestas subjetivas ante el miedo a la muerte son heterogéneas y de conciencia variable. En la literatura psicológica se han descrito varias actitudes (Casey, Leonetti, Elias, G^a Sabell, Languer...): desde su desafío directo, por ejemplo, practicando deportes de altísimo riesgo, hasta trabajar obsesivamente (morir al pie del cañón), desde el suicidio hasta el humor o los «viajes artificiales». Otros, al serles anunciada la muerte a corto plazo, intelectualizan el miedo y escriben relatos como recientemente han hecho Toni Judt, Henning Mankell, Oliver Sacks o Santiago Castelo. Y, desde luego, en este capítulo se deben incluir los celeberrimos mecanismos de defensa.

La noción de mecanismos de defensa del yo la introdujo Freud en Psicología en 1884, en un trabajo titulado «Las neurosis de defensa»; se trataba de una operación mediante la cual el sujeto mantiene pensamientos y sentimientos dolorosos fuera de su conciencia. En otras obras vuelve a referirse a ellos: «Más allá del principio del placer» (1920) y «El yo y el ello» (1923). En 1926, en «Inhibición, síntoma y angustia» los define como aquellas técnicas utilizadas por el yo para superar los conflictos que pueden llevarle a la neurosis. En 1936 su hija Ana publicó su famosa monografía «El yo y los mecanismos de defensa», ampliamente utilizada después no solo en la literatura psicoanalítica sino en otros ámbitos psicológicos como la Psicología de la Personalidad, Cognitiva, del Desarrollo, etc. Incluso la «imperialista» Psicología Evolucionista, a partir de premisas neodarwinianas, han incorporado a sus intereses el estudio de estos mecanismos como el engaño y el autoengaño tal y como revela el libro de Robert Trivers «La insensatez de los necios» (2013). Como sabéis, Trivers es un

prestigioso autor, una auténtica autoridad en el campo sociobiológico (la Teoría de la inversión parental). Su tesis fundamental es que la evolución biológica ha seleccionado estos mecanismos de engaños y autoengaños por sus ventajas adaptativas (para Pinker todos los mecanismos de defensa son tácticas de autoengaño). El autoengaño sería previo requisito para engañar a los otros. La lucha por la existencia darwiniana, la implacable competición por el éxito reproductivo -recordad que para los neodarwinistas somos simples máquinas portadores de genes-, proporcionó ventajas al engañador y esa herencia genética -en absoluto consciente- es la que todavía funciona entre nosotros.

La investigación de los mecanismos de defensa es superlativamente difícil. El sujeto, voluntariamente o no, puede sesgar sus respuestas deformándolas mediante mecanismos defensivos adicionales, en un proceso inacabable (Cramer, 2000). No obstante, para García Sabell (1994) son en última instancia ventajosos pues, gracias a ellos, nuestra existencia en situaciones difíciles se vuelve soportable. Comoquiera que sea, parece haber una jerarquía en ellos en cuanto a su eficacia terapéutica: los hay relativamente válidos, como la sublimación; de menor valor, como la represión o la idealización; y prácticamente inútiles, como la racionalización y la negación. Dicho de otro modo: cuanto menos lucidez mental tenga la persona es tanto más probable que utilice mecanismos ineficaces; es normal que un niño emplee la negación, pero no un adulto. Y, desde luego, es decisivo aquí el factor tiempo: mecanismos de defensa de cierto éxito a corto plazo pueden desmoronarse a medio o largo plazo y causar la ruina psicológica del sujeto.

De lo que se trata ahora es de considerar a la Esperanza como un mecanismo de defensa, aunque no sea citada en los textos especializados. Ante todo, es necesario precisar el significado del término pues se la ha identificado con otros vocablos -convicción, confianza, presunción, ánimo, deseo, promesa, ilusión, fe, anhelo, optimismo, etc-, con los que, sin duda, mantiene un parecido, pero también matices diferenciales. Según el DLE (2014) un «deseo» es un movimiento afectivo hacia algo que se apetece; una «expectativa» es la esperanza de realizar o conseguir algo, y también, la posibilidad razonable de que algo suceda; y, en fin, la «esperanza» es un estado de ánimo que surge cuando se presenta como algo alcanzable lo que se desea. Y también, y esto es importante, según la doctrina cristiana, virtud teologal por la que se espera que «Dios dé los bienes que ha prometido». Ob-

viando ahora las evidentes tautologías entre los tres vocablos, resulta más útil puntualizar los siguientes extremos (Olson y otros, 1996):

1) La esperanza puede ser contemplada como una actitud, una creencia, una emoción (una emoción «intelectual» la denomina Averill, 1996), y, como dije antes, un mecanismo de defensa.

2) La esperanza es una creencia acerca de un futuro estado de cosas; un mecanismo psicológico que trata de predecir el futuro, y en este sentido posee una base adaptativa: la evolución favoreció a aquellos organismos que formularon predicciones (acertadas) acerca de contingencias futuras (Dennett). Pero si esto es así, va de suyo que la esperanza nunca puede ser refutada desde el presente.

3) La esperanza puede tener consecuencias cognitivas y afectivas: positivas (ilusión), negativas (depresión si se frustran) y conductuales (ya que su contenido orienta el comportamiento).

4) Hay, entre otras, tres propiedades de la esperanza relevantes para nuestro tema: en primer lugar el *grado de probabilidad* de ocurrencia atribuida por el sujeto, y que oscila entre lo meramente posible a la certeza (fe); en segundo término, la *importancia*, el interés del objeto de su expectativa para la personas (por ejemplo, la salvación eterna); finalmente, el *consenso* acerca de la esperanza en cuestión: ver que otros la comparten confirmaría la creencia de tal modo que, en última instancia, se la tomará como verdadera (todos lo esperan o creen...).

Una última puntualización: en lo que sigue me referiré a la Esperanza en su significado, precisamente, de virtud teologal, es decir, como expectativa de que Dios nos dé los bienes prometidos, como por ejemplo la inmortalidad en el Cielo. Por lo tanto, y eso me importa subrayarlo, no trataré de la esperanza en su significado, vale decir, profano, laico, terrenal, como esa actitud de superación personal, de afrontar las calamidades, de luchar en procura de un mundo de libertad, igualdad y fraternidad, etc. Se trata, simplemente, de la Esperanza en que existe, tras la muerte, otro mundo, otra vida, en suma, la Inmortalidad (35).

7) EL MÁS ALLA Y LA INMORTALIDAD

En un bien conocido pasaje de la Crítica de la Razón Pura escribe Kant: “todos los intereses de mi razón (tanto los especulativos como los prácticos) se resumen en las tres cuestiones siguientes: ¿qué puedo

saber? ¿qué debo hacer? ¿qué puedo esperar?”. Las tres han sido, y son, preguntas recurrentes en nuestra Historia, pero ahora nos interesa solo la última.

D. Sperber, en su epidemiología de las ideas, creencias y representaciones socioculturales, mostró hace unos años cómo algunas se aceptan y difunden más fácilmente que otras. La creencia en la inmortalidad, en un más allá, en alguna de sus múltiples formas, es un «meme» universal, lo que es fácilmente comprensible... El hombre no quiere morir, quiere vivir cuanto está a su alcance, y todo aquello que le desmienta su trágico destino será recibido con alivio y esperanza. Así, entre 1200 y 1800 a.C., como ya se vio, aparecen en el poema de Gilgamesh los grandes asuntos de la vida: amor, poder, amistad, guerra, muerte e inmortalidad. Entre las distintas interpretaciones del Poema, Lara (1992) afirma que su «mensaje último» es la consecución de la inmortalidad a través de la realización de obras perfectas que trasciendan los tiempos: la Fama, la Gloria, como formas de ella (eso mismo hemos repetido, dijeron Schopenhauer y la TMT). Y no solo esta Epopeya: el Libro de los Muertos de los egipcios, el Libro de Samuel, la Odisea, la Eneida, los Evangelios (Lázaro, Jairo), La Divina Comedia, Fausto, etc, delatan ese incurable deseo de los mortales. Lo demuestra así mismo la existencia de sepulturas y ritos prehistóricos en distintas civilizaciones y culturas, desde los aztecas a las tribus primitivas africanas, tal y como, por ejemplo, documenta Sir James Frazer, en su ya citado libro «La rama dorada».

Limitándonos a nuestra tradición cultural, tanto Ferrater Mora (1947, 1979) como Erwin Röhde (1995) han documentado algunos de los momentos históricos decisivos en nuestro asunto. De entrada, es muy útil la distinción de Ferrater entre las ideas de supervivencia e inmortalidad. La primera se refiere, meramente, a la perduración «terrenal» en el tiempo de las distintas cosas de la realidad: piedras, árboles, peces... La segunda denota que, además de perdurar, en los humanos existe alguna entidad -alma, espíritu, sombra- que continúa viviendo tras la muerte del cuerpo en una suerte de vida eterna. Así las cosas, son fascinantes los sucesivos pasos que históricamente han conducido desde la simple supervivencia de la mentalidad primitiva a la creencia posterior en la inmortalidad en un mundo ultraterrenal. En algún momento de la evolución humana, nuestros ancestros, quizá tras soñar con los muertos, pensaron que había otro mundo con una vida semejante al de éste. En los sepulcros, junto al cadáver, se depositaban ropas,

utensilios y alimentos. Escribe Lara Peinado (1992, LXXVI) que en las culturas mesopotámicas la religión se manifestaba esencialmente en torno al miedo a la muerte «que gravitaba sobre todos los actos de la vida». Tras el fallecimiento, el cuerpo parecía comido por los gusanos, aunque una minúscula parte -el «ilu»- perduraba en un más allá en verdad terrorífico: un lóbrego lugar lleno de tinieblas y de polvo (el aliento del difunto) bajo la vigilancia de dioses infernales. Esta idea del castigo de las almas en una región infernal es un «meme» muy extendido: Hades, Tártaro, Averno, Infierno...

Pero, ciñéndonos a nuestra propia Historia, el momento clave en este tema pertenece, sin duda, el mundo clásico griego. Rhöde nos lo cuenta a lo largo de más de 650 páginas que resumiré en imposible tarea. El relato comienza con Homero. Tras la cremación del cadáver, su alma -en el sentido de aliento- vuela hacia el Hades, un tenebroso lugar, reino de las sombras, donde literalmente no existe nada, ni siquiera dioses. Es impropio, subraya el gran helenista, hablar tanto de vida inmortal como de Esperanza: esas sombras no «viven» realmente ni jamás retornan al mundo de los vivos. Se desconoce qué factores intervinieron en la Poesía griega de los siglos VIII y VII para que surgiera la nostalgia de un más allá que cristalizó en los Misterios de Eleusis, otra etapa decisiva en nuestro relato. Se trataba de una religiosidad secreta, iniciática, sectaria. Ya en el siglo VII, cuando Eleusis se unió a Atenas, se amplió el número de creyentes, alcanzando la religiosidad eleusina un rango «estatal» con ceremonias parangonables con los mismísimos Juegos de Olimpia. Se incorporaron mujeres, niños, esclavos, y a todos se les prometió algo realmente novedoso: la Esperanza en otro mundo después de la muerte; el número de adeptos, naturalmente, se multiplicó. Sin embargo, Röhde advierte que de ningún modo debe interpretarse aun que la religiosidad eleusina prometía la inmortalidad del alma. En sus ceremonias, se trataba solamente de episodios «consoladores», que al parecer incluían orgías, y que una vez concluidos, apenas dejaban huellas en los devotos seguidores.

Avanzando en el tiempo, los griegos llegaron a creer que inmortalidad y divinidad eran sinónimos. Pues bien, al margen de la religión oficial, en algunas sectas místicas ligadas al culto de Dionisos, se fraguó la idea de la naturaleza inmortal del alma, y por lo tanto, de su divinidad. El culto dionisiaco, escribe Röhde, «suministró el primer germen acerca de la creencia en la inmortalidad de las almas». En el Orfismo ya se encuentra firmemente asentada la idea del

carácter inmortal y divino de un alma «encerrada en la cárcel del cuerpo». Homero atribuía al alma tras la muerte una muy débil vida fantasmal. Ahora se trata de una existencia, vale decir, consistente, sólida, vigorosa: en el hombre habita una divinidad encarcelada en un cuerpo, que será libre tras la muerte. Recordad vuestros tiempos del Bachillerato, del PREU, o como se llamara aquello: en las costas de Jonia, a partir del siglo VI aconteció la revolución intelectual de los Presocráticos. En un principio, la Filosofía no conflictuó con la Religión; Teología, Filosofía y Religión coexistieron en cada filósofo (la magnífica obra de W. Jaegger se titula «La teología de los primeros filósofos griegos»), pero los Jonios, fundamentalmente estaban interesados en cosas como la *fisis*, la causa de las cosas, el orden del Cosmos, etc. De modo que Tales de Mileto sostuvo que existía un alma inmortal en el hombre, pero también habló del alma de las plantas, de los animales, y de los imanes, en un sentido no religioso sino “energético-vital”. Tampoco tuvieron sustanciales preocupaciones espirituales Anaximandro, Anaxímenes, etc.

El pitagorismo fue un hito trascendental en este relato. Pitágoras fue el líder de una secta que, ante todo, buscaba cómo salvar ese alma encerrada en el cuerpo. Un alma, y esa es la novedad, que tras la muerte vuela al Hades (como en Homero) pero, una vez purificada allí, retorna a la Tierra, en donde se reencarnará en animales y humanos hasta que, un día, liberada totalmente, regresará definitivamente a una existencia sobrenatural. Disuelta la secta pitagórica, Empédocles y Anaxágoras también creyeron en un alma inmortal, en tanto el materialista Demócrito -solo existen el átomo y el vacío, decía- negó su inmortalidad, y los grandes trágicos -Sófocles y Eurípides- también negaron su existencia. En los diálogos de Platón ya existe un alma totalmente independiente del cuerpo. En sucesivas “demostraciones” el divino sostuvo su inmortalidad y su función suprema, nada menos que contemplar, en el Mundo Inteligible, a las Ideas, la Realidad Primordial. Para Aristóteles el alma es la forma del cuerpo. Separarlos, decía, es como concebir la visión sin ojos. En el hombre, además de un alma, principio y fuerza vital del organismo, existe un alma espiritual, de naturaleza sobrenatural, que es la que hace posible nuestros pensamientos. Es el elemento divino en el ser humano, que no desaparece con la muerte del cuerpo. Los pensadores cristianos fueron discípulos intelectuales de Platón, Aristóteles y algunos filósofos helenísticos. Pero introdujeron un nuevo vocabulario, un juego de lenguaje original en

torno a la muerte: pecado, castigo, salvación y condenación eternas, etc. Y aportan una idea en verdad revolucionaria: no muere un *qué* sino un *quién*. La inmortalidad ya no pertenece solo a una parte del hombre, su alma, sino a las dos: al alma y al cuerpo. Es, nada menos, una inmortalidad personal. En la era cristiana, el pensamiento religioso y buena parte del filosófico, trataron de demostrar -docenas y docenas de argumentos- la existencia de una vida eterna tras la muerte. Y persiguieron, torturaron y aniquilaron a quienes lo negaban o simplemente dudaban. La Ciencia Moderna, la Ilustración, Darwin, Marx, Nietzsche, Freud, como hoy Hawking, Dawkins o Chrichten, socavaron esas creencias, aunque en modo alguno acabaron con ellas.

Por el contrario, durante los últimos cien años hemos asistido a renovados intentos tanto de demostrar la existencia de un más allá como de prolongar la vida o directamente alcanzar la inmortalidad.

Las supuestas vivencias místicas son, para algunos, una demostración de la existencia de un más allá. En las obras de los profesores Rubia (2000) y Mora (2003) encontramos un adecuado análisis del fenómeno. Toda vivencia humana reside en el cerebro, a su través “vemos” el mundo; también las experiencias religiosas tienen una base cerebral pero nada prueban sobre la existencia de Dios ni de un más allá. La creencia universal en dioses remite a la existencia de estructuras cerebrales innatas de las que emergen “memes” religiosos. Pero hay personas que carecen de ellas, que tienen una “afasia religiosa”. Ocurre como con la capacidad musical, unos la desarrollan máximamente y otros apenas. Se ignora cuándo los Homínidos comenzaron a experimentar sentimientos religiosos, nada sabemos sobre qué era la religión en el Paleolítico Superior. Hay varias hipótesis: para unos, los enterramientos con utensilios, flores, alimentos, etc, probarían una creencia en el más allá; para otros, lo religioso se identifica con la recepción de mensajes enviados por agentes sobrenaturales. También se ha especulado con que la religión apareció junto al Arte, hace unos 40.000 años. El místico “contacta” directamente con lo divino, conceptualizado como una entidad misteriosa, majestuosa, colérica, fascinante (Rudolph Otto). Los místicos de las diversas religiosidades: budismo Zen, hinduismo, taoísmo, cristianismo, relatan sensaciones oceánicas de paz, alegría y liberación... Hay una suspensión de la visión binaria del mundo: delante/detrás, arriba/abajo, antes/después, localizada en el lóbulo parietal del hemisferio izquierdo. Se disuelve así, escribe Rubia, la dicotomía sujeto/

objeto propiciando la “fusión” con todo el universo, un estado mental donde no existen oposiciones, tal y como revela el lenguaje de las más altas cimas de la poesía mística como San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Ávila. Desde el siglo pasado se conoce la naturaleza de la sintomatología de los ataques epilépticos en el lóbulo temporal: sobrevienen manifestaciones hiper-religiosas, conversiones repentinas, vivencias místicas, grafomanía... La relación entre religiosidad y epilepsia ya la descubrió Esquirol en 1838, pero venía de tiempos más antiguos y se manifestaba en las religiones místicas griegas más atrás mencionadas. Llama la atención Rubia sobre el episodio de la conversión de San Pablo camino de Damasco: ve una luz cegadora, cae del caballo, escucha la voz de Dios... Rubia lo interpreta como “un ataque epiléptico del lóbulo temporal”. En suma, concluye Rubia, en el cerebro parecen existir, en el sistema límbico, unas estructuras de las que pueden emerger vivencias místicas y religiosas. Evolutivamente, como el sistema límbico es anterior a la corteza cerebral, es probable que la activación de sus estructuras funcione al servicio de mecanismos generales como, por ejemplo, calmar el dolor; y, como producto colateral, esos procesos químicos pueden ser la causa de vivencias místicas universales. Estas, pues, no son producidas por estructuras corticales, propias de los seres humanos; son vivencias anómalas que nada aportan a la supervivencia de la especie, como tampoco lo hacen el Arte o la Música. Son, quizá, parte del sistema de gratificaciones que el cerebro elabora para otros fines. Aunque, dice Rubia, mucha gente es feliz sin arte, música ni religión.

En cuanto a los intentos de prolongar nuestra existencia hay primero que asegurarnos de que el escenario en el que discurre va a durar, no vaya a ser que éste desaparezca antes que la especie protagonista, nosotros los humanos. Me apresuraré a decir que las noticias son tranquilizadoras. Ni el universo ni nuestro planeta van a desaparecer en un plazo razonable. El Gran Relojero, el Diseñador Inteligente, dio al universo cuerda para rato; nadie, que yo sepa, pone fechas, pero la cosa acabará dentro de miles de millones de años. En lo que no se ponen de acuerdo los expertos es en el cómo: unos dicen que el universo continuará expandiéndose y enfriándose hasta su gélida cesación definitiva, y otros creen que se impondrá la concentración sobre la dispersión y el universo volverá a su origen (¡la punta del alfiler!) a miles de millones de grados (eso es lo que dijo Martín Rees, Catedrático de Astrofísica en Cambridge, en una conferencia en

Madrid, en mayo 2014). Penrose (2011), por su parte, pronostica un aburrido final donde solo habrá partículas sin masa, como fotones y gravitones. Por otra parte, sí que hay fecha para el final de nuestro planeta. El profesor Rees dijo también que dentro de 6000 millones de años, mes arriba, mes abajo, se extinguirá el Sol y en consecuencia la vida en la Tierra. Pero antes, los terrícolas, que ya miles de años antes pasaban el fin de semana en la Luna, Marte o Júpiter (eso lo pronostico yo), habrán emigrado a otros lugares.

Algunos, no obstante, quieren amargarnos tan esplendoroso porvenir; Danny Dorling (2013), en un libro sobre la crisis demográfica futura, argumenta que en el año 2100 habrá 10.000 millones de habitantes en la Tierra, y eso, junto a las consecuencias del cambio climático, constituirá un muy serio peligro para la vida en nuestro planeta. Y, todavía más, la tasa actual de extinción de las especies es 1000 veces superior a la media durante millones de años; al parecer hay riesgo de que la crisis medioambiental cause una sexta extinción, tras las que provocó la extinción de los dinosaurios hace 65 millones de años.

Habréis advertido que, en varias ocasiones, al hablar de la certeza, inevitabilidad o necesidad de la muerte, he introducido los sintagmas “de momento” o “por ahora”. Don Quijote frisaba en los 50 -cuando la esperanza de vida eran veinte menos- y la sobrina se refiere a él como “un viejo por la edad agobiado”. Hace tan solo ochenta años ¿quién podría pensar en las actuales esperanzas de vida en Japón o en España? Alargar nuestra existencia es uno de los objetivos inmediatos de la ciencia. Los organismos varían extraordinariamente en longevidad. Hay insectos que viven un día, y lo dedican jubilosamente a reproducirse, las tortugas de Las Galápagos viven 175 años, los delfines 30, los bonobos (cautivos) 55, y los ratones cuatro. Algunos cómputos actuales revelan que en el mundo, hay registradas 600 personas que vivieron hasta los 110 años, y 20 que superaron los 120. Una francesa, Madame Jeanne Calment, murió a los 122 (al parecer fumaba un cigarrillo y bebía una copa de Oporto diariamente). En abril de 2009, Scientific American documentó que una mujer de la República de Kazajistán celebró los 130 años. La fecha de su nacimiento en su DNI era del 27 de marzo de 1879, pero no se encontró su partida de nacimiento. Tuvo 10 hijos, uno de ellos a los 54 años.

En 1951 falleció en Virginia una joven negra, de cáncer de útero. Tras minuciosos análisis resultó que las células cancerosas eran inmortales respecto a las células sanas; en 1965 se realizó un descubrimiento

importantísimo: existía un material genético, los telómeros, y una enzima, la telomerasa, en los que residía el secreto de la inmortalidad celular. Todo esto lo dice María Blasco, la Directora del Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas. Parece que si se logra evitar el desgaste de los telómeros sería posible alcanzar la inmortalidad; la propia doctora Blasco ha logrado alargar la vida de ratones más del 46 % manipulando la tal telomerasa, afirmando que el envejecimiento celular es la causa del cáncer, la diabetes, las enfermedades cardiovasculares, etc, y que la solución consiste en detener ese envejecimiento. Carlos López Ortín, un muy competente Catedrático de Bioquímica de la Universidad de Oviedo, también ha duplicado los años de vida de sus ratones. Trabaja con “viejos prematuros”, niños de 10 a 15 años cuya edad biológica es de 80, y que mueren al cumplir 20. Cuando se escriben estas líneas, en noviembre de 2015, López Ortín afirma que será posible alcanzar la edad de 135 años, o más, porque William Haseltine, fundador del Human Genome Science pronostica que los nacidos en 2050 -¡vuestros nietos!- llegarán a los 150. Pero también señala un problema: el envejecimiento tiene un 20 % de causas genéticas y un 80 % de causas ambientales: estrés, estilo de vida, más difíciles de controlar.

Desde hace casi cien años en la Unión Soviética ya hubo intentos de lograr la inmortalidad humana. John Gray es un profesor británico, lúcido analista de la condición humana, que ha llevado a cabo desde hace años un devastador ataque contra el humanismo occidental, a las nociones de libre albedrío y progreso, en sus obras, *Perros de paja* (2003), *El silencio de los animales* (2014), y *El alma de las marionetas* (2015). En *La comisión de la inmortalización* (2014) relata algunos de los conmovedores esfuerzos humanos -ahora ateos- para alcanzar la inmortalidad. Ya en el último tercio del siglo XIX eminentes personajes como Alfred Russel Wallace y Arthur Balfour (que llegó a Primer Ministro) desarrollaron un programa de investigación sobre el “espiritismo”, tratando de demostrar cómo las personas sobrevivían tras su muerte. A comienzos de los años 20 del pasado siglo, el famoso neurólogo ruso Vladimir Bechterev, estudioso de la parapsicología, sostenía que la mente humana, en tanto que fuente de energía, era inmortal (Bechterev fue contemporáneo de Sechenov y Pavlov). Visitó a Charcot y a Wundt y acabó de Catedrático de Psiquiatría en San Petersburgo. Es el caso que en Diciembre de 1927 Stalin lo invitó a visitarlo en el Kremlin. El Padrecito estaba por entonces, entre otros asuntos,

enfrentado a Trotsky a propósito de la publicación de las obras de Freud en ruso. Stalin se oponía y Trotsky estaba a favor. Se especuló que, en el encuentro, “el gran liberal” solicitó el apoyo de Bechterev a su negativa a la traducción. Lo que pasó realmente en la entrevista no se sabe con certeza. Tras despedirse de Stalin, Bechterev confesó a sus amigos que el dictador era un paranoico grave; pues bien, el gran reflexólogo murió ese mismo día (o al día siguiente) y fue enterrado sin hacerle la autopsia; sus funerales los organizó quien después fuera el Fiscal General de las purgas stalinianas. Las obras de Bechterev fueron prohibidas y su hijo, que estaba convencido de que su padre había sido envenenado, fue detenido y ejecutado. Eran tiempos aquellos en los que un tal Lunacharski, un devoto seguidor de Nietzsche, y de la Teosofía, fundó el Comité Soviético para la Investigación Psíquica, uno de cuyos objetivos era la creación de una “nueva especie humana”. También por entonces Lysenko sostenía que la, diríamos hoy, ingeniería genética, podría fabricar nuevas especies (“se pueden obrar milagros”, decía). El 21 de enero de 1924 murió Lenin. Su féretro fue portado, entre otros, por el camarada Stalin. Éste y Trotski discutieron de nuevo. Stalin proponía embalsamar el cadáver y Trotski se opuso. El pleito lo zanjó Leoniv Krasin, un ingeniero ex-terrateniente zarista, a la sazón Comisario de Comercio Exterior. El cadáver de Lenin fue embalsamado y se fundó la Comisión para la Inmortalidad. Abierta al público la cámara mortuoria se dispuso un sistema de refrigeración que no funcionó, como tampoco lo hizo un nuevo aparato importado de Alemania. Mediante continuos cuidados siguió la exposición pública, y en 2004 se le sometió a una restauración completa que le “rejuveneció” respecto a décadas anteriores.

En relación con los avances de las técnicas directas para lograr la inmortalidad, el panorama es ilusorioso. He aquí unos cuantos anuncios de científicos y organismos muy acreditados: Ray Kurzweil (Ingeniero Jefe de Google -el de las 250 pastillas diarias-), Nick Bostrom (director del Instituto Para el Futuro de la Humanidad), el Laboratorio Europeo de Biología Molecular de Heidelberg, los Premios Nobel Paul Davies, Francis Collins y Sidney Breuner, aventuran lo que sucederá:

1) Respecto a la congelación, también se vislumbran adelantos. En agosto de 2014, en USA, tras morir su hija por paro cardíaco, una madre congeló su cadáver (ya lo había hecho con su propia madre en 1998) y afirmó que ella y su marido también habían dado

órdenes para que los congelaran. En este país hay más de cien cadáveres congelados (de cada tres, dos son de hombres). En el mundo más de 3000 personas han firmado contratos con empresas de criogenización. Ya hay 241 cadáveres en espera de la resurrección. En Rusia la operación cuesta 36000 euros, el doble que en USA. En España existe un Instituto Europeo de Criopreservación en la Comunidad Valenciana, que también congela mascotas. Una interesante variedad de estas técnicas consiste en cortar la cabeza al cadáver y congelarla a 196 grados bajo cero. En su momento, se transferirán a ordenador todas las informaciones en él almacenadas. De modo que el cerebro “resucitará” sin haber perdido memoria, sentimientos, identidad personal, etc. Además está muy avanzada la técnica de “neuropreservación”; resulta más barata que congelar todo el cuerpo. Confiesa el propio Nick Bostrom que él ha dispuesto que hagan eso mismo con su cadáver.

2) Será normal vivir más de 100 años, pues se fabricarán alimentos de muy bajas calorías y, en todo caso, habrá supermercados de órganos humanos transplantables sin necesidad de donantes. En 50 años será algo rutinario reemplazar todo el cuerpo, como ahora nos hacemos un implante dental. Y, desde luego, además del supermercado, las células madre del embrión pueden convertirse en células del corazón, del hígado, del cerebro, etc, siendo posible reparar todo el cuerpo.

3) El citado Kurzweil -autor de “La singularidad está cerca”-, en su libro “Trascender” recomienda nueve pasos que nos permitirán vivir bien para siempre: una dieta científicamente elaborada, la fusión de la inteligencia humana y la artificial, etc, de manera que ya no seremos organismos biológicos sino entidades virtuales hechas de “nanobots”, más duraderos que nuestras células (los nanobots son como diminutos robots a nivel molecular). Asegura el ingeniero que los niños nacidos a partir de 2090 podrán hacer copias de seguridad de sus cerebros y subirlos después a la nube (sic.), logrando así una cierta forma de inmortalidad

4) Michio Kaku, en su libro “El futuro de nuestra mente” (2014) afirma que en el futuro (no precisa fechas) los recuerdos de una persona, previamente registrados, podrán ser trasplantados al cerebro de otra; también podremos -podrán- reproducir en vídeo nuestros recuerdos, y nuestros propios contenidos mentales (no dice si todos, conscientes e inconscientes) serán descargados en artilugios y así “viviremos para siempre”.

5) La clonación humana, inevitablemente será aceptada como lo fue en su día la fecundación in vitro, aunque muchos la tachan de crimen contra la

especie.

Por último, hay otras formas inocuas de inmortalidad que no dejan de inspirar ternura y que recuerdan a los “muertos felices” de Aristóteles: familiares y amigos continúan escribiendo en el muro del difunto sobre todo en los días de cumpleaños y aniversarios de su defunción. Es, sin duda, una modalidad muy barata. En fin, como suele decirse, así están las cosas. Y entre otros, surgen preguntas como ¿se debe hacer todo lo que se puede hacer? o ¿todos estos “amortales” serán seres humanos como nosotros?

Hace unos 30 años, Rorty distinguió dos significados en la expresión “referirse a algo”: una, como una relación fáctica entre la expresión lingüística y los hechos reales, que es el sentido cabal del vocablo “referencia”. La segunda designa una relación puramente intencional entre la expresión y un objeto que no existe en la realidad; aquí, el sentido adecuado no sería la referencia sino el “hablar de...”. No cabe, por tanto, “referirse” a Don Quijote o a Hamlet, pero sí “hablar de ellos”. Pues eso mismo pasa, creo, con Dios y, por ahora, con la inmortalidad (36).

8) UNA SABIDURÍA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

Salomón nos exhortó hace siglos: “adquiere la sabiduría” (Proverbios, 4, 5). Wittgenstein escribió en el Tractatus (6, 52): “Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo”. En 1934, T.S. Elliot se preguntaba: “¿dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento? ¿y dónde está el conocimiento que hemos perdido con la información?” Hace más de 20 años, Mosterín (1994) publicó un artículo en el que, ante la insuficiencia de la Ciencia y de la propia Filosofía para orientar nuestros comportamientos, pedía una “sabiduría a la altura de nuestro tiempo”. Edgar Morín (2001) tildó de inexacta y errónea nuestra autodefinición como Homo Sapiens, pues abundan las pruebas de que el tal Homo es también “Demens”, para cuyo control es insuficiente la Ciencia; y así mismo exige el francés una sabiduría que prevenga las barbaridades que pueden resultar del perverso uso de la ciencia por nuestra parte “Demens”.

Así pues, parece que ni la Ciencia ni las Nuevas Tecnologías son suficientes para hacer frente y buscar sentido a nuestros grandes “problemas vitales”: el Poder, el Amor, el Sentido de la Vida... y la Muerte. De

entrada, está muy justificada, a mi juicio, esa demanda de una sabiduría a la altura de los tiempos, pues continúa vigente tanto la vieja metáfora de Ortega -náufragos en un océano... ahora de incertidumbre- como su repetida sentencia: “no sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa”. En efecto, la Historia intelectual de Occidente en el siglo XX revela eloquentemente los sucesivos embates del Absurdo al que fue sometido un sujeto que asistió a la muerte de Dios (Nietzsche), y a dos Guerras Mundiales; que fue anegado en un océano de angustia (Sartre) y sin-sentido (Beckett); incapaz de hablar racionalmente de valores (el primer Wittgenstein), por otra parte, contradictorios (I. Berlín). Un sujeto, mero ejecutor de una omnipotente Razón Instrumental (Escuela de Franckfurt), disminuida su identidad en su papel irrelevante en el gigantesco engranaje de unos Sistemas cuya exclusiva finalidad es su propia autoreproducción (Luhman). Y para rematar la tarea, contempla cómo los posmodernos finiquitan cualquier vestigio de Grandes Relatos o Ideas (Verdad, Progreso, Revolución...), un sujeto en fin, tan sólo como la propia muchedumbre de la que forma parte (Riesmann). Necesitamos, pues, una sabiduría acorde con nuestros tiempos “global-locales”, interconectados. Pero, inmediatamente, surgen las preguntas: por ejemplo, como diría un kantiano, cuáles serían sus condiciones de posibilidad, en qué consiste esa sabiduría, qué contenidos albergaría, etc. Como comprenderéis, carezco yo de títulos y capacidad para abordar esa difícil tarea, pero me voy a permitir hacer algunas consideraciones: sobre su concepto y posibles contenidos, algunos ejemplos de “muertes sabias”, sus relaciones con la actividad política y la posibilidad de una sabiduría que no excluya el contento y la alegría.

La noción de sabiduría es, como sabéis, muy antigua. En la Filosofía postsocrática, desde el s. IV se distinguieron dos tipos fundamentales de conocimiento: la Episteme, un conocimiento universal, necesario, objetivo, etc, origen de la Ciencia Moderna -Bacon, Galileo, Newton, etc-, y la Sofía, un término polisémico, uno de cuyos significados importa ahora subrayar: un saber acerca del cómo vivir -y del cómo morir-, una sabiduría, un arte para alcanzar la “vida buena” (nunca al revés). En algunos contextos la sabiduría se define como una forma superior del saber, sentido incorporado por algunos diccionarios, por ejemplo el DLE (2014): “Grado más alto de conocimiento. Conducta prudente en la vida o en los negocios. Conocimiento profundo en Ciencias, Letras o Arte” (37). Existen, pues, la Ciencia y la Sabiduría,

como saberes diferentes, y, a veces, se dice que contrapuestos. Es una distinción importante que ha permanecido en nuestra tradición intelectual a través de las nociones, generalmente entendidas en oposición, entre: *Ciencia/Sabiduría*, *Scientia/Sapientia*, *Science/Wisdom*, *Science/Sagesse*, *Wissenschaft/Weisheit*. Lo que aquí se ventila, entre otras cosas, es que la admirable tecnociencia actual, con sus colosales hallazgos -otra cosa es su uso perverso-, nos dice qué podemos, y cómo, hacer algo. Pero no nos dice si debemos hacerlo. Y, desde luego, tampoco nos orienta acerca de otros asuntos importantes, por ejemplo, los valores, o cómo vivir y cómo morir. La Medicina puede tratar nuestras enfermedades pero es incapaz de guiarnos sobre el sentido del último trance, ni si tiene sentido preguntarse por el sentido.

Decía Spinoza que la búsqueda del Bien Verdadero es una tarea -decimos hoy-, “interdisciplinar” en la que debían figurar “la Filosofía Moral, la Educación de los Niños, la medicina, el arte, e incluso la mecánica (sic.)” (Spinoza, 1998a, I, XV). En efecto, y para decirlo pronto, una sabiduría cabal a la altura de los tiempos no debe limitarse a una reflexión sobre las obras de Cervantes, Shakespeare o Molière, y los textos de los filósofos que inmediatamente citaremos. Es difícil concebir, a mi juicio, una sabiduría que no incorpore el conocimiento del *significado general* -sin profundizaciones, claro está- de las grandes ideas y hallazgos de la Ciencia y tecnologías contemporáneas. Por ejemplo, desde las teorías de la Astrofísica (Big-Bang), a la Física de Partículas (bosón de Higgs) pasando por las reformulaciones de la “peligrosa idea de Darwin” y la ingeniería genética, desde las teorías de la Complejidad -bifurcaciones, caos determinista, catástrofes- hasta el papel actual de los Medios y las consecuencias del masivo uso de las redes en nuestros cerebros y en la configuración de las relaciones sociales; así como su contribución al entontecimiento general.

Volviendo a nuestro asunto, hay que admitir que el “Ars Moriendi”, en última instancia, es una tarea personal e intransferible, se lo tiene que confeccionar cada uno, según los medios de que disponga, íntimos, privados y públicos (por ejemplo la legalización de la eutanasia, que le garantice, si es su voluntad, un morir sin sufrimiento). En cuanto a su contenido, Alfredo Fierro (2000), en su excelente -y sabio- libro, escribe que lo primero en esta tarea es “acertar en escoger los maestros, los vivos y los muertos que continúan vivos en sus escritos” (38). Los muertos vivos, es decir, los clásicos, sobre cuya vigencia han venido pronuncián-

dose maestros como H. Bloom, G. Steiner, U. Eco, y Calvino y J. Borges. Dice Quevedo en los versos citados por el profesor Fierro, que sus clásicos son “pocos, pero doctos”. A mi juicio, una sabiduría que afronte racionalmente la muerte debe incorporar, como mínimo, las ideas de estos autores: Epicuro, Lucrecio, Montaigne, Spinoza, Schopenhauer, Alain y Russell (39). Son nombres imprescindibles a los que cada uno, naturalmente, puede añadir los que le parezca. Todos comparten una idea fundamental: hay que eliminar tanto la esperanza en la vida futura como el miedo a la muerte.

La expresión “*nec metu nec spe*” es muy antigua, y surgió en el contexto político de la relación Poder/Dominación. Fue utilizada por Cicerón (40) exaltando a aquellos héroes que se rebelaron contra la Tiranía “sin miedo ni esperanza” y también la emplearon en ese sentido Salustio, Tito Livio, Tácito, Séneca, Lucrecio (1997, II, 55-56) y Montaigne: “toda la sabiduría y razón del mundo se resuelve, a fin de cuentas, en enseñarnos a no tener miedo a morir” (Montaigne, 2007, I, 19). Así mismo, Maquiavelo usó el sintagma, peyorativamente, y Sancho declara su satisfacción porque cuando duerme no tiene “ni miedo ni esperanza”. Goethe, en una escena del Segundo Fausto, presenta al Miedo y la Esperanza como a “dos de los mayores enemigos del hombre”; John Milton escribió: “adiós, esperanza, y con la esperanza, adiós, miedo”. También Hume (1981, 1990) les dedicó amplia atención. Nietzsche, en “Humano, demasiado humano”, califica la esperanza como “el mayor de los males” (y a Spinoza, por cierto, como el más íntegro de los filósofos). Lord Byron se preguntó ¿qué es la esperanza sin la levadura del miedo?. Stephan Zweig recomendó liberarse de la vanidad, la fe, las convicciones y también de “la superstición y la esperanza”. El eximio poeta Ángel González la llamó “negra araña del atardecer” y el también galardonado poeta Antonio Gamoneda, en su obra, “Libro del frío” (1992) escribió estos versos: “Vengo del metileno y el amor / tuve frío bajo los tubos de la muerte / ahora contemplo el mar. No tengo ni miedo ni esperanza”.

Pero en esta relación no puede faltar Spinoza, condenando a una y a otra como sentimientos hacia la muerte y el más allá (Bodei afirma que el miedo y la esperanza son las dos pasiones más importantes en el pensamiento de Spinoza). Quien las define así (Ética, III, prop. XVIII, Esc II): la esperanza “es una alegría inconstante, surgida de la imagen de una cosa futura o pretérita, de cuya realización dudamos”; el miedo, por contra “es una tristeza inconstante, sur-

gida también de la imaginación de una cosa dudosa”. Eliminada la duda, la esperanza se transforma en seguridad y el miedo en desesperación. Ambas pasiones van siempre unidas: “no hay esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza” (Ética, III, prop L, Esc., y definiciones de los afectos, XIII, Explic). Y ambas son tajantemente condenadas: “los afectos de la esperanza y el miedo no pueden ser buenos de por sí” (Ética, IV, prop XLVIII). De estas definiciones se desprende que ambas pasiones son volubles, frágiles, inestables, invadidas por la incertidumbre y fuera del presente. En sus Pensamientos (908) Pascal distingue entre miedo bueno y miedo malo; el bueno va unido a la esperanza y nace de la fe en Dios; el malo va unido a la desesperación porque se teme al Dios en quien no se tiene fe. Para Spinoza no hay miedo bueno o malo. Cualquier miedo es intrínsecamente malo, como lo es toda esperanza. El doble rechazo Spinoziano es un devastador ataque tanto al Absolutismo Político (en el que no es posible detenerse ahora) como al mensaje cristiano de la Salvación.

En efecto, escribe Spinoza, vivimos -bien lo sabemos hoy- a merced de la Fortuna y la Incertidumbre, amenazados por las catástrofes (naturales), las calamidades (sociales) y la certeza de la muerte. Todo lo cual inclina a los hombres a creencias supersticiosas e ilusorias esperanzas. En el Prefacio al “Tratado Teológico-Político” (Spinoza, 1986) afirma que si a los hombres les fuera favorable la Fortuna, y se guiaran por firmes criterios, no serían víctimas de la superstición. Pero la urgencia de las circunstancias y el ansia desmedida de “bienes inciertos” les hace fluctuar incesantemente entre el miedo y la esperanza, y así la mayoría “se muestran sumamente propensos a creer cualquier cosa”. El miedo es el fundamento último de nuestras creencias en un más allá, miedo a una Divinidad que tiene el poder de castigarnos para toda la eternidad. Y el miedo es también la pasión que sustenta la dominación política, como ya proclamara Hobbes. He aquí, como decía Alain, la sociedad perfecta: buenos ciudadanos obedientes (sometidos) a la Autoridad y simultáneamente piadosos creyentes que temen a Dios. La sociedad del miedo y la tristeza.

En cuanto a la muerte de los sabios, hay que decir que por muy animoso que uno sea, bien cumplidos los 70 y tantos, ya se sabe que no queda mucha vida, pero conocemos la vejez de ancianos admirables, plenamente creativos, que al parecer asumieron sus últimos años con ejemplar sabiduría: Goethe, Kant (hasta que el Alzheimer devastó su cerebro), Bach, Picasso, Verdi, Russell, Cajal, Rita Montalcini, y varios más.

Pero irremediablemente llega la muerte y tenemos algunos testimonios de los últimos momentos de algunos grandes hombres. A propósito de su muerte de éstos hay tres libros muy interesantes: los de Chrichtley (2008), AA.VV (2009) y López Facal (2012). En conjunto, estos próceres fallecieron como todo el mundo, sin errores, acertando a la primera, pero murieron por causas y de maneras distintas: por ejemplo, fueron asesinados Schlick, Pico de la Mirandola y Gentile; ejecutados Tomás Moro, Bruno y Condorcet; muertes terribles fueron las de Heráclito, Sartre o Althusser; y se suicidaron Demócrito, Lucrecio, y Benjamin (no lo hizo, sorprendentemente, Ciorán). La Fortuna favoreció a Marx, Heidegger y Unamuno, que fallecieron mientras dormían. Serenas y apacibles fueron las muertes de Voltaire, Locke, Adam Smith, Spinoza y Wittgenstein. Descartes falleció, literalmente, de frío, en el Palacio Real de Estocolmo, en pleno invierno, a las cuatro de la madrugada, más o menos a la hora en que se levantaba para dar clase a la Reina Cristina. Al decir de uno de los presentes, murió “contento de la vida, confiado en la misericordia de Dios, con una tranquilidad digna de su vida inocente”. A Hume, tras agravársele una antigua dolencia, le advirtieron de su muerte inminente; encajó la noticia con serenidad y faltando pocos días para su fallecimiento escribió una carta a su amiga la Condesa Boufflers en la que le decía: “veo cómo la muerte se acerca gradualmente sin angustia ni remordimiento”. Y por lo que respecta a nuestro gremio, tan solo unos comentarios sobre Freud, Skinner y el neurólogo Oliver Sacks.

En su reciente biografía, Roudinesco (2015) nos ha transmitido cómo fueron los últimos momentos de Freud (según ella “el más grande pensador de su tiempo y el nuestro”). Hacia mitad de 1939, ya en Londres, Freud estaba muy enfermo a causa del terrible cáncer terminal de boca que le afectaba desde hacía 16 años. Se había descartado cualquier tipo de operación o tratamiento. A comienzos de agosto deja de atender a sus últimos cuatro pacientes. Aunque dos de ellos continuaron hasta finales de mes en sus sesiones “didácticas”. El 25 de agosto escribe sus últimas palabras en su agenda personal: “pánico ante la guerra” (el 3 de septiembre Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania). El 21 de septiembre recuerda a su amigo el doctor Schur su antigua promesa de que le ayudaría a morir. Tras consultar con su hija Anna, el doctor le inyectó tres dosis sucesivas de morfina, con algunas horas de intervalo. Murió el 23 de septiembre a las 3 de la madrugada. Fue incinerado sin ningún ritual religioso, ceremonia a la que

asistieron unas 100 personas. La urna con sus cenizas fue depositada en un cementerio judío junto al crematorio. Durante la noche de año nuevo de 2014 unos vándalos, con intención de robar, rompieron el cristal tras el que reposaban su urna y la de su mujer.

El gran Skinner no se arrugó ante la vejez y la muerte. Como no podía ser de otra manera, contempló la ancianidad en función de las contingencias ambientales que la rodean, tanto físicas como interpersonales y sociales. Recomienda curiosidad intelectual y tranquilidad, y ver algo de pornografía (sic.). No contar “hazañas juveniles” ni intentar parecer joven. No hay que ser, afirma, pelmazo ni tacaño y hay que tomarse las cosas con humor, sin pasiones ni ambiciones, ni, desde luego, dar consejos (decía La Rochefoucauld algo que, si no lo conocía, le hubiera gustado a Skinner: “la vejez se consuela dando buenos consejos por ser incapaz de dar malos ejemplos”)... Julie Vargas (1990), su hija, nos ha contado sus últimos días: escribía por la mañana, paseaba y recibía algunas visitas hasta la hora de la comida; por la tarde escuchaba música. Una semana antes de morir le concedieron la medalla de la APA. Trabajó en un *paper* hasta la víspera de su muerte. Ingresado en el hospital, rechazó prolongar su agonía; en los últimos instantes, bebió un poco de agua, y susurró “marvellous”. Una muerte serena, apacible, propia de un agnóstico que, por boca de Frazier (Walden II) había dicho “Cuando muera dejaré de existir en el sentido pleno de la palabra. Como figura personal seré tan inidentificable como mis cenizas”.

Oliver Sacks era un eminente neurólogo fallecido el pasado agosto. En una carta al New York Times, cuenta que, encontrándose perfectamente -tenía 81 años-, le diagnosticaron una metástasis múltiple en el hígado. Su muerte recuerda mucho a la de Hume. En la carta traza sus planes de vida para las semanas que le restan: despedirse de los seres queridos, viajar si tiene fuerzas y tratar de divertirse. Promete no ver los informativos de la TV ni prestar atención a la política ni al calentamiento global. “No puedo fingir que no tengo miedo” escribe, pero su sentimiento predominante es la gratitud. Ha dado y recibido amor y ha disfrutado de la vida (El País, 31/08/2015).

Y me vais a permitir que, aunque no tuviera estudios -aunque leía mucho-, me acuerde de Don Quijote. Tras volver a la aldea, ya en su casa, pide a la sobrina y al ama le lleven a la cama “que me parece que no estoy muy bueno” (II, LXXIII); en efecto, escribe Cervantes, “se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama”; llaman al médico que, tras tomarle el

pulso, le comunica que la salud de su cuerpo “corría peligro”. Anota Cervantes: “oyólo Don Quijote con ánimo sosegado”. Recuperada la lucidez, abomina de Amadís y confiesa “siento que me estoy muriendo a toda prisa”, y pide un sacerdote y un escribano para hacer testamento. Hecho lo cual le toma un desmayo y se tiende en la cama. Vivió tres días más, desvaneciéndose “muy a menudo”. El último día, recibe los sacramentos y vuelve a maldecir los libros de caballerías. El escribano, que estaba presente, afirma que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante “hubiese muerto tan sosegadamente”.

Con respecto a la relación entre sabiduría y política, no se advierte, en principio, contradicción de ningún tipo para que el “sabio actual”, si es el caso, lleve a cabo la actividad política que le plazca. Dos gigantes de la Filosofía Política, como Platón y Aristóteles desarrollaron una intensa actividad política, por cierto, con graves riesgos para el primero. Los filósofos helenísticos despreciaron la política. El sabio se limitaba, apartado del mundo, a vivir austeramente, cultivar la amistad, despreciar los honores y riquezas, y esperar serenamente la llegada de la muerte. Fueron, políticamente, unos reaccionarios. Hoy carece de sentido, parece imposible ese ideal de vida. La empresa, insisto, personal e inacabable de alcanzar “la vida buena” y “la muerte buena” se ha de llevar a cabo, forzosamente, en concretas circunstancias político-sociales. Y Spinoza no fue un intelectual encerrado en su “torre de marfil”. Contempló como una obligación moral difundir sus ideas entre sus ciudadanos, pese al gravísimo riesgo que le suponía: “a mi felicidad pertenece contribuir a que otros entiendan lo mismo que yo” (Spinoza, 1988a, 14). De hecho se vio envuelto en las disputas ideológico-religiosas de su tiempo y fue perseguido -como hemos dicho antes- por judíos, católicos y calvinistas. Pero también el genio holandés afirmó que el odio nunca puede ser bueno (Ética, IV, prop XLV) y que de la colaboración y ayuda mutua entre los hombres “nacen muchos más beneficios que daños” (Ética, IV, prop XXXV, esc.). Incluso llegó a proponer un atractivo programa político: “el fin del Estado no es convertir a los hombres de seres racionales en bestias o autómatas, sino lograr más bien que su alma (mens) y su cuerpo desempeñen sus funciones con seguridad, y que ellos se sirvan de su razón libre, y que no se combatan con odios, iras o engaños, ni se ataquen con perversas intenciones. El verdadero fin del Estado es, pues, la Libertad” (Spinoza, 1986, cap XX, 241).

Antes de concluir definitivamente este sermón lai-

co, a todas luces excesivamente prolongado, quisiera acabar con unos comentarios psicológicamente “positivos” y aún esperanzadores, en sentido terrenal, que giran en torno a una paradoja que podríamos expresar así: si los mortales podemos ser felices, tal y como reflejan masivamente las encuestas al uso. En su Ética a Nicómaco decía Aristóteles que Felicidad e Infortunio no acaban con la muerte, sino que hay muertos felices. Pero ¿es posible que haya vivos felices? Por de pronto, me permitiréis unas precisiones terminológicas. En mi opinión, Felicidad es una palabra excesiva, desmesurada, exagerada, tanto denotativa como connotativamente. Su referencia es tan amplia -«estado de grata satisfacción espiritual y física. Ausencia de inconvenientes y tropiezos» (DLE, 2014)- como imposible es satisfacer sus exigencias. Personalmente, yo prefiero el término alegría, o mejor, *contento*, ese sentimiento “grato y vivo” que a veces se manifiesta externamente en júbilo. Y, eso sí, lo que es terminantemente pernicioso es la tristeza (“si deseáis la salud, debéis deshaceros de la tristeza” recomendó el gran Casanova). Tal y como la entendieron Epicuro, Spinoza, Nietzsche, Rossett, y Savater entre nosotros, la alegría, sin dejar de ser un sentimiento, se origina y tiene su raíz no en la psicología sino en la epistemología, en el conocimiento racional, o, mejor aún, en la sabiduría. Psicológicamente la alegría es una vivencia sin duda grata, agradable, risueña y todo lo que se quiera añadir. Pero también es un sentimiento episódico, ilusorio, no exento a veces de candidez y de bobería. El contento al que me refiero es de otra naturaleza. Es una alegría, vale decir, spinoziana, que Rossett y Savater han explicado muy bien: el contento como resultado de una aproximación sabia a lo real. Es un contento que contrarresta la desesperación y tiene innegables ventajas como las siguientes: es una afirmación de la vida frente a las supersticiones, rechazando el miedo y la esperanza; da por bueno el precio de la existencia, el sufrimiento, la injusticia, la muerte. Es un aceptar la vida aunque sean malos sus episodios; es una alegría trágica que no niega la muerte, naturalmente, ni la oculta, pero la aligera de su peso desesperante (Savater). La alegría no debe identificarse con el amor (41). El contento es amor a la vida, al presente, a sentirse vivos. El contento se contenta con lo que existe aquí y ahora, no más allá. Pero si la alegría es una forma de lucidez ante la vida, entonces no puede prescindir del sufrimiento, la injusticia y la muerte... por eso se trata de una alegría trágica.

Otra vez debe aparecer Spinoza, un “alma alegre”, dice Damasio, a pesar de su mala salud y las penalida-

des que acompañaron su existencia. Recordemos que junto al deseo y la tristeza, la alegría es la tercera emoción fundamental del ser humano. He aquí alguno de sus alegres pensamientos: “Pues ciertamente solo una torva y triste superstición puede prohibir el deleite. ¿Por qué saciar el hambre y la sed va a ser más decente que desechar la melancolía?... Ningún ser divino ni nadie que no sea un envidioso puede deleitarse con mi impotencia y mi desgracia, ni tener por virtuosas las lágrimas, los sollozos, el miedo, y otras cosas por el estilo, que son señales de un ánimo impotente” (Ética IV, prop XLV, esc). Recomendó Spinoza servirse de las cosas, deleitarse con ellas, sin demasía; comer y beber con moderación alimentos agradables, oler perfumes, escuchar música, hacer ejercicio físico e ir al teatro (ni era feminista ni sintió mucho interés por el amor; al parecer estuvo interesado por una mujer que finalmente se casó con un rico).

En el libro I, cap III de los Ensayos señala Montaigne el más común de los errores humanos, con estas palabras: “nunca estamos en nuestro propio terreno, nos encontramos siempre más allá. El temor, el deseo, la esperanza, nos proyectan hacia el futuro, y nos arrebatan el sentimiento y la consideración de aquello que es, para que nos ocupemos de aquello que será, incluso cuando ya no estaremos”. La muerte, en abstracto, puede sobrevenirnos en cualquier momento; en abstracto. Porque, empíricamente, es un suceso sometido al cálculo de probabilidades. No hay más que ver la edad de los que “se van con la mayoría” diariamente. No existe el pasado, aunque fatalmente nos determine, ni tampoco el futuro. Por tanto no deberíamos experimentar ni culpa, ni miedo ni esperanza. Lo que existe es el presente, como nos advirtieron Horacio y Marco Aurelio. Incluso San Pablo, en un arrebato de ebriedad exhortó a los Corintios: “comamos y bebamos, que mañana moriremos” (I, Corintios, 15, 32).

Pero es menester concluir, y lo haré como empecé, con una cita, esta vez de un libro sabio que anticipó hace miles de años uno de los mensajes fundamentales que subyace en todo lo anterior. Pertenece al Eclesiastés (9, 7-10) y dice así: “ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con corazón contento, pues que se agrada Dios en tus obras... goza de la vida con tu amada[o] compañera[o] todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el Sol. Todo lo que puedas hacer, hazlo en tu pleno vigor, porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría” (los corchetes son míos).

NOTAS

1) Todo lo cual plantea apasionantes problemas ontoepistémicos, dicho sea pedantesco. Quiero decir, que atañen tanto a cuestiones teóricas como metodológico-técnicas propias de la investigación empírica. Unos ejemplos tan solo: respecto a la esfera íntima, el Psicoanálisis, sobre todo el freudiano, y las neurociencias cognitivas han mostrado el error cartesiano sobre la autotransparencia de la conciencia. Ahora lo sabemos: no somos los privilegiados e inmediatos concedores de nuestros contenidos mentales; dice Neisser: “los procesos constructivos mismos de codificación de sensaciones perceptivas nunca aparecen en la conciencia, lo hacen sus productos”. Y, antes, George Miller había afirmado que cuando nos preguntan por qué amamos a alguien o qué detergente preferimos, la respuesta es el resultado de un proceso de pensamiento, inconsciente para nosotros. Es oportuno citar aquí el clásico artículo de Nisbett y Wilson (1977) demostrando los engaños de la introspección; lo mismo argumenta Eagleman (2013): la gente no dice lo que piensa, en parte porque no sabe lo que piensa. Y en lo referente a la intimidad del prójimo, las cosas también parecen complicadas. George J. Romanes, en su libro “Evolución mental en el hombre” (1888) ya afirmó que el conocimiento del otro combina una interpretación de la conducta objetiva con una proyección de la conciencia subjetiva: “por tanto -escribe Romanes- nuestro conocimiento de otras actividades mentales a las nuestras, consiste realmente en una interpretación inferencial de actividades corporales, estando fundada esta interpretación sobre nuestro propio conocimiento subjetivo de nuestras propias actividades mentales”. Como tantas otras veces, Ortega atinó en esto. En un artículo titulado “Corazón y cabeza” (1927) escribe Don José que en la vida social intercambiamos públicamente asuntos triviales en tanto las zonas más recónditas de nuestro ser “permanecen fatalmente herméticas para el prójimo”, concluyendo que “en el fondo, las personas nos encontramos irremediablemente solas”. Algo que concuerda con la afirmación de Skinner -“En lo que concierne a nuestros sentimientos, estamos encerrados en nuestra propia piel”- y de Juan de Mairena: “Nunca juzgamos con acierto a los otros”. Y todo ello sin olvidar el imperativo moral y legal que protege a este ámbito íntimo, cuya violación puede ser penalmente castigada. Un antiguo adagio lo expresaba así: “De internis necque Ecclesia”, o sea, ni el mismísimo Papa debería entrar en la intimidad de nuestra conciencia (es obvio el des-

precio manifestado al respecto por la Iglesia Católica, esa institución tan morbosamente propensa a meterse donde no la llaman). Por lo demás, si pudiéramos leer directamente el pensamiento de los otros ¿sería posible la convivencia? Y en fin, desde la pura metodología, un artículo de Toomela (2008), que leí por recomendación de un muy competente profesor de mi Facultad llamado Mirko Antino, argumenta muy sensatas advertencias en torno a la cabal medición de los contenidos mentales. Si lo he entendido bien, la dificultad radica en la naturaleza ontoepistémica (él no emplea este vocablo) de las variables. Cuán exactamente estas representan los eventos. Por ejemplo, una misma variable puede contener, al mismo tiempo, más de un tipo de información acerca de un evento; o que un fenómeno codificado como existente lo sea realmente, pues es posible que la variable codifique información acerca de un fenómeno que no existe en las personas estudiadas. Eventos externamente semejantes pueden ser resultado de diferentes procesos y mecanismos internos, etc. A la vista de todo lo anterior, creo que estaréis de acuerdo en la oportunidad de citar una vez más la advertencia de Aristóteles: “*no se debe buscar en todos los tratados la misma exactitud, como tampoco en todas las profesiones manuales (...) pues es propio del hombre educado y cultivado el no mostrarse en cada ciencia particular exigiendo un grado de exactitud incompatible con la naturaleza del tema, pues de lo contrario se podría esperar del matemático argumentos simplemente persuasivos y del orador demostraciones tajantes*” (Ética a Nicómaco, Libro I, cap III, 1094 b).

2) En la literatura española ha sido constante la presencia de la muerte, en Berceo, en el Libro del Buen Amor -“enemiga del mundo” la llama el gran Arcipreste-, la Celestina; y también en Santa Teresa, Cervantes, Quevedo, Calderón, Espronceda y Valle Inclán. Un espléndido análisis de las dimensiones macabras, no solo de la Literatura sino del carácter nacional español se encuentra en el libro de Núñez y Núñez (2014), absolutamente recomendable.

3) Nussbaum (2003). Es una muy competente profesora USA de Filosofía, aristotélica ella.

4) La expresión es de Marta Nussbaum (2003).

5) Hay muy buenas traducciones de casi todos, especialmente de Epicuro. En el clásico texto de Diógenes Laercio (2000) se recoge la biografía de algunos: Antístenes, Crisipo, Pirrón, etc. Permitidme un comentario autobiográfico. Cuando yo era estudiante de Filosofía, junto a otras estafas intelectuales, Platón y sobre todo Aristóteles eran los únicos pensadores griegos que nos explicaron. Nadie habló de los ad-

mirables presocráticos, salvo los tópicos de los cuatro elementos, ni tampoco de los filósofos helenísticos. De Aristóteles se pasaba directamente a Santo Tomás. Si algún día dispusiérais de tiempo, una vez conseguidos los quinquenios, sexenios, octenios o lo que fuere, y alcanzados los más altos niveles del escalafón, yo os recomendaría leer o releer despacio, además de a los presocráticos, a éstos cínicos, escépticos, estoicos y epicúreos. Con su lectura, además de alcanzar la Sabiduría, os podéis encontrar con ideas verdaderamente revolucionarias. Por ejemplo: un devastador ataque al matrimonio, la familia, la religión y la propiedad privada (Antístenes); que no existe fundamento de nada, pero hay que vivir, y es útil adaptarse a las costumbres del lugar (Pirrón); el bien y el mal, la belleza y la fealdad, no residen en las cosas sino en el juicio que hacemos de ellas (Pirrón); la felicidad depende de nuestra expectativas (quién nada espera, nada sufre) (Epicuro); el mayor enemigo de la felicidad es el miedo: a los Dioses (que sí existen, pero “pasan” de nosotros), al Destino (que no existe, pues en el mundo no hay orden ni finalidad alguna), y a la Muerte (si está ella no estamos nosotros, y al revés) (Epicuro). (A este respecto, es altamente recomendable el artículo de nuestro compañero Alfredo Fierro (2008) sobre la Psicología Epicúrea).

6) Refiriéndose a su vida escribe: “he pasado más de la mitad de ella en medio de la destrucción de mi país” (Montaigne, 2007, lib III, cap XII)

7) En el breve prólogo a los Ensayos escribe: “Soy yo mismo la materia de mi libro”. Y en el libro II, capítulo VI afirma: “Hace muchos años que mis pensamientos no tienen otro objeto que yo mismo, que no me examino y estudio sino a mí mismo”. De Montaigne dijo Nietzsche: “Ayuda a vivir saber que un hombre así ha existido”.

8) Es muy importante retener esta idea ya expresada por Pirrón: las pasiones como resultado de los pensamientos. Luego volveremos sobre ello.

9) Sería injusto no recordar a Parsons, coautor de una valiosa publicación titulada “Death in American experience”. Para información sobre la Sociología de la Muerte en España puede verse De Miguel (1995), cuya conclusión es rotunda: ni la más mínima atención sobre ella.

10) Hay dos autores que no se andan con contemplaciones respecto a la auténtica naturaleza de la vejez, despreciando tanta literatura voluntarista. Uno es Jean Améry, un austríaco nacido en 1912, superviviente de Auschwitz, que se suicidó en 1978. Es admirable la lucidez con que abomina del autoengaño

y los vanos consuelos. Debéis leerlo cuando lleguéis a la ancianidad. El otro es Julian Barnes, un ensayista y novelista inglés. Merece la pena leer sobre todo «Nada que temer» y «La mesa limón», en las que la vejez y la muerte ocupan un lugar central. También sin paños calientes.

11) Otro recuerdo autobiográfico: los ancianos que crecimos en pueblos recordamos los antiguos velatorios y entierros. Las campanas de la Iglesia, «tocaban a muerto» avisando del fallecimiento de algún vecino. Instalado en la casa el velatorio, hombres y mujeres, en distintas habitaciones, acompañaban a la familia día y noche. Eran frecuentes los gritos desgarradores de las mujeres. Luego, llegaban los sacerdotes -uno, dos o tres, pues había entierros de primera, de segunda y de tercera- y la carroza fúnebre, tirada por caballos. Arreciaban los lamentos y se iniciaba el camino al cementerio, los hombres delante y las mujeres detrás. Durante varios días se rezaban rosarios al atardecer en la casa del difunto, así como misas sucesivas (novenarios, creo que se llamaban). La familia del muerto hacía visible su dolor mediante el luto, mucho más riguroso y prolongado para las mujeres que para los hombres. No muy diferente a éste es el escenario descrito por Montaigne (2007, I, XX) cuando escribe que en nuestro miedo a la muerte influyen más los preparativos espantosos con que la envolvemos.

12) Un último apunte sobre la ocultación de la muerte se refiere a las expresiones emocionales en torno a ella. En un perspicaz ensayo, prologado nada menos que por David Riesmann, S. Mestrovic (1997) ha descrito la atonía sentimental» de la «muchedumbre solitaria». Utiliza el término post-emocional para referirse a un estado psicológico, escasamente empático y comprometido, donde habitan emociones sintéticas, prefabricadas, no genuinas, resultado de la manipulación -la *mc donalización* de las emociones de Ritzer- de los medios. Son estados de ánimo caracterizados por un fondo de profunda indiferencia, a veces confundida con la tolerancia. Si a esto añadimos el diagnóstico de Baumann acerca de la superficialidad de las actuales relaciones interpersonales, transitorias, fluyentes (líquidas), eso sí, con docenas de amigos en la red, el resultado sería una sociedad mayoritariamente “desalmada”, donde, en última instancia, (casi) nadie le importa a (casi) nadie. Sería interesante investigar esto empíricamente.

13) Quedan sin tratar, claro está, otros muchos aspectos sociológicos relevantes; por ejemplo, la relación entre la muerte, los pobres y los ricos, los de

arriba y los de abajo, la casta y la gente, etc. Jorge Manrique escribió que, ante la muerte, «allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos». Y Sancho advierte a la Duquesa que por la estrecha senda de la muerte «va el Príncipe como el jornalero» (II, cap XXXIII). Cierzo. Todos perecemos (de momento), pero sociológicamente son evidentes las notorias diferencias entre la muerte de los pobres y de los ricos. Aun a riesgo de destilar unas notas populistas, compárese, por ejemplo, la suerte de un cadáver rescatado de un naufragio de una patera con la de un plutócrata.

14) S.T. Fiske y otros (2010, 724-787). La «Biblia» de la TMT es la obra titulada «Handbook of Experimental Existential Psychology», editada por J. Greenberg y otros (2004). Dicho sea con muchísima modestia, el autor de estas páginas y su compañero y amigo Jose Luis Sangrador publicaron un artículo sobre la muerte en la revista Jano (1985, num 654).

15) Sobre la TMT redactó el profesor de la UCM Raúl Piñuela su Tesis Doctoral. La dirigió Carlos Yela, un acreditado experto en (la investigación de) el amor, que, además, sabe mucho de otros temas. Raúl y Carlos fueron sobresalientes alumnos míos, aunque lo han superado sobradamente.

16) El propio Freud comenta repetidas veces que concibió al Tanatos «con altas dosis de especulación» y apoyado en «reflexiones de la metapsicología».

17) De otras ciencias sociales poco puedo decir por falta de conocimientos. Respecto a la Antropología Cultural dicen los expertos que la muerte es un Universal. Naturalmente. El más universal, diríamos, de todos los universales, de momento. Pero con muy diferentes respuestas culturales. Cada cultura, sociedad, época histórica, establece el Marco de Referencia en cuyo seno sus miembros piensan, sienten y actúan ante la muerte propia y la del otro. Tal es el dato más llamativo: la enorme variabilidad histórico-cultural sobre los significados y prácticas de la muerte. Estrategias, todas ellas, tratando de desmentir nuestra irremediable finitud, por ahora. Desde mi incompetencia en el área, me limitaré a recomendaros, además de «La rama dorada» de Sir James Frazer, claro, tres libros sumamente instructivos: los de Huntington y Metcalf (1991), Carse (1987), y Núñez y Núñez (2014). Como antes comenté, en este último se recogen abundantes ejemplos de la cultura -de y para- la muerte en nuestro amado país, desde la España negra a la Fiesta Nacional, pasando por Goya y el esperpento (por cierto que Ortega comenta que ya Tito Livio afirmó que los celtíberos eran el único pueblo que vestía de negro y adoraba a la muerte).

Respecto a la Historia, desconozco si existe una Historia sistemática universal de la muerte (necesariamente en muchos gruesos volúmenes). Páginas atrás se aludió a Duby, Aries, y más adelante nos encontraremos con Erwin Rödhe, a propósito de la cultura clásica griega. Seguro que existen excelentes monografías sobre la muerte en la cultura egipcia o la civilización inca. Pero lamento no conocerlas.

18) No cabe detenerse ahora en la naturaleza epistémica y/o psicológica de la relación entre la muerte del otro y la muerte propia

19) Algunos autores se han preguntado si al hablar de la muerte y del morir humano se está hablando de lo mismo. Pues en la literatura especializada se encuentra un vocabulario tan variado como el siguiente: muerte percibida, imaginada, propia, del otro, cerebral, cardiopulmonar, cortical -el «muerto sin cadáver», de García Sabell-, clínica, celular, legal, civil, psíquica -del enfermo de Alzheimer- e incluso hay quien invoca una muerte «espiritual», la del pecador no arrepentido. Pero hay más. Según dicen los que saben de esto, la definición precisa de la muerte ni es ni ha sido un asunto fácil. Ya en el siglo XVIII se publicó un libro titulado «La incertidumbre de las señales de la muerte y el peligro de entierros y disecciones precipitadas». Se convino en que fuera la putrefacción corporal la señal fiable de la muerte, de modo que se legisló para que el entierro no fuera antes de las 24 horas del fallecimiento. Cuanta Becker (2003) que en 1875, en una Enciclopedia Médica, se debatían hasta 27 señales «seguras» de la muerte. Tres parecían definitivas: parada del corazón, de la respiración, y el cese de la consciencia. Pero a comienzos de los años 60 del siglo pasado, se replanteó el asunto cuando dos neurólogos franceses publican un artículo sobre las gradaciones del estado de coma. Las primeras operaciones de trasplantes en esa década complicaron aún más las cosas, porque ¿está muerto el donante cuando su corazón, artificialmente, aún funciona? Así que un Comité de la Facultad de Medicina de Harvard postuló cuatro criterios de muerte generalmente aceptados: no responder a estímulos externos, inexistencia de movimiento, ausencia de reflejos y electroencefalograma plano. Pero en septiembre de 2008 el periódico oficial del Vaticano propuso revisarlos pues algunas embarazadas concluían su gestación en situación de muerte cerebral. La discusión, supongo, continúa. Para una más completa información, si os interesa el tema, podéis consultar el número monográfico de la revista médica *Jano*, 1993, vol 44, num 1038. Y para complicaros más, leed también el artículo de T.H.

Brante y M. Hallberg (1991) «Brain or hearth: the controversy of the concept of death». *Social Studies of Science*, 21, 389-413. Y también, por último, el artículo del *El País* (07/11/08) a propósito de un trasplante espectacular en Denver: el corazón de tres bebés muertos por parada cardíaca irreversible fueron trasplantados con éxito a otros niños: ¡un corazón «muerto» funcionaba en otro cuerpo!

20) De ninguna manera este «galimatías relativizador» debe ser entendido en el sentido que le dieron (algunos) postmodernos: todo vale... Son lenguajes distintos y muchas veces incompatibles (como lo son los de la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad): un oncólogo no puede entenderse con un budista sobre qué es, ontológicamente, la muerte; son discursos inconmensurables sí, pero también comparables según distintos criterios, por ejemplo, virtudes epistémicas como el rigor, la claridad, la objetividad, la efectividad, etc. Por lo demás, sé que os preguntáis, entre otras muchas cosas, lo siguiente: dado que no puede vivenciarse la propia muerte y que los humanos somos los únicos seres vivos conscientes de la muerte propia, hasta qué punto son verdaderas las opiniones de varios autores sobre la conciencia de la muerte en los animales; en algunos, claro, no en las gallinas o en las avispas. El profesor Mosterín aporta diversas observaciones: elefantes que, cuando barruntan -vamos a decirlo así- su muerte, dejan de comer y beber y se apartan del grupo para morir solos. También, al parecer, reconocen la muerte de sus congéneres: huelen el cadáver, lo palpan y cubren con hojas. Por lo visto, practican «rituales de duelo»: levantan la pata sobre la cabeza del cadáver y tocan con sus colmillos los de éste. Un gorila de un zoo alemán sostuvo durante días (?) el cadáver de su cría y se negó a entregársela a un empleado. Un antropólogo de la universidad de Minnesota cuenta que madres chimpancés nutrían a sus crías muertas esperando que resucitaran. En fin, son observaciones curiosas. Pero hace falta más investigación; por ahora cabe suscribir la afirmación de Eagleman (2013): «la ciencia es incapaz de saber si los animales tienen conciencia de su muerte».

21) «C'est-a-dire-une chose qui doute, qui conçoit, qui affirme, qui nie, qui veut, qui imagine aussi, et qui sent» (Edición de la Pleiade, Paris, 1953). Aclaro la, me temo, interpretable como pedante cita. La tenía a mano; el tema de mi Tesina en Filosofía fue precisamente sobre Descartes (y ya van tres confesiones autobiográficas...), un solterón enormemente interesante, pese a sus nefastos errores psicológicos, y con una «imagen pública» incorrecta. Hay que leer, por

ejemplo, su correspondencia con su gran amiga Isabel de Bohemia, una melancólica y culta princesa exilada en La Haya. Aparte de asuntos filosóficos técnicos (las dos sustancias, etc), el «frío racionalista» le transmite intimidades como las siguientes: que las cosas no son como son sino tal y como nosotros las interpretamos; o que todo el mal y el bien de esta vida depende de los sentimientos; en «Las pasiones del alma» (Descartes, 1972, art. 212) escribe: «Únicamente de las pasiones depende todo el bien y todo el mal de esta vida»; o, en fin, que «toda mi vida he intentado que mi contento dependa solo de mí mismo».

22) Respeto, admiración, cariño, y muchas más cosas todas positivas, siento yo por Spinoza, el judío holandés, de reputación atea, perseguido por católicos, protestantes y judíos -la mejor prueba de la excelcitud de su pensamiento- y alabado después por Goethe, Hegel, Freud, Einstein y algunos teóricos marxistas. Enfermó muy joven pero no se dejó atrapar por la melancolía ->yo gozo y procuro pasar la vida no sumido en la tristeza y el llanto sino con tranquilidad y alegría-, compaginó el trabajo intelectual y manual -era pulidor de lentes- y, sin detestar el matrimonio, permaneció soltero, como Wittgenstein, y, como éste, también murió solo, únicamente acompañado por un médico.

23) Y a continuación manifiesta su intención de analizar estos asuntos «como si fuese cuestión de líneas, cuerpos y superficies» (Recordad el título completo de la obra, «Ética more geometrico demonstrata»).

24) Una elemental justicia obliga a traer aquí a Gracián. Un siglo antes, en el aforismo 287 de su «Oráculo manual y arte de prudencia», escribió: «Nunca obrar apasionado: todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasión siempre destierra la razón».

25) El discurso hizo fortuna: de los vicios privados emerge el Bienestar General (Mandeville), de los intereses individuales se vale La Astucia de la Razón (Hegel); y en esta senda, la sublimación freudiana sería causa de la producción artística, científica, etc. El asunto, estaréis de acuerdo, es apasionante y de innegable naturaleza psicosociológica. Si os interesa el tema debéis leer cuanto antes una obra maestra: «Las pasiones y los intereses» de Albert Hirschman (1999). En el prólogo, dice de él Amartya Sen, que es «uno de los intelectuales más destacados de nuestro tiempo». Por lo demás, sería obligado analizar ahora la supuesta voz discrepante de Hume (1981, 1990) en su famosa proposición: «la razón es, y solo debe ser, esclava de las pasiones, y no puede pretender otro

oficio que el de servir las y obedecerlas». Digo supuesta porque el estilo de Hume es frecuentemente oscuro y contradictorio y, en este concreto punto, cabría una interpretación alternativa al sentido atribuido comúnmente a la frase. Un elemental ejemplo: en su «Tratado» escribe que puede establecerse «con certeza», como máxima general, que no hay imágenes en la fantasía ni percepción de objeto alguno que «no vayan acompañados de alguna emoción». Hay más ejemplos pero no es posible detenerse ahora en ellos.

26) Freud exige comentario aparte: desde sus comienzos, por ejemplo en el «Proyecto de Psicología para Neurólogos», y en una conocida carta a Fliess, declaró abiertamente su propósito de hacer del Psicoanálisis una Ciencia Natural. Los especialistas afirman que Freud nunca formuló una teoría explícita de las emociones. Ciertamente es así, aunque en su pensamiento abundan nociones emocionales -la angustia sobre todo- y otorgó alguna atención a los sentimientos de culpa, amor y celos. Lo interesante en relación a nuestro tema es cómo parece existir en el pensamiento de Freud un conflicto «a muerte» -nunca mejor dicho-, un antagonismo frontal, entre las pulsiones instintuales del ello y las normas sociales del superyó. De modo que es el débil yo, donde residen la razón y la reflexión, el mediador entre ambos contendientes. Lo más relevante es que es el sujeto quien, ayudado, eso sí, por el analista, al modo socrático, penetrará con su racionalidad en los nebulosos y laberínticos espacios del inconsciente y, al comprenderlos, sanará. Como antes se dijo: «donde es ello que advenga el yo». Por lo demás, Freud sostuvo que inteligencia y sentimiento no son independientes: «nuestro intelecto solo puede laborar correctamente cuando se haya sustraído a la acción de intensos impulsos sentimentales».

27) En 1962, Schachter y Singer habían propuesto su celeberrima teoría bifactorial de las emociones. Recordad: la activación fisiológica del sujeto, junto a la etiqueta mental que le asigna, son los componentes fundamentales de la emoción. Además, cuando el sujeto no dispone directamente de la interpretación de su activación fisiológica, utiliza esquemas o marcos mentales que otros le suministran. En 1967, Herbert Simon, Premio Nobel de Economía, lamenta que las teorías del procesamiento de la información no se ocupen de la interacción cognición/afecto. Y afirma que las emociones establecen las prioridades en las múltiples decisiones de las personas. N. Luhman (1979), una de las grandes eminencias en la teoría de sistemas y poco sospechoso de «psicologismos» dice

que la base de las relaciones sociales es la confianza, una variable emocional, no lógica, aunque ignoramos si una acción basada en ella fue correcta hasta que esa confianza se rompe o bien se confirma.

28) La revista es *American Psychologist*: Zajonc, 1980, 35, 2, 151-175; Lazarus, 1982, 37, 9, 1019-1023; Zajonc, 1984, 39, 117-123; Lazarus, 1984, 39, 124-129; Lazarus, 1991, 46, 4, 352-367; Lazarus, 1991, 48, 8, 819-834. También Lazarus: *The Cognition-Emotion debate: a bit of History*. En T. Dalglissh y M. Power (1999). De nada.

29) La cosa continuó, naturalmente. En 1985, Weiner, desde la teoría de la atribución mostró que los sentimientos de éxito o fracaso dependen de la interpretación de los resultados por parte del sujeto. Vicent, en 1987, afirmó que “lo pasional y lo cognitivo son coexistentes”, añadiendo que la activación fisiológica es emocionalmente inespecífica, pues solo determina la intensidad de la emoción, y es la cognición la que establece su cualidad. En 1994, Howe, un “discípulo” de Spinoza, argumenta convincentemente que el Deseo es energía, potencia de obrar, pero carente de dirección; son las creencias las que explican el sentido de los deseos, no al modo subjetivista cartesiano sino según un modelo sociocultural. Anhelamos, vicariamente, lo que vemos que otros anhelan (como René Girard, recientemente fallecido, argumentó). Scherer (1997), Eckman (1999), Le Doux (1999) vienen a decir lo mismo: la apreciación cognitiva de un estímulo es el primer paso en el comienzo de una vivencia emocional. Elster (2010) elabora su tipología de las emociones a partir de la noción de creencia -odio a X porque creo que es un malvado o porque me odia-, y dice que si deseamos que exista un determinado estado de cosas, si este deseo es acompañado de una fuerte emocionalidad, acabaremos por creer que tal cosa existe, por ejemplo, una vida más allá de la muerte (el ejemplo no es de Elster). Y vamos terminando con esto, si alguno habéis llegado hasta aquí. Felix Ovejero (2010), Eagleman (2013), Ignacio Morgado (2015), empleando distinta terminología, vienen a concluir que existe una íntima, profunda, intrínseca, inseparable relación entre afectividad y racionalidad, y que, más allá de primacías, nuestros sentimientos son resultado de nuestros pensamientos. De modo que acertó William James hace casi 120 años. En 1897, en un artículo titulado “El sentimiento de racionalidad”, sostuvo la continuidad e indisolubilidad de la razón y la emoción. Esto es lo que dice: la absurda abstracción de un intelecto que contempla cuidadosamente la probabilidad de esto o

aquello, es realmente imposible. El intelecto no opera independientemente de los sentimientos. Todo acto mental lo realiza la persona en su integridad. Intelecto, razón, emoción, motivación, gusto, funcionan conjuntamente. Razón y emoción no son opuestos, sino nombres distintos de un proceso continuo. Pone James un ejemplo: cuando respiramos libremente no experimentamos ningún sentimiento especial, pero si algo nos lo impide surge una fortísima angustia. Eso mismo acontece con el pensamiento y la acción: si nada los obstaculiza no surgen problemas pero si se presenta algún impedimento, emergen el malestar y las emociones. En esta línea de continuidad, por cierto, se situaron Ortega y Zubiri. El primero, en julio de 1927, en el diario *La Nación* de Buenos Aires, en el citado artículo “Cabeza y corazón” lamentó la “desatención de los saberes” por los temas sentimentales. Y sentenció el maestro: “las raíces de la cabeza están en el corazón”. Unamuno escribió aquello de que el pensamiento siente y el sentimiento piensa. Y Zubiri, en “La inteligencia sentiente” (1980) afirma que la intelección y el sentir humanos no son dos actos numéricamente distintos sino “dos momentos de un solo acto de aprehensión sentiente de lo real: es la inteligencia sentiente”. Y añade que no se trata de sentir lo inteligible o inteligir lo sensible sino que inteligir y sentir constituyen “una sola facultad, la inteligencia sentiente”, que opera de distintos modos, logos o razón, también sentientes: logos sentiente y razón sentiente. Desde la neurofisiología, Rubia (2000) lo avala: “muchos autores consideran inútiles y poco reales las distinciones entre pensamiento y sentimiento, cognición y emoción” y sugiere sustituir el sintagma cartesiano por este otro: siento, luego pienso.

30) Antes de pasar a otra cosa, tres breves comentarios. El primero se refiere a nuestros hermanos los psicólogos sociales “sociológicos”, pues os extrañará a algunos que no hayan aparecido. A los sociólogos les pasó algo parecido a lo que les ocurrió a los psicólogos. Los Padres Fundadores no se interesaron por las emociones, aunque hubo algunas excepciones: Smith, Tocqueville, Pareto, Tönnies, Summner, Marx (el sentimiento de alienación), Weber (la angustia del calvinista ante la predestinación en *El Espíritu del Capitalismo*), y poco más. Kemper (1978) lo explica porque los sociólogos asumieron el tradicional enfrentamiento entre razones y pasiones, excluyendo a éstas del campo de la racionalidad científica. También se pensó que solo el sujeto individual posee un sistema nervioso productor de las emociones y, por tanto, debían ser objeto de la Psicología. Ya en ple-

no siglo XX hay que recordar al admirable W.Mills: las emociones son una mercancía más en el sistema capitalista (¡el negocio actual de la felicidad!). En los años 60 sí hay autores que se interesaron por la afectividad: Smelser, Goffman, Collins, etc. Especialmente interesantes son las obras de Arlie Hochschild: "The managed head" (1983) y de Norman Denzin: "On understanding emotion" (1984). Repárese que hasta 1986 no se crea en la ASA una sección de Sociología de las Emociones. Ya en nuestro siglo, por ejemplo, Lindesmith (2006) ha estudiado la dimensión social de las emociones, menoscabando sus bases biológicas; lo que es válido para algunas, como la vergüenza, pero en modo alguno para todas. En cualquier caso tengo la impresión de que permanece vigente el escueto diagnóstico con el que Kemper abre su libro: "no hay una teoría sociológica de las emociones". No obstante podéis consultar con gran provecho el excelente texto de Barbalet (1998) sobre este tema.

El segundo comentario alude directamente a nuestra ciencia, la Psicología Social. Tampoco puede decirse mucho acerca de su contribución a la investigación de las emociones. Y eso que la cosa empezó bien: McDougall, Ross y Floyd Allport, además de los psicólogos de las masas, con Le Bon a la cabeza, las trataron; pero, no figuran en la edición del Lindzey de 1954 (aunque sí el humor y la risa) ni tampoco en la de 1968 (aunque sí el humor y el juego), y no aparecen en la de 1985. Últimamente, Manstead (2012) ha escrito un importante artículo sobre este tema, de inexcusable lectura. Algunos protestareis pensando en los Izard, Tomkins, Schachter, y cómo no, en Bartlett, Postman, Asch, Davies, Jones, Nisbett, Ross, Fiske... aunque sus credenciales sociales sean muy problemáticas. Pero como la Psicología Social -la reina de las ciencias, la proclamó Comte-, es muy generosa, no hay inconveniente en acoger en su seno a esa larga nómina. En España son conocidas las publicaciones sobre emociones de Fernández Dols, Páez y cols, y Silverio Barriga.

El tercer comentario solo voy a citarlo de pasada por razones que fácilmente comprenderéis. Tiene que ver con el viejo problema de las relaciones entre actitudes y conducta, en nuestro caso su dimensión cognitiva y afectiva, y el comportamiento. El debate es conocido: si las actitudes causaban la conducta (McGuire), si era al revés (Bem), si existía causación recíproca (Kelman) o no había relación alguna (Wicker). Pero había más, el asunto se complicaba, empírica y experimentalmente, si se trataba de actitudes individuales o colectivas, si eran más decisivos los factores

disposicionales o situacionales, etc. En todas estas discusiones participaron acreditados autores: Fishbein, Ajzen, y luego Olson, Zanna, Eagly, Chaiken, etc. Hasta que algunos se hartaron y volvieron a pedir, como decenios antes hicieron los conductistas, que desapareciera para siempre el concepto de actitud del campo de la Psicología Social. Todo lo cual viene a cuento, creo, ante una eventual segunda parte, complementaria de este ensayo, de naturaleza necesariamente empírica. Habría dos posibilidades: una, examinar, según la línea argumental que nos traemos, cómo creencias y pensamientos acerca de la muerte y el más allá de ateos, agnósticos, creyentes o indiferentes producen determinados sentimientos que, a su vez, conducen a comportamientos concretos; sería un enfoque idealista, de «arriba a abajo» ->la conciencia determina la existencia-; y dos, la perspectiva materialista, de «abajo a arriba» ->es la existencia social la que determina la conciencia-; o una combinación de ambas.

31) Lucrecio (1997): codicia, ansias de honores, crímenes, «llagas son de la vida y enconos que nacen del miedo a la muerte...» (III, 64), y poco más adelante: «y hasta las veces por miedo a la muerte un asco tan hondo de vida a los hombres les entra, y de ver el cielo tal odio que en negra congoja la muerte se dan» (III, 79-80).

32) Recordemos sus versos como modestísimo homenaje en el cuarto centenario de su muerte: «ay, que larga es esta vida / qué duros estos destierros / estas cárceles y estos hierros / en que el alma está metida / Solo esperar la salida / me causa dolor tan fiero / que muero por que no muero»

33) Dicen los antropólogos que un fenómeno es «universal» cuando acontece en el 95 % de las culturas estudiadas. También advierten que universal no significa que todos los individuos de estas culturas lo vivencien o practiquen (Brown, 1991) (El sexo es un universal, pero hay quien hace voto de castidad. El amor romántico no es un universal).

34) Jankelevitch (2002) introduce una interesante casuística psicológica, sobre el cuándo de la muerte, supuesta la certeza de ésta, dando lugar a los sentimientos de angustia, desesperación e incertidumbre.

35) Esa diferencia entre las personas en su pensar en la muerte se evidencia en Montaigne y Spinoza. El primero recomienda pensar constantemente en ella, y, de esa manera, aliviar nuestros pesares: «no tengamos nada tan a menudo en la cabeza como la muerte. Esperémosla en todas partes, pues no sabemos dónde nos espera», confesando a continuación que «nada he

tenido en la cabeza, desde siempre, que las imágenes de la muerte», y, en ese momento, dice: «suelto amarras en todo». Por su parte, Spinoza rechazó tajantemente pensar en la muerte: «un hombre libre en nada menos piensa que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida» (Ética, IV parte, prop. LXVII).

50

36) Como ya se dijo más atrás, el CIS, muy de vez en cuando, incluye en sus encuestas preguntas sobre nuestro asunto, cuyos resultados pueden consultarse en internet (www.cis.es/estudios). En el punto concreto en el que estamos hay algunas respuestas instructivas, pero lamentablemente las preguntas no siempre se formulan en términos idénticos ni tan poco hay homogeneidad en las alternativas de respuesta: sí, no, no estoy seguro, más bien creo que sí, probablemente no... A la pregunta ¿hay vida después de la muerte?, si en 1987 estaban seguros o casi seguros de ello el 39,7 %, todavía en 2008 lo están el 43,5 %. Creían en el alma el 58 % en 1987, y el 52 % en 2002; en Dios, el 75 % en 1987 y el 69,4 % en 2002; en el Infierno el 27 % en 1987 y el 28'6 % en 2008; en el Cielo el 45 % en 1987 y el 41,9 % en 2008; en la Resurrección de los muertos un 31'5 % en 1994, y en la Reencarnación un 33,7 % en 1994 y un 20'2 % en 2008. Todo lo cual es coherente, de alguna manera, con que en 2001 el 69 % de los españoles se consideraban creyentes.

37) La investigación empírica de Baltes y Staudinger (2000) sobre las teorías implícitas de la gente sobre las personas sabias revela que la sabiduría es entendida como una noción diferente, por ejemplo, a la madurez o la creatividad y, en todo caso, incorpora una cualidad de excelencia y altruismo. Además, un análisis del contenido histórico-filosófico del concepto descubrió estas dimensiones: se trata de un nivel superior de juicio y conocimiento, que aborda importantes cuestiones sobre el sentido de la vida; el sabio sería consciente de los límites del conocimiento y de la incertidumbre que nos acompaña. Por último, la sabiduría, en tanto modo de conocer amplio y profundo, sería difícil de alcanzar pero se reconoce fácilmente cuando se manifiesta. Por lo demás, la explicación/compreensión racional -base de la sabiduría- del sentimiento del miedo a la muerte, no es, naturalmente, infalible. Creencias falsas -fantasías, supersticiones, etc- pueden producir en las personas cambios psicológicos beneficiosos para ellas, que alivien, reduzcan o incluso eliminen ese sentimiento -como ocurría con Santa Teresa-. Nuestras interpretaciones de las cosas no siempre son válidas por su "verdad" sino por su

"aceptabilidad". El *sujeto psicológico* se impone entonces al *sujeto epistemológico*. Puede más su sentimiento que su pensamiento. Y lamento ser tan críptico. Finalmente, es preciso advertir, que todo cuanto sigue a continuación se refiere a la sabiduría en nuestra tradición occidental. En otras culturas es sabido que existe una mayor presencia en este concepto de aspectos religiosos -en el Taoísmo o Confucionismo-, intuitivos, e incluso místicos, sin tanta carga de intelectualismo. Esas diferencias aparecen, por ejemplo, en el artículo de Takahasi y Bordia (2000) (con muestras de estudiantes de USA, Australia, India y Japón).

38) Muy oportunamente cita a Quevedo, viejo, sólo, desengañado: "vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos". Antes, el gran Maquiavelo, en un majestuoso pasaje, nos dejó también testimonio sobre el perenne provecho de los clásicos. En el mes de marzo de 1513, el ex-poderoso Primer Secretario de la República de Florencia ha salido de la cárcel, tras sufrir tormento, acusado de conspirar contra los Medicis. Se retira al campo, a Sant Andrea in Percussina, no lejos de Florencia. Invadido por la melancolía, no desea ya "cosa alguna con pasión", y le cuenta su cotidiana y desdichada existencia a su amigo Francesco Vettori, Embajador ante el Papa. Es una carta del 10 de diciembre de ese año y dice así: me levanto al amanecer y voy a un bosque que hago talar. Llego después a la posada del camino, discuto con los que allí están y observo la diversidad de gustos y caracteres humanos. A la hora del almuerzo comparto con mi familia los alimentos que me permiten mi pobre granja y mi escasísimo patrimonio. Tras la comida, vuelvo a la posada, donde juego a las cartas entre mil protestas e innumerables disputas e insultos, de manera tal que se nos oye gritar hasta en San Casciano. Al atardecer, vuelvo a casa, me despojo de los sucios vestidos del día, cubiertos de barro y mugre "y me visto unas ropas dignas de cortes reales y pontificias"; así vestido "me traslado a las cortes antiguas, entre hombres de la antigüedad", y en esa compañía "me sustento con el único alimento que me agrada, y para el cual he nacido". Y escribe a continuación: "durante cuatro horas no siento el más mínimo aburrimiento, olvido todas mis preocupaciones, no temo a la pobreza, *la muerte no me espanta*" (subrayado mío).

39) La ausencia de mujeres, aparte otras sesudas reflexiones, tiene una inmediata explicación: la dominación ancestral masculina; no hay más que recordar su papel en las Culturas sobre las que se edificó nuestra actual sociedad, la griega, la romana y la judeo-

cristiana, todas ferozmente misóginas. Y lo que vino a continuación, claro está.

40) La asociación, sin duda ventajosa y ventajista para el Poder, entre el miedo y la política, viene de muy antiguo -Salustio, Tito Livio, etc-, pero son Maquiavelo y Hobbes los más conocidos tratadistas clásicos del tema. Tenía escrita una “digresión” de varias páginas sobre el asunto, pero me ha parecido más razonable eliminarla. Tan solo recordaos el célebre consejo en el *El Príncipe*: Es más seguro ser temido que amado, pues, “los hombres temen menos el ofender al que se hace amar que al que se hace temer”. No menos conocida es la tesis del genio inglés: el Estado se fundamenta en el miedo, esa pasión innata, básica, universal. El miedo como factor intrínseco, constitutivo de la gobernanza, ha tenido, desgraciadamente, numerosas manifestaciones desde la Edad Contemporánea hasta hoy. Los revolucionarios franceses lo utilizaron mediante su oxímoron: el “despotismo de la libertad”, y más tarde vinieron la Revolución Rusa, el Nazismo, Mao, Franco, Pol-Pot, las terroríficas teocracias orientales, los crueles regímenes africanos, los “queridos líderes” de Corea del Norte. Y ¿qué decir del miedo y la política cuando se escriben estas líneas...?

41) Rossett los distingue perspicazmente: el amor se entiende a partir de la primera, no al revés. Es un caso particular de la alegría: decía Spinoza “el amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior” (*Ética III, prop LXIX*).

BIBLIOGRAFÍA:

- AA.VV (2009). *La muerte de los filósofos en manos de los escritores*. La Bestia Equilátera. Buenos Aires.
- Amèry, J. (1999). *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria*. Pretextos. Valencia
- Amèry, J. (2001). *Revolución y resignación: acerca del envejecer*. Pretextos. Valencia.
- Andrés, R. (2015). *Semper Dolens: Historia del suicidio en occidente*. Acanalado. Barcelona.
- Ariès, P.H. (1982). *La muerte en occidente*. Argos Bergara. Barcelona.
- Ariès, P.H. (2000). *Historia de la muerte en occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*. El Acanalado. Barcelona.
- Arkin, R.M. y otros (2010) (ed.). *Handbook of the uncertain self*. Univ.Press. Sussex. 192-215
- Averill, J.R. (1996). *Intellectual emotions*. En R. Harré y V.G. Parrott, Cfr. infra, 24-38.
- Baltes, P.B y Staudinger, N.M. (2000). *A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence*. *American Psychologist* 55, 1, 122-136.
- Barbalet, J.M. (1998). *Emotion, social theory and social structure*. Cambridge. Univ. Press.
- Becker, E. (2003). *La negación de la muerte*. Kairós. Barcelona.
- Bodei, R. (1995). *Una geometría de las pasiones*. Muchnik. Barcelona.
- Brown, D. (1991). *Human Universals*. Temple. Univ. Press. Philadelphia.
- Carse, J.P. (1987). *Muerte y existencia. Una historia conceptual de la mortalidad humana*. FCE. México
- Cramer, P.H. (2000). *Defence mechanism in psychology today*. *American Psychologist*, 55, 6, 637-646.
- Critchley, S. (2008). *El libro de los filósofos muertos*. Taurus. Madrid.
- Dalglis, T. y Power, M. (1999) (ed.). *Handbook of cognition and emotion*. Wiley. New York.
- Damasio, A.R. (1996). *El error de Descartes*. Crítica. Barcelona.
- Damasio, A.R. (2001). *La sensación de lo que ocurre: cuerpo y emoción en la construcción de la consciencia*. Debate. Madrid
- Damasio, A.R. (2005). *En busca de Spinoza*. Crítica. Barcelona.
- Damasio, A.R. (2010). *Y el Cerebro creó al Hombre*. Destino. Barcelona.
- Danza de la muerte (1981). *Códice de El Escorial*. Barcelona
- Darwin, C. (1967). *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*. SEM. Buenos Aires.
- Delumeau, J. (1989). *El miedo en occidente*. Taurus. Madrid
- Descartes, R. (1972). *Las pasiones del alma*. Península. Barcelona.
- De Miguel, J. M. (1995). *El último deseo: para una sociología de la muerte en España*. REIS, 71-71, 109-156.
- Domínguez, V. (2002). *Los dominios del miedo*. Biblioteca Nueva. Madrid
- Eagleman, D. (2013). *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*. Anagrama. Barcelona.
- Elias, N. (1987). *La soledad de los moribundos*. FCE. Madrid.

- Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social*. Gedisa. Barcelona.
- Feifel, H. (Ed.) (1977). *New meanings of death*. McGraw Hill. Nueva York.
- Feifel, H. (1990). Psychology and death. Meaningful rediscovery. *American Psychologist*, 45, 4, 537-543.
- Ferrater Mora, J. (1947). *El sentido de la muerte*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Ferrater Mora, J. (1965). *Diccionario de Filosofía*. Sudamericana. Buenos Aires. 5ª ed.
- Ferrater Mora, J. (1979). *El ser y la muerte: bosquejo de una Filosofía integracionista*. Planeta. Barcelona.
- Fierro, A. (2000). *Sobre la vida feliz*. Aljibe. Málaga
- Fierro, A. (2008). *Conocimiento contra infelicidad: para una Psicología Epicúrea*. *Escritos de Psicología*, 2, 1, 7-23.
- Fiske, S. T. y otros (ed.) (2010). *Handbook of Social Psychology*. Wiley. Nueva York. 5ª ed. Vol I, 724-787.
- Florian, V y Miculincer, M. (2004). A multifaceted perspective on the existential meanings, manifestations, and consequences of the fear of personal death. En J. Greenberg y otros (eds), *cfr. supra*, 54-70.
- Freud, S. (1967, 1968). *Obras completas*. Biblioteca Nueva. Madrid. 3 Vols.
- Freud, S. (1968). Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte. En *Obras Completas*, *cfr. supra.*, vol II, 1095-1108.
- Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XX. Madrid.
- Furth, H.G. (1992). *El conocimiento como deseo*. Alianza. Madrid.
- García Sabell, D. (1999). *Paseo alrededor de la muerte*. Alianza. Madrid.
- Gigerenzer, G. (2008). *Decisiones instintivas. La inteligencia del inconsciente*. Ariel. Barcelona.
- Gray, J. (2014). *La comisión de la inmortalización. La ciencia y la extraña cruzada para burlar la muerte*. Sexto Piso. Madrid.
- Greenberg, J. y otros (eds.) (2004). *Handbook of Experimental Existential Psychology*. Wilford Fress. Nueva York.
- Greespan, P.S. (1988). *Emotions and reasons: an inquiry into emotional justification*. Routledge. Nueva York.
- Greenblatt, S. (2012). *El Giro*. Crítica. Barcelona.
- Harre, R. y Parrott, W.G. (1996). *The emotions*. Sage. Londres
- Hirschman, A. O. (1999). *Las pasiones y los intereses*. Península. Barcelona.
- Hobbes, T.H. (1979). *Leviatán*. Nacional. Madrid.
- Howe, R.B.K. (1994). A social-cognitive theory of desire. *Journal the Theory of Social Behavior*, 24, 1, 1-23.
- Hume, D. (1981). *Tratado de la naturaleza humana*. Ed. Nacional. Madrid. 2 Vols.
- Hume, D. (1990). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*. Anthropos. Barcelona.
- Huntington, R. y Metcalf, P. (1991). *Celebrations of death: the Anthropology of mortuary ritual*. Cambridge. Univ.Press. Nueva York.
- Jankelèvitch, V. (2002). *La muerte*. Pretextos. Valencia.
- Kastebaum, R. (1992). *The Psychology of death*. Springer. Nueva York.
- Kastebaum, R. y Aisenberg, R. (1974). *The Psychological of death*. Duckworth. London.
- Kastebaum, R. y Costa, P.T. (1977). Psychological perspectives on death. *Annual Review of Psychology*, 28, 225-249.
- Keltner, D y Lerner, J. (2010). Emotion. En S.Fiske et al. (eds), *cfr. supra.*, 317-352.
- Kemper, T. D. (1978). *A social interactional theory of emotions*. Wiley. Nueva York.
- Kleinginna, P.R. y Kleinginna, A. (1981). A categorized list of emotion definitions with suggestions for a consensual definition. *Motivation and Emotion*, 5, 4, 345-379.
- Laercio, D. (2000). *Vida de filósofos ilustres*. Iberia. Barcelona.
- Lara Peinado, F. (1992). *Poema de Gilgamesh*. Tecnos. Madrid. 2ª ed.
- Le Doux, J. E. (1989). Cognitive-emotional interactions in the brain. *Cognition and Emotion*, 3, 4, 267-289.
- Le Doux, J. E. (1999). *El cerebro emocional*. Planeta. Barcelona.
- Le Ninèze, A. (2000). *La sagesse*. Ed. Autrement. París.
- Leonetti, J. (2015). *C'est ainsi que les hommes meurent*. Plon. París.
- Lester, D. (1967). Experimental and correlational studies of the fear to death. *Psychological Bulletin*, 67, 27-36.
- López Facal, J. (2012). *Antología de muertes apacibles*. Catara. Madrid.
- Lucrecio Caro, T. (1997). *De Rerum Natura. De la Realidad*. Edición Crítica de Agustín García Calvo. Ed Lucina. Zamora.

- Lyons, W. (1999). The Philosophy of cognition and emotion. En T. Dalghiesh y M. Power (eds.), *cfr. supra*, 21-44.
- Mannoni, P. (1984). *El miedo*. FCE. México.
- Manstead, A.S.R. (2012). A History of affect and emotion research in Social Psychology. En A.Kruglanski y W. Stroebe (eds.): *Handbook of the History of Social Psychology*. Psychology Press, N.York, 177-198.
- Marzano, M. (2010). *La muerte como espectáculo. La difusión de la violencia en internet y sus implicaciones éticas*. Tusquets. Barcelona.
- Mestrovic, S. G. (1997). *Postemotional society*. Sage. Londres.
- Mira y López, E. (1962). *Cuatro gigantes del alma: el miedo, la ira, el amor, el deber*. El Ateneo. Buenos Aires.
- Mittford, J. (2008). *Muerte a la americana*. Rhythm Press. Barcelona.
- Montaigne, M. (2007). *Los Ensayos*. Acantilado. Barcelona.
- Mora, F. (2003). *El sueño de la inmortalidad*. Alianza. Madrid.
- Mora, F. (2015). *¿Es posible una cultura sin miedo?* Alianza. Madrid.
- Morin, E. (1951). *El hombre y la muerte*. Kairós. Barcelona.
- Morin, E. (2001). *Amor, poesía, sabiduría*. Seix Barral. Barcelona.
- Mosterín, J. (1994). La insuficiencia de la Filosofía actual. *Claves de Razón Práctica*, 48, 20-27.
- Mosterín, J. (2006). *La naturaleza humana*. Espasa. Madrid.
- Nesse, R.M y Lloyd, A.T. (1992). The evolutions of psychodynamic mechanisms. En J. H. Barkow y otros (eds.): *The adapted mind*. Oxford. Univ. Press, 601-626
- Neu, J. (1977). *Emotion, thought and therapy*. Routledge. Londres.
- Nisbett, R.E. y Wilson, T.D. (1977). Telling more than we can know: verbal reports on mental processes. *Psychological Review*, 84, 231-259.
- Nussbaum, M. (2003). *La terapia del deseo*. Paidós. Barcelona.
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Paidós. Barcelona.
- Núñez, F.R. y Núñez, E. (2014). *¡Viva la muerte!: política y cultura de lo macabro*. Marcial Pons. Madrid.
- Oatley, K. y Jhonson-Laird, P.N. (1987). Towards a cognitive theory of emotion. *Cognition and Emotion*, 1, 1, 29-50.
- Öhman, A. (2008). Fear and anxiety. Overlaps and dissociations. En M.Lewis y otros: *Handbook of Emotions*. Guilford Press, N.York. 709-729.
- Olson, J.M. y otros (1996). Expectancies. En E.T. Higgins y A.W. Kruglanski: *Social Psychology: Handbook of Basic Principles*. Guilford Press. N.York, 211-238.
- Omdahl, B. (1995). *Cognitive appraisal, emotion and empathy*. LEA. New Jersey.
- Ortony, A. y Turner, T. (1990). What's about basic emotions? *Psychological Review*, 97, 3, 315-331.
- Pyszczynski, T. y otros (1997). Why do we need what we need? A terror management perspective on the roots of human social motivation. *Psychological Inquiry*, 8, 1, 1-20.
- Pyszczynski, T. y otros (2010). Experimental Existential Psychology. Copying with facts of life. En S.T.Fiske y otros, *cfr.supra*, 724-787.
- Röhde, E. (1995). *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*. Agora. Granada.
- Roudinesco, E. (2015). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Debate. Barcelona.
- Rubia, F.J. (2000). *El cerebro nos engaña*. Temas de hoy. Madrid.
- Savater, F. (1995). *Diccionario filosófico*. Planeta. Barcelona.
- Savater, F. (1995a). *Misterios gozosos*. Espasa Calpe. Madrid.
- Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Ariel. Barcelona.
- Savater, F. (2000). La muerte antropomorfa. *Claves de Razón Práctica*, 100, 10-12.
- Schopenhauer, A. (2005). *El mundo como voluntad y representación*. FCE. Madrid. 2 Vols.
- Skinner, B.F. (1983). Intellectual self-management in all ages. *American Psychologist*, 38, 3, 239-243.
- Skinner, B.F. y Vaughan, M.E. (1983). *Disfrutar la vejez*. Martínez Roca. Barcelona.
- Sroufe, L.A. (1995). *Emotional development*. Cambridge Univ. Press. N.York.
- Spinoza, B. (1986). *Tratado teológico-político*. Alianza. Madrid.
- Spinoza, B. (1987). *Ética*. Alianza. Madrid.
- Spinoza, B. (1988). *Correspondencia*. Alianza. Madrid.
- Spinoza, B. (1988a). *Tratado de la reforma del entendimiento*. Alianza. Madrid.
- Sudnow, D. (1971). *La organización social de la muerte*. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires.

- Takahashi, M. y Bordia, P. (2000). The concept of wisdom: a cross-cultural comparison. *International Journal of Psychology*, 35, 1, 1-9.
- Toomela, A. (2008). Variables in Psychology: a critique of quantitative psychology. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 42, 3, 245-265.
- Vargas, J. S. (1990). B.F. Skinner. The last few days. *Journal of Applied Behavioral Analysis*, 23, 4, 409-410.
- Wittgenstein, L. (1987). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Alianza. Madrid.

Dos caras de la Psicología Social: la felicidad y la violencia de pareja

Jesús San Martín García
y Fabiola Perles Novas

Resumen: En el presente trabajo se realiza una revisión sobre dos ámbitos de estudio de la Psicología Social, la felicidad y la violencia de pareja. No hay muchos trabajos que hayan vinculado estos dos ámbitos. El objetivo de este trabajo es exponer algunos de los resultados de la investigación en estos dos ámbitos pero sobre todo, contribuir a establecer la vinculación que se puede establecer a nivel teórico y especialmente, en el terreno de la intervención entre la felicidad y la mejora del bienestar de personas que han vivido experiencias de violencia en la pareja. Las intervenciones basadas en el ocio terapéutico constituyen una propuesta para establecer un puente de unión entre estos dos ámbitos.

Palabras Clave: Felicidad, violencia de pareja, ocio

Alguien dijo que la Psicología Social es una, pero se escribe de muy diferentes maneras. Esta afirmación sigue siendo tan válida hoy como cuando se acuñó, pero podría ampliarse de distintas maneras; una de ellas es qué estudia realmente la Psicología Social, no en el sentido de la influencia del entorno social sobre el comportamiento humano sino de algo que para alguien que se acercara por primera vez a nuestra disciplina podría llamarle profundamente la atención, y hace referencia a qué realidades aborda realmente nuestra disciplina. Como decimos, el primer contacto de un lego con esta materia podría ser, de algún modo, sorprendente, se encontraría que la misma disciplina abarca comportamientos que van desde la violencia, la agresividad, etc. al comportamiento altruista, el amor, el bienestar o la calidad de vida. Este panorama, a priori, quizá desconcertante, podría lle-

var a nuestro psicólogo social en ciernes a pensar que la Psicología Social no tiene un planteamiento claro a la hora de qué aspectos de la realidad social son su objeto de estudio. Nada más lejos de la realidad, tras esa primera visión superficial, nuestra disciplina nos muestra que esos ámbitos, aparentemente tan diferentes, no lo son tanto, sino que, por el contrario siguen una clara línea común, que provoca que la Psicología Social aborde el comportamiento psicosocial, y éste es común a los aspectos más positivos y más negativos del mismo, pero con el objetivo último, en la mayoría de los casos, de comprender el comportamiento negativo para evitarlo y el positivo para promoverlo. Por poner algún ejemplo, y centrándonos sólo en los clásicos ahí están los trabajos de Milgram (1980) sobre la obediencia, o los de Bandura (1973) sobre la conducta agresiva, entre los primeros, o los de Darley y Latané (1968) sobre el efecto espectador o Allport (1954) con la teoría del contacto, entre los segundos.

En el presente artículo queremos ejemplificar este hecho con dos aspectos que en la actualidad tienen una gran presencia en la Psicología Social, por un lado la violencia de pareja y por otro lado el estudio de la felicidad, ámbitos que pueden percibirse como muy distantes o sin ningún tipo de relación entre sí, pero que, a poco que ahondemos en ellos, puede percibirse una fuerte relación. Partimos de la premisa de para qué serviría estudiar el bienestar y la felicidad de las personas si no somos capaces de trasladarlos a los ámbitos donde pueden ser más necesarios. Asimismo, qué conseguimos estudiando la violencia de pareja si nuestros intentos no van dirigidos a erradicar el problema y, además, a mejorar el sentimiento de bienestar de las personas que la sufren. Aunque, como hemos comentado, nos vamos a centrar en estos dos aspectos del comportamiento humano, podríamos ampliarlo a otros muchos contextos de estudio de nuestra disciplina como la tercera edad, drogas, marginación, exclusión social, inmigración, etc.

EL ABORDAJE DE LA FELICIDAD

La cuestión de la felicidad ha estado presente, de una forma u otra, a lo largo de toda la historia de la humanidad (Fierro, 2000) y en todas las culturas (Lyubomirsky, 2008). El ser humano ha buscado la manera de ser lo más feliz posible a través del pensamiento filosófico, de la búsqueda de placeres, de la posesión de cosas materiales o a través de cualquier otra vía. En los últimos tiempos este interés ha creci-

do de manera considerable. La búsqueda de la felicidad se ha convertido en uno de los grandes puntos de atención tanto de la Psicología, y fundamentalmente de la psicología positiva, como de otras ciencias sociales (v.g. Layard, 2005) y más concretamente de la Psicología Social (Javaloy y Rodríguez, 2010). Pero lo más importante, en este sentido, es que esta temática interesa tanto a los investigadores como a la sociedad en general. Como consecuencia de la evolución de la sociedad del bienestar (aumento de los períodos vacacionales, disminución del tiempo dedicado al trabajo, incremento de la esperanza de vida, etc.), en las últimas décadas, y a pesar de la situación de crisis socioeconómica que atravesamos en los últimos años, se ha pasado de interesarse básicamente por aspectos materiales, más relacionados con las necesidades de subsistencia, a intentar disfrutar al máximo de nuestra vida. Tal como apunta Javaloy (2007), a partir de los años 50 el surgimiento del estado de bienestar centró la atención en los aspectos relacionados con la calidad de vida; reactivando el crecimiento material el pensamiento filosófico humanista, donde se destaca el bienestar del individuo.

El abordaje de este objeto de estudio desde la psicología es relativamente reciente, aunque cada vez existen más investigadores interesados en este tema (Argyle, 1987; Seligman, 2005; Javaloy, 2007; Lyubomirsky, 2008, Blanco y Díaz 2010). Así autores como Diener y Oishi (2005) se centran en analizar las bases psicosociales de la felicidad, entre las que resaltan las relaciones íntimas, la adaptación a los acontecimientos de la vida, el impacto de la cultura. A estos factores Javaloy y Rodríguez (2010) añaden el estilo de apego, la conducta altruista y las distorsiones cognitivas sobre la felicidad. Por otro lado, autores como Berscheid y Reis (1998) o Diener y Seligman (2004) resaltan el papel fundamental de las relaciones sociales en el bienestar. En esta línea, otros autores como Leung et al. (2011) o Han, Kim, Lee y Lee (2013) se centran en la relación existente entre el capital social y el incremento de la felicidad. Por último, Caunt, Franklin, Brodaty y Brodaty (2013) resaltan el papel que sobre el bienestar ejercen las relaciones sociales y las actividades de ocio.

En otro orden de cosas, el concepto de felicidad se ha asociado a otros como el de bienestar, júbilo, placer o satisfacción (Seligman, 2005). De forma más precisa, Lyubomirsky, Sheldon y Schkade (2005) se refieren a ella como un sentimiento de bienestar subjetivo caracterizado por la alta presencia de sentimientos positivos, la baja presencia de sentimientos

negativos y una elevada satisfacción vital. Otros como McMahan y Estes (2011) plantean un acercamiento al concepto de felicidad desde las definiciones cotidianas que realizan las personas sobre la misma, así plantean una conceptualización amplia del bienestar en la que subyacen cuatro dimensiones diferentes: las experiencias de placer, la evitación de experiencias negativas, el autodesarrollo y las contribuciones personales hacia los otros. Una de las líneas de investigación más interesante en el estudio de la felicidad es la que indaga en la forma en la que ésta se puede incrementar (Bryce y Haworth, 2002; Lyubomirsky, 2008; Seligman, 2005; Sheldon y Lyubomirsky, 2006; Tkach y Lyubomirsky, 2006). En esta línea, Lyubomirsky, Sheldon y Schkade (2005), basándose en trabajos anteriores (Lykken y Tellegen, 1996; Argyle, 1999), desarrollan un modelo teórico en el que plantean que el nivel de felicidad crónico de una persona viene definido por tres factores principales: el valor de referencia, las circunstancias y las actividades deliberadas. El valor de referencia explicaría un 50% de la varianza del nivel de felicidad de una persona y se refiere a aspectos genéticamente determinados y, por lo tanto, fijos, estables a lo largo del tiempo e inmunes a la influencia o el control. El segundo componente, las circunstancias, explicaría un 10% de la varianza y tiene que ver con factores estables (estado civil, trabajo, ingresos, salud, etc.) o puntuales (incremento de ingresos, enfermedades, recibir un premio, etc.) que influyen en la felicidad de la persona pero de una manera poco estable, es decir, sus efectos directos no son demasiados estables en el tiempo. Por último, las actividades deliberadas explicarían un 40% de la varianza y se refieren a una gran variedad de actividades que se caracterizan por poder ser elegidas libremente por las personas y conllevar la implicación en las mismas. Se trata de actividades que requieren un determinado grado de esfuerzo a la hora de llevarlas a cabo, es decir, la persona tiene que intentar realizar la actividad, no solamente le ocurre. Son precisamente las actividades deliberadas las que permiten un incremento duradero y estable de los niveles de felicidad de las personas y lo que hace afirmar a Lyubomirsky, Sheldon y Schkade (2005) que, efectivamente, es posible aumentar el grado de felicidad de un individuo. Posteriormente, Sheldon y Lyubomirsky (2006) corroboraron que los cambios en las acciones generan un mayor nivel de felicidad y un cambio más duradero en el mismo que los cambios en las circunstancias. Muy relacionado con este último aspecto, Peterson, Park y Seligman (2005) concluyen que debería pres-

tarse una mayor atención a la intervención orientada a cultivar y aumentar los niveles de felicidad y bienestar de una persona o grupo.

Pero, como puede deducirse de lo anterior, el hecho de ser feliz no es relevante por el mero hecho de serlo, sino que además numerosas investigaciones muestran como el ser feliz es un criterio básico de adaptación y de una buena salud mental (Diener, 1984; Jahoda, 1958; Taylor y Brown, 1988). Así las personas felices obtienen beneficios tangibles en muchos ámbitos de la vida: tienen mejores relaciones sociales, mejores resultados laborales, mejor salud física y mental, mayor autocontrol y habilidades de afrontamiento, entre otras (Lyubomirsky, Sheldon y Schkade, 2005). Es por tanto, la consecuencia lógica de lo anterior que si somos capaces de incrementar los niveles de felicidad de una persona, o grupo, mejoraremos también su funcionamiento en muchos ámbitos de su vida. Como comentábamos anteriormente, una de las líneas de investigación más abordadas en el análisis de la felicidad es la que indaga en la forma en la que ésta se puede incrementar. A modo de ejemplo, en los últimos años han aparecido una gran cantidad de trabajos que relacionan el bienestar o la felicidad con otros ámbitos de la Psicología Social, tal es el caso del deporte (Norling, Sibthorp, Suchy, Hannon, y Ruddell, 2010; Breunig, Todd, Anderson, Young, 2010; Kim, Dattilo y Heo, 2011; Houge, Hodge y Boyes, 2013) o el ocio.

Precisamente éste último es una de las temáticas que más se han relacionado con la felicidad, así, aunque son muchos los aspectos abordados desde los estudios de ocio, tales como problemas conceptuales (Kelly, 1996; San Martín, López y Esteve, 1999; Esteve, San Martín y López, 1999), estilos de ocio (Peterson, Park y Seligman, 2005; San Martín, Perles y Canto, 2010a), género (Parry y Fullagar, 2013; Wood y Tirone, 2013), contacto interracial (Lee, 2013), medios de comunicación (Hodge, 2012), etc., en los últimos años ha habido un incremento entre los estudios que analizan los efectos del ocio sobre el incremento de la felicidad (Aslan, 2009; Agate, Zabriskie, Agate, y Poff, 2009; San Martín, Perles y Canto, 2010b; Caldwell, Patrick, Smith, Palen, y Wegner, 2010; Wang, Kao, Huan y Wu, 2011; Chun, y Lee, 2010; Bloom, Geurts y Kompier, 2012; Henricksen y Stephens, 2012; Liang, Yamashita y Brown, 2013; Wang, y Wong, 2014).

Puede afirmarse que existe un acuerdo general a la hora de admitir que la satisfacción en el ocio es una de las principales fuentes para la obtención de calidad de

vida; para algunas personas incluso la más importante. Se considera que el ocio y el tiempo libre encuentran su espacio en la salud y el bienestar social, relacionándose con el crecimiento personal, ya sea físico, mental o espiritual. En este sentido, Neulinger (1981) consideraba que el ocio es la esencia de la calidad de vida. De esta forma el ocio, junto a la salud, la educación, los alimentos o la vivienda, es uno de los indicativos presente en cualquiera de las medidas tradicionales de calidad de vida. Con el añadido de que la mayoría de los aspectos que hemos citado, salud, educación... nos dan lo que se define como calidad de vida objetiva, pero no nos dan la felicidad, de hecho únicamente somos conscientes de ellos cuando nos faltan. Por el contrario el ocio, está en la base de la felicidad, el bienestar personal y, en general, con la situación de estar bien con uno mismo, ya sea a un nivel de salud física, psicológica, social e incluso espiritual.

En cuanto al por qué el ocio es fuente de felicidad, una primera respuesta la encontramos analizando para qué nos sirven estas actividades. La respuesta a esta pregunta nos la ofrecía, ya hace tiempo, Dumazedier (1968) quien al plantear las funciones del ocio, diferenciaba entre descanso (recuperación física, regeneración), desarrollo (mental, personal, social) y disfrute (diversión, felicidad, liberación del aburrimiento). Si cada uno de nosotros intentáramos definir qué es para nosotros mismos la felicidad, nuestro estado ideal, o algo semejante, muy seguramente nos encontraríamos que la mayoría de los términos que hemos utilizado, aparecerían en dicha definición. A partir de lo anterior, podría afirmarse que está en la misma esencia del ocio el hacernos más felices. Otra evidencia de la relación existente entre ocio y calidad de vida es un breve repaso a los principales motivadores de las conductas de ocio: recuperarnos tanto física como mentalmente, encontrar una compensación a todas aquellas cosas que perdemos y a las que hemos de renunciar cotidianamente, escapar de nuestra realidad y nuestros problemas, conocer otras personas, desarrollarnos, etc.

De una forma mucho más pormenorizada, para Levitt (1991) las propiedades terapéuticas del ocio provienen de que éstas aportan un escape para la hostilidad y otras emociones negativas, reducen el aislamiento social y los sentimientos de soledad, el aburrimiento, dotan al sujeto de una variedad de actividades, incrementan la socialización, fomentan la independencia, el crecimiento y el desarrollo, mejoran el estado físico, desarrollan nuevas habilidades e intereses y fomentan la toma de decisiones grupal e individual.

Podemos ver que la relación entre ocio y bienestar parece bastante clara, pero, en última instancia, qué caracteriza a una conducta de ocio para que pueda generar dicho bienestar, o en otras palabras, qué diferencia al ocio de otro tipo de experiencias. La respuesta a esta cuestión se encuentra en que para que un sujeto experimente una conducta como ocio es necesario que la elija libremente y sin buscar nada más allá del propio disfrute de la actividad, tan sólo disfrutar de algo por el mero hecho de hacerlo, es decir, para que podamos hablar de ocio es necesario que se den tanto percepción de libertad como motivación intrínseca, los cuales son, a su vez, los que provocan el aumento del bienestar y del nivel de felicidad de la persona. A continuación vamos a describir ambos conceptos con algo más de detalle.

Fue Neulinger (1974), quien planteó que la libertad percibida y la motivación intrínseca son las dimensiones supremas de la definición individual de ocio. En cuanto a la primera puede entenderse como el sentido psicológico de tener libertad de elección a la hora de decidir sobre un comportamiento o conjunto de actos (Smith, 1990), como un estado en el que la persona siente que lo que está realizando es consecuencia de su propia elección y, además, porque desea hacerlo (Neulinger, 1974). Este sentimiento de libertad conllevaría una percepción de control sobre las propias actividades, lo cual a su vez incrementaría el sentimiento de autoestima y de bienestar.

En general, la libertad percibida es alta cuando una persona atribuye la iniciación de la conducta de ocio a sí misma, pero es baja cuando asocia la fuente del comportamiento a un factor externo. Asimismo, la percepción de libertad es la variable clave a la hora de definir una conducta como ocio, Iso-Ahola (1980) habla del *umbral de ocio* para referirse al hecho de que la libertad percibida es el regulador crítico de lo que llega a ser ocio y lo que no. Es la variable que determina la percepción de ocio, implicando el principio de todo o nada, un umbral a partir del cual pueden observarse los efectos de otras variables. Lo anterior significa que diferentes presiones externas poseen la propiedad de convertir el ocio en obligación. En los casos en los que la persona deja de sentir que posee libertad no sólo declina la percepción de ocio, sino que también lo hará el propio bienestar psicológico del individuo. De hecho, la percepción de carencia de libertad no tiene consecuencias únicamente a nivel de las actividades de ocio, sino a toda nuestra existencia en general, ya que aunque la necesidad de libertad es primariamente un aspecto del proceso de socialización, también presenta algunas

raíces biológicas. Los humanos tenemos la necesidad de comprender nuestro entorno y ejercer un control sobre él, ya que lo contrario crea sentimientos de indefensión, baja autoestima, etc. Una persona que no posee un control percibido tampoco posee libertad.

Por lo que respecta a la motivación intrínseca, Neulinger (1974) la considera como una actividad realizada por sí misma, en la que no existe ninguna recompensa ajena a la propia acción; mientras que la extrínseca se refiere a una conducta que se realiza buscando alguna recompensa diferente a la propia actividad. Así, si la satisfacción proviene de la realización de la actividad, se habla de motivación intrínseca, mientras que si la fuente de satisfacción está en las consecuencias de la acción, y son, por tanto, ajenas a la misma, el tipo de motivación es extrínseca. Pese a esto, es necesario señalar que, teóricamente, los objetivos y recompensas que se derivan de una conducta pueden ser tanto intrínsecos como extrínsecos; ahora bien, las consecuencias de ambos tipos de motivación son diferentes, la motivación extrínseca genera menos satisfacción que la intrínseca y una mayor pérdida de interés en la actividad (Iso-Ahola, 1980). Deci y Ryan (1991) comprobaron que las recompensas externas pueden debilitar la motivación para hacer algo que se disfruta en sí mismo. Para los autores, este hecho se debe a que los sujetos comienzan a pensar que están haciendo algo porque les lleva a conseguir un beneficio, y no porque realmente desean hacerlo. Fielding, Pearce y Hughes (1992) realizaron un estudio en el que comparaban los resultados que se derivaban de realizar una experiencia recreativa, en función del tipo de motivación que tuvieran los sujetos, intrínseca o de logro. Los resultados mostraron, en primer lugar, que los sujetos que estaban motivados por la actividad en sí misma disfrutaron más la experiencia, y en segundo lugar, que el tiempo se les hizo más corto que a quienes estaban orientados al logro de la tarea. Por último, Graef, Csikszentmihalyi y Gianino (1983) encontraron que los sujetos con altos niveles de motivación intrínseca eran más felices, se sentían más relajados y se aburrían menos.

Resumiendo todo lo anterior, la percepción de libertad y la motivación intrínseca provocan en el sujeto altos sentimientos de control, autodeterminación y autoestima, lo que estaría en la base del disfrute de esas actividades. Si consideramos, a su vez, que el disfrute juega un papel importante en los sentimientos de bienestar y del nivel de felicidad de un sujeto no es de extrañar que personas que cuentan con un buen repertorio de actividades de ocio con las que se sienten realmente implicados a la hora de su ejecución,

obtengan mayores niveles de bienestar. Esto es precisamente lo que plantea el modelo de experiencia óptima de Csikszentmihalyi (1996, 1998) que es, en la actualidad, uno de los desarrollos teóricos más importantes sobre el concepto de disfrute y su obtención a través de diferentes experiencias entre las que juegan un papel importante las conductas de ocio y, aunque el autor no lo explicita como tal, explicaría en gran medida el funcionamiento de, la motivación intrínseca en este tipo de experiencias. Csikszentmihalyi desarrolla su modelo a partir del deseo de descubrir las motivaciones que llevan a una persona a permanecer concentrado voluntariamente, durante horas, en una actividad, comprobando que la motivación que lleva a este tipo de conductas no está relacionada con recompensas externas, sino con las características de la propia actividad. Así, a partir del estudio de alpinistas, jugadores de ajedrez, etc., Csikszentmihalyi (1975) encontró que cuando los sujetos participaban en esas actividades, obtenían una experiencia subjetiva profundamente satisfactoria, un estado de sentirse absorto muy intenso y agradable y una pérdida de la autoconciencia, un tipo de experiencia cumbre que buscaban repetir en la medida de lo posible. Csikszentmihalyi llama *flujo* (*flow*), o experiencia óptima, a esta vivencia, que se caracteriza por una implicación completa del actor con su actividad y es considerada la base de la motivación intrínseca y de la recompensa que se busca a través de una actividad.

VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA HETEROSEXUALES

El tema de la violencia en las relaciones íntimas es uno de los problemas sociales actuales que genera una mayor preocupación tanto en la sociedad en general como en el ámbito de la investigación. Buena parte de los trabajos se han centrado en el estudio de muestras de mujeres víctimas que solicitan ayuda a las instituciones públicas o bien hombres que están en prisión o en programas de tratamiento; es decir, estos trabajos se han centrado en una evaluación de las muestras de víctimas y agresores. Johnson (1995) señala la existencia de dos líneas de investigación sobre la violencia de pareja, una de ellas es generalmente denominada perspectiva de la violencia familiar y la otra, perspectiva feminista. De forma general, la perspectiva de la violencia familiar (Gelles, 1974; Straus, 1971, 1999) ha desarrollado sus investigaciones con grandes muestras de población general y, mediante análisis principalmente cuantitativos, se ha centrado en estimar la prevalencia

y analizar las causas de la violencia; en una búsqueda de los factores comunes de diversas formas de violencia familiar, tales como la frecuencia de la violencia, el papel facilitador del estrés o la adherencia a las normas de aceptación del uso de la violencia en el contexto familiar. La perspectiva feminista, por su parte, se centra en el maltrato a la mujer y ha desarrollado una literatura que analiza los factores específicos de violencia ejercida contra las mujeres por sus compañeros (Dobash y Dobash, 1979; Dobash, Dobash, Wilson y Daly, 1992; Martin, 1981; Roy, 1976; Walker, 1984), siendo las muestras procedentes de las fuerzas de seguridad, los tribunales de justicia, los hospitales o los servicios sociales.

La importancia de establecer estas diferentes tradiciones de investigación está relacionada, entre otras cuestiones, con la aproximación a dos formas claramente diferenciadas de violencia de pareja que darían lugar a dos problemas. Según Johnson (1995) una de ellas se ha denominado violencia común en la pareja y la otra, terrorismo patriarcal. La violencia común en la pareja, evidenciada en las muestras de población general, se caracteriza por ser un tipo de violencia donde se produce la simetría de género, es decir, tanto los hombres como las mujeres utilizan estrategias violentas de resolución de conflictos, produciéndose reciprocidad en cuanto a la respuesta violenta pero también donde la violencia es menos frecuente y menos severa que en la violencia que se produce en el denominado terrorismo patriarcal (Straus, 1990a, 1990b). En este último caso, la investigación con las muestras de mujeres de centros de acogida revela un patrón de violencia marcadamente distinto, donde la violencia se produce de forma casi exclusiva por parte del hombre hacia la mujer, sin que se produzca reciprocidad en la respuesta de violencia, salvo en casos muy extremos y donde la violencia aumenta tanto en frecuencia como en severidad. La explicación de estos resultados tan diferentes radica en que ambas líneas de investigación han utilizado distintas metodologías, lo que ha provocado el acceso a muestras diferentes de población donde se evidencian diferentes fenómenos de violencia en la pareja (Johnson, 1995). Este autor argumenta que: “los tipos de violencia probablemente también difieren en lo que respecta a sus causas, la naturaleza de la violencia en sí misma, el desarrollo de la violencia en el curso de la relación, sus consecuencias y el tipo de intervención requerida” (Johnson, 2006, p.1004). Johnson (2006) identifica cuatro formas principales de violencia en las relaciones de pareja y enfatiza que la literatura sobre el tema no siempre

hace una adecuada diferenciación entre las mismas. Un aspecto que establece diferencias entre las formas de violencia definidas por este autor es la presencia o no de motivación de control y afirma que, en cuanto a la cuestión sobre la simetría o asimetría de género, esos tipos de violencia difieren radicalmente.

A pesar de las diversas posturas teóricas planteadas, el abordaje de la intervención en violencia en la pareja necesita de una mejor valoración de las características de cada tipo de violencia, de cara a desarrollar actuaciones más eficaces. Por tanto, es necesario profundizar más en estos resultados y establecer las características de cada tipo de violencia para poder desarrollar intervenciones que vayan dirigidas a prevenir la violencia.

Los estudios que han profundizado en las características psicológicas de los hombres violentos hacia su pareja han aportado evidencias que parecen apuntar que existen dificultades de expresión emocional en estas personas, que pueden estar relacionados con problemas para establecer relaciones íntimas y la tendencia a responder de forma violenta (Echeburúa y Corral, 2002; Dutton, 1998; Dutton, Saunders, Starzomski y Bartholomew, 1994). Así mismo, se plantea que la violencia en la pareja es el resultado de un estado emocional intenso que interactúa con actitudes de hostilidad, un repertorio conductual pobre en cuanto a habilidades de comunicación y de solución de problemas y factores precipitantes tales como el estrés, el consumo de alcohol y drogas y los celos (Blázquez y Moreno, 2008). Algunos de estos déficits guardan una clara relación con la inteligencia emocional, definida como la capacidad para percibir, asimilar, comprender y regular las emociones propias y la de los demás (Mayer y Salovey, 1997). Otros autores añaden a este concepto componentes adicionales, como rasgos de personalidad y habilidades sociales y afectivas, entendiendo que la inteligencia emocional se refiere a un conjunto de capacidades, competencias y habilidades no cognitivas que influyen en la habilidad propia de tener éxito para afrontar las demandas y presiones del medio ambiente (Bar-On, 1997). Las investigaciones en inteligencia emocional han demostrado la importancia que tiene ésta en el bienestar emocional y en el ajuste psicológico (Goleman, 1995; Mayer y Salovey, 1997); y asimismo que es una fuente de salud y felicidad (Fernández-Berrocal y Ramos, 2004).

Winters, Clift y Dutton (2004) realizaron un estudio exploratorio para analizar la relación entre la inteligencia emocional y el abuso doméstico, utilizando el EQ-i (Emocional Quotient Inventory) desarrolla-

do por Bar-On (1997). Las puntuaciones bajas en el EQ-i, cuando se aplica al ámbito de las relaciones íntimas, indicarían conductas no adaptativas en dichas relaciones. Para la evaluación del abuso, los autores utilizaron el PAS (Scale for Measuring Propensity for Abusiveness), de Dutton (1995), que evalúa la tendencia al comportamiento abusivo. En el citado trabajo se encontró que, en comparación con una muestra de estudiantes, las puntuaciones en inteligencia emocional de hombres agresores hacia su pareja fueron significativamente más bajas. Por otro lado, también se encontró, tanto en la muestra de población de estudiantes como en la muestra de hombres agresores, una correlación negativa entre la inteligencia emocional y la medida indirecta de violencia hacia la pareja. Estos resultados indican que los hombres violentos hacia su pareja tienen puntuaciones más bajas en inteligencia emocional que la población general y además que dichas puntuaciones están asociadas con una tendencia a tener un comportamiento agresivo hacia la pareja (Winters et al., 2004).

Una de las variables que aparecen de forma sistemática cuando se aborda el tema de la violencia en la pareja son los celos. Algunos autores afirman que los individuos que maltratan a su pareja son más posesivos y celosos que los que no tienen este comportamiento (Corral, 2004; Echeburúa y Fernández-Montalvo, 2001). También, se ha señalado que los celos, o amenaza de separación, constituyen la causa principal de agresión en las relaciones íntimas (Daly y Wilson, 1998; Buss, 2000). Otros trabajos señalan que cuando la violencia es justificada por los celos no es percibida de una forma tan negativa como cuando no existe dicha justificación (Puente y Cohen, 2003). Según los mencionados autores, esto puede ser debido al hecho de que se perciba que la violencia que está mediada por los celos es, si no un acto de amor, al menos relativamente comprensible; por lo que, al considerar que los celos pueden ser entendidos como una expresión de amor, se puede negar el significado violento de un acto. Algunos estudios realizados con agresores y víctimas de violencia en la pareja confirman que estas personas tienden a percibir los celos como indicadores de amor y compromiso con la relación (Dobash y Dobash, 1979; Henton, Cate, Koval, Lloyd y Christopher, 1983). Otros trabajos realizados con estudiantes universitarios también han encontrado la tendencia a identificar los celos con el amor y a justificar determinados actos violentos cuando son motivados por los celos (Vandello y Cohen, 2003). Esto se debe a que los celos constituyen uno de los

principales mitos románticos que apoyan que éstos son un signo e, incluso, un requisito indispensable para un verdadero amor (Yela, 2003); y dicho mito puede ser utilizado, en las relaciones de pareja, como una forma de justificar comportamientos egoístas, injustos, represivos e incluso, en ocasiones, violentos (Barrón y Martínez-Iñigo, 2001; Yela, 2003). Dichas creencias pueden generar que, en determinados casos, no se perciban comportamientos de riesgo o incluso algunas forma de violencia psicológica, como el intento de control o dominación que se produce en la violencia de género (Bosch y Ferrer, 2002; Ferrer, Bosch; Navarro y Ferreiro, 2010). El abordaje de la violencia en parejas adultas ha destacado la influencia de los celos como una variable relacionada con las estrategias violentas de resolución de conflictos en la pareja (Perles, San Martín y Canto, 2009; 2011), encontrando que los hombres violentos hacia sus parejas son más celosos que aquellos que no son violentos (Dutton, Saunders, Starzomski y Bartholomew, 1994). También, se ha señalado que los celos y la amenaza de separación constituyen la causas principales de agresión en las relaciones íntimas (Daly y Wilson, 1988; Buss, 2000).

LA RELACIÓN ENTRE LA FELICIDAD Y LA VIOLENCIA DE PAREJA DESDE LA PERSPECTIVA DEL OCIO TERAPÉUTICO

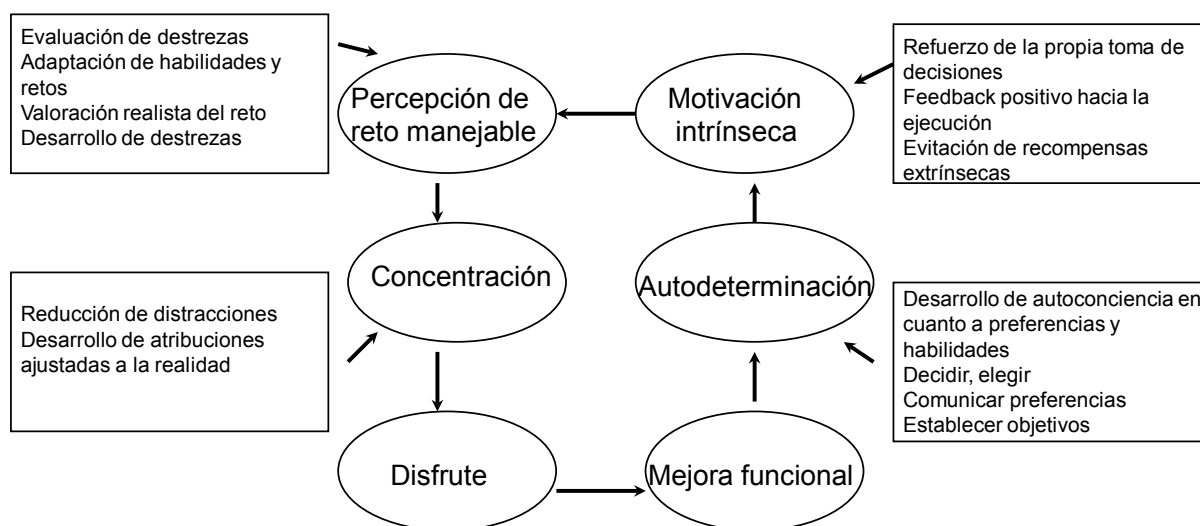
Al inicio de este trabajo comentábamos que en la Psicología Social aborda ámbitos de estudio aparentemente muy divergentes, muestra de ello, serían los temas que se han desarrollado en este trabajo. Sin embargo, es necesario realizar esfuerzos por aproximar esos ámbitos de estudio de cara a conseguir el objetivo último de nuestra disciplina, contribuir a la comprensión del comportamiento social de las personas y mejorar la calidad de las relaciones. Llegado a este punto, nos parece de especial relevancia aplicar los resultados de las investigaciones realizadas en el estudio de la felicidad y cómo se puede potenciar la misma a través del ocio a la mejora de los niveles de felicidad de aquellas personas que han vivido, como víctimas y/o agresores, experiencias de violencia en sus relaciones de pareja. La investigación en este último ámbito, se ha centrado, en un caso, en prevenir o disminuir los efectos negativos de la victimización, y, en otros casos, en conocer los factores responsables del comportamiento violento e intentar intervenir para modificar aquellos aspectos relacionados con dicho comportamiento. Sin embargo, poco se

ha hecho en cuanto a profundizar en el grado de felicidad de estas personas, sin duda afectado por dichas experiencias vitales, e intentar mejorar esta emoción.

Precisamente de la relación entre ocio y bienestar surge el ocio terapéutico, el cual se trataría de una intervención diseñada para mejorar la calidad de vida de una persona o grupo de personas a través de la utilización del ocio. Así, podría actuarse a dos niveles diferentes; el primero de ellos perseguiría la protección de la salud y su objetivo sería tratar estados físicos, sociales, cognitivos y emocionales asociados a la enfermedad, lesión o discapacidad crónica y experiencias vitales negativas, entre las que se encontrarían estar expuesto a la violencia de pareja. El segundo nivel va orientado a la promoción de la salud y, en este caso, se perseguiría mejorar la calidad de vida de las personas enseñándolas y capacitándolas para crear, por sí mismas, entornos que lleven al disfrute; lo que contribuye a su bienestar y crecimiento personal. En este contexto, es necesario precisar que cuando se habla de disfrute se está entendiendo como experiencia óptima. Es precisamente en el marco del ocio terapéutico, donde Dattilo y Kleiber (1993), partiendo de la teoría de flujo de Csikszentmihalyi, consideran que la maquinaria del disfrute se pone en funcionamiento a través de la creación de las condiciones que ayuden a la concentración, al esfuerzo y al sentido de control y la competencia; al mismo tiempo que promover la libertad de elección y expresión de

las preferencias. A partir de estos supuestos, Dattilo, Kleiber y Williams (2000) desarrollan el *modelo psicológico de prestación de servicios de ocio terapéutico para aumentar la autodeterminación y el disfrute*, en el que plantean la relación entre autodeterminación y disfrute, y como esta relación, a su vez, conducía a la mejora funcional del sujeto (figura 1).

Pensamos que el modelo propuesto por Dattilo, Kleiber y Williams (2000) a través de su aplicación en la promoción de la salud podría ser utilizado para profundizar en el conocimiento de los mecanismos por los que el fomento de actividades de ocio que posibiliten que los individuos obtengan experiencias óptimas contribuye a la percepción de felicidad. Al hablar del incremento de la percepción de felicidad no sólo se está aportando un mayor sentimiento de bienestar, lo cual, por sí sólo es muy relevante, sino que esto tiene claras consecuencias sobre la salud de las personas. En relación con lo anterior, resulta bastante esclarecedora las afirmaciones de Lyubomirsky (2008), basadas en sus investigaciones sobre felicidad y donde incide en los beneficios que se derivan de la felicidad los cuáles se reflejan en la salud física y mental, en mayores sentimientos de satisfacción, en nuestra autoestima, en nuestro sistema inmunológico y, supera los límites personales para beneficiar a los que nos rodean, la pareja, la familia, la comunidad y la sociedad en general. Todos estos beneficios son motivos



de sobra para que desde la Psicología Social se enfatizen y fomenten los estudios que permitan conocer más sobre cómo desde diferentes ámbitos se pueden realizar aportaciones a la felicidad de las personas.

REFERENCIAS

- Agate, J., Zabriskie, R., Agate, S. y Poff, R. (2009). Family leisure satisfaction and satisfaction with family life. *Journal of Leisure Research*, 41, 205-223.
- Allport, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Reading, M. A.: Addison-Wesley.
- Argyle, M. (1987). *Psicología de la felicidad*. Madrid: Alianza.
- Argyle, M. (1999). Causes and correlates of happiness. En D. Kahneman, E. Diener y N. Schwarz. *Well-being: the foundations of hedonic psychology*. New York: Russell Sage Foundation.
- Aslan, N. (2009). An examination of family leisure and family satisfaction among traditional Turkish families. *Journal of Leisure Research*, 41, 157-176.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Bar-On, R. (1997). *The emotional Quotient Inventory (EQ-i): A test of emotional intelligence*. Toronto: Multi-Health Systems.
- Barrón, A. y Martínez-Iñigo, D. (2001). *Los celos: una perspectiva psicosocial*. Málaga: Aljibe.
- Berscheid, E. y Reis, H. (1998). Attraction and close relationships. En D. Gilbert, S. Fiske, y G. Lindzey (Eds.), *Handbook of Social Psychology*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Blanco, A. y Diaz, D. (2010). La felicidad es una experiencia. *Encuentros en Psicología Social*, 5, 73-84.
- Blázquez, M., y Moreno, J. M. (2008). *Maltrato psicológico en la pareja: Prevención y educación emocional*. Madrid: EOS Psicología Jurídica.
- Bloom, J., Geurts, S. y Kompier, M. (2013). Vacation (after-) effects on employee health and well-being, and the role of vacation activities, experiences and sleep. *Journal of Happiness Studies*, 14, 613-633.
- Bosch, E. y Ferrer, V. (2002). *La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Breunig, M., Todd, S., Anderson, L. y Young, A. (2010). The impact of outdoor pursuits on college students' Perceived sense of community. *Journal of leisure research*, 42, 551-572.
- Bryce, J. y Haworth, J. (2002). Wellbeing and flow in sample of male and female office workers. *Leisure Studies*, 21, 249-263.
- Buss, D. (2000). *The dangerous passion*. New York: Free.
- Caldwell, L., Patrick, M., Smith, E., Palen, L. y Wegner, L. (2010). Influencing adolescent leisure motivation: Intervention effects of healthwise South Africa. *Journal of Leisure Research*, 42, 203-220.
- Caunt, B., Franklin, J., Brodaty N., y Brodaty, H. (2013) Exploring the Causes of Subjective Well-Being: A Content Analysis of Peoples' Recipes for Long-Term Happiness. *Journal of Happiness Studies*, 14, 475-499.
- Chun, S. y Lee, Y. (2010). *The role of leisure in the experience of posttraumatic growth for people with spinal cord injury*. *Journal of Leisure Research*, 42, 393-415.
- Corral, P. (2004) El agresor domestico. En J. Sanmartín, *El laberinto de la violencia: causas, tipos y efectos*. Barcelona: Ariel.
- Csikszentmihalyi, M. (1975). *Beyond boredom and anxiety*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Csikszentmihalyi, M. (1996). *Fluir. Una psicología de la felicidad*. Barcelona: Kairós.
- Csikszentmihalyi, M. (1998). *Aprender a fluir*. Barcelona: Kairós.
- Daly, M., & Wilson, M. (1988). *Homicide*. Hawthorne, New York: Aldine de Gruyer.
- Darley, J. M. y Latané, B. (1968). Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility. *Journal of Personality and Social Psychology*, 8, 337-383.
- Dattilo, J. y Kleiber, D. (1993). Psychological perspectives for therapeutic recreation research: The psychology of enjoyment. En M. Malkin y C. Howe, *Research in therapeutic recreation: Concepts and methods*. State College, PA: Venture.
- Dattilo, J., Kleiber, D. y Williams, R. (2000). Auto-determinación y aumento del disfrute: un modelo psicológico de prestación de servicios de ocio terapéutico. En S. Gorbeña, *Modelos de intervención en ocio terapéutico*. Bilbao: Deusto
- Deci, E. L. y Ryan, R. M. (1991). A motivational approach to self: integration in personality. En R. Dienstbier. *Perspectives on motivation. Nebraska Symposium on Motivation*, Vol 38. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Diener, E. (1984). Subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 95, 542-575.

- Diener, E. y Oishi, S. (2005). The nonobvious social psychology of happiness. *Psychological Inquiry*, 16, 162-167.
- Diener, E. y Seligman, M. (2004). Beyond Money. Toward an economy of well-being. *Psychological Science in the Public Interest*, 5, 1-31.
- Diener, E., Emmons, R., Larsen, R. y Griffin, S. (1985). The satisfaction with life scale. *Journal of Personality Assessment*, 49, 71-75.
- Dobash R. P., Dobash, R. E., Wilson, M. y Daly, M. (1992). The myth of sexual symmetry in marital violence. *Social Problems*, 39, 71-91. [doi:10.1525/sp.1992.39.1.03x00641](https://doi.org/10.1525/sp.1992.39.1.03x00641)
- Dobash, R. E. y Dobash, R. P. (1979). *Violence against wives*. Nueva York: Free Press.
- Dumazedier, J. (1968). *Hacia una civilización del ocio*. Barcelona: Estela.
- Dutton, D. G. (1995). A scale for measuring propensity for abusiveness. *Journal of Family Violence*, 10, 203-221. [doi:10.1007/BF02110600](https://doi.org/10.1007/BF02110600)
- Dutton, D. G. (1998). *The abusive personality: Violence and control in intimate relationships*. Nueva York: Guilford Press.
- Dutton, D. G., Saunders, K., Starzomski, A. y Bartholomew, K. (1994). Intimacy-anger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 24, 1367-1386. [doi:10.1111/j.1559-1816.1994.tb01554.x](https://doi.org/10.1111/j.1559-1816.1994.tb01554.x)
- Dutton, D., Saunders, K., Starzomski, A., & Bartholomew, K. (1994). Intimacy-anger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 24, 1367-1386.
- Echeburúa, E. y Corral, P. (2002). Violencia en la pareja. En J. Urra (Comp.), *Tratado de psicología forense*. Madrid: Siglo XXI.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (2001). *Celos en la pareja: una emoción destructiva*. Barcelona: Ariel.
- Esteve, R., San Martín, J. y López, A. (1999). Grasping the meaning of leisure: developing a self-report measurement tool. *Leisure Studies*, 18, 79-92.
- Fernández-Berrocal, P. y Ramos, N. (2004). *Desarrolla tu inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- Ferrer, V., Bosch, E., Navarro, C. y Ferreiro, V. (2010). El mito romántico de los celos y su aceptación en la sociedad actual. *Apuntes de Psicología*, 28, 391-402.
- Fielding, K., Pearce, P. y Hughes, K. (1992). Climbing Ayers Rock: relating visitor motivation, time perception and enjoyment. *The Journal of Tourism Studies*, 3, 49-56.
- Fierro, A. (2000). *Sobre la vida feliz*. Málaga: Aljibe.
- Gelles, R. J. (1974). *The violent home: A study of physical aggression between husbands and wives*. Newbury Park, CA: Sage.
- Goleman, D. (1995). *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- Graef, R., Csikszentmihalyi, M. y Gianinno, S. M. (1983). Measuring intrinsic motivation in daily life. *Leisure Studies*, 2, 158-68.
- Han, S., Kim, H., Lee, E. y Lee, H. (2013) The Contextual and Compositional Associations of Social Capital and Subjective Happiness: A Multilevel Analysis from Seoul, South Korea. *Journal of Happiness Studies*, 14, 1183-1200.
- Harré, R. (1990). Leisure and its varieties. *Leisure Studies*, 9, 187-195.
- Henricksen, A. y Stephens, C. (2012). The Happiness-Enhancing Activities and Positive Practices Inventory (HAPPI): Development and Validation. *Journal of Happiness Studies*, 14, 81-98.
- Henton, J., Cate, R., Koval, J., Lloyd, S. y Christopher, S. (1983). Romance and violence in dating relationships. *Journal of Family Issues*, 4, 467-482. [doi:10.1177/019251383004003004](https://doi.org/10.1177/019251383004003004)
- Hodge, C., Zabriskie, R., Fellingham, G., Coyne, S., Lundberg, N., et al. (2012). The relationship between media in the home and family functioning in context of leisure. *Journal of leisure research*, 44, 285-307.
- Houge, S. Hodge, K. y Boyes, M. (2013). The multiphasic and dynamic nature of flow in adventure experiences. *Journal of leisure research*, 45, 214-232.
- Howe, C. Z. (1985). Possibilities for using a qualitative research approach in the sociological study of leisure. *Journal of Leisure Research*, 17, 212-224.
- Iso-Ahola, S. (1980). *The social psychology of leisure and recreation*. Dubuque, Iowa: Wm C. Drown Company Publishers.
- Jahoda, M. (1958). *Current Concepts of positive mental Health*. New York: Basic Books.
- Javaloy, F. (2007). *Bienestar y felicidad de la juventud española*. Madrid: Injuve.
- Javaloy, F. Rodríguez, A. (2010). Felicidad, psicología positiva y psicología Social. *Encuentros en Psicología Social*, 5, 52-62.
- Johnson, M. P. (1995). Patriarcal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283-294. [doi:10.2307/353683](https://doi.org/10.2307/353683)
- Johnson, M. P. (2006). Conflict and control: gender symmetry and asymmetry in domestic vio-

- lence. *Violence Against Women*, 12, 1003-1018. doi:10.1177/1077801206293328
- Kelly, J. (1996). *Leisure*. Needham Heights, MA: Allyn and Bacon.
- Kim, J., Dattilo, J. y Heo, J. (2011). Taekwondo participation as serious leisure for satisfaction and health. *Journal of leisure research*, 42, 545-559.
- Krippendorff, J. (1987). *The holiday makers. Understanding the impact of leisure and travel*. Oxford: Butterworth Heinemann.
- Layard, R. (2005). *Happiness. Lessons from a new science*. New York: The Penguin Press.
- Leung, A., Kier, Ch., Fung, T., Fung, L. y Sproule, R. (2011). Searching for happiness: The importance of social capital. *Journal of Happiness Studies*, 12, 443-462.
- Levitt, L. (1991). Recreation for the mentally ill. En B. L. Driver, P. J. Brown y G. L. Peterson. *Benefits of leisure*. State College, Pa: Venture Publishing, Inc.
- Liang, J., Yamashita, T. y Brown, J. (2013). Leisure Satisfaction and Quality of Life in China, Japan, and South Korea: A Comparative Study Using AsiaBarometer 2006. *Journal of Happiness Studies*, 14, 753-769.
- Lykken, D. y Telegen, A. (1996). Happiness is a stochastic phenomenon. *Psychological Science*, 7, 186-189.
- Lyubomirsky, S. (2008). *La ciencia de la felicidad*. Barcelona: Urano.
- Lyubomirsky, S., Sheldon, K. y Schkade, D. (2005). Pursuing happiness: The architecture of sustainable change. *Review of General Psychology*, 9, 111-131.
- Martin, D. (1981). *Battered wives*. Volcano, CA: Volcano Press.
- Mayer, J. D. y Salovey, P. (1997). What is emotional intelligence? En P. Salovey y D. Sluyter (Eds.). *Emocional development and emocional intelligence: implications for educators* (pp. 3-31). Nueva York: Basics Books.
- McMaham, E. y Estes, D. (2011). Measuring lay conceptions of well-being: the beliefs about well-being scale. *Journal of Happiness Studies*, 12, 267-287.
- Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Neulinger, J. (1974). *The psychology of leisure*. Springfield Ill: Charles C. Thomas.
- Neulinger, J. (1981). *To leisure: An introduction*. Nueva York: City College of New York.
- Norling, J., Sibthorp, J., Suchy, Y., Hannon, J. y Ruddell, E. (2010). The benefit of recreational physical activity to restore attentional fatigue: The effects of running intensity level on attention scores. *Journal of leisure research*, 42, 135-152.
- Parry, D. y Fullagar, S. (2013). Feminist leisure research in the contemporary era. *Journal of leisure research*, 45, 571-582.
- Perles, F., San Martín, J. y Canto, J. (2009). *Relación entre los celos y las estrategias de resolución de conflicto en la pareja*. Actas del XI Congreso Nacional de Psicología Social. Tarragona.
- Perles, F., San Martín, J., Canto, J. y Moreno, P. (2011). Inteligencia emocional, celos, tendencia al abuso y estrategias de resolución de conflicto en la pareja. *Escritos de Psicología*, 4, 34-43.
- Peterson, C., Park, N. y Seligman, M. (2005). Orientations to happiness and life satisfaction: The full life versus the empty life. *Journal of Happiness Studies*, 6, 25-41.
- Puente, S. y Cohen, D. (2003). Jealousy and the meaning (or nonmeaning) of violence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 29, 449-460. doi:10.1177/0146167202250912
- Roy, M. (1976). *Battered women: A psychosocial study of domestic violence*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.
- San Martín, J., López, A. y Esteve, R. (1999). Dimensionalización del constructo de ocio en universitarios. *Psicothema*, 11, 113-124.
- San Martín, J., Perles, F. y Canto, J. (2010a). Life satisfaction and perception of happiness among University students. *The Spanish Journal of Psychology*, 13, 616-627.
- San Martín, J., Perles, F. y Canto, J. (2010b). El papel del ocio en el incremento de la felicidad. *Encuentros en Psicología Social*, 5, 32-39.
- Seligman, M. (2005). *La auténtica felicidad*. Barcelona: Byblos.
- Sheldon, M. y Lyubomirsky, S. (2006). Achieving sustainable gains in happiness: change your actions, not your circumstances. *Journal of Happiness Studies*, 7, 55-86.
- Smith S. L. (1990). *Dictionary of concepts in recreation and leisure studies*. Nueva York: Greenwood Press.
- Straus, M. A. (1971). Some social antecedents of physical punishment: A linkage theory interpretation. *Journal of Marriage and the Family*, 33, 658-663. doi:10.2307/349438
- Straus, M. A. (1990 a). The Conflict Tactics Scales (sic) and its critics: An evaluation and new data

- on validity and reliability. En M. A. Straus y R. J. Gelles (Eds.), *Physical violence in American families* (pp. 49-73). New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Straus, M. A. (1990 b). Injury and frequency of assault and the “representative sample fallacy” in measuring wife beating and child abuse. En M. A. Straus y R. J. Gelles (Eds.), *Physical violence in American families* (pp. 75-91). New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Straus, M. A. (1999). The controversy over domestic violence by women: A methodological, theoretical, and sociology of science analysis. En X. B. Arriaga y S. Oskamp (Eds.), *Violence en intimate relationships* (pp. 17-44). Thousand Oaks: Sage.
- Taylor, S. y Brown, J. (1988). Illusion and well-being. A social psychology perspective on mental health. *Psychological Bulletin*, 103, 193-210.
- Tkach, C. y Lyubomirsky, S. (2006). How do people pursue happiness?: Relating personality, happiness-increasing strategies, and well-being. *Journal of Happiness Studies*, 7, 183-225.
- Vandello, J. A. y Cohen, D. (2003). Male honor and female fidelity: Implicit cultural scripts that perpetuate domestic violence. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 997-1010. doi:10.1037/0022-3514.84.5.997
- Walker, L. E. (1984). *The battered woman syndrome*. Nueva York: Springer.
- Wang, M. y Wong, S. (2014). Happiness and Leisure Across Countries: Evidence from International Survey Data. *Journal of Happiness Studies*, 15, 85-118.
- Wang, W., Kao, Ch., Huan, T. y Wu, Ch. (2011). Free Time Management Contributes to Better Quality of Life: A Study of Undergraduate Students in Taiwan. *Journal of Happiness Studies*, 12, 561-573.
- Winters, J., Clift, R. J. W. y Dutton, D. G. (2004). An exploratory study of emotional intelligence and domestic abuse. *Journal of Family Violence*, 19, 255-267. doi:10.1023/B:JOFV.0000042076.21723.f3
- Wood, S. y Tirone, S. (2013). The leisure of women caring for people harmfully involved with alcohol, drugs, and gambling. *Journal of Leisure Research*, 45, 583-601.
- Yela, C. (2003). La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas. *Encuentros en Psicología Social*, 1, 263-267.

El papel del apoyo social en la intervención psicosocial con poblaciones vulnerables: ¿Es un recurso suficientemente implementado en la práctica profesional?

The role of social support in the psychosocial intervention with social risk populations: Is it a resource quite enough implemented in the professional practice?

Hombrados-Mendieta, M. I.
y García-Martín, M. A.

Resumen: El presente trabajo analiza el papel del apoyo social en la intervención psicosocial con diferentes poblaciones socialmente vulnerables: desempleados, personas mayores, mujeres, inmigrantes y adolescentes, así como la utilización que hacen los Servicios Sociales y los profesionales de este recurso de intervención psicosocial. Los resultados de la revisión muestran tanto los efectos beneficiosos del apoyo social sobre estos colectivos, como la necesidad de implementar más estrategias de intervención psicosocial en la práctica profesional, que tengan como base los resultados obtenidos en los estudios en apoyo social desarrollados con estas poblaciones en riesgo social.

Palabras clave: apoyo social, poblaciones vulnerables, intervención psicosocial, práctica profesional.

Abstract: This paper analyzes the role of social support in the psychosocial intervention with some populations on social risk, such as: unemployed, older people, women, immigrants and adolescents, as well as the use of this resource made by social services providers and psychosocial intervention professionals. The results of the review show the beneficial effects of social support on these groups, as well as the need to develop more psychosocial intervention strategies in professional practice based on the discoveries of social support research with these social risk populations.

Keywords: social support. social risk populations. psychosocial intervention. professional practice.

El presente trabajo presenta una revisión de distintas investigaciones que han abordado el estudio del apoyo social en diferentes poblaciones vulnerables (desempleados, personas mayores, mujeres, inmigrantes y adolescentes). Estas poblaciones son habitualmente objeto de la intervención social desde las instituciones gubernamentales y más concretamente desde los servicios sociales. Las necesidades psicosociales de estos grupos son diferentes, pero el denominador común es la necesidad de apoyo social. Bowlby en 1969 señaló que los seres humanos de todas las edades y sin distinción de género y condición, son más eficaces y felices si confían en tener a su alcance personas que les brinden apoyo, compañía, amor y ayuda en los distintos momentos de la vida. A continuación, realizaremos una revisión de las investigaciones que se han realizado relacionando el apoyo social con estos grupos de población y se destacarán los principales resultados y las posibles aplicaciones de la investigación empírica a la realidad social. Además de mostrar los efectos que el apoyo social tiene sobre situaciones de vulnerabilidad, queremos examinar si el uso de este recurso se está empleando en la práctica profesional y si el interventor social lo está poniendo en práctica en los programas de intervención dirigidos a estas poblaciones.

DESEMPLEADOS Y APOYO SOCIAL

El desempleo se está convirtiendo en un problema crónico en muchos países desarrollados. Esta afirmación ya la realizó Hammarström (1994) en su artículo sobre los efectos del desempleo en la salud de los jóvenes desempleados y sigue estando de actualidad. Los desempleados no constituyen un grupo homogéneo, podemos hablar de personas que han perdido su empleo tras una larga experiencia profesional, hasta jóvenes que no encuentran su primer empleo. A pesar de estas diferencias, el fenómeno del desempleo se vive como un evento estresante que puede afectar al bienestar psicológico y físico de las personas. En general, la literatura muestra que un mayor tiempo de desempleo parece impactar negativamente en el equilibrio psicosocial y la salud física y mental (Álvaro, 1992; Axelsson & Ejlertsson, 2002; Cimarolli & Shu-wen, 2006). Sin embargo, los resultados respecto a los efectos negativos no siempre son consistentes (Artazcoz, Benach, Borrell, & Cortés, 2004). Los investigadores han señalado que tales diferencias e inconsistencias observadas entre los

resultados, se pueden deber al efecto moderador de algunas características personales y/o factores psicosociales. Estos actúan como elementos protectores o de riesgo entre la duración del desempleo y los indicadores de salud. Entre los factores de protección, el apoyo social aparece como uno de los más explicativos. Los trabajos de Gore (1978) fueron pioneros en el establecimiento del efecto amortiguador del apoyo social sobre la salud de los desempleados. Sus trabajos evidenciaron que las personas desempleadas con bajo apoyo social, mostraban significativamente más cambios y elevaciones en sus niveles de colesterol, síntomas de enfermedad y respuestas afectivas, comparativamente con los desempleados con fuerte apoyo social. En esta línea Gascón, Olmedo, Bermúdez, García-Campayo y Ciccotelli (2003) estudiaron el estrés, la calidad de vida, las estrategias de afrontamiento, los estilos conductuales y los síntomas somáticos, en un grupo de empleados y desempleados, respectivamente. Los hallazgos mostraron que el grupo de desempleados manifestó significativamente más estrés diario, peor calidad de vida y más problemas somáticos que el grupo de trabajadores. Con respecto a la relación entre apoyo social y síntomas somáticos en los desempleados, las correlaciones halladas entre estas dos variables fueron todas negativas y significativas, sugiriendo el papel protector del apoyo social. También Creed y Moore (2006) indican que los desempleados muestran menos apoyo social, más estrés y peor afrontamiento. En cambio la percepción de apoyo social en los desempleados es el mejor predictor del afrontamiento efectivo y de un menor nivel de estrés. Más recientemente, Guarino y Sojo (2010) nuevamente han comprobado el papel del apoyo social como moderador de la relación entre la duración del desempleo y la salud. Sus resultados indican que los desempleados que pasan más tiempo en esta situación y al mismo tiempo perciben menos apoyo social de su contexto, manifiestan mayor deterioro en su salud física y psicológica general y somatizan más que aquellos desempleados con mayor percepción de apoyo social.

Por tanto, la revisión de la literatura sobre apoyo social y desempleo parece evidenciar que el apoyo social es un buen predictor del bienestar en los desempleados. Las diferencias entre empleados y desempleados respecto a los niveles de estrés y los problemas de salud son menores cuando los desempleados perciben apoyo en su contexto y dentro del grupo de personas desempleadas los resultados van en la misma dirección ya que la percepción de apoyo social es un

protector frente a los efectos negativos que genera la situación de desempleo. El contexto que rodea a las personas desempleadas es clave para la provisión de apoyo. En el caso de las personas jóvenes el apoyo de los padres se convierte en una fuente de apoyo fundamental (Axelsson & Ejlertsson, 2002). Sin embargo, en el caso de los adultos a partir de los 50 años en muchos casos comienza a producirse un deterioro de la red social, lo que le hace un grupo especialmente vulnerable. En este sentido, los profesionales debían desarrollar herramientas de intervención que tengan en su base la optimización de las redes sociales y del contexto social como fuente de apoyo.

En lo referente a la atención social del colectivo de desempleados por parte de los servicios sociales, una simple revisión de las legislaciones autonómicas por las que se regulan estos servicios es suficiente para constatar la desatención de este colectivo social en España. En este sentido, de entre todas las leyes de servicios sociales existentes en nuestro país, ninguna incluye a este colectivo en sus catálogos de servicios y prestaciones sociales. Así, durante mucho tiempo, se ha entendido la atención al desempleado desde la perspectiva económica (a través de los correspondientes subsidios por desempleo) o laboral (ayuda para la búsqueda de trabajo, orientación y/o formación para el empleo, etc.). Esta es la forma en la que en España, mayoritariamente, se lleva a cabo la atención a las personas desempleadas. Una atención que inicialmente, desde el año 1980 (Ley Básica de Empleo 51/1980), llevó a cabo el INEM (Instituto Nacional de Empleo) y que, posteriormente, fue transferida, a partir del año 2003 (Ley de Empleo 56/2003), a los correspondientes servicios de empleo de cada comunidad autónoma.

Esta orientación económica y laboral en la intervención con personas desempleadas se ha trasladado, en muchas ocasiones, incluso al ámbito de la psicología. Así, los psicólogos en su mayoría se han insertado en este sistema de atención a personas desempleadas como orientadores en la búsqueda de empleo, desatendiendo en gran parte los aspectos sociales vinculados a la situación vital de la persona que no está empleada (McKee-Ryan, Song, Wanberg, & Kinicki, 2005). Tal es el caso de la evaluación de los programas de intervención realizada por Aramburu e Higuera (2003), donde se sugiere que la intervención cognitiva reduce el tiempo de búsqueda de empleo, a la vez que facilita la transición al mundo del trabajo. Bien es cierto que también ha habido otros acercamientos más próximos a aspectos más personales de

la vida de la persona desempleada; como es el caso del proyecto RENOVA, orientado a incrementar los recursos personales y sociales de personas desempleadas con más de 40 años (de Pablo, 1996). El componente de intervención grupal llevado a cabo desde esta iniciativa facilita la provisión de apoyo social entre sus miembros, atendiendo a los aspectos psicosociales vinculados al desempleo. Así, se fomenta el grupo como elemento que genera y sustenta el cambio, actuando este grupo como un marco de referencia relacional provisor de apoyo y facilitador de un estilo de afrontamiento autónomo y no invalidante. Sin embargo, a pesar de los buenos resultados mostrados por este tipo de iniciativas, lamentablemente no han encontrado eco en la atención psicosocial dada por la administración a este colectivo. Este elemento ha sido destacado también recientemente por Montes y Louzán (2013). Estos autores, en un análisis de los efectos colaterales que la crisis del sector de la construcción está teniendo en muchas personas, abogan porque las instituciones políticas y sociales vayan más allá de las políticas pasivas de empleo, centradas en las prestaciones económicas, proporcionando iniciativas de apoyo psicológico a las personas desempleadas. En este sentido, destacan el fortalecimiento de las redes de apoyo social, junto con el desarrollo de habilidades de afrontamiento, como elementos importantes a tener en cuenta en la atención de este colectivo humano. La atención a elementos de naturaleza relacional cobra mayor importancia en la intervención con personas inmigrantes en situación de desempleo, en las que el estrés psicosocial asociado a la pérdida de empleo (Jahoda, 1982) no encuentra en muchas ocasiones un elemento amortiguador en el apoyo social proveniente de las redes familiares (García, Martínez & Albar, 2002; Martínez, García & Maya, 2001).

PERSONAS MAYORES Y APOYO SOCIAL

El envejecimiento es un hecho universal que supone un proceso de cambio bio-psico-social, si bien, no hay una única manera de hacerse mayor. El afrontamiento a esta etapa de la vida depende en gran parte del estado de salud, de las condiciones sociales y de lo que la persona haga. En la actualidad, la mayoría de los estudios hacen especial hincapié en que los mayores deben permanecer activos y deben relacionarse con los demás para sentirse menos solos y más satisfechos con su vida. La existencia de relaciones satisfactorias constituye un elemento de bienestar so-

cial, convirtiéndose el apoyo social en un buen predictor del equilibrio en la vejez. Hay en la literatura un amplio acuerdo en que las relaciones sociales e interpersonales en esta etapa de la vida ejercen efectos positivos sobre la salud y el bienestar de los mayores (Buendía, 1994; Chapel & Funk, 2011; Chen & Silverstein, 2000; Fiori, Antonucci & Cortina, 2006; Litwin, 2001). Sin embargo, durante este periodo del ciclo vital se producen cambios importantes en la configuración y tamaño de la red social: La muerte del cónyuge y de los miembros conocidos de la red, la disminución de oportunidades para establecer nuevos vínculos, la falta de motivación para hacer nuevas amistades, la disminución de las habilidades, entre otras, son algunas de las circunstancias con las que se va a encontrar la persona mayor y que van a incrementar su sensación de soledad. En este momento de la vida, las diferencias de género son importantes para explicar un afrontamiento efectivo, y son las mujeres las que parecen salir más beneficiadas en el mantenimiento de la red social y la percepción de apoyo. La mayoría de los estudios coinciden en que las mujeres poseen fuentes de apoyo más amplias y diversas que los hombres y proveen apoyo a otras personas, en mayor medida que los hombres. En distintas situaciones, ellas reciben ayuda del cónyuge, de familiares y amigos, mientras que los hombres cuentan casi exclusivamente con la ayuda del cónyuge. Entre los familiares, las mujeres tienen más ayuda de los hijos, generalmente de las hijas, y los hombres de las esposas. Con respecto a la satisfacción con la red, las mujeres también están más satisfechas con los amigos que los hombres. En relación al tipo de apoyo, las mujeres brindan y reciben más apoyo emocional, mientras que en los hombres el apoyo que prevalece es el instrumental (Clemente, 2003). Estos datos ponen de manifiesto que con relación a la percepción de apoyo y al mantenimiento de la red, los hombres poseen menos recursos que las mujeres.

Las fuentes principales de apoyo en las personas mayores son los amigos y la familia y cada una de ellas desempeña un papel en la salud y el bienestar (Gallart, Spitze & Prohaska, 2007; Thanakwang & Soonthorndhada, 2011). El apoyo familiar incide positivamente sobre los cuidados de salud tanto en enfermedades crónicas como en problemas de salud específicos (Casey & Dale, 2010; Kespichayawattana & Jitapunkul, 2009) y en la percepción de la calidad de vida, incluso en los mayores institucionalizados (Molero, Pérez-Fuentes, Gázquez & Sclavo, 2011); mientras que los amigos influyen positivamente en el

estilo de vida relacionado con actividades de promoción de la salud, proporcionando apoyo emocional, intimidad, compañía, motivación para participar en las actividades de la comunidad e integración social (Fiori et al., 2006; Levy-Storms & Lubben, 2006). Sin embargo también hay que destacar que la presencia de conflicto con las personas cercanas se asocia con depresión. Esto destaca la importancia de la calidad de los vínculos, más que la cantidad de personas cercanas con que se cuente. En ese mismo sentido, en un estudio reciente, Carrasco, Herrera, Fernández y Barros (2013) no encontraron asociación del apoyo social con la composición familiar, no siendo significativo vivir con pareja ni tampoco el hecho de tener hijos, lo que podría indicar que no importa tanto el origen del apoyo mientras éste exista y sea percibido como tal. Ante el incremento del número de personas mayores, y teniendo en consideración los cambios en la estructura de la unidad familiar acontecidos a lo largo de las últimas décadas (divorcio, ausencia de hijos, etc.), estos resultados son interesantes de cara a desarrollar estrategias de intervención que sirvan para optimizar la red social de la persona mayor y buscar alternativas que no se centren de forma exclusiva en la familia. Entre las estrategias de intervención para aumentar la percepción de apoyo social y la red social, hay que destacar la intervención a nivel grupal, en la que los grupos de apoyo y autoayuda con personas mayores se ha mostrado un estrategia eficaz para disminuir la soledad y aumentar la percepción de apoyo y la calidad de vida (Hombrados & García, 2003). También la intervención a nivel diádico se ha mostrado efectiva en la provisión de apoyo. Este tipo de intervención implica la movilización del apoyo social de una persona clave de la red social existente o la introducción de un nuevo miembro en la red social del individuo. Normalmente se ha de preparar el miembro de la red que presta el apoyo para que este se desarrolle de forma efectiva, cabe destacar los “Programas de Alojamiento Intergeneracional”, los “Programas Abuelo-Nieto” y los “Programas de Animales de Compañía” que han tenido un gran éxito con este colectivo.

La filosofía de “envejecer en casa” ha orientado y sigue orientando la respuesta dada por los programas y servicios sociales de atención a las personas mayores dependientes (Aznar, 1998; Crespo & López, 2007; Pérez & Palau, 1995). Esto ha supuesto el incremento del Servicio de Ayuda a Domicilio (SAD) y la incorporación de dispositivos de teleasistencia o telealarma. Este último sistema representa un servicio

de seguimiento permanente que proporciona a sus usuarios apoyo social instrumental, informacional y emocional, contribuyendo decisivamente a reducir su sensación de soledad y abandono. Sin duda, aún resulta insuficiente la respuesta dada por el sistema de protección social a los cuidadores informales de personas mayores dependientes.

Si bien la *Ley 39/2006 de Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia* (Martín, 2007) supuso una mayor atención a este colectivo de cuidadores, la inadecuada implementación de las acciones derivadas de esta ley, así como una cada vez menor dotación presupuestaria por parte de la Administración, a desatendido tanto a las personas mayores dependientes como a sus cuidadores. Estos cuidadores, que son la fuente fundamental de apoyo emocional y material para sus familiares dependientes, ven como su red social y el apoyo social proveniente de ésta se ven claramente deteriorados (Crespo & López, 2007a; Etxeberría et al., 2011). En este sentido, junto con los conocidos como “Programas de respiro” (Martínez, Villalba & García, 2001), que se vienen aplicando desde hace aproximadamente dos décadas, se hace necesario incrementar las intervenciones destinadas a aumentar el apoyo social percibido por parte de estos cuidadores. Así mismo, los grupos de ayuda mutua suponen un contexto idóneo para potenciar el reconocimiento de que otras personas están afectadas por los mismos problemas que ellos, el intercambio de estrategias y recursos para afrontar su situación y, por supuesto, facilitar y recibir apoyo emocional por parte de los integrantes del grupo de iguales. El desarrollo de Internet y los recursos de comunicación han incidido positivamente en la posibilidad de creación de redes de apoyo virtuales entre cuidadores con unos resultados muy esperanzadores (Maya, 2001; Marziali, Damianakis & Donahue, 2006; McHugh, Wherton, Prendergast & Lawlor, 2012; White & Dorman, 2000). Esto, sin duda, abre una nueva vía de intervención en este colectivo que demanda una mayor atención por parte de los sistemas de protección social y que, en la actualidad, no está encontrando respuesta por parte de los sistemas públicos de protección social.

Así como ocurre en el ámbito de las personas mayores dependientes, la atención social a los mayores no dependientes tiene en la promoción del apoyo social un importante potencial a desarrollar. En este sentido, la incorporación en España de las dinámicas grupales a los talleres de actividades en los Centros de Día para Mayores supuso, a lo largo de los años

noventa, una auténtica revolución en las dinámicas relacionales entre los usuarios de estos centros. Estas nuevas prácticas permitieron a sus usuarios incrementar el apoyo social percibido, así como disminuir su soledad (García, 2000; García & Hombrados, 2002).

Una nueva iniciativa que cada día encuentra más aceptación entre nuestros mayores no dependientes es, sin duda, el voluntariado. Sin embargo, a pesar de los potenciales beneficios de esta práctica para la integración social de las personas mayores, aún son escasas las experiencias de aplicación de este recurso a la acción social con este colectivo (García, Naranjo & Villalba, 2002). La repercusión positiva de provisión, a la vez que de recepción de apoyo social, hacen del voluntariado un recurso ideal para su promoción en este colectivo.

MUJER Y APOYO SOCIAL

Los estudios recientes que analizan el papel del apoyo social en el bienestar de las mujeres se centran fundamentalmente en el ámbito de la salud y en las situaciones de violencia y maltrato en las relaciones de pareja.

En relación a los estudios sobre apoyo social y violencia contra las mujeres se ha destacado un fenómeno muy habitual y frecuente en las relaciones violentas, que es el intento del maltratador de mantener a su pareja aislada de otras relaciones de apoyo como una forma de aumentar su dominio y estrechar el control sobre la víctima (Matud, Aguilera, Marrero, Moraza & Carballeira, 2003; Oosthuizen & Wissing, 2005). La baja percepción de apoyo social y la escasez de una red de relaciones o personas significativas es un elemento que contribuye a perpetuar la situación de maltrato y las consecuencias negativas sobre la salud mental de la mujer (Stark, 2007; Woodward, Patton, Olsen, Jones, Reich, Blackwell & Beck, 2013). En cambio, la percepción de apoyo contribuye a incrementar las estrategias de afrontamiento para salir de la situación de maltrato (Bybee & Sullivan, 2005); facilita la ruptura con el maltratador (Zlotnick, Jonson & Kohn, 2006); la prevención de nuevas relaciones conflictivas (Bender, Cook & Kaslow, 2003), disminuye la violencia física (Fleet & Hiebert-Murphy, 2013) y en general, aumenta la seguridad de las mujeres (Goodman & Smyth, 2011).

Los estudios muestran que las víctimas tienden a buscar ayuda en el sistema informal de apoyo, principalmente entre amigos y familia (Ingram, 2007); y en

menor proporción lo hacen en los sistemas formales de apoyo, generalmente por el miedo a desencadenar reacciones violentas en el agresor o consecuencias no deseadas (Sabina & Tindale, 2008). Sin embargo, se recurre al apoyo formal de las instituciones cuando las mujeres ven peligrar su integridad física o han tomado la decisión de alejarse del maltratador (Hadeed & El-Bassel, 2006). Ambos apoyos son necesarios y tienen efectos positivos sobre las mujeres. La satisfacción con el apoyo informal, o la existencia de una persona significativa, es el apoyo que más contribuye al bienestar psicológico de las mujeres, mientras que el apoyo formal se relaciona significativamente con la ruptura de la relación (Belknap, Melton, Denney, Fleury-Steiner & Sullivan, 2009; Buesa & Calvete, 2013). Estos datos tienen importantes implicaciones prácticas y sugieren la necesidad de desarrollar políticas sociales orientadas a la dotación de recursos de ayuda institucionales, al tiempo que se han de desarrollar programas que faciliten la integración de las mujeres a través del desarrollo de una adecuada red de apoyo.

Respecto a la relación entre salud y apoyo social, hay una amplia evidencia empírica que muestra que las relaciones sociales y el apoyo social se relacionan positivamente con la salud mental (Peirce, Frone, Russell, Cooper & Mudar, 2000); con el bienestar (Davis & Morris, 1998); y con la recuperación de problemas de salud físicos y psicológicos (Asher, 1984). En cambio, la carencia de apoyo, el aislamiento y una escasa red social se relacionan con menos salud física y psicológica así como con más probabilidades de morir (House, Landis & Umberson, 1988; Kennedy, Kiecolt-Glaser & Glaser, 1990). Estos mismos resultados se han hallado cuando los estudios analizan específicamente los problemas de salud de las mujeres. Hay que destacar algunos resultados recientes que indican que el apoyo social es un factor de protección en mujeres con sida (Roger, Migliardi & Mignone, 2012), o que el apoyo social familiar es un factor que predice la satisfacción vital de las mujeres en la etapa de la menopausia (Martínez, González, Barneveld & Domínguez, 2012). Pero si hay un problema de salud donde se han centrado los estudios recientes, este es sin duda, en el tema del cáncer de mama, al ser uno de los problemas de salud que se dan de forma mayoritaria en el colectivo femenino. Existe acuerdo en que la fase de diagnóstico es un elemento determinante del grado de supervivencia, pero el nivel de apoyo social también juega un papel importante en la supervivencia, ya que está asociado a un menor

riesgo de muerte. Algunos estudios han mostrado que un incremento de la red de contactos, tras el diagnóstico, favorece las estrategias de afrontamiento, proporciona apoyo emocional y facilita la oportunidad para compartir información (Chou, Stewart, Wild & Bloom, 2012). También la percepción de apoyo reduce la ansiedad asociada a la enfermedad y la preocupación por la recaída (Jones, Hadjistavropoulos & Sherry, 2012). En el estudio de Kroenke, Kubzansky, Schernhammer, Holmes y Kawachi (2006) se realizaron análisis prospectivos de las redes sociales y de apoyo, tanto antes como después del diagnóstico, y posterior supervivencia en 2.835 mujeres que fueron diagnosticadas con cáncer de mama (niveles de 1 a 4) entre 1992 y 2002. Los resultados mostraron que las mujeres que estaban aisladas socialmente antes del diagnóstico (sin parientes cercanos, amigos e hijos) tenían un riesgo mayor de mortalidad (66%) por cualquier causa, y un aumento del doble de riesgo de mortalidad por cáncer de mama en comparación con las mujeres que estaban integradas socialmente. Las estimaciones del efecto fueron similares en los análisis de las redes después del diagnóstico. Se comprobaron los efectos beneficiosos que tiene para la supervivencia del cáncer de mama, el cuidado de amigos, parientes e hijos adultos. Las mujeres que reciben apoyo instrumental después de un diagnóstico de cáncer de mama pueden tener mejor asistencia en el cuidado rutinario (obtener citas médicas, recordatorios para tomar los medicamentos, etc.), mientras que el apoyo emocional, les ayuda a reducir el estrés y la ansiedad asociada a la enfermedad y actúa como elemento protector. En cambio, entre las mujeres con cáncer de mama, el aislamiento social limita la atención y el cuidado informal que proporcionan los amigos y familiares y aumenta las conductas de riesgo (consumo de tabaco, dieta poco saludable, escaso ejercicio físico, etc.) La falta de parientes cercanos, amigos, o los hijos se relaciona con un mayor riesgo de mortalidad total y mortalidad por cáncer de mama. Es interesante que estar casada no se asoció significativamente en este estudio con la reducción de la mortalidad. Estos resultados son consistentes con la idea de que entre las mujeres, la fuente de apoyo social más importante, a menudo no es el cónyuge de la mujer, sino otros miembros significativos de la red.

En la relación del apoyo social con los cuidados de salud se han encontrado diferencias de género que tienen que ver con las diferencias en las relaciones interpersonales que mantienen hombres y mujeres a lo largo de la vida. Los estudios muestran algunos

datos interesantes: mujeres y hombres prefieren recibir apoyo emocional de otras mujeres (Kunkel & Burleson, 1999); las mujeres solteras perciben más apoyo social que las casadas y también más apoyo social que los hombres solteros (Matud, Carballeira, López, Marrero & Ibáñez, 2002); el matrimonio conlleva más ventajas para los hombres que para las mujeres, ya que los hombres casados muestran mayor apoyo emocional frente a los solteros (Thoits, 1982); las mujeres muestran más conductas y más disponibilidad de apoyo por parte de los amigos que los hombres (Vaux, 1985). Las mujeres con peores condiciones sociales y más cargas familiares son las que tienden a percibir menor apoyo social (Matud, Carballeira, López, Marrero & Ibáñez, 2002). Con estos datos no es de extrañar que en el ámbito familiar y en los cuidados de salud la fuente principal dispensadora de ayuda tenga un claro componente de género, ya que son las mujeres las principales fuentes de apoyo. Así lo avalan los estudios que muestran que el apoyo social proporcionado por el miembro de la pareja femenino predice mejor la adherencia a los tratamientos que cuando el apoyo lo presta el hombre dentro de la pareja (Sholz et al., 2012), o que el apoyo social proporcionado por una mujer reduce los riesgos de enfermedad cardiovascular ante un estresor, mientras que no sucede lo mismo con el apoyo proporcionado por un hombre (Glynn, Christenfeld & Gerin, 1999). Los resultados de las investigaciones por tanto apoyan que las mujeres son más elegidas como fuentes de apoyo (Burda, Vaux & Shill, 1984). En la dinámica habitual de las interacciones familiares se ha encontrado que las mujeres cuando son madres tienen un papel fundamental en el cuidado de los hijos y, al mismo tiempo, son las hijas las que continúan desempeñando un papel fundamental en el cuidado de sus padres. También son las abuelas maternas las que prestan más ayuda en el cuidado de los nietos. Las mujeres de la familia son el familiar preferido para prestar apoyo emocional y dispensar cuidados de salud. Diversos estudios han mostrado que las mujeres dedican a los cuidados de salud el doble de tiempo que los hombres. Si nos centramos en los cuidados a personas dependientes ocurre algo similar, los hombres reciben ayuda sobre todo de su cónyuge y de las hijas, mientras que a las mujeres dependientes son las hijas las que les prestan el mayor apoyo. Ello indica que la carga en la atención a la dependencia recae fundamentalmente en la mujer, más del 80% del total de cuidadores de personas dependientes son mujeres, que se sitúan entre los 45-52

años. Concretamente, el estudio del IMSERSO sobre el cuidado no profesional de personas dependientes, indica que el 84% de los cuidadores informales son mujeres (IMSERSO, 2008). Las consecuencias físicas, psicológicas y sociales que el cuidado prolongado tiene sobre el cuidador son evidentes. En el intento de proporcionar el mejor cuidado al familiar, las cuidadoras renuncian a cubrir sus propias necesidades. En el ámbito laboral, para las mujeres cuidadoras las responsabilidades familiares constituyen un obstáculo para crecer profesionalmente y muchas de ellas se ven abocadas al abandono del empleo (Hombrados, 2010). En general, los cuidadores están sometidos a una situación de estrés continua y cuando los estresores son de tipo crónico, se puede producir un agotamiento o deterioro de las redes debido al mantenimiento de respuestas de apoyo a largo plazo. El 80% de los familiares que cuidan a dependientes sufren estrés, ansiedad, agotamiento, sentimientos de soledad, carecen de tiempo para el ocio y perciben una escasa red de apoyo social. Hay que llamar la atención sobre estos datos y visibilizar el papel de la mujer en el ámbito familiar como principal proveedora de apoyo para que se proporcionen los recursos necesarios y para evitar los efectos negativos que sufren muchas mujeres, que actúan como la única y principal fuente de apoyo en el contexto familiar, sin que estas funciones sean a menudo reconocidas. Habrá que tener en cuenta estos datos a la hora de diseñar programas comunitarios que intenten corregir las desigualdades de género. También se deberían evaluar las redes sociales de las mujeres para ayudar a determinar el alcance de los recursos disponibles y para ayudar a garantizar el acceso a los cuidados necesarios.

Si se atiende a la respuesta dada por los servicios sociales a las necesidades de la mujer, podemos comprobar que, afortunadamente, la utilización del apoyo social como recurso de intervención psicosocial está presente. Así, los grupos de ayuda mutua constituyen un referente en el abordaje, como veíamos en el apartado relativo a personas mayores, en la atención a cuidadores de personas dependientes. Si tenemos en cuenta el género de estas personas, conforme a la información anteriormente expuesta, sería más adecuado hablar de cuidadoras que de cuidadores. Se hace necesario tener en cuenta este hecho de cara a la intervención. Así como señala el estudio realizado por el IMSERSO (2008), las mujeres cuidadoras presentan un peor estado emocional que los cuidadores masculinos, concretamente, presentan con más frecuencia diagnósticos psicopatológicos recibidos desde

que son cuidadoras, consumen más a menudo psicofármacos desde que asumieron el cuidado y presentan niveles más elevados de depresión. En este sentido, el grupo de ayuda mutua, sin perder de vista su utilidad en la provisión de apoyo instrumental e informacional, no debe olvidar su relevancia a la hora de proporcionar apoyo emocional a unas mujeres cuidadoras que, como hemos visto, presentan una red social notablemente mermada desde que asumieron su rol de cuidadoras (Crespo & López, 2007a, 2007b).

Igualmente, en el caso de atención a mujeres víctimas de violencia de género, el grupo de ayuda mutua, bien sea éste abierto o cerrado en cuanto a sus integrantes, se plantea como la estrategia de intervención psicosocial más adecuada para la provisión de apoyo social proveniente de sus iguales. Esta estrategia grupal facilita la expresión de las emociones entre sus integrantes y fomenta las conductas de independencia entre sus integrantes a través de apoyo informacional mediante la adquisición de habilidades específicas de afrontamiento (Echeburúa & del Corral, 1998). Estos grupos de autoayuda, por supuesto, se deben ver complementados con políticas sociales dirigidas a la integración social de estas mujeres. Así, se hace necesario llevar a cabo programas formativos. Por ejemplo, iniciativas como el programa CUALIFICA de la Junta de Andalucía, en las que se combinan actividades formativas con las prácticas en empresas; lo que, sin duda, constituye un recurso muy valioso para incrementar la red de apoyo social de sus participantes. Lamentablemente, este tipo de iniciativas no presentan una implantación homogénea en las distintas comunidades autónomas de nuestro país.

INMIGRANTES Y APOYO SOCIAL

En España, el fenómeno de la inmigración se inicia en los años 80 y se aceleró de modo considerable desde la segunda mitad de los años 90 convirtiéndose en un fenómeno de gran importancia demográfica y económica. Desde el año 2000, nuestro país ha presentado una de las mayores tasas de inmigración del mundo. Durante el año 2004, España fue el segundo país del mundo por volumen de inmigrantes recibidos, justo detrás de EEUU. De acuerdo con el censo de 2009, de los 46,6 millones de empadronados en España, 5,6 millones de personas eran extranjeras, lo que representa el 12% del total inscritos. Centrándonos en Andalucía, el último censo realizado sobre inmigrantes en España, la sitúa como la tercera con un

mayor número de extranjeros residentes. Pero desde el 2011 los efectos de la crisis están afectando a la propia estructura de la población. Los inmigrantes empiezan a marcharse por la falta de empleo. La tasa de desempleo entre la población inmigrante ha duplicado a la de los autóctonos durante 2011, según se desprende de un informe publicado por la *Organización Internacional de Migraciones* (OIM). Sin embargo, no es cierto que se esté produciendo un retorno importante de extranjeros a sus países de origen. Por ahora, los que regresan constituyen una proporción mínima, del 2%, ello es debido, como apunta Philippe Fargues, Director del *Migration Policy Center del Instituto Universitario Europeo* a que los inmigrantes actúan de manera racional y la falta de trabajo y servicios les induce a ir a otros sitios. Pero, a menudo, hay factores igualmente racionales que los vinculan al territorio, como la lengua, la escolarización de los hijos o las redes familiares, que complican la decisión de volver a sus países. Pese a la excepcional rapidez e intensidad del fenómeno, hasta ahora el flujo migratorio no ha sido fuente de conflictos sociales o episodios xenófobos de especial gravedad. Pero la crisis y los recortes económicos están minando rápidamente los principales cimientos de la integración de los extranjeros: empleo y prestaciones sociales. Un reciente informe de Cáritas alerta de que, del millón de personas atendidas por la organización en 2012, más de la mitad fueron inmigrantes. También el informe del Colectivo Ioé (2012): *Impactos de la crisis sobre la población inmigrante en España*, revela un deterioro del clima de la opinión pública con respecto a la inmigración extranjera. Sin embargo, el informe destaca las posiciones de las organizaciones de solidaridad que apuntan el carácter estructural y permanente de la presencia de un volumen muy importante de población inmigrante. Entre los expertos, cada vez hay más consenso en que el uso de programas específicos para inmigrantes acaba por estigmatizarles. En cambio, las actuaciones que involucran por igual a autóctonos e inmigrantes favorecen la cohesión social y disminuyen las desigualdades sociales. En este sentido hay que señalar que el proceso de interacción con la población autóctona es complejo dado que los patrones de relación social pueden diferir sustancialmente de los de la sociedad de acogida incorporándose elementos nuevos en relación con lo racial, lo lingüístico y lo religioso (Giménez & Pérez, 2003), y a ello hay que sumar la situación social que se vive en el momento presente. Este proceso de adaptación tiene importantes efectos sobre el bienestar de la población inmigrante. Los

estudios sobre integración social y bienestar de los inmigrantes (p.e., Anson et al. 1996; McMichael & Manderson, 2004; Neto, 2001) han prestado especial atención a los indicadores subjetivos de bienestar y en profundizar acerca de cómo se sienten los inmigrantes en la sociedad de acogida. Hao & Johnson (2000) encontraron que el apoyo social y la participación son importantes determinantes del bienestar de inmigrantes y autóctonos. También otros autores (p.e., Foroughi, Misajon & Cummins, 2001) han indicado que el grado de interacción e integración social de las minorías étnicas con el resto de la comunidad son elementos claves para predecir la satisfacción vital de los inmigrantes y la adecuada convivencia con la población autóctona. La experiencia de inmigración está asociada con múltiples estresores que influyen negativamente sobre la salud y el bienestar de esta población: la barrera del lenguaje, los problemas de comunicación, los cambios socioculturales, los problemas económicos, el desempleo, la marginación social y la pérdida de apoyo social y familiar (Amit & Litwin, 2010; Zarza & Sobrino, 2007). Por tanto, hay una amplia área de investigación que muestra que la interacción social y la percepción de apoyo social son claves para explicar la integración social, el bienestar y la salud de la población inmigrante (Herrero, Fuente & Gracia, 2011). Estudios recientes muestran el papel del apoyo social como variable que modera la relación entre el estrés por aculturación y síntomas de ansiedad y depresión en inmigrantes (Martínez, García & Maya, 2001; Sirin, Gupta, Ryce, Katsifas, Suarez-Orozco & Rogers-Sirin, 2013) y que la percepción de apoyo social se relaciona positivamente con estrategias de afrontamiento reductoras del estrés y de problemas de salud (Lee, Suchday, Judith, 2012). Dentro del colectivo inmigrante, las mujeres inmigrantes, son un grupo especialmente vulnerable porque habitualmente sufren una doble discriminación, por su condición de mujeres y por su condición de inmigrantes, por tanto especialmente para este colectivo, el apoyo social tiene importantes implicaciones. Los resultados de algunos estudios (p.e., Domínguez & Hombrados, 2008, 2010, 2012) han mostrado que el principal predictor de la felicidad de las mujeres inmigrantes es la satisfacción con el apoyo recibido. Concretamente, el apoyo emocional de la familia, el instrumental de la población autóctona y el informacional de las asociaciones resultaron ser los mejores predictores de la felicidad.

En el contexto escolar se han realizado también diversos estudios que han mostrado que el apoyo so-

cial proporcionado por los estudiantes autóctonos e inmigrantes se relaciona positivamente con el clima social y negativamente con los problemas de convivencia en el aula y con los conflictos debidos a las diferencias étnicas/culturales (Hombrados & Castro, 2013).

De todos estos hallazgos podemos concluir que el apoyo social se relaciona ampliamente con la integración social y la calidad de vida de los inmigrantes, y han de ser de utilidad para desarrollar líneas de acción e intervención centradas en la red social y en las funciones que el apoyo social puede cumplir en este colectivo.

En lo referente a la atención social que recibe este colectivo, a diferencia de lo que se comentaba anteriormente con relación a los servicios sociales destinados a las personas desempleadas, las distintas normativas autonómicas sobre servicios sociales sí que reconocen a los inmigrantes, refugiados y apátridas como titulares de derecho de los servicios sociales. No obstante, la atención que recibe este colectivo proviene fundamentalmente de organizaciones que forman parte del variado entramado social de iniciativas solidarias, tales como: ONGs (p.e., Cruz Roja, SOS Racismo o colectivos ACOGE, entre otros); organizaciones de carácter religioso (cuyo principal exponente es CÁRITAS); u organizaciones sindicales. Afortunadamente, dentro de esta iniciativa social, cada vez ha ido apareciendo un mayor movimiento asociativo entre los propios inmigrantes (por ejemplo, ATIME, VODAME, MALEVA o ARI-PERÚ). En este sentido, estas iniciativas de autoayuda proporcionan un contexto muy adecuado para la provisión de ese apoyo social que ha sido drásticamente mermado al salir de sus respectivos países de origen. El siguiente texto, extraído del estudio realizado por Aparicio y Tornos (2010) para el Observatorio Permanente de la Inmigración, muestra un comentario representativo de las personas entrevistadas:

“En el caso nuestro, nosotros somos tradicionalmente emigrantes... nuestra población al salir de su país, nosotros tenemos la costumbre de unirnos... y así nos hemos organizado ¿para qué? Porque al estar lejos de nuestro país, al estar lejos de nuestra gente puede pasar que nos necesitemos para lo positivo o para lo negativo... si hay por ejemplo un accidente... o en lo positivo, hacer llegar a nuestra familia que estamos bien...” (p. 93)

Estos mismos autores destacan el hecho de que las tasas de asociacionismo de los inmigrantes en nuestro

país son bajísimas, en comparación con las de los españoles nativos. Sin embargo, como se destaca en las conclusiones de este estudio, las asociaciones claramente ayudan a promover las relaciones sociales individuo-individuo, individuo-grupo y grupo-grupo; lo que, sin duda, contribuye sobremanera a una mayor integración social en la sociedad receptora.

Frente a las políticas iniciales de integración, como por ejemplo el Plan GRECO 2002-2004 (Plan Global de Regulación y Coordinación de la Extranjería), centradas fundamentalmente en la regulación y control de los flujos migratorios para garantizar la convivencia; las más recientes (Plan Estratégico Ciudadanía e Integración 2011-2014) destacan “*el fortalecimiento de las redes personales y de apoyo*” (p. 141) como elemento relevante para favorecer la integración de la población inmigrante. En este sentido, el asociacionismo es destacado como una de las líneas de actuación a desarrollar, así como el apoyo a la creación de redes de colaboración formales e informales. La participación de la población inmigrante en estructuras formales de participación como las AMPAS (Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos) representa una oportunidad formidable para fortalecer las relaciones sociales con la población autóctona y, por tanto, para incrementar las oportunidades de apoyo social.

Junto a estas iniciativas de participación y apoyo social a través de las AMPAS, nos encontramos otras más novedosas, dignas también de destacar, como es RASINET (Red de Apoyo Social al Inmigrante) (2013), un espacio tanto físico como virtual que integra a doce instituciones públicas y privadas, y que contribuye a incrementar el apoyo informacional e instrumental entre el colectivo de inmigrantes de la región de Murcia.

Por último, es necesario subrayar el recurso de la mediación intercultural, utilizada como estrategia de intervención social a lo largo de estos años (por ejemplo, el SEMSI –Servicio de Mediación Social Intercultural- del Ayuntamiento de Madrid ofrece sus servicios desde 1997), representa un recurso para mejorar el conocimiento por parte de las personas inmigrantes de las claves sociales que le pueden ayudar a localizar fuentes potenciales de apoyo.

Pese a los beneficios que supone el incremento del apoyo social para la población inmigrante, el fomento de las redes de apoyo no constituye uno de los objetivos fundamentales de la mayor parte de intervenciones desarrolladas con este colectivo. Así lo demuestra la revisión realizada por Aparicio y Tornos (2005), en

la que, de los 42 proyectos seleccionados, ninguno se marcaba específicamente, como objetivo prioritario, el incremento del apoyo social entre la población inmigrante atendida. Frente a esto, la mayor parte de estos proyectos se orientaba a la formación e inserción laboral, el acceso a la vivienda, el aprendizaje del castellano o la atención sociosanitaria.

ADOLESCENTES Y APOYO SOCIAL

La adolescencia se caracteriza por ser una etapa de importantes cambios que afectan a la transformación de la red social de los jóvenes. Es un periodo que comprende diferentes etapas y durante el cual la red social del adolescente evoluciona en gran medida. Entre los cambios que suceden en la adolescencia se encuentran aquellos relativos a las relaciones sociales y a las personas que el adolescente considera su principal fuente de apoyo. La red de apoyo constituye, sin duda, uno de los principales recursos con los que cuenta el adolescente para afrontar cambios y situaciones nuevas. El apoyo social es un predictor importante del bienestar psicológico de los adolescentes (Ryan, Kalil & Leininger 2009).). Diferentes trabajos han mostrado un impacto diferenciado y singular de los padres, amigos, profesores y compañeros de clase sobre los problemas de comportamiento, los problemas emocionales, el ajuste académico y sobre el desarrollo de conductas positivas (Cook, Herman, Phillips & Settersten, 2002; Demaray & Malecki, 2002), y cada fuente de apoyo cubre unas necesidades de apoyo diferentes. Los padres prestan principalmente apoyo emocional e instrumental, los amigos proporcionan apoyo emocional e informacional y los profesores apoyo informacional, (Hombrados, Gómez, Domínguez, García & Castro, 2012). La mayoría de la investigación sobre la red social del adolescente se ha centrado en la familia, preferentemente en los padres, y en las relaciones con los amigos. En general, se acepta que estas relaciones tienen un gran impacto en el desarrollo de los adolescentes (Woolley, Kol & Bowen, 2009). Los adolescentes que perciben mayor apoyo de sus padres utilizan también estrategias de afrontamiento más efectivas (Barrera & Li, 1996). Por el contrario, la carencia real o percibida de apoyo parental representa un importante factor de riesgo en el desarrollo de los problemas de conducta (Kashani, Canfield, Borduin, Soltys & Reid, 1994). Las investigaciones que han analizado el apoyo parental diferenciando la figura del padre y de la madre han

concluido que estas fuentes de apoyo contribuyen de un modo independiente al ajuste de los hijos, siendo la madre la principal proveedora de apoyo (Rohner & Veneziano, 2001; Veneziano, 2000).

También el contexto escolar tiene una gran relevancia en el estudio del apoyo social en la etapa adolescente. Los adolescentes pasan gran parte de su tiempo en la escuela en compañía de profesores y compañeros de clase, y ambos influyen en su desarrollo (Eccles & Roeser, 2003). La investigación ha mostrado que en la transición de la escuela primaria a la secundaria se produce una disminución en la percepción de apoyo del profesorado (Malecki & Demaray, 2003), mientras que el apoyo de los compañeros parece sufrir menos cambios (Harter, 1985). En el contexto escolar, para los estudiantes, tiene un gran valor el apoyo informacional que reciben de sus profesores; teniendo en cuenta que en la adolescencia la capacidad de los padres para prestar apoyo disminuye, la escuela tiene la oportunidad de jugar un papel muy importante como fuente proveedora de apoyo social (Portes, 1997).

En cuanto a los compañeros, una visión global de las investigaciones realizadas en las últimas décadas en torno a las relaciones sociales de los jóvenes con sus iguales ha demostrado que ser aceptado por los iguales se asocia positivamente a un buen ajuste escolar, menor probabilidad de fracaso académico, y a una mayor probabilidad de desarrollar relaciones sociales exitosas (Farrington, 1993). Existen suficientes datos que señalan que las relaciones con los iguales y la percepción de apoyo facilitan el ajuste psicológico del adolescente. Unas buenas relaciones con los compañeros se han asociado con una alta autoestima (Robinson, 1995) y un menor riesgo de tener problemas emocionales y de conducta (Coie & Dodge, 1998).

En general, durante la adolescencia hay una tendencia a que el apoyo de los padres decrezca (Scholte & Van Aken, 2006), mientras que el apoyo de los amigos aumente (Cheng & Chan, 2004). Especialmente el apoyo del padre es el que muestra una pérdida mayor (Colarossi & Eccles, 2003). Estos datos son interesantes para llamar la atención de la función del padre respecto a las relaciones de apoyo que mantienen con los hijos.

Los resultados de las diferentes investigaciones evidencian que las relaciones que el adolescente mantiene con su entorno son complejas y confirman la necesidad de diseñar intervenciones para optimizar el apoyo social desde la perspectiva de las distintas fuentes y los diferentes contextos, como indican los

modelos ecológicos y sistémicos (Bronfenbrenner, 2005; Levitt, 2005).

Pese a estas evidencias, una revisión de los servicios sociales actualmente dirigidos a este colectivo poblacional, muestra la necesidad de aumentar la atención dirigida a incrementar su apoyo social. Un ejemplo paradigmático lo constituyen las madres adolescentes. Así, estas chicas que no han planificado su maternidad, y en el que, como en la mayor parte de los adolescentes, el grupo de iguales representa un lugar clave, se encuentran repentinamente ante una restricción importante en su red de apoyo. Estas madres adolescentes desplazan nuevamente su atención hacia la familia, encontrándose un tanto desvinculadas de su grupo de iguales. Así lo muestra el reciente estudio realizado por Parra (2013), en el que analiza la vivencia de este embarazo por parte de sus protagonistas. Con relación al grupo de iguales, resulta muy representativo el comentario de una de las chicas entrevistadas:

Ahora mismo yo creo que no tengo amigas porque por estar embarazada parece que no puedo ir con ellas a tomarme algo o a dar una vuelta. No me avisan. Entonces yo... a veces me siento sola de amigas porque (...) Están más a vivir la vida y como yo antes, era así, pero yo, claro, no puedo ser así... (p. 197)

Sin embargo, el acogimiento residencial y la provisión de apoyo material siguen siendo las principales respuestas dadas por los servicios sociales a estas madres adolescentes.

En cuanto al acogimiento residencial de adolescentes, Bravo y Fernández (2003) destacan igualmente la mínima atención que se ha dado al apoyo social de esta población en la que es fundamental asegurar su capacidad de afrontamiento para los numerosos eventos que tienen que superar. Así, las redes sociales de estos adolescentes son, con frecuencia limitadas, y el ingreso en un hogar de protección puede provocar la ruptura de vínculos importantes y la reestructuración de los ya existentes. Del mismo modo, se ha visto que vínculos sociales como los establecidos con las madres, pasan en estos adolescentes a ser ocupados por los abuelos, los hermanos o los propios compañeros de residencia.

Como señaló Van der Ploeg (1992) dos décadas atrás, el apoyo social en el ámbito del acogimiento residencial es uno de los mayores retos de los profesionales de la intervención social. En este sentido, se hace necesario que los profesionales que les atienden

no sólo les proporcionen el apoyo informacional e instrumental propio de su rol, sino que también cuiden y potencien (por ejemplo, a través de visitas y contactos) los, ya débiles, lazos familiares, para que estos adolescentes no pierdan la posibilidad de acudir a una fuente tan relevante en la provisión de apoyo social, especialmente emocional. Igualmente, son dignas de destacar experiencias piloto como las desarrolladas por la asociación catalana Punt de Referència, orientadas a cubrir ese vacío “post-Administración” de jóvenes extutelados tras su paso por acogimiento residencial. El eje central de esta intervención se basó en la vinculación de estos jóvenes con una persona que, de forma voluntaria, se interesaba por su situación psicosocial, acompañándolos durante su proceso personal de inserción social posterior a su salida residencial. La persona voluntaria que ayudaba a cada joven recibió la denominación de “Referente”. Esta persona debía tener ciertas características personales y habilidades interpersonales que le permitieran establecer una relación de ayuda y un apoyo socio-emocional al joven, contrapuesto al apoyo profesional que había tenido durante su estancia residencial (Turró & Cortés, 2004).

Méndez y Barra (2008) también destacan el importante papel que desempeña la provisión de apoyo social a los adolescentes como elemento protector frente a la participación de éstos en actos delictivos. Así, los jóvenes infractores presentan una menor percepción de reciprocidad de apoyo social, lo que, a su vez, provoca una menor posibilidad de acceso a determinados recursos sociales. Lo que reafirma el fomento de las redes de apoyo social con las que cuentan los adolescentes en entornos marginales como elemento preventivo en este colectivo vulnerable de cometer actos delictivos. Un ejemplo de ello es la actuación llevada a cabo por el Servicio de Acción Socioeducativa a partir de la calle del Ayuntamiento de Barcelona. Igualmente, una estrategia preventiva clave en este sentido es la provisión de apoyo a las familias de estos menores en riesgo, facilitando la permanencia en su seno, como así aparece recogido en la intervención con familias y menores en riesgo, dentro de las líneas estratégicas del Plan de Familia, Infancia y Adolescencia de la Ciudad de Madrid 2010-2013.

Así mismo, en el ámbito de intervención con población adolescente normalizada, el apoyo social proveniente de iguales, facilitado a través de su participación en actividades grupales lúdicas, representa una estrategia claramente eficaz en la intervención con este colectivo. Este tipo de actuaciones las encontra-

mos, por ejemplo, en la mayor parte de los servicios y áreas de juventud de los ayuntamientos, con denominaciones como “*Alternativa en la Movida*” (Ayuntamiento de Málaga), “*Gauekoak*” (Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz) o “*La noche es joven*” (Ayuntamiento de Santander).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo ha sido analizar el papel del apoyo social en las poblaciones vulnerables y la utilización que hacen los profesionales de este recurso de intervención social. La revisión nos ha permitido comprobar que el apoyo social constituye un recurso clave para la intervención ya que actúa amortiguando y reduciendo los efectos negativos que desencadenan las circunstancias adversas a las que se enfrentan las poblaciones vulnerables estudiadas. Sin embargo, la utilización del apoyo social por parte de las instituciones y los profesionales sigue siendo escasa. Cómo se ha mostrado este recurso está más presente en las intervenciones que se hacen con algunos colectivos (p.e., mujeres y mayores) y es menos utilizado en otros (p.e., desempleados). Los grupos de apoyo y autoayuda suele ser una de las formas de aplicación más empleadas. Sin embargo, las investigaciones de apoyo social muestran un amplio abanico de posibilidades de intervención que escasamente se emplean en la práctica profesional. Así, tímidamente se están desarrollando estrategias dirigidas al fortalecimiento de las redes personales y al intercambio de recursos de apoyo social. Un ejemplo lo constituye el uso del “banco del tiempo” que se está realizando desde algunas instituciones locales y que está contribuyendo a optimizar las redes de apoyo y la prestación de los diferentes tipos (emocional, instrumental e informacional). Por tanto, creemos conveniente un mayor acercamiento entre el ámbito teórico y la práctica profesional para que las poblaciones vulnerables obtengan un mayor beneficio de la intervención social.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvaro, J. (1992). *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Aznar, M. (1998). Los servicios sociales públicos para mayores. *Documentación Social*, 112, 65-84.
- Amit, K., & Litwin, H. (2010). The Subjective Well-

- Being of immigrants aged 50 and older in Israel. *Social Indicators Research*, 98, 89-104.
- Anson, O., Pilpel, D., & Rolnik, V. (1996). Physical and psychological well-being among immigrant referrals to colonoscopy. *Social Science and Medicine*, 43, 1309-16.
- Aparicio, R., & Tornos, A. (2005). *Las redes sociales de los inmigrantes extranjeros en España. Un estudio sobre el terreno*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Disponible en: <http://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/bpintinmig.pdf>
- Aparicio, R., & Tornos, A. (2010). *Las asociaciones de inmigrantes en España. Una visión de conjunto*. Documentos del Observatorio Permanente de la Inmigración nº 26. Madrid: Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones.
- Aramburu, L., & Higuera, Z. (2003). Enfoques cognitivo y conductual: evaluación de dos programas de intervención con desempleados. *Psicothema*, 15(2), 183-189.
- Artazcoz, L., Benach, J., Borrell, C., & Cortés, I. (2004). Unemployment and mental health: Understanding the interactions among gender, family roles, and social class. *American Journal of Public Health*, 94(1), 82-88.
- Asher, C. C. (1984). The impact of social support networks on adult health. *Medical Care*, 22, 349-359.
- Axelsson, L., & Ejlerstsson, G. (2002) Self-reported health, self-esteem and social support among young unemployed people: a population-based study. *International Journal of Social Welfare*, 11, 111-119.
- Barrera, M., & Li, S. A. (1996). The relation of family support to adolescents' psychological distress and behavior problems. En G. R. Pierce, B. R. Sarason, & I. G. Sarason (Eds.), *Handbook of social support and the family* (pp.316-343). New York, NY: Plenum Press.
- Belknap, J., Melton, H., Denney, J., Fleury-Steiner, R., & Sullivan, C. (2009). The Levels and Roles of Social and Institutional Support Reported by Survivors of Intimate Partner Violence. *Feminist Criminology*, 4(4), 377-402.
- Bender, M., Cook, S., & Kaslow, N. (2003). Social support as a mediator of revictimization of low-income African American women. *Violence and Victims*, 18, 419-431.
- Bravo, A., & del Valle, J. (2003). Las redes de apoyo social de los adolescentes acogidos en residencias de protección. Un análisis comparativo con población normativa. *Psicothema*, 15(1), 136-142.
- Bronfenbrenner, U. (2005). *Making human beings human: Bioecological perspectives on human development*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss*. New York: Basic Books.
- Buendía, J. (1994). *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI.
- Buesa, S., & Calvete, E. (2013). Violencia contra la mujer y síntomas de depresión y estrés postraumático: el papel del apoyo social. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 13(1), 31-45.
- Burda, P. C., Vaux, A., & Shill, T. (1984). Social support resources: variation across sex and sex role. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 119-126.
- Bybee, D., & Sullivan CM (2005). Predicting re-victimization of battered women 3 years after exiting a shelter program. *American Journal of Community Psychology*, 36, 85-96.
- Carrasco, M., Herrera, S., Fernández, B., & Barros, C. (2013). Impacto del apoyo familiar en la presencia de quejas depresivas en personas mayores de Santiago de Chile. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 48(1), 9-14.
- Casey, R., & Dale, S. (2010). Aging with Long-term Physical Impairments: The significance of Social Support. *Canadian Journal on Aging*, 29(3), 349-359.
- Chapel, N. L., & Funk, L. M. (2011). Social support, caregiving and aging. *Canadian Journal on Aging*, 30(3), 355-370.
- Cheng, S., & Chan, A. (2004). The multidimensional scale of perceived social support: Dimensionality and age and gender differences in adolescents. *Personality and Individual Differences*, 37,1359-1369.
- Chen, X., & Silverstein, M. (2000). Intergenerational social support and the psychological well-being of older parents in China. *Research on Aging*, 22, 43-65.
- Chou, A., Stewart, S., Wild, R., & Bloom, J. (2012). Social support and survival in young women with breast carcinoma. *Psycho-Oncology*, 21,125-133
- Cimarolli, V. R., & Shu-wen, W. (2006) Differences in Social Support Among Employed and Unemployed Adults Who Are Visually Impaired. *Journal of Visual Impairment & Blindness*, 100(9),

- 545-556.
- Clemente (2003). Redes sociales de apoyo en relación al proceso de envejecimiento humano. Revisión bibliográfica. *Interdisciplinaria*, 20(1), 31-60.
- Coie, J. D., & Dogde, K. A. (1998). Aggression and antisocial behavior. In W. Damon & N. Eisenberg (Eds.), *Handbook of child psychology*. Vol.3: *Social, emotional and personality development* (pp. 779-862). New York, NY: Wiley.
- Colarossi, L. G., & Eccles, J.S. (2003). Differential effects of support providers on adolescents' mental health. *Social Work Research*, 27, 19-30.
- Colectivo Ioé (2012). *Impacto de la Crisis sobre la población Inmigrante*. Estudio promovido por la Organización Internacional para las Migraciones. Disponible en: <http://www.colectivoioe.org/uploads/0bae582aa3b0842a9eaf50cde16f4f97d9527bcb.pdf>
- Cook, T. D., Herman, M.R., Phillips, M., & Settersten, R.A. (2002). Some ways in which neighborhoods, nuclear families, friendship groups, and schools jointly affect changes in early adolescent development. *Child Development*, 73, 1283-1309.
- Creed, P. A., & Moore, K. (2006). Social Support, Social Undermining, and Coping in Underemployed and Unemployed Persons. *Journal of Applied Social Psychology*, 36(2), 321-339.
- Crespo, M., & López, J. (2007a). *El apoyo a los cuidadores de familiares mayores dependientes en le hogar: Desarrollo del programa "Cómo mantener su bienestar"*. Madrid: Instituto de Mayores y Servicios Sociales.
- Crespo, M., & López, J. (2007b). *El estrés en cuidadores de mayores dependientes: cuidarse para cuidar*. Madrid: Pirámide.
- Davis, M. H., & Morris, M. M., (1998) Relationship-specific and global perceptions of social support: associations with well-being and attachment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 468-481.
- De Pablo, J. M. (1996).). Desarrollo de los aspectos personales para la ocupación: una metodología para el cambio con grupos de desempleados. *Intervención Psicosocial*, 5(15), 75-101.
- Demaray, M.K., & Malecki, C.K. (2002). The relationship between perceived social support and maladjustment for students at risk. *Psychology in the Schools*, 39, 305-316.
- Domínguez, J. M., & Hombrados, M.I. Happiness in immigrant women in Spain (2008). *Journal of Immigrant and Refugee Studies*, 6(2) 267- 273.
- Domínguez, J. M., & Hombrados, M. I. (2010). Análisis de la relación entre felicidad y apoyo social en mujeres inmigrantes. *Encuentros en Psicología Social*, 5, 7-11.
- Domínguez-Fuentes, J. M., & Hombrados-Mendieta (2012). Social Support and happiness in immigrant women in Spain. *Psychological Reports*, 110(3), 977-990.
- Eccles, J. S., & Roeser, R. W. (2003). Schools as developmental contexts. In G. Adams, & M. D. Berzonsky (Eds.), *Blackwell handbook of adolescence* (pp. 129-148). Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Echeburúa, E., & del Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI.
- Etxeberria, I., García, A., Iglesias, A., Urdaneta, E., González, I., Díaz-Veiga, P., & Yanguas, J. J. (2011). Efectos del entrenamiento en estrategias de regulación emocional en el bienestar de cuidadores de enfermos de Alzheimer. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 46(4), 206-212.
- Farrington, D. P. (1993). Understanding and preventing bullying. In M. Tonry (Ed.), *Crime and justice* (pp. 381-458). Chicago, IL: University Chicago Press
- Fiori, K. L., Antonucci, T. C., & Cortina, K. S. (2006). Social network typologies and mental health among older adults. *Journal of Gerontology: Psychological sciences*, 61(1), 25-P32.
- Fleet, C., & Hiebert-Murphy, D. (2013). Social Support Related to Women Who Have Remained with Their Partners After the Physical Violence has Ceased. *Journal of Family Violence*, 28, 219-224.
- Foroughi, E., Misajon, R., & Cummins, R. A. (2001). The relationships between migration, social support, and social integration on quality of life. *Behaviour Change*, 18, 156-167.
- Gallant, M. P., Spitze, G. D., & Prohaska, T. R. (2007). Help or hindrance? How family and friends influence chronic illness self-management among older adults. *Research on Aging*, 29, 375-409.
- García, M. A. (2000). *Los talleres de ocio y el bienestar de nuestros mayores: Análisis de la experiencia malagueña*. Málaga: Aljibe.
- García, M. A., & Hombrados, M. I. (2002). Intervención social con personas mayores: Los talleres de ocio como recurso para incrementar su apoyo social y control percibidos. *Intervención Psicosocial*

- cial*, 11(1), 43-56.
- García, M., Martínez, M. F., & Albar, M. J. (2002). La elección de fuentes de apoyo social entre inmigrantes. *Psicothema*, 14(2), 369-374.
- García, M. C., Naranjo, J. I., & Villalba, C. (2002). Análisis de dos experiencias de apoyo emocional a través del voluntariado. *Redes*, 11, 29-49.
- Gascón, S., Olmedo, M., Bermúdez, J., García-Campayo, J., & Ciccotelli, H. (2003). Estrés por desempleo y salud. *Cuadernos de Medicina Psicosomática y Medicina de Enlace*, 66, 9-18.
- Giménez, C., & Pérez, C. (2003). La integración de los menores de origen extranjero en la Comunidad de Madrid: necesidades, derechos y actuaciones. En *Asamblea de Madrid y Defensor del Menor: Estudios e Investigaciones 2002*, pp. 389-494, Madrid, Defensor del menor de la Comunidad de Madrid.
- Glynn, L. M., Christenfeld, N., & Gerin, W. (1999). Gender, social support, and cardiovascular responses to stress. *Psychosomatic Medicine*, 61, 234-242.
- Goodman, L., Dutton, M. A., Vankos, N., & Weinfurt, K. (2005). Women's resources and use of strategies as risk and protective factors for reabuse over time. *Violence Against Women*, 11, 311-336.
- Gore, S. (1978). The effect of social support in moderating the health consequences of unemployment. *Journal of Health and Social Behavior*, 19, 157-165.
- Guarino, L., & Sojo, V. (2010). Social support as moderator of the stress on unemployed people's health. *Universitas Psychologica*, 10(3), 867-879.
- Hadeed, L., & El-Bassel, N. (2006). Social support among Afro-Trinidadian women experiencing intimate partner violence. *Violence Against Women*, 12, 740-760.
- Hammarström, A. (1994). Health consequences of youth unemployment. *Public Health*, 108, 403-412.
- Hao, L., & Johnson, R. (2000). The economic, social and cultural origins of emotional well-being: Comparison of immigrants and natives at midlife. *Research on Aging*, 22, 599-629.
- Harter, S. (1985). *Manual for the social support scale for children*. Denver, CO: University of Denver.
- Herrero, J., Fuente, A., & Gracia, E. (2011). Covariates of subjective well-being among Latin Americans immigrants in Spain: The role of social integration in the community. *Journal of Community Psychology*, 39, 761-775.
- Hombrados, M.I. (2010). Grupos de apoyo y autoayuda para cuidadores de personas dependientes. En M.C. Martínez (Coord). *Dinámicas e intervención grupal*. pp. 197-216, Madrid: Síntesis
- Hombrados, M. I., & Castro, M. (2013). Apoyo social, clima social y percepción de conflictos en un contexto educativo intercultural. *Anales de Psicología*, 29, 108-122.
- Hombrados, M. I., & García, M. (2003). Efectos de los grupos de apoyo social sobre la soledad, el apoyo social y la calidad de vida de las personas mayores. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 13, 1, 57-72.
- Hombrados, M. I., Gómez, L., Domínguez, J. M., García, P., & Castro, M. (2012). Types of social support provided by parents, teachers, and classmates during adolescence. *Journal of Community Psychology*, 40, 6, 645-664.
- House, J. S., Landis, K. R., & Umberson, D. (1988). Social relationships and health. *Science*, 241, 540-545.
- IMSERSO (2008). Cuidadoras y cuidadores: el efecto del género en el cuidado no profesional de los mayores. *Boletín sobre Envejecimiento*, 35, 1-35.
- Ingram, E. M. (2007). A comparison of help seeking between latino and non-latino victims of intimate partner violence. *Violence Against Women*, 13, 159-171.
- Jahoda, M. (1982). *Employment and unemployment: A social-psychological analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jones, S., Hadjistavropoulos, H., & Sherry, S. (2012). Health anxiety in women with early-stage breast cancer: What is the relationship with social support? *Canadian Journal of Behavioural Science*, 44, 108-116.
- Kashani, J. H., Canfield, L. A., Borduin, C. M., Soltys, S. M., & Reid, J. C. (1994). Perceived family and social support: Impact on children. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 33, 819-823.
- Kennedy, S., Kiecolt-Glaser, J. K., & Glaser, R. (1990). Social support, stress, and the immune system. En Sarason BR, Sarason IG, Pierce GR (eds). *Social Support: An Interactional View* (pp. 253-266). New York: Wiley.
- Kespichayawattana, J., & Jitapunkul, S. (2009). Health and healthcare system for older persons. *Ageing International*, 33, 28-49.
- Candyce H. Kroenke, Laura D. Kubzansky, Eva S. Schernhammer, Michelle D. Holmes, Ichiro Kawachi, C. H., Kubzansky, L. D., Schernhammer, E. S., Holmes, M.D., & Kawachi, I (2006).

- Las redes sociales, apoyo social, y la supervivencia tras el diagnóstico del Cáncer de Mama. *Journal of Clinical Oncology*, 24(7), 1105-1111.
- Kunkel, A.W., & Burleson, B.R. (1999). Assessing explanations for sex differences in emotional support. A test of the different cultures and skill specialization accounts. *Human Communication Research*, 25, 307-340.
- Lee, Y. S. C., Suchday, S., Judith, W. R. (2012). Perceived social support, coping styles, and chinese immigrants' cardiovascular responses to stress. *International Journal of Behavioral Medicine*, 19(2), 174-185.
- Levitt, M. J. (2005). Social relations in childhood and adolescence: The convoy model perspective. *Human Development*, 48, 28-47.
- Levy-Storms, L., & Lubben, J. E. (2006). Network composition and health behaviors among older Samoan women. *Journal of Aging and Health*, 18, 814-836.
- Litwin, H. (2001). Social network type and morale in old age. *The Gerontologist*, 41, 516-524.
- Martínez, M. F., García, M., & Maya, I. (2001). El rol del apoyo social y las actitudes hacia el empleo en el emplazamiento laboral de inmigrantes. *Anuario de Psicología*, 32(3), 51-65.
- McHugh, J. E., Wherton, J. P., Prendergast, D. K., & Lawlor, B. A. (2012). Teleconferencing as a source of social support for older spousal caregivers: Initial explorations and recommendations for future research. *American Journal of Alzheimer's Disease and other Dementias*, 27(6), 381-387.
- McKee-Ryan, F., Song, Z., Wanberg, C., & Kinicki, A. (2005). Psychological and physical well-being during unemployment: A meta-analytic study. *Journal of Applied Psychology*, 90, 53-76. doi: 10.1037/0021-9010.90.1.53
- McMichael, C., & Manderson, L. (2004). Somali women and well-being: social networks and social capital among immigrant women in Australia. *Human Organization*, 63, 88-99.
- Malecki, C. K., & Demaray, M. K. (2003). What type of support do they need? Investigating student adjustment as related to emotional, informational, appraisal, and instrumental support. *School Psychology Quarterly*, 18, 231-252.
- Martín, L. (2007). La Ley de Promoción de la Autonomía Personal y de Atención a las Personas en Situación de Dependencia: Las personas mayores. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 70, 71-79
- Martínez, M., García M., & Maya, I. (2001). El efecto amortiguador del apoyo social sobre la depresión en un colectivo de inmigrantes. *Psicothema*, 13, 605-610.
- Martínez, M. F., Villalba, C., & Ramírez, M. (2001). Programas de respiro para cuidadores familiares. *Intervención Psicosocial*, 10(1), 7-22.
- Martinez, M. D., González, N., Barneveld, H., & Domínguez, A. (2012). Satisfacción con la vida asociada al apoyo familiar en la perimenopausia y posmenopausia. *Salud Mental*, 35, 91-98.
- Marziali, E., Damianakis, T., & Donahue, P. (2006). Internet-based clinical services: Virtual support groups for family caregivers. *Journal of Technology in Human Services*, 24(2-3), 39-54.
- Matud, M. P., Aguilera, L., Marrero, R. J., Moraza, O., & Carballeira, M. (2003). El apoyo social en la mujer maltratada por su pareja. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 3, 439-459.
- Matud, M. P., Carballeira, M., López, M., Marrero, R., & Ibañez, I. (2002). Apoyo social y salud: un análisis de género. *Salud Mental*, 25, 32-37.
- Maya, I. (2001). Psycho-social aspects in a online self-help group of Alzheimer's patients and caregivers. En F. Casas, & C. Taurina (Eds.), *Proceedings of the Third Conference of The International Society for Quality of Life Studies* (pp. 923-936). Girona: Quality of Life Research Institut.
- Méndez, P., & Barra, E. (2008). Apoyo social percibido en adolescentes infractores de ley y no infractores. *Psyche*, 17(1), 59-64.
- Molero, M., Pérez-Fuentes, C., Gázquez, J., & Sclavo, E. (2011). Apoyo familiar en mayores institucionalizados. *European Journal of Investigation in Health, Psychology and Education*, 1 (1), 31-43.
- Montes, C., & Louzán, R. (2013). Repercusiones psicológicas del desempleo: Efectos colaterales de la crisis en el sector de la construcción. *Escritos de Psicología*, 6(1), 28-35.
- Neto, F. (2001). Satisfaction with life among adolescents from immigrant families in Portugal. *Journal of Youth and Adolescence*, 30, 53-67.
- Oosthuizen, C., & Wissing, M. (2005) Prevalence of violence against women: distress, coping and psychological well-being. Surviving the fire? *South African Journal of Psychology*, 35, 637-656.
- Parra, N. (2013). Cuando el embarazo no planificado se desea. Estudio aproximativo sobre la vivencia de adolescentes embarazadas. *Cuadernos de Trabajo Social*, 51, 181-203.

- Peirce, R. S., Frone, M. R., Rusell, M., Cooper, M. L., & Mudar, P. (2000). A longitudinal model of social contact, social support, depression, and alcohol use. *Health Psychology, 19*, 28-38.
- Pérez, M., & Palau, N. (1995). Programas y servicios comunitarios de atención: Viabilidad del lema "envejecer en casa". *Revista Española de Geriatria y Gerontología, 30*(3), 153-156.
- Plan Estratégico de Ciudadanía e Integración 2011-2014*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Plan de Familia, Infancia y Adolescencia de la Ciudad de Madrid 2010-13*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.
- Portes, A. (1997). Immigration theory for a new century: Some problems and opportunities. *International Migration Review, 31*, 799-825.
- RASINET (2013). *Red de Apoyo Social al Inmigrante*. Recuperado de: <http://www.rasinet.org/>
- Robinson, N. S. (1995). Evaluating the nature of perceived support and its relation to perceived self-worth in adolescents. *Journal of Research on Adolescence, 5*, 253-280.
- Roger, K., Migliardi, P., & Mignone, J. (2012). HIV, social support, and care and vulnerable women. *Journal of Community Psychology, 40*(5), 487-500.
- Rohner, R. P., & Veneziano, R. A. (2001). The importance of father love: History and contemporary evidence. *Review of General Psychology, 5*, 382-405.
- Ryan, R., Kalil, A., & Leininger, L. (2009). Low-income mothers' private safety nets and children's socioemotional well-being. *Journal of Marriage and Family, 71*, 278-297.
- Sabina, C., & Tindale, S. (2008). Abuse Characteristics and Coping Resources as Predictors of Problem-Focused Coping Strategies Among Battered Women. *Violence Against Women, 14*, 437-456.
- Scholte, R. H. J., & Van Aken, M. A. G. (2006). Peer relations in adolescence. In S. Jackson, & L. Goossens (Eds.), *Handbook of adolescent development* (pp. 175-199). New York, NY: Psychology Press.
- Scholz, U., Klaghofer, R., Dux, R., Roellin, M., Boehler, A., Muellhaupt, B., Noll, G., Wüthrich, R., & Goetzmann, L. (2012). Predicting intentions and adherence behavior in the context of organ transplantation: Gender differences of provided social support. *Journal of Psychosomatic Research, 72*, 214-219.
- Sirin, S.R., Gupta, T., Ryce, P., Katsiaficas, D., Suarez-Orozco, C., & Rogers-Sirin, L. (2013). Understanding the role of social support in trajectories of mental health symptoms for immigrant adolescents. *Journal of Applied Developmental Psychology, 34*(5), 199-207.
- Stark, E. (2007). *Coercive control: How men entrap women in personal life*. New York: Oxford University Press.
- Thanakwang, K., & Soonthorndhada, K. (2011). Mechanisms by Which Social Support Networks Influence Healthy Aging Among Thai Community-Dwelling Elderly. *Journal of Aging and Health, 23*(8) 1352-1378.
- Thoits, P. A. (1982). Conceptual, methodological, and theoretical problems in studying social support as a buffer against life stress. *Journal of Health and Social Behavior, 23*, 145-159.
- Turró, C., & Cortés, J. (2004). La relación de ayuda con jóvenes extutelados por la administración catalana: Una intervención psicosocial basada en la formación y apoyo de voluntarios que favorezcan su integración social. *Psyche, 13*(2), 159-171.
- Van der Ploeg, J. D. (1992). Social competente and social support in residential care. En J. D. Van der Ploeg, P. M., Van der Bergh, M. Klomp, E. J., Knorth, & M. Smit (Eds.), *Vulnerable youth in residential care. Part I: Social competence, social support and social climate* (pp.19-34). Apeldoorn: Garant Publishers.
- Vaux, A. (1985). Variations in social support associated with gender, ethnicity, and age. *Journal of Social Issues, 41*, 89-110.
- Veneziano, R. A. (2000). Perceived paternal and maternal acceptance and rural African American and European American youths' psychological adjustment. *Journal of Marriage and the Family, 62*, 123-132.
- White, M. H., & Dorman, S. M. (2000). Online support for caregivers análisis of an Internet Alzheimer mailgroup. *Computers in Nursing, 18*(4), 168-176.
- Woodward, M., Patton, S., Olsen, S., Jones, J., Reich, C., Blackwell, N., & Beck, J. (2013). How do attachment style and social support contribute to women's psychopathology following intimate partner violence? Examining clinician ratings versus self report. *Journal of Anxiety Disorders, 27*, 312-320.
- Woolley, M. E., Kol, K., & Bowen, G. L. (2009). The social context of school success for Latino middle school students: Direct and indirect influences of teachers, family, and friends. *Journal of Early Adolescence, 29*, 43-70.

- Zarza, M. J., & Sobrino, M. J. (2007). Estrés de adaptación sociocultural en inmigrantes latinoamericanos residentes en Estados Unidos vs España: Una revisión bibliográfica. *Anales de Psicología*, 23, 72-84.
- Zlotnick C., Johnson D. M., & Kohn R. (2006). Intimate partner violence and long-term psychosocial functioning in a national sample of American women. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 262-275.

La perspectiva de la identidad social: desde la identidad social a la movilización social

The social identity perspective: from social identity to social mobilization

Jesús M. Canto Ortiz

“La vida es la ocasión para un experimento. Pero el hombre moderno está obsesionado con librarse de la libertad”
Karl Jaspers

Resumen: La teoría de la identidad social (Tajfel y Turner, 1979) y la teoría de la categorización del yo (Turner, 1987) son dos teorías muy importantes en la psicología de los grupos. Sin embargo, la interpretación descontextualizada de los estudios del paradigma de grupo mínimo (PGM) ha provocado una interpretación reduccionista de la teoría. En este artículo se presenta la interpretación de los resultados del PGM a partir de los planteamientos teóricos de Tajfel y Turner. Además, se lleva a cabo un análisis crítico de la teoría de la dominancia social (Sidanius y Pratto, 1999) a partir de la perspectiva de la identidad social.

Abstract: The theory of social identity (Tajfel y Turner, 1979) and the self-categorization theory (Turner, 1987) are two very important theories in the psychology of groups. However the decontextualized interpretation of studies of minimal group paradigm (PGM) has led to a reductionist interpretation of the theory. This article presents the interpretation of the results of PGM from the theoretical postulates of Tajfel and Turner. In addition, it carries out a critical analysis of social dominance theory (Sidanius & Pratto, 1999) from the perspective of social identity.

INTRODUCCION

En el ámbito de la psicología de los grupos hay toda una serie de investigaciones que han resultado de una gran influencia. Cualquier lector interesado por la psicología de los grupos se puede quedar impresionado al conocer los experimentos de Asch (1951) sobre el impacto de la influencia mayoritaria, los llevados a cabo por Milgram (1963) sobre la obediencia destructiva y el experimento de la prisión de Zimbardo (Haney, Banks y Zimbardo, 1973; Zimbardo, 2008) sobre el efecto de la desindividuación en un contexto carcelario.

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la psicología de los grupos fue dominada por la sombra del Holocausto. Muchas teorías desarrolladas por los psicólogos sociales tuvieron como referente el asesinato de más de seis millones de personas que fueron ejecutadas por ser judíos, gitanos, homosexuales, socialistas, etc. Ciertos sucesos históricos recientes (por ejemplo: las matanzas de Camboya, el genocidio de Ruanda, la guerra en la antigua Yugoslavia, etc.), nos hacen ver que el Holocausto no ha sido una excepción del siglo XX. La psicología de los grupos prestó mucha atención al “lado oscuro del corazón” de los seres humanos y sólo desde no hace muchas décadas está prestando más atención a aspectos más positivos del comportamiento humano. El énfasis por la competición intra e intergrupales está siendo compensado por un mayor interés por la cooperación (Ovejero, 1998; Benkler, 2011).

La visión negativa que se desarrolló por parte de la psicología social sobre los grupos se debió también a la influencia de la psicología de las masas (LeBon, 1895). Si se consideraba a los grupos con tendencia a la agresividad y a las conductas discriminatorias, se asumió que esas tendencias alcanzan su clímax en las masas (Javaloy, Rodríguez y Espelt, 2001). El origen de la psicología de las masas en Italia y en Francia surgió por el miedo a las masas obreras (Canto, 1998). La teoría de LeBon (1895) no fue más que el resultado de un temor de la burguesía que observaba atónita la fuerza adquirida por el movimiento obrero socialista y anarquista. LeBon despojó al movimiento obrero de toda su fundamentación social al psicologizarlo (Reicher, 1987). La multitud que se manifestaba reivindicando sus derechos no tenía ninguna conexión con la lucha de clases ni con las injusticias sociales. Su comportamiento no dependería del contexto de las relaciones entre clases sociales, sino de la pérdida de la identidad que tiene lugar al surgir una *mente colecti-*

va. Aunque la teoría de LeBon (1895) sobre la mente del grupo fue rápidamente rechazada (Javaloy *et al.*, 2001) su influencia fue notable en la psicología de los grupos y en la psicología social. Las investigaciones sobre desindividuación, tanto en el ámbito grupal como en la comunicación mediada por ordenador, son, en buena parte, deudoras de la influencia de la psicología de las masas (Postmes y Spears, 1999).

Asumir la generalidad y universalidad de los comportamientos discriminatorios y agresivos en las relaciones intergrupales (Sidanius y Pratto, 1999), puede hacer que nos dejemos de preguntar dónde y cuándo tienen lugar, ignorando que junto a este tipo de relaciones intergrupales hay otras de naturaleza y resultados bien distintos. Esta asunción nos llevaría a reducir la diversidad de la acción humana a una uniformidad abstracta, ignorando los aspectos específicos de la acción en cada contexto determinado. Si se magnifica las acciones discriminatorias y se simplifica la variabilidad de los sucesos violentos intergrupales, se pierde la posibilidad de considerar detalladamente las condiciones que provocan cada conflicto, cuándo tienen lugar, los grupos implicados y las formas precisas de tales acciones. El mundo en el que vivimos es un mundo de flujos y cambios tan constantes que exige un análisis teórico que tenga en cuenta la variabilidad tan enorme del comportamiento humano (Reicher, 2004).

Pero la tendencia a enfatizar la ubicuidad de las relaciones de dominación intergrupales continúa desarrollando modelos teóricos en la actualidad. A título de ejemplo se puede citar la teoría de dominancia social (TDS) de Sidanius y Pratto (1999). Esta teoría parte de la constatación de que el conflicto intergrupales y la desigualdad son una constante histórica. La TDS (Sidanius, Pratto y Mitchell, 1994) se apoya en toda una serie de teorías, entre las que destaca la teoría de la identidad social (TIS; Tajfel y Turner, 1979). Los resultados obtenidos en el paradigma del grupo mínimo (PGM; Tajfel, Flament, Billig y Bundy, 1971), son utilizados por Sidanius y Pratto como apoyo a la TDS, en cuanto que en el PGM la tendencia general de los grupos sería *discriminar*, aún cuando no existiera un conflicto real entre los grupos. Según Reicher (2004), la interpretación descontextualizada de los resultados obtenidos con el PGM ha provocado una lectura reduccionista de la perspectiva de la TIS, ya que se asumiría erróneamente que la TIS defiende la existencia de una tendencia natural a la discriminación y la dominación entre los grupos. Según Reicher (2004), la TDS proporciona una visión

muy estática de la sociedad, ya que junto a la opresión y dominación, también vivimos con la resistencia a la opresión y la movilización social. Contrariamente a las lecturas reduccionistas de la TIS, el hecho más significativo del modelo teórico propuesto por Tajfel fue que, aún habiendo vivido como judío europeo a la sombra del Holocausto, su teoría no sucumbió a la aceptación de la inevitabilidad de la inhumanidad de los seres humanos. Tajfel se centró principalmente en la resistencia y en el cambio promovido por los grupos dominados a través de la movilización social en su lucha por combatir las desigualdades sociales.

En este artículo se va exponer, en primer lugar, los postulados teóricos de la perspectiva de la identidad social, describiendo brevemente la TIS (Tajfel y Turner, 1979) y la teoría de la categorización del yo (Turner, 1987), haciendo hincapié en la interpretación de los datos obtenidos con el PGM a partir de la teoría tajfeliana. Para acabar con una revisión crítica de la TDS, como una teoría actual que vuelve a incidir con vehemencia en una visión negativa de los grupos y en las nulas posibilidades de liberación por parte de los grupos humanos al verse abocados a relaciones de dominación de forma inevitable.

LA PERSPECTIVA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

La perspectiva de la identidad social, que engloba la TIS (Tajfel y Turner, 1979; Tajfel, 1984) y la teoría de la categorización del yo (Turner, 1987), puede considerarse, sin ningún género de dudas, como uno de los marcos teóricos más influyentes dentro de la psicología de los grupos (Hogg, Abrams, Otten y Hinkle, 2004). Desde finales de los 60 hasta su muerte en 1982, Henry Tajfel, en colaboración con John C. Turner, integró sus investigaciones sobre categorización social, etnocentrismo, comparación social y relaciones intergrupales alrededor del concepto de identidad social (Tajfel y Turner, 1979). La TIS fue un enfoque muy ambicioso que pretendió integrar la conducta intergrupala con los procesos individuales –motivacionales y cognitivos– de los miembros de los grupos y las características del contexto social en el que los grupos interactúan. En toda la obra de Henri Tajfel se insiste en que tanto la identidad personal como el comportamiento individual y grupal deben ser entendidos como partes de la pertenencia a los grupos (Tajfel, 1984). Para Tajfel la sociedad debe ser concebida como una colección heterogénea de categorías sociales que mantienen relaciones de poder

y estatus entre ellas. La homogeneidad que emerge en la conducta intergrupala hace necesaria la introducción de determinados conceptos que permitan explicar la convergencia de los procesos individuales. Como su nombre indica, en la TIS el elemento clave es el concepto de identidad social. Tajfel (1978) lo definió como “esa parte del autoconcepto del individuo que se deriva del conocimiento de pertenencia a un grupo (o grupos) social, conjuntamente con el valor significativo otorgado a esa pertenencia” (p. 68). La identidad social es aquel aspecto de la autoimagen de un individuo que procede de las categorías sociales a las que pertenece.

La publicación y presentación de la TIS, que va principalmente desde 1975 a 1982, coincidió con un período relativamente convulso en Gran Bretaña con el triunfo en las elecciones del partido conservador, el cual realizó uno de los mayores ataques a la sociedad del bienestar y a la clase obrera británica (Jones, 2012).

El punto de partida de la TIS es el proceso de categorización (Tajfel, 1959). Este proceso no sólo permite ordenar el ambiente social, reduciendo la complejidad estimular del medio social, sino que además da un sentido al individuo al funcionar como un sistema de orientación que crea y define el lugar del individuo en la sociedad. Tajfel (1978) concibió el mecanismo de categorización como un proceso que acentúa, por un lado, las diferencias entre estímulos que son percibidos como pertenecientes a categorías diferentes y, por otro, la similitud entre estímulos que son percibidos como pertenecientes a una misma categoría. Tal proceso incumbe no sólo a estímulos físicos (Tajfel y Wilkes, 1963) sino también a la configuración de los estereotipos sociales, caracterizados por la acentuación de las similitudes percibidas entre los miembros de un mismo grupo o categoría social y por la acentuación de las diferencias percibidas entre los miembros de los grupos o categorías sociales diferentes. Según Tajfel los individuos perciben la sociedad compuesta por multitud de categorías sociales y tienen conciencia de su pertenencia a alguna(s) de esa(s) categoría(s). Pero se admitiría que la categorización, más que reducir o empobrecer la experiencia, la enriquece, permitiendo a la persona que percibe ir más allá de los simples estímulos sensoriales, identificando los objetos y sucesos, y dándoles sentido (Herrera y Reicher, 2008). En lugar de distorsionar la realidad, las categorías sociales sirven para reflejarla, siendo el resultado de la interacción entre las personas que perciben y la realidad social que es percibida.

Tajfel (1978) sostenía que hay importantes diferencias entre la identidad social y la identidad personal. La TIS asume que cualquier individuo se caracteriza, por un lado, por poseer rasgos de orden social que señalarían su pertenencia a grupos o categorías que representan la identidad social y, por otro lado, por poseer rasgos de orden personal que son los atributos más específicos del individuo, más idiosincrásicos, que representan la identidad personal. Los aspectos personales y sociales de la identidad pueden articularse de forma que mientras que la identidad social se refiere a un sentimiento de similitud con otros, la identidad personal se refiere a otro sentimiento que lo diferencia de esos otros.

Según Tajfel (1978), la interacción social puede situarse en un continuo: en uno de esos extremos está la conducta interpersonal y en el otro la conducta intergrupala. La conducta interpersonal equivale a la interacción entre dos o más individuos y está determinada por las características individuales y sus relaciones interpersonales. En el otro extremo se sitúa la conducta intergrupala, en este caso las interacciones entre los individuos están determinadas totalmente por su pertenencia respectiva a diferentes grupos y en ella no influyen las relaciones personales entre los individuos. Para Tajfel todas las situaciones sociales caen entre estos dos extremos. En uno de ellos están los comportamientos interpersonales, determinados por la identidad personal y en los que se ponen de manifiesto la diferenciación entre sí mismo y los otros. Y, en el otro extremo, los comportamientos intergrupales determinados por la identidad social, en lo que se manifiestan la diferenciación entre grupos o entre “nosotros” y “ellos”.

Los experimentos de Tajfel *et al.* (1971) y Billig y Tajfel (1973), a través de paradigma de grupo mínimo (PGM), permitieron concluir que la formación del grupo y la conducta intergrupala se desarrollaban como resultado del proceso de categorización social, que activaba de forma mínima una identidad social a través de la cual los sujetos realizaban conductas de favoritismo endogrupal. De hecho, para la TIS la identidad social supone el “motor” psicológico del comportamiento intergrupala, que tiene como base un proceso de categorización social, el cual incide, a su vez, en un proceso de comparación social. Conforme se aumenta la identificación con el endogrupo, se pasa del extremo interpersonal al intergrupala. Esto motiva al sujeto a la búsqueda y acentuación de una diferenciación positiva a favor de su propio grupo en comparación con otros grupos (Tajfel y Turner, 1979).

Para explicar los resultados obtenidos en el PGM (Tajfel *et al.*, 1971), Tajfel (1978) formuló la TIS. Partiendo de la teoría de la comparación social de Festinger (1954), articulándola con la definición de identidad social, Tajfel afirmó que la comparación social va a formar parte fundamental del proceso de la dinámica intergrupala. Las personas por sus características sociales van a pertenecer a determinadas categorías o grupos sociales. Y será mediante la comparación social con otros grupos similares cuando los individuos obtengan información acerca del estatus relativo de su grupo y de ellos mismos como miembros de éste. Las personas desean que el resultado de esa comparación sea positiva para su grupo y, por tanto, para ellos mismos. El hecho de que el resultado de la comparación social fuese favorable haría que las personas consiguieran un autoconcepto positivo. Dado que buena parte del autoconcepto de la persona se deriva de su pertenencia a diferentes grupos, de ahí se explica el deseo por pertenecer a grupos socialmente valorados. El objetivo de la diferenciación es mantener o conseguir la superioridad sobre un exogrupo en algunas de esas dimensiones. Cuando la identidad social resultante es positiva o satisfactoria produce un alto prestigio. Por el contrario, si el resultado de la comparación es negativo, insatisfactorio, produce un bajo prestigio. En este último caso se van a poner en marcha estrategias de cambio, que dependerán de cómo las personas perciban la situación intergrupala existente. Si se perciben alternativas a una situación que es inestable, ilegítima y con una identidad social insegura, sus miembros utilizarían estrategias grupales (redefinición de atributos, creatividad y movilidad social). En cambio, si no se perciben alternativas a la situación, por ser legítima, estable y con una identidad social segura, en este caso los miembros del grupo optarían por estrategias individuales (movilidad y comparación social). En ambos casos las estrategias utilizadas van a ir dirigidas a mejorar su identidad. La TIS es, pues, una teoría que pretende explicar, entre otros aspectos, el cambio social, destacando que los grupos con identidad social negativa pueden emprender acciones para el cambio social. La identidad social no debe concebirse como una lista de adjetivos, sin más, sino como un proyecto activo que define el lugar que ocupa el grupo en el sistema de relaciones sociales, que actuaría como una teoría que analiza cómo son las relaciones sociales entre los grupos y como le gustaría al grupo que fuesen.

En los años 80, la TIS era una teoría sociocognitiva del grupo social que integraba los procesos autode-

funcionales relacionados con la identidad social y la necesidad de las personas por mantener una distintividad intergrupala positiva, con análisis macrosociales de las estructuras de las creencias sociales. Fue una teoría desarrollada para explicar las relaciones intergrupales (Tajfel, 1984). Tras la muerte de Tajfel en 1982 en Bristol, uno de sus más importantes colaboradores, John C. Turner se trasladó a Sydney (Australia) y desarrolló la teoría de la categorización del yo (Turner, 1987) con la intención de ser aplicada a todos los fenómenos grupales (intra e intergrupales). El libro que publicó Turner en 1987 (versión española en 1990) contó con la colaboración de importantes psicólogos sociales de la talla de M. A. Hogg, P. J. Oakes, S. D. Reicher y M. S. Wetherell y aplicaba la teoría de la categorización del yo al análisis de la influencia social, la cohesividad grupal, la saliencia de las categorías sociales, la polarización grupal y la conducta de masas. La teoría de la categorización del yo es una de las teorías más importantes dentro de la psicología de los grupos (Canto, 1998; González, 1995), con un gran poder heurístico y con importantes aportaciones a las concepciones del autoconcepto y de la personalidad (Turner, 1999).

Turner, al desarrollar la teoría de la categorización del yo, no sólo ofreció una definición de grupo, sino que además ofreció una definición de la psicología social. Para Turner (1981), el principio por el cual se formaban los grupos era el principio de la identidad social, por lo que un grupo tendría lugar cuando dos o más individuos comparten una identidad social común y se perciben a sí mismos como miembros de la misma categoría social. Según Turner (1999), el supuesto fundamental de su planteamiento es que la formación psicológica del grupo sería un proceso adaptativo que produciría conducta colectiva y haría posible las relaciones grupales de atracción mutua, cooperación e influencia entre los miembros del grupo. Eso lo origina el que las personas del grupo estén compartiendo la misma identidad social. La función adaptativa de la identidad social es producir conductas y actitudes de grupo. La identidad social es el mecanismo cognitivo que haría la conducta grupal posible. Para Turner (1999) el sí mismo (*self*) haría posible que la cognición humana fuese cognición social. El sí mismo es el principio dinámico que actuaría para internalizar la sociedad como parte del funcionamiento cognitivo.

El propio Turner (1994) ofreció una definición de psicología social, en la que queda reflejada los supuestos metateóricos desarrollados en la teoría de la cate-

gorización del yo. Según Turner, la psicología social se definiría como la ciencia de los aspectos sociales de la vida mental, esto es, como la ciencia de la mente y de la sociedad. En palabras de Turner (1994), “la psicología social adopta el supuesto según el cual existen procesos psicológicos (es decir, procesos mentales de percibir, sentir, pensar, recordar, evaluar, etc.) que determinan la forma en la que funciona la sociedad y la forma en la que tiene lugar la interacción social. También adopta el supuesto según el cual los procesos sociales, a su vez, determinan las características de la psicología humana. Es esta determinación mutua de mente y sociedad lo que estudia los psicólogos sociales” (p. 6). Para Turner (1999), la mente humana no es un producto y un proceso puramente individual. Las mentes humanas no son individualistas en el sentido ideológico de quedar definidas mediante alguna dinámica psicológica presocial, sino socialmente estructuradas. La sociedad esté en los individuos como los individuos están en la sociedad. Así, pues, la mente humana está socialmente estructurada. Su contenido, estructura y funcionamiento estarán compartidos socialmente y de forma interdependiente con la sociedad. La mente humana se caracteriza por propiedades psicológicas emergentes que son producidas socialmente y son afectadas por la interacción social. La teoría de la categorización del yo nació con vocación de ser aplicada a todos los fenómenos grupales, teniendo implicaciones para la psicología social. Esto ha hecho que, a lo largo de esta última década, junto al propio desarrollo de la teoría general, se hayan llevado importantes aplicaciones en áreas concretas de los fenómenos y procesos grupales.

INTERPRETACION NO REDUCCIONISTA DE LOS RESULTADOS OBTENIDOS EN EL PARADIGMA DE GRUPO MINIMO

La interpretación descontextualizada de los estudios del PGM ha provocado una interpretación reduccionista de la perspectiva de la identidad social. ¿En qué consistieron los primeros estudios del PGM (Billig y Tajfel, 1973; Tajfel, 1970; Tajfel *et al.*, 1971)? En primer lugar se les informó a los participantes que ellos habían sido divididos en dos grupos a partir de un criterio trivial (p.ej: sus preferencias por Klee o Kandisky), aunque de hecho la asignación fue al azar. Los participantes del experimento sólo sabían que ellos estaban en un grupo, pero no conocían a nadie del grupo ya que nunca habían interactuado

con ellos. Seguidamente, se les solicitaba una tarea: debían remunerar a un miembro anónimo del endogrupo y al miembro anónimo del exogrupo, utilizando una matriz de remuneración, a través de la cual se podía elegir distintas estrategias de remuneración. El resultado más importante de estos estudios fue que, entre las posibles estrategias que se podían utilizar, hubo una tendencia mayoritaria de sacrificar el nivel absoluto de recompensa al endogrupo, optando por *la estrategia de máxima ganancia relativa* antes que por la estrategia de máxima ganancia absoluta.

La TIS explicó los resultados que se obtuvieron tomando como punto de partida el concepto de identidad social (Tajfel, 1978). La TIS asume que la identidad es un sistema complejo, donde se puede distinguir la identidad personal (cuando nos definimos como personas únicas al compararnos con otros individuos) y la identidad social (cuando nos definimos en términos de nuestra pertenencia grupal). Cuando en una persona deja de estar activada la identidad personal y se le activa la identidad social, lo que subyace es el cambio conductual de la conducta personal a la conducta intergrupala. Cuando cualquier individuo se comporta en términos de una de sus identidades sociales, es guiado por las normas, valores y creencias que definen esa identidad social saliente. Hay que tener en cuenta que la identidad social es simultáneamente algo muy personal e importante para cualquier individuo pero, al mismo tiempo, es un constructo colectivo, cultural e histórico.

Del mismo modo que la identidad personal define la singularidad de los individuos en relación a otros individuos, la identidad social se define por lo que se diferencian esos individuos (endogrupo) de otros individuos (exogrupos). Las identidades sociales se definen en términos comparativos y así los miembros de los grupos realizan comparaciones sociales entre su endogrupo y los exogrupos relevantes según el contexto. Así, cuando la TIS propone que los miembros de los grupos buscan alcanzar autoestima positiva, se debe entender como una autoestima relativa a la evaluación de la categoría específica en consideración. Como los miembros del grupo buscan una evaluación positiva de su endogrupo y como el grupo sólo puede ser definido en comparación con los exogrupos, los individuos sólo pueden alcanzar una evaluación positiva considerando a su propio grupo mejor que a los exogrupos. Según Tajfel (1978), aunque esto puede constituir un proceso general, el modo en el que la acción grupal se lleva a cabo está en función de los factores contextuales.

Según Reicher (2004), el principal problema de la interpretación reduccionista de los resultados obtenidos en el PGM se deriva de ignorar lo que de hecho está presente en el PGM. En este paradigma, hay sólo una categoría (impuesta por el investigador) a través de la cual se le pueda dar sentido a la situación. Fuera del laboratorio, las personas pueden dar sentido al contexto pudiendo usar toda una serie de categorías sociales (por ejemplo: cuando se tiene una relación con un trabajador extranjero puede ser percibir desde la categoría de clase social, de etnia, del país de origen, etc). La reacción ante cualquier evento social depende fundamentalmente de la categoría social a través de la cual las personas se definen a sí mismas y a los otros. En el caso del PGM, al haber aceptado la categoría impuesta en la investigación, sólo se permite una categoría exogrupal con la que es posible la comparación por parte del endogrupo. Así, al aceptar la categoría endogrupal y la comparación exogrupal, sólo existe una dimensión a través de la cual puede diferenciarse del exogrupo: *la dimensión de la remuneración monetaria*. Fuera del laboratorio, las comparaciones entre grupos se realizan sobre un rango de dimensiones a lo largo de los cuales el endogrupo se puede diferenciar del exogrupo, debido al hecho de que los grupos valoran más de un aspecto. Así, mientras que en algunos casos los valores del endogrupo pueden implicar que la diferenciación intergrupala dé como resultado una conducta discriminatoria hacia el exogrupo, esto no tiene por qué ser siempre así. Una conducta prosocial puede surgir de la comparación social cuando los valores defendidos por el endogrupo son de naturaleza prosocial (Jetten, Spears y Manstead, 1996). Un individuo puede pertenecer a un grupo defensor de los derechos humanos y puede pensar que su grupo defiende diferencialmente mejor los derechos humanos que otros grupos y tiende de forma general a una conducta intergrupala exenta de discriminación. ***Diferenciación intergrupala no es sinónimo de discriminación intergrupala.***

Como afirma Reicher (2004), para Tajfel los estudios del PGM y la tríada identificación/ comparación/ diferenciación fueron un punto de partida y no un punto de llegada en la TIS. El principal interés de Tajfel fueron los grupos con identidad social negativa, con estatus subordinado y evaluados negativamente, grupos que no tenían por qué optar ni por la sumisión ni por la subordinación, sino por el cambio social. Tajfel analizó las dinámicas psicológicas en los contextos de poder. Si se admite la importancia del poder en la TIS, es evidente que no tiene sentido sos-

tener que los grupos siempre discriminan y que los grupos subordinados discriminan en cualquier contexto. La Historia nos muestra la lucha constante de los grupos dominantes por mantener el status quo y la lucha constante de muchos grupos subordinados que quieren cambiar el status quo y quieren acabar con la desigualdad estableciendo un sistema de relaciones humanas más justo.

REVISION CRÍTICA DE LA TEORIA DE LA DOMINANCIAS SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DE LA IDENTIDAD SOCIAL

Desde la obra de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford (1950) sobre la personalidad autoritaria y a pesar de las críticas de las que fue objeto, aún existe, actualmente, en la psicología social una perspectiva que incide en el papel que desempeñan los procesos de personalidad en la configuración de los prejuicios (Altemeyer, 1981). La teoría de la dominancia social (TDS) parte de la constatación universal de los conflictos y la desigualdad de los grupos humanos (Sidanius y Pratto, 1999). La TDS tuvo como objetivo explicar la naturaleza dominante de las jerarquías sociales. Se sustenta en el hecho de que las sociedades humanas tienden a estructurarse como sistemas basados en jerarquías, ya sea a partir de criterios como la edad, el género o la etnia. Esta teoría sostiene que formas más específicas de opresión (por ejemplo: racismo, sexismo, clasismo, etc) deben ser conceptualizadas como casos de una tendencia más general hacia la formación o mantenimiento de una jerarquía social basada en grupos (Sidanius, Pratto, van Laar y Levin, 2004). Cada sociedad reduciría el conflicto grupal que originaría tal diferencia de estatus intentando generar consensos sobre ideologías que promueven la superioridad de un grupo sobre los otros. Tales ideologías propician mitos legitimadores (e.g: el sexismo, el racismo) que sostienen esas prácticas discriminatorias, considerando la desigualdad como algo justo, legítimo y natural (Sidanius y Veniegas, 2000). Los presupuestos de la TDS se desarrollan en un plano societal, sin embargo se trasladan también a un plano individual a través de la proposición del concepto de orientación hacia la dominación (SDO), concebido como una variable individual que expresa una orientación general hacia las relaciones entre los grupos dominantes y los grupos subordinados. La SDO reflejaría el grado en el que una persona desea que el grupo al que pertenece domine y sea superior a los otros grupos.

Sidanius y Pratto (1999) defienden que existe en la naturaleza humana un *drive* o predisposición universal a formar jerarquías sociales grupales, en las que los grupos con poder dominan y oprimen a los grupos subordinados. Este *drive*, de naturaleza biológica, operaría independientemente de la posición social de los grupos, de tal forma que los grupos subordinados también operarían para mantener las jerarquías que les oprimen (asimetría conductual). Según Turner y Reynolds (2003) la TDS no sólo haría inútil cualquier esfuerzo de los seres humanos para liberarse de la opresión y dominación, sino que también afirmaría que los sistemas sociales coercitivos que perpetúan la dominación son adaptativos para los seres humanos.

Turner y Reynolds (2003) y Reynolds y Turner (2006) critican de la TDS la base evolutiva del *drive* de dominancia social. Según la TDS, en algún momento de nuestro pasado evolutivo los seres humanos pertenecían a hordas primitivas en constantes pugnas y guerras entre sí, que encontraron en las jerarquías de dominación grupal basadas en la edad y en el género una ventaja adaptativa en esas luchas (Sidanius, 1993). Todo el resto de jerarquías grupales, constituidas a partir de cualquier otro criterio (por ejemplo: etnia, clase social, etc.), no serían más que expresiones del *drive* de dominancia social que evolucionó con el paso del tiempo. Turner y Reynolds (2003) cuestionan la evidencia empírica de este pasado prehistórico repleto de constantes luchas y se preguntan si no hay evidencias de que los seres humanos hicieron tanto la guerra como la paz y que pudieron organizarse en jerarquías no sólo basadas en la dominación, sino también en la influencia y autoridad legítima, que reflejarían una identificación colectiva con cohesión grupal (Turner, 1991). Según estos autores, en la TDS hay una confusión conceptual entre el concepto de *jerarquía* y el concepto de *dominación*, del mismo modo que confunden *influencia* y *poder* (Turner, 2005). Contrariamente a lo postulado por la TDS, las sociedades basadas principalmente en la dominación y en la coerción, al carecer de legitimidad moral, serían las más propensas a desaparecer (Jost y Thompson, 2000). Para Turner y Reynolds (2003), la afirmación que sostiene la TDS sobre la universalidad histórica de las jerarquías sociales de dominación constituye un ejemplo clásico de falacia *post hoc*, que trae al biologicismo al primer plano: *nosotros decimos que existe y si existe debe ser adaptativo y si es adaptativo es porque existe*. Para la TDS el papel de la sociedad es reducido a propiciar el terreno y las herramientas a través de las cuales las tendencias propiciadas por el *drive* de dominancia social se reproducen.

Enfatizar, como hace la TIS, la variabilidad contextual y oponerse a la idea de los universales conductuales supone aceptar la noción de una naturaleza humana distinta a la sostenida por la TDS (Reicher, 2004). El debate teórico opone dos perspectivas sobre nuestra biología: para unos nuestra biología constituiría *nuestro destino* (TDS) y otros la conciben como *posibilidad* (TIS). Si nuestra naturaleza humana nos deja en herencia muchas posibilidades es a través del modo en el que hemos capaces de abstraernos a nosotros mismos del mundo, imaginando los diferentes cursos de acción y el modo en el que esos cursos de acción pueden transformar al mundo y, por lo tanto, planificar el futuro. La especificidad de la naturaleza humana radica en la capacidad que nos permite crear mundos que se adapten a nosotros, más que simplemente adaptarnos al mundo tal como es. Por lo tanto, la condición de la creatividad humana radica en la capacidad de representación y manipulación simbólica. Nuestra ventaja evolutiva está en haber evolucionado ni como seres competitivos ni como seres cooperativos, ni como seres violentos ni como seres pacíficos, ni como seres dominantes ni como seres dominados, sino sobre todo como seres culturales y lingüísticos. La cultura no se opone a la biología, ni debe ser considerada como un simple añadido suyo. Nuestra biología nos demanda que seamos animales culturales. La elevada flexibilidad de nuestra existencia biológica ha originado un sistema de información necesario y diferente: el sistema cultural (Geertz, 1993).

Turner y Reynolds (2003) señalaron que la TDS tenía una inconsistencia teórica con el concepto de SDO. Al mismo tiempo que la teoría acepta la existencia de un *drive* universal de dominancia social, también acepta que hay personas, grupos e ideologías políticas que defienden la dominación social y hay otras que están en contra. Los grupos sociales sostienen posiciones diferentes en la estructura social y estos grupos tienen intereses e identidades opuestas que dirigen su apoyo o su rechazo a la jerarquía de dominación social. Jost y Thompson (2000) han cuestionado que SDO sea un constructo unitario y sostienen que comprende dos dimensiones: la oposición a la igualdad y el apoyo a la dominación grupal. Estos autores sostienen que estas dimensiones varían en función del estatus de los grupos. Wilson y Liu (2003) demostraron que la puntuación en SDO del mismo grupo variaba con la categorización social y la relación intergrupal que era significativa en cada momento. Obtuvieron que la escala SDO mide formas específicas de desigualdad y que es influida por la identidad social implicada y por

el contexto social. Según Turner y Reynolds (2003) sería mejor concebir SDO como una actitud grupal que varía con la categorización, con el contexto social y con el significado de la pertenencia grupal, con el estatus del grupo y con las relaciones intergrupales (Schmitt, Branscombe y Kappen, 2003).

CONCLUSIONES

Puede afirmarse que en un momento histórico de la psicología social donde la explicación de los procesos psicosociales estaba marcada por enfoques individualistas y antiolectivistas, surgió la teoría de la identidad social (Tajfel, 1984; Tajfel y Turner, 1979) y, posteriormente, la teoría de la autocategorización (Turner, 1987). Y aunque cada una de ellas tienen su cuerpo teórico específico, entre ambas teorías existe una estrecha vinculación marcada por el hecho de compartir los principios centrales de identidad social y categorización, así como de la continuidad en el tiempo de sus creadores; de aquí que la conjunción de ambas teorías en su sentido más amplio sea reconocida como la perspectiva de la identidad social.

En la psicología de los grupos y en la psicología grupal ha imperado un fuerte antiolectivismo (Reicher, Haslam, Spears y Reynolds, 2012). El antiolectivismo ha impregnado todos los poros de nuestra cultura, incluida la psicología social. Buena parte de las teorías sobre la psicología de los grupos se centraron en sesgos que provocaban los grupos, en la conformidad ciega, en la obediencia destructiva, en los comportamientos de desindividuación, en las erróneas decisiones colectivas, en la disminución del rendimiento grupal, en los conflictos intra e intergrupales e, incluso, en los comportamientos violentos intergrupales (Canto, 1998). Junto a la visión positiva de la orientación grupal denominada dinámica de grupos, en la investigación psicosocial de los grupos se hacía más hincapié en los aspectos negativos de los mismos (Canto, 2000; Canto y Montilla, 2008).

Una aportación esencial de Tajfel y Turner radicaba en el hecho de que eran conscientes del potencial de los grupos para cambiar el status quo. Junto con Moscovici (1981), el interés de ambos autores por el cambio social y por las condiciones que provocan la movilización de los grupos desfavorecidos ha sido muy significativo. Turner (1987) demostró teóricamente la estructuración social de la mente humana a través del concepto de identidad social y la naturaleza socialmente significativa de los fenómenos grupales.

Los propios resultados obtenidos en el PGM han sido interpretados, en ocasiones, de forma descontextualizada y ese hecho ha provocado que los postulados de la teoría de Tajfel fueran malinterpretados. El resurgir continuo de modelos teóricos que enfatizan *el lado oscuro del comportamiento grupal* ha provocado que algunos de ellos (p. ej: Sidanius y Pratto, 1999) hayan utilizado los datos obtenidos en el PGM para justificar la tendencia universal de la discriminación intergrupal. Los trabajos de Turner y Reynolds (2003) y Reicher (2004) han desmontado los principales modelos teóricos de la TDS, mostrando sus principales incongruencias teóricas. No puede ser mayor homenaje a Tajfel y a Turner (recientemente fallecido, en 2011) el entender en su medida sus aportaciones teóricas y desafiar el antiolectivismo que de forma continuada han sacudido a la psicología de los grupos potenciando un individualismo y un psicologismo perjudiciales para nuestra disciplina.

La psicología social ayudó a justificar y explicar *la banalidad del mal* (Arendt, 1963). Los experimentos de Milgram (1963) sobre la obediencia destructiva y el experimento de la prisión de Zimbardo (Haney, Banks, y Zimbardo, 1973) constituyeron muestras experimentales de la ocurrencia de la supeditación de los individuos a comportamientos tiránicos generadores de *maldad* con la ejecución por parte de tales sujetos de comportamientos violentos hacia las víctimas. La propia explicación de Milgram sobre la obediencia destructiva en sus investigaciones (*los participantes pasaron de un estado de autonomía a un estado agéntico*) y la propia explicación de Zimbardo (*fue el uniforme de los policías lo que le hicieron comportarse de forma violenta hacia los presos, como un claro ejemplo de desindividuación*) conllevaron el peligro de justificar la tiranía sin explicarla (Reicher y Haslam, 2012). Como afirma Jiménez Burillo (2006), no hay que exagerar la significación de los estudios de Milgram para una adecuada comprensión de la obediencia destructiva de los nazis para generar el Holocausto. No se puede explicar las dosis de obediencia en la Alemania nazi como un caso de *obediencia debida* donde los nazis obedecieron a una autoridad que les solicitaba actos de maldad de forma secuencial hasta llegar al exterminio de millones de personas. Los nazis obedecieron a sus líderes porque se identificaban con ellos y aceptaban la ideología nazi y estimaban que estaban realizando lo correcto cuando exterminaban a otras personas (incluidas no sólo las personas de exgrupos, sino también personas de endogrupo, como a alemanes de ideología de izquierda, alemanes con minusvalías, etc).

Ante las posturas que inciden en la inevitabilidad de la dominación y de la tiranía, Haslam y Reicher (2012) sostienen que serían cuando las personas no quieren trabajar juntas para crear su propio orden social cuando empiezan a encontrar atractivas las formas extremas empleadas por otros para imponer el orden. En lugar de tener miedo a los grupos, debemos alentar a trabajar de forma conjunta para desarrollar sistemas colectivos que les permitan a las personas emplear el poder de manera responsable. Es un reto de la psicología social desarrollar modelos teóricos que posibiliten una concepción adecuada del comportamiento grupal que hagan factibles concepciones más positivas de nuestra propia psicología grupal.

REFERENCIAS

- Adorno, T., Frenkel-Brunswick, E., Levinson, D. y Sanford, R. (1950). *The authoritarian personality*. Nueva York: Harper & Row.
- Altemeyer, B. (1981). *Right-wing authoritarianism*. Ontario: University of Manitoba Press.
- Arendt, H. (1963). *Eichman in Jerusalem: A report on the banality of evil*. Nueva York: The Viking Press.
- Asch, S. (1952). *Social Psychology*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Benkler, Y. (2011). *El pingüino y el Leviatán. Por qué la cooperación es nuestra arma más valiosa para mejorar el bienestar en la sociedad*. Barcelona: Deusto.
- Billig, M. y Tajfel, H. (1973). Social categorization and similarity in intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 3, 27-52.
- Canto, J. M. (1998). *Psicología de los grupos. Estructura y procesos*. Málaga: Aljibe.
- Canto, J. M. (2000). *Dinámica de grupos. Aspectos técnicos, ámbitos de intervención y fundamentos teóricos*. Málaga: Aljibe.
- Canto, J. M. y Montilla, V. (2008). *Dinámica de grupos y autoconciencia emocional. Perspectivas teóricas y ejercicios prácticos*. Málaga: Aljibe.
- Festinger, L. (1954). A theory of social comparison processes. *Human Relations*, 7, 117-140.
- Geertz, C. (1993). *The interpretation of cultures*. Londres: Fontana.
- González, M. P. (1995). *Orientaciones teóricas fundamentales en psicología de los grupos*. Barcelona: EUB.
- Haney, C., Banks, C. y Zimbardo, P. (1973). A study of prisoners and guards in a simulated prison. *Naval Research Review*, 9, 1-17.

- Haslam, A. y Reicher, S. (2012). When prisoners take over the prison: A social psychology of resistance. *Personality and Social Psychology Review*, 16, 154-179.
- Herrera, M. y Reicher, S. (2008). Categorización social y construcción de las categorías sociales. En J. F. Morales, C. Huici, E. Gaviria y A. Gómez (Coord.). *Método, teoría e investigación en psicología social*. Madrid: Prentice Hall.
- Javaloy, F., Rodríguez, A. y Espelt, E. (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Madrid: Prentice Hall.
- Jetten, J., Spears, R. y Manstead, A. S. (1996). In-group norms and intergroup discrimination: Distinctive self-categorization and social identity effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 1222-1233.
- Jiménez Burillo, F. (2006). La modernidad y los usos patológicos del poder. En F. Jiménez Burillo, R. del Aguila, E. Luque, J. L. Sangrador y F. Vallespín. *Psicología del las relaciones de autoridad y poder* (pp.169-222). Barcelona: UOC.
- Jones, O. (2012). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.
- Jost, J. T. y Thompson, E. P. (2000). Group-based dominance and opposition to equality as independent predictors of self-esteem, ethnocentrism, and social policy attitudes among African American and European Americans. *Journal of Experimental Social Psychology*, 36, 209-323.
- Le Bon, G. (1895). *Psychologie des foules*. Félix Alcan: París.
- Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67, 371-378.
- Moscovici, S. (1981). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- Ovejero, A. (1998). *Las relaciones humanas. Psicología social teórica y aplicada*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Postmes, T. y Spears, R. (1998). Deindividuation and antinormative behaviour: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 123, 238-259.
- Reicher, S. D. (1984). Social influence in the crowd: Attitudinal and behavioural effects of de-individuation in conditions of high and low group salience. *British Journal of Social Psychology*, 23, 341-350.
- Reicher, S. D. (1987). Crowd behaviour as social action. En J. C. Turner, M. A. Hogg, P. J. Oakes, S. Reicher. y M. S. Wetherell (Eds.), *Rediscovering the social group: A self-categorization theory* (pp. 171-202). Oxford: Basil Blackwell.
- Reicher, S. D. (2004). The context of social identity: domination, resistance, and change. *Political Psychology*, 23, 921-945.
- Reicher, S. D. y Haslam, A. (2012). Obedience. Revisiting Milgram's shock experiments. En J. R. Smith y A. Haslam (Eds), *Social Psychology. Revisiting the classic studies* (106-125). Londres: Sage.
- Reicher, S. D., Haslam, A., Spears, R. y Reynolds, K. (2012). A social mind: The context of John Turner's work and its influence. *European Review of Social Psychology*, 23, 344-385.
- Reynolds, K. J. y Turner, J. C. (2006). Individuality and the prejudice personality. *European Review of Social Psychology*, 17, 233-270.
- Sidanius, J. y Pratto, F. (1999). *Social dominance: an intergroup of social hierarchy and oppression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sidanius, J., Pratto, F. y Mitchell, M. (1994). In-group identification, social dominance orientation, and differential intergroup social allocation. *Journal of Social Psychology*, 134, 151-167.
- Sidanius, J., Pratto, F, van Laar, C. y Levin, S. (2004). Social dominance theory: Its agenda and method. *Political Psychology*, 25, 845-880.
- Sidanius, J. y Veniegas, R. C- (2000). Gender and race discrimination. The interactive nature of disadvantage. En S. Oskamp. *Reducing prejudice and discrimination. The Clavemont Symposium on Applied Social Psychology* (pp. 46-69). Mahwah, Nueva Jersey: Erlbaum.
- Schmitt, M., Branscombe, N. y Kappen, D. M. (2003). Attitudes toward group-based inequality: Social dominance or social identity. *British Journal of Social Psychology*, 42, 161-186.
- Tajfel, H. (1959). Quantitative judgment in social perception. *British Journal of Psychology*, 50, 16-29.
- Tajfel, H. (1969). Cognitive aspects of prejudice. *Journal of Social Issues*, 25, 79-97.
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroups relations*. Londres: Academic Press.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Tajfel, H., Billig, M., Bundy, R. P. y Flament, C. (1971). Social categorization and intergroup behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 1, 149-177.
- Tajfel, H. y Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W. G. Austin y S.

- Worchel (Eds). *The social psychology of intergroup relations* (pp. 33-47). Monterey, CA: Brooks/Cole.
- Tajfel, H. y Wilkes, A. L. (1963). Classification and quantitative judgment. *British Journal of Social Psychology*, 54, 101-114.
- Turner, J. C. (1981). Towards a cognitive redefinition of the social group. *Cahiers de Psychologie*, 1, 93-118.
- Turner, J. C. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Blackwell.
- Turner, J. C. (1991). *Social Influence*. Buckingham: Open University Press.
- Turner, J. C. (1999). Some current issues in research on social identity and self-categorization theories. En N. Ellemers, R. Spears y B. Doosje (Eds.). *Social Identity* (pp. 6-35). Londres: Blackwell Publishers.
- Turner, J. C. (2005). Explaining the nature of power: A three-process theory. *European Journal of Social Psychology*, 35, 1-22.
- Turner, J. C. y Reynolds, K. J. (2003). Why social dominance theory has been falsified. *British Journal of Social Psychology*, 42, 199-206.
- Wilson, M. S. y Liu, H. (2003). Social dominance orientation and gender: The moderating role of gender identity. *British Journal of Social Psychology*, 42, 187-198.
- Zimbardo, P. (2008). *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Barcelona: Paidós.

Desarrollo moral y práctica física en la infancia y adolescencia

Antonio Hernández Mendo, Verónica Morales Sánchez. *Universidad de Málaga*
Rafael E. Reigal Garrido. *Universidad de Granada*

Resumen: El objetivo de este trabajo ha sido poner de manifiesto el papel de la actividad física, tanto en el contexto educativo como en el ámbito deportivo, en el desarrollo moral de los niños y adolescentes. Numerosos trabajos han señalado la capacidad que tiene este tipo de tareas en la construcción del ser humano, en sus vertientes personal y social, aunque advierten la necesidad de planificar adecuadamente para alcanzar esta finalidad. De hecho, está ampliamente aceptado que práctica de actividad física y el deporte son contextos de socialización neutra, siendo el uso que se haga de ellos el factor que determinará sus consecuencias. Son diversas las teorías que han guiado las intervenciones en esta línea, siendo las teorías motivacionales de Metas de Logro y la Autodeterminación, y otras como la Teoría Cognitivo Social de Bandura o la Estructural de Kohlberg, algunas de las más influyen-

tes. Por otro lado, para que pueda existir un correcto uso de esta herramienta, debe ser sometida a un proceso estructurado de planificación e intervención, así como de evaluación. De ahí, que la construcción de instrumentos que ayuden a obtener información sobre el impacto de la práctica física en el desarrollo moral de los niños y adolescentes haya sido objeto de diversos trabajos. Además, la necesidad de educar en valores y conseguir el desarrollo de conductas pro-sociales, hace que este tipo de intervenciones tengan actualmente una gran relevancia y se hayan convertido en un tema vital en aquellos contextos en los que se trabaja con niños y adolescentes, tanto en Educación Física como en las escuelas deportivas.

Palabras clave: desarrollo moral; infancia; adolescencia; práctica física.

INTRODUCCIÓN¹

El ser humano vive y se desarrolla en el conjunto de una sociedad, lo que implica la necesidad de aceptar aquellas normas que la rigen y poner de relieve los valores que la sustentan (Gutiérrez y Vivó, 2005). El desarrollo moral ha sido una cuestión abordada frecuentemente en numerosos contextos culturales y en diferentes épocas, siendo considerado un aspecto central en los procesos de socialización del ser humano (Freud, 1982; Majluf, 2013; Piaget, 1935). Posiblemente, la preocupación por mantener el bienestar de los integrantes de dichos pueblos, favorecer el crecimiento personal y el progreso del grupo, así como la necesidad de preservar los derechos y dignidad de los mismos, ha generado una importante reflexión por estos aspectos (Almagiá, 1987; Eisenberg, 2000; Kohlberg y Kramer, 1969; Kropotkin, 1945; Srivastava, Dhingra, Bhardwaj y Srivastava, 2013).

Los procesos de formación en las edades infantil y adolescente deben otorgar la debida importancia al desarrollo moral, lo que implica a diferentes organismos con responsabilidad en educación. Tanto las familias como las instituciones docentes, así como las diversas administraciones deben ser conscientes de esta necesidad y generar los contextos adecuados para que se produzca (Hernández-Mendo, Díaz y Morales, 2010). Asimismo, cualquier agente o entidad con repercusión social, debería ser consciente del impacto que su actividad puede tener en niños y adolescentes, lo que tendría que repercutir en sus actuaciones. Aunque la moralidad y la conciencia plena del comportamiento prosocial se va consolidando con la edad, los primeros años en la vida de una persona van a ir configurando esquemas y modelos, así como aprendizajes de modos de actuar que afectarán ineludiblemente su forma de ser futura (Decety, Michalska y Kinzler, 2011). De hecho, el desarrollo afectivo provocado en etapas tempranas de la vida, como la adquisición del sentimiento empático, afecta al funcionamiento social que puede tener el individuo posteriormente (Blair y Blair, 2009; Eisenberg y Eggum, 2009; Hoffman, 2000).

En la actualidad, la preocupación por este tipo de cuestiones sigue teniendo una gran relevancia, debido a la complejidad de una sociedad tan abierta a la información y expuesta a múltiples y diferentes características culturales. Quizás, la globalización de la información, el intercambio de propuestas culturales o el conocimiento permanente de modelos de vida alternativos, haga necesario vigilar y guiar los procesos de formación de los niños y adolescentes para que sepan asimilar la ingente cantidad de posibilidades que se abre ante ellos. Aunque es indiscutible la riqueza que aporta esta situación, la falta de contexto puede generar aprendizajes y creencias que no sean compatibles con la sociedad en la que se vive (Cameron, Lau, Fu y Lee, 2012; Killen, Rutland, Abrams, Mulvey y Hitti, 2012). De hecho, los principios éticos que guían la conducta de las personas tiene el origen en su sociedad y, aunque tengan cierto grado de flexibilidad, deben tener sentido dentro de ella (Rokeach, 1979). Por ello, es necesario efectuar un análisis de los factores ambientales existentes para determinar las influencias que puede generar en el desarrollo del niño y del adolescente, controlando que sean adecuados y asumibles por ellos (Mendoza, Batista y Rubio, 2005).

Por otro lado, la instrumentalización que se efectúa, en ocasiones, de los valores, la promoción del éxito fácil, el mal uso del avance y del progreso, así como la proliferación de modelos de vida superficiales, puede ocasionar circunstancias en las que aumenten las relaciones interpersonales negativas y perjudiciales. De hecho, cada vez son más frecuentes situaciones que llevan a hablar de casos como el *bullying* o el *cyberbullying* (Cerezo, 2009; Cerezo y Méndez, 2012; Martínez, 2013; Wendt y Lisboa, 2013). Además, la infancia y la adolescencia son periodos críticos de transición hacia la juventud y la vida adulta, en el que coexiste la curiosidad por explorar y descubrir con el estrés que producen los cambios presentes en estas etapas (Kimmel y Weiner, 1998). Por ello, existe cierta vulnerabilidad en este proceso de maduración hacia la consolidación de la identidad personal y el completo desarrollo físico, emocional, social o intelectual, lo que puede aumentar los conflictos en estas edades (Rice, 2000; Tarazona, 2005).

1. El origen inicial de este trabajo han sido las conversaciones informales sobre este tema mantenidas con el profesor Florencio Jiménez Burillo, además de dar cumplido deseo a la petición realizada por él, en un prólogo escrito para la edición de uno de nuestros libros (Jiménez Burillo, 2005), a quien se le rinde homenaje en este número, sirva pues, este trabajo de revisión como merecido homenaje a su persona y las interrelaciones establecidas.

EL DEPORTE Y EL DESARROLLO MORAL

La creciente crisis de valores presente en numerosas sociedades ha incrementado el interés por resolver esta cuestión e impulsar cambios en la educación mo-

ral de los niños y los adolescentes (Planchuelo, 2008). Considerado un contexto de gran influencia en la sociedad actual (Escartí, Pascual y Gutiérrez, 2005; Becerra, Reigal, Hernández-Mendo, Martín-Tamayo, 2013; Reigal, Becerra, Hernández-Mendo, Martín-Tamayo, 2013), existe un debate abierto desde hace años sobre la capacidad que tiene la actividad física y el deporte para promover valores educativos, contribuir al desarrollo moral de las personas y hacerlas más aptas para vivir en sociedad (Cagigal, 1979; Carranza y Mora, 2003; Contreras, 1994; Shields y Bredemeier, 1994; Torregrosa y Lee, 2000). Entre otras virtudes, se ha destacado el uso de este tipo de actividades para inculcar el valor del esfuerzo, la cooperación, la amistad, la empatía, la generosidad, el respeto por las normas y los compañeros, la capacidad de superación, la asimilación de la derrota, la lealtad, la voluntad, la perseverancia, etc. (Arnold, 1991; Blázquez, 1989; Castillo y Sáenz, 2007; Duda y Ntoumanis, 2005; MacPhail, Kirk y Kinchin, 2004; Sánchez-Oliva, Leo, Sánchez-Miguel, Gómez y García-Calvo, 2011).

Sin embargo, también se ha criticado la práctica deportiva por las situaciones negativas que pueden generar, como la discriminación del perdedor o del participante poco habilidoso, altos grados de estrés producidos por un sobredimensionado valor de la victoria, el egoísmo, la infracción de la norma para obtener el resultado deseado, así como altos niveles de violencia verbal y física (Ferro y Gesto, 2009; Posada, 2000). Sobre todo, el deporte altamente profesionalizado implica una excesiva presión por alcanzar metas deportivas y económicas, lo que determina la aparición de este tipo de elementos (Gutiérrez, 2004). En cierto modo, la relevancia social que han ido adquiriendo este tipo de deportes puede generar un impacto negativo sobre los adolescentes, que intentan reproducir modelos que se alejan, en ocasiones, de aquellos que contribuyen al desarrollo educativo y moral (Planchuelo, 2008). Por otro lado, existen una serie de factores personales que pueden incidir en la aparición de efectos negativos de este tipo de tareas. Así, la baja tolerancia a la frustración, el razonamiento moral poco formado o el bajo autocontrol pueden favorecer la aparición de conductas y actitudes que no favorezcan un aprendizaje moral adecuado (Pelegrín y Garcés de Los Fayos, 2008).

Posiblemente, aunque el deporte juegue un papel fundamental en la formación de la persona (Weinberg y Gould, 1996), la principal conclusión que se puede extraer de la reflexión desarrollada sobre este asunto, es que se trata de un contexto de socialización

con valor neutro, que varía en función del uso que se haga de él y cómo el participante integra lo que ocurre durante su práctica (Cecchini et al., 2009; Gould, Collins, Lauer y Chung, 2007; Ntoumanis, Taylor y Thøgersen-Ntoumani, 2012). Es decir, el simple hecho de practicar actividad física o deporte no asegura que sean herramientas que contribuyan al crecimiento moral de los participantes (Gutiérrez, 2004). Por ello, para que estas prácticas tengan un efecto sobre las actitudes y valores de los adolescentes, se necesitan programas elaborados de forma consciente y con estrategias bien estructuradas que orienten este tipo de actividades a la consecución de estos objetivos (Belando, Ferriz-Morell y Moreno-Murcia, 2012; Goudas y Giannoudis, 2008; Smith y Smoll, 2002).

En este sentido, es fundamental el tratamiento que los entrenadores, profesores y, en general, toda persona involucrada en los procesos de formación deportiva, hacen de la actividad física y el deporte (Gutiérrez, Carratalá, Guzman y Pablos, 2011). De hecho, el ambiente proporcionado por los profesionales dedicados a la formación y el desarrollo deportivo es un factor esencial que determina la experiencia vivida por el deportista o la persona que practica actividad física (Gagné, Ryan y Bargmann, 2003). El razonamiento moral que efectúe un deportista de una situación, y la posible conducta, estará condicionada por la gestión que realice el responsable deportivo de dichas circunstancias (Hodge y Lonsdale, 2011). Por todo ello, la preparación personal y profesional es fundamental para que este ámbito se constituya en un vehículo que contribuya de manera acertada a la formación moral de los adolescentes y no reproduzca modelos poco adecuados para la educación de niños y adolescentes (Cruz, Torregrosa, Sousa, Mora y Vila-drich, 2011; Sáenz, Aguado y Lanchas, 2013).

De igual forma, padres y madres, así como cualquier miembro de la familia, ejercen una fuerte influencia socializadora en los hijos que afecta a la manera de afrontar la práctica de actividad física y deporte (Planchuelo, 2008). En este sentido, los padres pueden ser una ayuda esencial en los procesos de acceso a la práctica física, pero deben tener en cuenta una serie de premisas. La práctica deportiva debe ser una tarea agradable para los niños, eliminando cualquier tipo de presión por obtener resultados y evitando pretender metas que se encuentren lejos de sus posibilidades. Además, los padres deben ser modelos para sus hijos, siendo muy conscientes de que la tendencia a imitar las conductas de los progenitores, por lo que se debería evitar acciones como recriminar

decisiones de los entrenadores o de los árbitros (Gimeno, 2000; Torregrosa, 2004). Posiblemente, unos padres que hablen bien de sus entrenadores y profesores, a pesar de la existencia de decisiones no compartidas, contribuirán a desarrollar actitudes positivas de los niños hacia ellos. Asimismo, el respeto hacia las normas y decisiones durante las competiciones, influirán de igual manera sobre la manera que tienen los niños de asumirlas.

LA TEORÍA DE LA AUTODETERMINACIÓN Y LA TEORÍA DE METAS DE LOGRO

Son diversas las teorías que han intentado abordar aspectos fundamentales de la moral y los procesos de moralización, entre las que se encuentran la Teoría Psicoanalítica, la Teoría del Aprendizaje Social o la Teoría Cognitivo Evolutiva (Bandura, 1977; Cecchini, Montero y Peña, 2003). Específicamente, en el ámbito de la motivación, se ha pretendido fundamentar y explicar el éxito en la promoción de valores en el deporte y explicar los comportamientos prosociales o antisociales. Las teorías sociocognitivas de orientación de las Metas de Logro (Ames, 1992; Nicholls, 1989) o de la Autodeterminación (Deci y Ryan, 1985; Ryan y Deci, 2000) son algunas de las que están teniendo más repercusión actualmente (Kavussanu, 2006; Kavussanu, Stamp, Slade y Ring, 2009; Proios, 2013). Dichas teorías consideran que el medio en el que se desenvuelve la persona que realiza actividad físico-deportiva, y sobre todo la interacción con los agentes sociales presentes en el medio, condicionan las experiencias del deportista a nivel conductual, cognitivo y emocional (Balaguer, Castillo, Duda y García-Merita, 2011), lo que tendrá consecuencias sobre la manera de enfrentarse a él, su valoración y su interiorización.

En concreto, la motivación de logro señala que las personas tienen la necesidad de obtener resultados para ir aumentando su nivel de aspiración y seguir motivados en la realización de una tarea. A su vez, alcanzar una meta tendría dos perspectivas, aquella que proyecta su logro sobre la tarea (mejora de la capacidad, aumento de la habilidad) o hacia el ego (obtener la victoria o ser el mejor). Es decir, en el primer caso la comparación se hace respecto a uno mismo y en el segundo con los demás (Nicholls, 1989). En este sentido, se ha observado que aquellas personas que orientan su logro sobre la motivación orientada al ego son más agresivas, se incrementa su ansiedad, sus estrategias afectivas son deficientes y desarrollan

valores negativos. Las que centran su motivación en mejorar sus propias capacidades realizan una actividad con más serenidad, son más felices practicándola y desarrollan un mayor número de valores positivos (Cecchini y González, 2008; González-Cutre, Sicilia y Moreno-Murcia, 2011; Ntoumanis y Biddle, 1999). De hecho, la presión por obtener un resultado implica, en ocasiones, el uso de procedimientos ilícitos o inmorales para obtenerlo (Castillo, Balaguer y Duda, 2001).

Por otro lado, la Teoría de la Autodeterminación trata de explicar el nivel de motivación que tiene una persona cuando realiza una tarea. Distingue, en un continuo, los niveles intrínseca, extrínseca y desmotivación, determinadas por el grado de regulación conductual. La más autodeterminada sería la motivación intrínseca, la extrínseca tendría cuatro tipos de regulación (integrada, identificada, introyectada y externa), y la amotivación estaría caracterizada por una falta de interés por llevarla a cabo (Álvarez, Balaguer, Castillo y Duda, 2009; Deci y Ryan, 2000). En la motivación intrínseca, los factores que propician el acceso a la tarea son propios, existe interés por la tarea en sí misma y se posee un alto grado de libertad (Deci y Ryan, 1991). Se ha observado que las personas con un grado más alto de autodeterminación desarrollan conductas más prosociales que antisociales (Boiché y Sarrazin, 2007; Weinstein y Ryan, 2010). La teoría de la autodeterminación explica que el contexto social puede afectar al nivel de motivación intrínseca

Por lo tanto, es esencial que el clima motivacional sea el adecuado y que las personas que rodean al deportista entiendan que son fundamentales para su bienestar (Boixadós, Cruz, Torregrosa y Valiente, 2004; Fraser-Thomas y Côté, 2009). De lo contrario, no sólo se estarán construyendo a deportistas en contextos con un alto grado de estrés, sino a personas infelices que irán aprendiendo conductas y están desarrollando actitudes negativas (Weinberg y Gould, 2010). De hecho, Cecchini, Cecchini, Fernández-Losa y González (2011) consideran que lo realmente importante no es el contexto social, sino el clima motivacional y el clima social. Esto no quiere decir que sea inapropiado buscar ciertos objetivos en el deporte, dado que el éxito y el fracaso son inherentes a cualquier juego, siendo su aprendizaje de una gran riqueza. Lo que se debe es asumir con normalidad la posibilidad de ganar o perder, gestionando bien las intervenciones que se realicen sobre los adolescentes y jóvenes, y equilibrando la balanza entre el éxito deportivo y el educativo.

PROGRAMAS DE INTERVENCIÓN EDUCATIVA EN EL DEPORTE PARA EL DESARROLLO MORAL

Dada la importancia de intervenir y controlar ciertas variables en los procesos de enseñanza, numerosos profesionales de la educación han aplicado diversos procedimientos para la formación en actitudes y valores. Algunas de las estrategias que se han aplicado son clarificación de valores, desarrollo del juicio moral, desarrollo de competencias autorreguladoras, desarrollo de la perspectiva social y la empatía o desarrollo de la comprensión crítica, las cuáles han estado basada en diferentes marcos teóricos (Bandura, 1982; Kohlberg, 1992; Piaget, 1935; Raths, Harmin y Simon, 1967; Stenhouse, 1984, Turner, 1962). En el contexto de la educación física y deportiva, numerosos son los programas que se han aplicado para incidir sobre el desarrollo moral y la educación en valores (Bredemeier, Weiss, Shields y Shewchuk, 1986; Cecchini et al., 2003; Danish y Nellen, 1997; Hastie y Buchanan, 2000; Marques y Sousa, 2013), siendo las Teorías del Aprendizaje Social (Bandura, 1986) y la Teoría del Desarrollo Estructural (Kohlberg, 1969), dos de las que más han influido en la construcción de este tipo de intervenciones.

Kohlberg es uno de los investigadores que más ha influido en los procesos de desarrollo de actitudes y valores morales, y ha sido referencia en la aplicación de programas en el ámbito de la educación física y deportiva. En el contexto del desarrollo del juicio moral, Kohlberg (1992) considera que el razonamiento moral se basa en otros precursores, como es el razonamiento lógico, que no es condición suficiente pero sí necesaria para que se construya adecuadamente. En este sentido, establece tres niveles en el desarrollo moral de las personas (preconvencional, convencional y postconvencional), con dos estadios cada uno. Estas fases están basadas en una relación, cada vez más compleja a medida que se suceden etapas en este continuo, entre el yo y las normas y valores que caracteriza a un contexto social. A medida que se van sucediendo los diferentes estadios, la persona se va haciendo más consciente de los principios morales que sustentan las reglas que regulan el contexto social en el que viven (Planchuelo, 2008).

Para ir alcanzando estadios superiores y evolucionar el razonamiento moral, Kohlberg consideró que la discusión de dilemas morales sería una técnica apropiada, siendo uno de los procedimientos más utilizados por profesionales de la educación física y deportiva para alcanzar dicho objetivo (Bredemeier,

1994; Gibbons y Ebeck, 1997; Gibbons, Ebeck y Weiss, 1995; Romance, Weiss, y Bockoven, 1986; Wandzilak, 1985). En este sentido, Fraile (2010), en un estudio realizado con escolares de diversos países europeos, puso de manifiesto que los dilemas morales había sido un recurso metodológico apropiado para conocer el grado de razonamiento moral en el que se encontraban. Además, señaló que las actividades físicas eran un marco apropiado para proporcionar dilemas significativos que estuvieran asociados a intereses de los participantes.

Como ejemplo de programas de intervención que, en los últimos años, han incluido los dilemas morales como parte de sus estrategias, se puede citar a Cecchini et al. (2011). Estos investigadores, desarrollaron el programa Delfos para trabajar la educación en valores y disminuir los niveles de agresividad en las clases de Educación Física. Los resultados indicaron resultados positivos tras 24 sesiones de intervención. Este mismo programa fue aplicado en otra investigación (Cecchini et al., 2009) con escolares, observándose también resultados positivos, dado que mejoraron los comportamientos asertivos y hubo un menor número de conductas agresivas. Por otro lado, Gutiérrez y Vivó (2005) aplicaron un programa para mejorar el razonamiento moral en las clases de educación física en un grupo de escolares, durante un trimestre escolar dos días a la semana. Los resultados indicaron que dicha intervención, basada en la discusión y resolución de dilemas morales, tuvo efectos positivos.

Hernández y Rodríguez (2011) intervinieron con un grupo de adolescentes en clase de Educación Física a través de un programa de integraba actividad física de tipo sociomotriz y el planteamiento de dilemas morales, con una duración de diez sesiones. Estos investigadores obtuvieron datos que indicaron que los alumnos fueron capaces de mejorar sus habilidades sociales, siendo más empáticos y sensibles ante dificultades de los demás. Gutiérrez (2007) realizó una intervención para educar en valores durante una temporada con jugadores de una escuela de fútbol con edades entre 8 y 16 años, en el que se intervino sobre jugadores y entrenadores. Entre otras estrategias, el razonamiento y reflexión sobre diversas situaciones, en forma de dilemas morales, fue una de las técnicas empleadas. Gracias a este programa, se modificaron aspectos actitudinales y conductuales en relación al juego limpio y el respeto a los demás.

EVALUACIÓN DEL RAZONAMIENTO MORAL EN EL CONTEXTO DEPORTIVO

Cuando se aplican programas de intervención, deben existir herramientas adecuadas para que su efectividad pueda ser evaluada (Hernández-Mendo y Anguera, 2001). En este sentido, son diferentes los instrumentos que pueden emplearse para evaluar en diferentes contextos y edades el desarrollo moral y el comportamiento prosocial, como el *Defining Issues Test* (Rest, 1979) y su traducción al castellano denominado Cuestionario de Problemas Morales (Pérez-Delgado y García-Ros, 1991), el *Moral Judgement Test* (Lind, 1982), el *Hahm-Beller Values Choice Inventory* (Hahm, 1989), el *Reflection Objective Measure - Short Form* (Basinger y Gibbs, 1987), el *Prosocial Behaviour* (Caprara y Pastorelli, 1993), el *Etical Reasoning Inventory* (Page y Bode, 1980), el *Children's Moral Point of View Scale* (Decker y Lasley, 1995) o el *Prosocial Reasoning Objective Measure* (Carlo, Eisenberg y Knight, 1992).

Aunque los cuestionarios anteriormente citados pueden ser utilizados en ámbitos como la Educación Física y el deporte, se pueden encontrar herramientas que se han desarrollado para este tipo de contextos de manera específica. Algunos de los más utilizados, en diferentes niveles del ámbito deportivo, son el *Development of the attitudes to Moral Decision-making in Youth Sport Questionnaire* (Lee, Whitehead y Ntoumanis, 2007), el *Moral Judgments of Sport Managers Instrument* (Rudd, Mullane y Stoll, 2010), el *Prosocial and Antisocial behavior in Sport scale* (Kavussanu y Boardly, 2009), el *Multidimensional Sportpersonship Orientations Scale* (Vallerand, Brière, Blanchard y Provencher, 1997).

En España, Hernández-Mendo et al. (2010) construyeron un instrumento observacional basado en el marco teórico desarrollado por Kohlberg, que ayuda a registrar conductas positivas y negativas en diferentes categorías: hacia los iguales, docentes, equipamiento y material, reglas y normativa, así como las faltas antirreglamentarias producidas durante el juego. Los análisis efectuados indicaron una fiabilidad, precisión y validez adecuadas para su uso. De hecho, los análisis de fiabilidad efectuados indicaron valores de concordancia intra-observadores e inter-observadores por encima de .90 (Kappa de Cohen). Además, se realizó un análisis de generalizabilidad que puso de manifiesto que el sistema de categorías utilizado era exhaustivo y mutuamente excluyente.

Por otro lado, Planchuelo (2008) y Hernández-Mendo, Olmedo y Planchuelo (2012) desarrollaron

un cuestionario, basado en dilemas morales (relacionados con la aceptación de las reglas, la mentira y la justicia), para analizar el desarrollo moral en niños. En la última versión de este instrumento (Hernández-Mendo et al., 2012), se pueden distinguir cinco componentes: obediencia y miedo al castigo, favorecer los propios intereses, expectativas interpersonales, normas sociales establecidas, así como derechos prioritarios y contrato social. Este Cuestionario de Desarrollo Moral (CDEM) también posee unas buenas propiedades para su utilización, con un alto grado de fiabilidad y una estructura factorial óptima que explica el 40% de la varianza, lo que indica que se trata de una herramienta apropiada para analizar este tipo de cuestiones.

CONCLUSIONES

El presente trabajo pretendía poner de relieve la utilidad que puede tener la actividad física y el deporte en los procesos de socialización de los niños y adolescentes, concretamente en su desarrollo moral. La revisión de la literatura existente sobre esta cuestión ofrece una perspectiva interesante y alentadora. Aunque se trata de un contexto de socialización neutro, puede llegar a ser un instrumento adecuado para contribuir a la educación en valores y el desarrollo de conductas prosociales en estas edades. Para ello, este planteamiento requiere profesionales conscientes de la situación y dispuestos a dedicar el tiempo necesario para modificar aquellos aspectos que pueden incidir en dicho proceso.

Entre las teorías más relevantes que han incidido sobre estos aspectos, se encuentran las teorías socio-cognitivas de orientación de las Metas de Logro o de la Autodeterminación, así como la Teoría del Desarrollo Estructural. Posiblemente, el desarrollo de la técnica de discusión de dilemas morales (Kohlberg), ha sido una de las estrategias más extendidas en el ámbito de la práctica física para desarrollar la moralidad a través de estas actividades. De hecho, la mayoría de las intervenciones e instrumentos que han pretendido ser útiles para promocionar y evaluar el desarrollo moral se han basado en este tipo de procedimientos.

Por lo tanto, se puede considerar que la práctica de actividad física y deporte puede ser una buena herramienta para el desarrollo y formación de los niños y adolescentes, siempre que su uso sea el adecuado. Por ello, se debe promover la participación en este tipo de actividades en estas edades y planificar co-

rectamente la intervención que se va a llevar a cabo para contribuir a una tarea tan compleja e importante como es la educación moral.

REFERENCIAS

- Almagiá, E.B. (1987). El desarrollo moral: una introducción a la teoría de Kohlberg. *Revista Latinoamericana de psicología*, 19(1), 7-18.
- Álvarez, M.S., Balaguer, I., Castillo, I. y Duda, J.L. (2009). Coach Autonomy Support and Quality of Sport Engagement in Young Soccer Players. *The Spanish Journal of Psychology*, 12(1), 138-148.
- Ames, C. (1992). Achievement goals, motivational climate, and motivational processes. En G.C. Roberts (Ed.), *Motivation in sport and exercise* (pp. 161-176). Champaign, IL: Human Kinetics.
- Balaguer, I., Castillo, I., Duda, J.L. y García-Merita, M. (2011). Asociaciones entre la percepción del clima motivacional creado por el entrenador, orientaciones disposicionales de meta, regulaciones motivacionales y vitalidad subjetiva en jóvenes jugadoras de tenis. *Revista de Psicología del Deporte*, 20(1), 133-148.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological review*, 84(2), 191.
- Bandura, A. (1982). *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A Social Cognitive Theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Basinger, K.S. y Gibbs, J.C. (1987). Validation of the Sociomoral Reflection Objective Measure -Short Form. *Psychological Reports*, 61(1), 139-146.
- Becerra, C., Reigal, R.E., Hernández-Mendo, A., Martín-Tamayo, J. (2013). Relaciones de la condición física y la composición corporal con la autopercepción de salud. *RICYDE. Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, 34(9), 305-318.
- Belando, N., Ferriz-Morell, R. y Moreno-Murcia, J. A. (2012). Mejora personal y social a través de la promoción de la responsabilidad en la actividad físico-deportiva. *RICYDE: Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, 8(29), 202-222.
- Blair, R.J.R. y Blair, K.S. (2009). Empathy, morality, and social convention: Evidence from the study of psychopathy and other psychiatric disorders. En J. Decety y W. Ickes (Eds.), *The social neuroscience of empathy* (pp. 139-152). Cambridge, MA: MIT Press.
- Blázquez, D. (1998). *La iniciación deportiva y el deporte escolar*. Barcelona: INDE.
- Boiché, J. y Sarrazin, P. (2007). Motivation autodéterminée, perceptions de conflit et d'instrumentalité et assiduité envers la pratique d'une activité physique: une étude prospective sur six mois. *Psychologie française*, 52(4), 417-430.
- Boixadós, M., Cruz, J., Torregrosa, M. y Valiente, L. (2004). Relationship among motivational climate, satisfaction, perceived ability and fair play attitudes in young soccer players. *Journal of Applied Sport Psychology*, 16(4) 301-317.
- Bredemeier, B. (1994). Children's moral reasoning and their assertive, aggressive and submissive tendencies in sport and daily life. *Journal of Sport and Exercise Psychology*, 16(1), 1-14.
- Bredemeier, B.J., Weiss, M.R., Shields, D.L. y Shewchuk, R.M. (1986). Promoting moral growth in a summer sport camp: The implementation of theoretically grounded instructional strategies. *Journal of Moral Education*, 15(3), 212-220.
- Cagigal, J.M. (1979). *Cultura intelectual y cultura física*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Cameron, C.A., Lau, C., Fu, G. y Lee, K. (2012). Development of children's moral evaluations of modesty and self-promotion in diverse cultural settings. *Journal of Moral Education*, 41(1), 61-78.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1993). Early emotional instability, prosocial behaviour and aggression: Some methodological aspects. *European Journal of Personality*, 7(1), 19-36.
- Carlo, G., Eisenberg, N. y Knight, G.P. (1992). An objective measure of adolescents' prosocial moral reasoning. *Journal of Research on Adolescence*, 2(4), 331-349.
- Carranza, M. y Mora, J.M. (2003). *Educación física y valores: educando en un mundo complejo. 31 propuestas para los centros escolares*. Barcelona: Graó.
- Castillo, I., Balaguer, I. y Duda, J.L. (2001). Perspectivas de meta de los adolescentes en el contexto académico. *Psicothema*, 13(1), 79-86.
- Castillo, E. y Sáenz, P. (2007). Hábitos relacionados con la práctica de actividad física de las alumnas de la Universidad de Huelva a través de historias de vida. *Revista de Currículum y Formación del Profesorado*, 11(2), 1-18.
- Cecchini, C., Cecchini, J.A., Fernández-Losa, J.L. y González, C. (2011). Repercusiones del Programa Delfos sobre los niveles de agresividad en las clases

- de educación física: actividades colaborativas versus competitivas. *Revista de Formación del Profesorado e Investigación Educativa*, 24, 11-21.
- Cecchini, J.A. y González, C. (2008). Participación en el deporte, orientación de metas y funcionamiento moral. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 40(3), 497-509.
- Cecchini, J.A., González, C., Alonso, C., Barreal, J.M., Fernández, C., García, M., Llana, R. y Nuño, P. (2009). Repercusiones del Programa Delfos sobre los niveles de agresividad en el deporte y otros contextos de la vida diaria. *Apunts*, 96, 34-41.
- Cecchini, J.A., Montero, J. y Peña, J.V. (2003). Repercusiones del programa de intervención para desarrollar la responsabilidad personal y social de Hellison sobre los comportamientos de fair-play y el auto-control. *Psicothema*, 15(4), 631-637.
- Cerezo, F. (2009). Bullying: análisis de la situación en las aulas españolas. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9(3), 383-394.
- Cerezo, F. y Méndez, I. (2012). Conductas de riesgo social y de salud en adolescentes. Propuesta de intervención contextualizada para un caso de bullying. *Anales de Psicología*, 28(3), 705-719.
- Contreras, O.R. (1994). El deporte educativo (I). Algunas controversias sobre el carácter educativo del deporte. *Revista de Educación Física*, 61, 5-8.
- Cruz, J., Torregrosa, M., Sousa, C., Mora, A. y Viladrich, C., (2011). Efectos conductuales de programas personalizados de asesoramiento a entrenadores en estilo de comunicación y clima motivacional. *Revista de Psicología del Deporte*, 20(1), 179-195.
- Danish, S.J. y Nellen, V.C. (1997). New roles for sport psychologist: Teaching life skills through sport to at risk youth. *Quest*, 49(1), 100-113.
- Deci, E.L. y Ryan, R.M. (1985). *Intrinsic motivation and self-determination in human behavior*. New York: Plenum.
- Deci, E.L. y Ryan, R.M. (1991). A motivational approach to self: Integration in personality. En R. Dienstbier (Ed.), *Nebraska symposium on motivation: Vol. 38. Perspectives on motivation* (pp. 237-288). Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Deci, E.L. y Ryan, R. M. (2000). The «what» and the «why» of goal pursuits: Human needs and the self-determination of behavior. *Psychological Inquiry*, 11, 227-268.
- Decker, D. y Lasley, K. (1995). Participation in youth sports, gender, and the moral point of view. *Physical Educator*, 52, 14-21.
- Decety, J., Michalska, K. J. y Kinzler, K. D. (2011). The developmental neuroscience of moral sensitivity. *Emotion Review*, 3(3), 305-307.
- Duda, J.L. y Ntoumanis, N. (2005). After-school sport for children: Implications of a taskinvolving motivational climate. En J.L. Mahoney, R. Larson y J. Eccles (Eds.), *Organized activities as contexts of development: Extracurricular activities, after-school and community programs* (pp. 311-330). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, regulation, and moral development. *Annual Review of Psychology*, 51(1), 665-697.
- Eisenberg, N. y Eggum, N. D. (2009). Empathic responding: Sympathy and personal distress. En J. Decety y W. Ickes (Eds.), *The Social Neuroscience of Empathy* (pp. 71-83). Cambridge, MA: MIT Press.
- Escartí, A., Pascual, C. y Gutiérrez, M. (2005). *Responsabilidad personal y social a través de la educación física y el deporte*. Barcelona: Graó.
- Ferro, M. y Gesto, I. (2009). Estrategias para un cambio actitudinal y conceptual de la deportividad en las clases de Educación Física. *Revista de Educación Física*, 113, 19-22.
- Fraile, A. (2010). El desarrollo moral en el deporte escolar en el contexto europeo: un estudio basado en dilemas sociomorales. *Estudios Pedagógicos*, 36(2), 83-97.
- Fraser-Thomas, J. y Côté, J. (2009). Understanding adolescents' positive and negative developmental experiences in sport. *The Sport Psychologist*, 23(1), 3-23.
- Freud, S. (1982). *Introducción al psicoanálisis*. Madrid: Alianza.
- Gagné, M., Ryan, R. y Bargmann, K. (2003). Autonomy support and need satisfaction in the motivation and well-being of gymnasts. *Journal of Applied Sport Psychology*, 15(4), 372-390.
- Gibbons, S.L. y Ebeck, V. (1997). The effect of different teaching strategies. *Journal of Teaching in Physical Education*, 17, 85-98.
- Gibbons, S.L., Ebeck, V. y Weiss, M.R. (1995). Fair Play for Kids: Effects on the moral development of children in physical education. *Research Quarterly for Exercise and Sport*, 66(3), 247-255.
- Jimeno, F. (2000). *Entrenando a padres y madres... Claves para una gestión eficaz de la relación con los padres y madres de jóvenes deportistas*. Zaragoza: Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Aragón.

- González-Cutre, D., Sicilia, A. y Moreno-Murcia, J. A. (2011). Un estudio cuasi-experimental de los efectos del clima motivador tarea en las clases de educación física. *Revista de Educación*, 356, 677-700.
- Goudas, M. y Giannoudis, G. (2008). A team-sports-based life-skills program in a physical education context. *Learning and Instruction*, 18(6), 528-536
- Gould, D., Collins, K., Lauer, L. y Chung, Y. (2007). Coaching life skills through football: A study of award winning high school coaches'. *Journal of Applied Sport Psychology*, 19(1), 16- 37.
- Gutiérrez, M. (2004). El valor del deporte en la educación integral del ser humano. *Revista de Educación*, 335, 105-126.
- Carratalà, V., Gutiérrez, M., Guzmán, J.F. y Pablos, C. (2011). Percepción del entorno deportivo juvenil por deportistas, padres, entrenadores y gestores. *Revista de Psicología del deporte*, 20(2), 337-352.
- Gutiérrez, M. y Vivó, P. (2005). Enseñando razonamiento moral en las clases de educación física escolar. *European Journal of Human Movement*, 14, 1-22.
- Hahm, C.H. (1989). *Moral reasoning and development among general students, physical education majors, and student athletes*. Tesis doctoral no publicada, Universidad de Idaho.
- Hastie, P.A. y Buchanan, A.M. (2000). Teaching responsibility through sport education: Prospects of a coalition. *Research Quarterly for Exercise and Sport*, 71(1), 25-35.
- Hernández, J.M. y Rodríguez, A.J. (2011). Contribuciones de la educación física al desarrollo de la competencia social y ciudadana. *Acciónmotriz*, 7, 38-47.
- Hernández-Mendo, A. y Anguera, M.T. (2001). Análisis psicosocial de los programas de actividad física: evaluación de la temporalidad. *Psicothema*, 13(2), 263-270.
- Hernández-Mendo, A., Díaz, F. y Morales, V. (2010). Construcción de una herramienta observacional para evaluar las conductas prosociales en las clases de Educación Física. *Revista de Psicología del Deporte*, 19(2), 9-22.
- Hernández-Mendo, A. Olmedo, L. y Planchuelo L. (2012). Cuestionario de desarrollo moral para niños: estudio preliminar. *Avances de la Psicología del Deporte en Iberoamérica*, 1, 57-73.
- Hodge, K. y Lonsdale, C. (2011). Prosocial and antisocial behavior in sport: The role of coaching style, autonomous vs. controlled motivation, and moral disengagement. *Journal of Sport and Exercise Psychology*, 33(4), 527.
- Hoffman, M.L. (2000). Empathy and Moral Development: Implications for caring and justice. En N. Eisenberg y J. Strayer (Eds.), *Empathy and its development*. New York, EE. UU.: Cambridge University Press.
- Jiménez Burillo, F. (2005). Prólogo. En A. Hernández-Mendo, *Psicología del Deporte (vol I, II, III)* (pp. 25-27). Sevilla: Wanceulen.
- Kavussanu, M. (2006). Motivational predictors of prosocial and antisocial behavior in football. *Journal of Sports Sciences*, 24(6), 575-588.
- Kavussanu, M. y Boardley, I. (2009). The Prosocial and Antisocial Behavior in Sport Scale. *Journal of Sport & Exercise Psychology*, 31(1), 97-117.
- Killen, M., Rutland, A., Abrams, D., Mulvey, K.L. y Hitti, A. (2012). Development of Intra-and Intergroup Judgments in the Context of Moral and Social-Conventional Norms. *Child Development*, 84(3), 1063-1080.
- Kimmel, D.C. y Weiner, I.B. (1998). *La adolescencia: una transición del desarrollo*. Barcelona: Ariel Psicología.
- Kohlberg, L. (1969). *Stage and sequence: The cognitive-developmental approach to socialization* (pp. 347-480). New York: Rand McNally.
- Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Kohlberg, L. y Kramer, R. (1969). Continuities and discontinuities in childhood and adult moral development. *Human Development*, 12(2), 93-120.
- Kropotkin, P. (1945). *Origen y evolución de la moral*. Buenos Aires: Americalee.
- Lee, M., Whitehead, J. y Balchin, N. (2000). The measurement of values in youth sport: Development of the Youth Sport Values Questionnaire. *Journal of Sport and Exercise Psychology*, 22(4), 307-326.
- Lind, G. (1982). Experimental Questionnaires: a new approach to personality research. En A. Kosakowski y K. Obuchowski (Eds.), *Progress in Psychology of Personality* (pp. 132-144). Amsterdam: North Holland.
- MacPhail, A., Kirk, D. y Kinchin, G. (2004). Sport education: Promoting team affiliation through physical education. *Journal of Teaching in Physical Education*, 23(2), 106-122.
- Majluf, A. (2013). Desarrollo de la conciencia moral en el niño. *Educación*, 11(20), 37-44.

- Marques, M. y Sousa, C. (2013). Estrategias para la enseñanza de competencias de vida a través del deporte en jóvenes en riesgo de exclusión social. *Apunts. Educación física y deportes*, 112, 63-71.
- Martínez, J.M.A. (2013). Análisis psicosocial del ciberbullying: claves para una educación moral. *Papeles del Psicólogo*, 34(1), 65-73.
- Mendoza, R., Batista, J.M. y Rubio, A. (2005). El desarrollo de estilos de vida en los adolescentes escolarizados: diferencias entre chicos y chicas. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 58(1), 51-74.
- Nicholls, J.G. (1989). *The competitive ethos and democratic education*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ntoumanis, N. y Biddle, S. J. (1999). A review of motivational climate in physical activity. *Journal of Sports Sciences*, 17(8), 643-665.
- Ntoumanis, N., Taylor, I.M. y Thøgersen-Ntoumani, C. (2012). A longitudinal examination of coach and peer motivational climates in youth sport: Implications for moral attitudes, well-being, and behavioral investment. *Developmental psychology*, 48(1), 213.
- Page, R. y Bode, J. (1980). Comparison of measures of moral reasoning and development of a new objective measure. *Educational and Psychological Measurement*, 40(2), 317-329.
- Pelegrín, A. y Garcés de Los Fayos, E.J. (2008). Evolución teórica de un modelo explicativo de la agresión en el deporte. *EduPsykhé: Revista de psicología y psicopedagogía*, 7(1), 3-21.
- Pérez-Delgado, E. y García-Ros, R. (1991). *La psicología del desarrollo moral*. Madrid: Siglo XXI.
- Piaget, J. (1935). *El criterio moral en el niño*. Madrid: Francisco Beltrán.
- Planchuelo, L. (2008). *Intervención y evaluación del desarrollo moral en educación física en primaria*. Tesis doctoral, Universidad de Málaga, España.
- Posada, F. (2000). *Ideas prácticas para la enseñanza de la Educación Física*. Lérida: Agonos.
- Proios, M. (2013). Athletic Identity and Social Goal Orientations as Predictors of Moral Orientation. *Ethics & Behavior*, 23(5), 410-424.
- Raths, L., Harmin, M. y Simon, S. (1967). *El sentido de los valores y la enseñanza. Cómo emplear los valores en el salón de clase*. Méjico: Uteha.
- Reigal, R.E., Becerra, C., Hernández-Mendo, A., Martín-Tamayo, J. (2013). Relaciones del autoconcepto con la condición física y el porcentaje de masa grasa en una muestra de adolescentes. *Anales de Psicología*. En prensa.
- Rest, J. (1979). *Revised Manual for de Defining Issues Test*. Minneapolis, Minnesota: University Press.
- Rice, F.P. (2000). *Adolescencia. Desarrollo, relaciones y cultura*. Madrid: Prentice Hall.
- Rokeach, M. (1979). *Understanding human values: individual and societal*. New York: The Free Press.
- Romance, T.J., Weiss, M.R. y Bockoven, J. (1986). A program to promote moral development through elementary school physical education. *Journal of Teaching in Physical Education*, 5, 126-136.
- Rudd, A., Mullane, S. y Stoll, S. (2010). Development of an instrument to measure the moral judgments of sport managers. *Journal of Sport Management*, 24(1), 59-82.
- Ryan, R.M. y Deci, E.L. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist*, 55(1), 68-78
- Sáenz, A., Aguado, B y Lanchas, I. (2013). El deporte como medio para el fomento de la deportividad: un programa educativo en centros escolares alaveses. *Apunts. Educación física y deportes*, 111, 55-61.
- Sánchez-Oliva, D., Leo, F.M., Sánchez-Miguel, P.A., Gómez, F.R. y García-Calvo, T. (2011). Teoría de autodeterminación y comportamientos prosociales en jóvenes jugadores de fútbol. *Apunts: Educación física y deportes*, 108, 32-38.
- Shields, D. y Bredemeier, B. (1994) *Moral development and action in physical activity contexts*. Champaign, IL: Human, Kinetics.
- Smith, R. y Smoll, F. (2002). Psychosocial interventions youth sport. En J. L. Van Raalte y B. W. Brewer (Eds.), *Exploring sport and exercise psychology*. (pp. 287-315). Washington, EUA: American Psychological Association.
- Srivastava, C., Dhingra, V., Bhardwaj, A. y Srivastava, A. (2013). Morality and moral development: Traditional Hindu concepts. *Indian Journal of Psychiatry*, 55(6), 283.
- Stenhouse, L. (1984). *Investigación y desarrollo del currículum*. Madrid: Morata, D.L.
- Tarazona, D. (2005). Autoestima, satisfacción con la vida y condiciones de habitabilidad en adolescentes estudiantes de quinto año de media. Un estudio factorial según pobreza y sexo. *Revista de Investigación en Psicología*, 8(2), 57-65.
- Torregrosa, M. (2004). *Contribuciones de los agentes de socialización al juego limpio y la deportividad*. Grup d'estudis de psicología de l'esport. Universidad Autónoma de Barcelona.

- Torregrosa, M. y Lee, M. (2000). El estudio de los valores en psicología del deporte. *Revista de psicología del deporte*, 9(1-2), 71-86.
- Turner, R.H. (1962). Role-taking: Process versus conformity. En A.M. Rose (ed.) *Human behaviour and social processes: An interactionist approach*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Vallerand, R.J., Brière, N.M., Blanchard, C. y Provencher, P. (1997). Development and validation of the Multidimensional Sportpersonship Orientations Scale. *Journal of Sport & Exercise Psychology*, 19(2), 197-206.
- Wandzilak, T. (1985). Values development through physical education and athletics. *Quest*, 37(2), 176-185.
- Weinberg, R. y Gould, D. (1996). *Fundamentos de psicología del deporte y el ejercicio físico*. Barcelona: Ariel.
- Weinberg, R. y Gould, D. (2010). *Fundamentos de Psicología del Deporte y el Ejercicio Físico*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Weinstein, N. y Ryan, R.M. (2010). When helping helps: Autonomous motivation for prosocial behavior and its influence on well-being for the helper and the recipient. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98(2), 222-244.
- Wendt, G.W. y Lisboa, C.S.M. (2013). Peers aggression in the virtual space: definitions, impacts, and challenges of cyberbullying. *Psicologia Clínica*, 25(1), 73-87.

Resiliencia profesional: Aproximación desde la intervención social

María de las Olas Palma García

Resumen: La resiliencia es un concepto con un enorme potencial para todas aquellas profesiones que reconocen en su objeto de intervención la prevención basada en las fortalezas y recursos propios de las personas y del entorno con el que se relacionan. En base a ello, existen numerosas investigaciones y experiencias que destacan y analizan el papel de la intervención social y de sus profesionales en la construcción de la resiliencia de los individuos, grupos y comunidades hacia los que dirigen su actuación. Sin embargo, aun en estos momentos, son menos frecuentes los trabajos de teorización e investigación centrados en el desarrollo y construcción de esta misma capacidad resiliente en los propios profesionales y en las implicaciones que de ello se deriva para su práctica profesional y para las organizaciones en las que se encuentran. Este trabajo tiene precisamente

como objetivo, realizar una revisión sistemática de las contribuciones más relevantes en el campo de la resiliencia organizacional de las últimas décadas, de forma que su estudio y análisis pueda aportar nuevas líneas de investigación y de reflexión colectiva ante los desafíos actuales que se les plantean a los profesionales de la intervención social.

Palabras claves: Resiliencia profesional, empresas resilientes, intervención social, resiliencia organizacional

INTRODUCCIÓN

Los primeros trabajos publicados sobre resiliencia consideraban las respuestas resilientes como inusuales e incluso patológicas (Garmezy, 1991; Werner y Smith, 1982). Sin embargo, desde estos inicios hasta la experiencia investigadora actual, se ha evidenciado de forma contundente que la resiliencia es una capacidad universal, que puede ser desarrollada por todos de manera ordinaria, no extraordinaria, a partir de un proceso dinámico que cambia en base al tiempo y las circunstancias (Baruch y Stutman, 2006). Nos encontramos pues ante un concepto analizado como proceso que se desarrolla dentro de un sistema social de interrelaciones, que incluye la interacción de influencias ambientales y sociales junto a recursos y riesgos que se pueden acumular a lo largo del tiempo (Gu y Day, 2007; Luthar, Cicchetti y Becker, 2000; Richardson, Neiger, Jensen y Kumpfer, 1990; Walsh, 1998).

Desde esta premisa, cada vez más autores han comenzado a analizar la capacidad resiliente y los factores asociados a ella en diferentes escenarios y sujetos que conviven con la adversidad. Disciplinas como el Trabajo Social, la Psicología, la Pedagogía, etc. han aportado ya numerosos trabajos que recogen experiencias de cómo están aplicando el concepto de resiliencia con sus clientes y usuarios (p.e. Arranz y Liesa, 2005; Barranco, 2009; Muñoz-Silva, 2012; Nash y Fraser, 1998; Quintero, 2005). La resiliencia empieza a tener un espacio reservado en los procesos de intervención social, en los que se diseñan estrategias para potenciar, analizar e incluso medir esa capacidad de las personas, que les permite “hacer frente a las adversidades de la vida, aprender de ellas, superarlas e inclusive, ser transformado por ellas” (Grotberg, 2006, p. 18). Para ello, en los procesos de cambio que se generan desde la relación de ayuda, el profesional ha de reconocer la capacidad resiliente en sus usuarios, a fin de saber cómo promoverla y construir sobre ella el cambio. Es ésta sin duda, una línea de intervención e investigación de gran interés para las ciencias sociales, pero si además la resiliencia es un potencial presente en todos, ¿por qué no pensar también en los profesionales como sujetos que pueden desarrollar la capacidad de hacer frente, aprender, superar, e incluso ser transformados por las adversidades y dificultades que el ejercicio de su profesión y sus empresas constantemente les presentan? ¿Por qué no pensar en el desarrollo de la resiliencia profesional en los contextos de la intervención social?

Este artículo reconoce la importancia de la resiliencia en la intervención, de la mirada resiliente hacia los usuarios, pero a partir de ella pretende provocar la reflexión colectiva en otra dirección: la mirada hacia los propios profesionales y sus organizaciones y el proceso de resiliencia incorporado al ejercicio profesional.

Hasta el momento, numerosos estudios describen y explican los factores de riesgo externos e internos que sitúan a las profesiones de ayuda en un paradigma constante de vulnerabilidad (p.e. Coyle, Edwards, Hannigan, Fothergill y Burnard, 2005). Sin embargo, la perspectiva de la resiliencia ofrece un cambio de paradigma para dichas profesiones, al entender que justamente el contexto de adversidad laboral en el que desarrollan su tarea profesional, puede erigirse a su vez en contexto desde el que utilizar la implicación profesional para sobreponerse a las dificultades, adaptarse adecuadamente y experimentar emociones positivas (Elliott, Scott, Stirling, Martin y Robinson, 2012; Menezes de Lucena, Fernández, Hernández, Ramos y Contador, 2006; Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2013).

Con el objetivo de contribuir a este cambio de paradigma desde el que visibilizar las prácticas resilientes de los profesionales de la intervención social, el presente artículo se centra en realizar una revisión teórica en torno a la resiliencia organizacional y su relación con los contextos de la intervención social, así como apuntar hacia posibles implicaciones derivadas de ello.

HACIA UNA DEFINICIÓN DE RESILIENCIA PROFESIONAL

La resiliencia no sólo es un fenómeno que lo observamos a nivel individual, sino que se pueden identificar grupos resilientes –resiliencia familiar, resiliencia organizacional, etc.– y comunidades con características resilientes.

En la literatura revisada la resiliencia organizacional es también llamada empresarial, profesional, corporativa y de los recursos humanos. Parte del análisis sistémico de las organizaciones, colectivos profesionales y gestores de los recursos humanos, desde el que se ha incorporado el concepto de Resiliencia en la vida de la empresa a lo largo de todo el proceso que conlleva, desde la selección de personal, en la que se detectan fortalezas personales y familiares para superar las crisis, hasta los programas de formación continua

para aprender a manejar en equipo y con connotación positiva las dificultades y situaciones disfuncionales del ámbito laboral (Quintero, 2005). El interés aplicado del enfoque de la resiliencia a la empresa, ha favorecido el desarrollo de numerosas definiciones sobre resiliencia organizacional, aunque de acuerdo con Manciaux (2003), éste sigue siendo un concepto de “consenso blando” (p.225) y en todo caso, reducido a un modelo organizacional basado en las empresas de producción y no tanto en las de servicios, para las que la investigación aún no ha aportado un marco conceptual de referencia (Austin, 2002).

Entre las definiciones revisadas, es posible encontrar por un lado aquellas que se centran en la supervivencia de la organización frente a una crisis, tales como la aportada por Sampredo (2009) que la define como “la capacidad de una organización de absorber choques e impactos profundos sin perder la capacidad de cumplir su misión” (p.3) o las que además incorporan la capacidad añadida de recuperarse ante los cambios e incluso adelantarse a ellos, antes de que el entorno obligue a hacerlo (p.e. Marcos y Maculay, 2008; Minolli, 2005). Piñeiro y Romero (2011) consideran que la resiliencia organizacional puede definirse como la capacidad de una empresa para desarrollar respuestas específicas en cada situación y transformar los cambios, incertidumbre e inestabilidad en oportunidades de innovar y alcanzar ventajas.

Tal como se señalaba anteriormente, el interés por identificar las características y procesos que posibilitan que las empresas se fortalezcan a pesar de las adversidades, ha suscitado gran preocupación en teóricos del campo empresarial tales como Coutu (2002), Lampel, Bhalla y Jha (2013), Luthans y Youssef (2004) o Reivich y Shatte (2002). Desde este enfoque, se han señalado como principios de la resiliencia organizacional: (1) el liderazgo, que tiene como prioridad la asignación de recursos y compromisos; (2) la cultura resiliente en la empresa, basada en los principios de empoderamiento, propósito, confianza y responsabilidad; (3) las personas, debidamente seleccionadas, motivadas y dirigidas para sobrellevar cualquier dificultad; (4) los sistemas ágiles y flexibles a través de la conectividad y modelos colaborativos de funcionamiento; y (5) el entorno físico, a partir de la distribución de los puestos de trabajo en escenarios múltiples e interconectados entre sí (Bell, 2002). El respeto a estos principios en las organizaciones, posibilita el desarrollo de la capacidad colectiva de superación y crecimiento ante los cambios y riesgos laborales que han de atender. Este escenario colectivo contribuye,

además, al desarrollo de los procesos personales de resiliencia en los propios profesionales, en la medida en la que ésta necesariamente ha de entenderse como un proceso de interacción del sujeto con su entorno, también con el entorno laboral.

AMBIENTES LABORALES Y DESARROLLO DE LA RESILIENCIA

La resiliencia profesional podrá ser promovida con mayor éxito si el ejercicio de la profesión se desarrolla en empresas con ambientes laborales resilientes.

Según Robb (2000) las organizaciones resilientes se caracterizan por la capacidad de crear y disolver estructuras, proporcionar seguridad en medio del cambio, gestionar las consecuencias emocionales del mismo, y aprender, desarrollarse y crecer ante las dificultades.

De forma más concreta, Saavedra (2005) considera un ambiente laboral resiliente aquel que reconoce un lugar central a la persona y, por tanto, más allá de sus estructuras o límites jurídicos, se perciben como dependientes de la dinámica humana, a la que debe poner atención. Son instituciones que, si bien no son impermeables a las tensiones externas e internas, saben sobreponerse en situaciones de crisis, buscando en sus propios trabajadores los recursos y potencialidades que le permitan seguir adelante. A su vez, son instituciones que están atentas a los cambios ambientales y, por tanto, reaccionan de forma favorable frente a las exigencias del entorno, siendo capaces de renovarse y ajustarse a las nuevas demandas. De igual forma, son innovadoras, creativas y democráticas, que valoran lo colectivo, la transparencia en el proceso comunicacional, la participación en la toma de decisiones y demuestran confianza en sus trabajadores. En definitiva, son ambientes laborales que al tener a la persona como centro, acercan el proyecto institucional al proyecto propio de desarrollo de cada profesional y así los objetivos de la institución no se muestran ajenos a las metas y necesidades de cada persona que la integra.

Según Henderson y Milstein (2003), lograr estos ambientes laborales resilientes requiere del desarrollo de estrategias colectivas dirigidas a (1) enriquecer vínculos personales, fortaleciendo las conexiones y puntos de acuerdo existentes y estableciendo mecanismos que motiven las relaciones interpersonales; (2) fijar límites claros y firmes para el funcionamiento laboral; (3) enseñar habilidades para la convivencia, tales

como la cooperación, la resolución positiva de conflictos, la asertividad en el planteamiento de problemas, la toma de decisiones, el manejo del estrés y la capacidad de promocionar ambientes saludables; (4) ser capaces de ofrecer apoyo y afecto a las personas, lo que implica respaldar a los otros, motivar, reconocer los aciertos de los demás, mirar los errores o faltas como transitorios y fortalecer la comunicación a nivel personal; (5) desarrollar expectativas elevadas pero realistas, de manera que se reconozca el potencial de los trabajadores, pero a la vez no se genere frustración al establecer tareas imposibles de cumplir; y (6) promover la participación de los trabajadores en la toma de decisiones, en la generación de nuevas ideas, en la búsqueda colectiva de soluciones, en el afrontamiento colectivo de las dificultades y en la distribución de las responsabilidades.

Bajo estos rasgos definitorios de las empresas resilientes y dadas las complejas demandas que las circunstancias socio-económicas actuales están creando para las organizaciones propias de servicios sociales, el concepto de resiliencia profesional relacionado con la intervención social adquiere especial importancia. El aumento de las exigencias de adaptación a estas nuevas demandas, está provocando una gran incertidumbre que exige a los profesionales mayor flexibilidad y adaptabilidad (García-Izquierdo, Ramos-Villagrasa y García-Izquierdo, 2009). Cada vez más, los profesionales de la intervención social conviven con dichas exigencias de adaptación, no sólo ante las necesidades emergentes y urgentes que la realidad social presenta, sino también como consecuencia de los importantes cambios organizacionales que se están produciendo en las empresas en las que desarrollan su ejercicio profesional, cambios alejados de cualquier estrategia que favorezca la resiliencia.

RESILIENCIA Y SU RELACIÓN CON VARIABLES PRESENTES EN EL CONTEXTO LABORAL

La investigación sobre colectivos profesionales de la intervención social se ha centrado preferentemente en el estudio de variables relacionadas con la insatisfacción laboral. De esta forma, existen numerosos trabajos que analizan la presencia del estrés, acoso, desgaste laboral entre trabajadores sociales, psicólogos, educadores, etc. y su relación con otras variables presentes en el contexto de sus prácticas laborales (p. e. Contreras, 2008; Coyle et al., 2005; Edward, 2005; Hombrados-Mendieta y Cosano, 2011; Howard y

Johnson, 2004). No obstante, en los últimos años comienza a ser cada vez más frecuente el estudio sobre otros posibles factores que contribuyen a que dichos profesionales vivan experiencias laborales satisfactorias, centrándose en conocer los mecanismos que ponen en marcha para la búsqueda del éxito y del bienestar, a pesar de las dificultades que encuentran en su ejercicio laboral. Entre dichos mecanismos, la investigación en torno a la aplicación del enfoque de la resiliencia en el ámbito profesional ya ha aportado evidencias de su relación con otras variables presentes en el contexto laboral, dando lugar a programas de promoción de la resiliencia basados en la formación, que abarcan la vida laboral, salud y bienestar, y relaciones personales (Ollier-Malaterre, 2010) y que pueden influir en variables tales como el compromiso, satisfacción, rendimiento, control y bienestar de los profesionales (Hall, 1990).

Diferentes estudios han mostrado cómo la resiliencia favorece el rendimiento de los profesionales a pesar de los sucesos negativos que se producen en su vida laboral, proponiéndose la gestión de la resiliencia como estrategia idónea para cumplir con éxito objetivos dirigidos al aumento de la competitividad, productividad y eficiencia (Bakker, Rodríguez-Muñoz y Derks, 2012; Castillo y Leal, 2007).

Otros autores han investigado la resiliencia en el ámbito profesional, no de forma aislada, sino como parte de una variable conjunta denominada Capital Psicológico (Sun, Zhao, Yang y Fan, 2012). El capital psicológico se relaciona positivamente con el rendimiento laboral, ya que los profesionales alcanzan mejores resultados en sus prácticas en la medida en la que son autosuficientes, optimistas, esperanzados y resilientes, existiendo una fuerte asociación entre las intervenciones positivas y la mejora del rendimiento (Bakker et al, 2012).

Además de esta aproximación a la resiliencia como capacidad explicativa de otras variables presentes en el contexto laboral, la evidencia empírica ya ha aportado hallazgos de cómo en sentido inverso, también es posible evaluar la resiliencia como constructo formado de fortalezas y atributos personales adquiridos desde la experiencia profesional. La capacidad resiliente de los propios profesionales de la intervención social se explica a su vez, como resultado de la experiencia que de manera progresiva va dotando al profesional de capacidades que le permiten reducir su vulnerabilidad frente a las situaciones de riesgo y adversidad que encuentran en su práctica laboral (Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2013).

IMPLICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN SOCIAL

A lo largo del presente artículo se han señalado los principios, elementos característicos y estrategias que permiten a las organizaciones saber gestionar los entornos inestables y complejos con los que conviven y ofrecer respuestas resilientes ante ellos. En los últimos años, éste se ha convertido en un área de interés creciente en el entorno laboral, que empieza a adquirir entidad teórica y empírica suficiente aunque necesita de mayor desarrollo y delimitación frente a otros conceptos relacionados. Para este mayor desarrollo, es necesario además ampliar el escenario de análisis y aplicabilidad del enfoque de la resiliencia en el ámbito laboral, más allá del modelo empresarial de carácter productivo, en el que hasta el momento se han centrado la mayoría de investigaciones (p.e. Coutu, 2002; Lampel, Bhalla y Jha, 2013; Marcos y Maculay, 2008; Wilson, 2011). Es necesario conocer y aprender de experiencias organizacionales relacionadas con la intervención social.

De forma concreta, las organizaciones de servicios sociales en las que son claves profesionales como trabajadores sociales, psicólogos y educadores, fundamentalmente, han sido siempre, y en estos momentos de dificultad y restricciones económicas aún más, sistemas de gran complejidad e inestabilidad. En este sentido, el paradigma de la resiliencia aplicado a los profesionales de la intervención social adquiere especial relevancia en tanto que el principal activo de las organizaciones de servicios sociales es su capital humano. Por ello, su análisis y aplicación debe considerarse una prioridad, ya que más allá del interés que puede presentar para los propios profesionales y las organizaciones, supone un elemento clave para la mejora del bienestar social de toda la población.

El momento actual invita a buscar oportunidades y posibilidades de cambio y colaboración ante la adversidad desde el punto de vista organizacional, profesional y para la intervención. La capacidad resiliente de los profesionales va a permitir que sus prácticas y en definitiva, los servicios prestados por sus organizaciones, ofrezcan respuestas flexibles, innovadoras y alternativas ante la tendencia hacia la contención que las políticas sociales vienen marcando.

Existen estudios que evidencian que ante una intervención específica diseñada para el desarrollo de la resiliencia en diferentes profesionales, su capacidad de respuesta resiliente se incrementa (p.e. Franco, 2010; Noone y Hastings, 2009). Pero además, incluso sin

intencionalidad diseñada, en el marco de las profesiones de ayuda para la intervención social, también se ha constatado que en paralelo a su ejercicio laboral y a la formación recibida, los propios profesionales van adquiriendo mayor capacidad resiliente, como si su propio rol y contexto de intervención se tratara de un programa específico de desarrollo y consolidación de dicha capacidad. Las estrategias que lo hacen posible se relacionan con las competencias disciplinares y profesionales reconocidas ya desde sus estudios universitarios, con las metodologías básicas empleadas, con las características individuales de los actores sociales y con la propia naturaleza del objeto de la intervención (Palma-García y Hombrados-Mendieta, 2014).

Con estas evidencias y de acuerdo con Henderson y Milstein (2003), es fundamental en estos momentos analizar y mantener en el ámbito de las organizaciones de servicios sociales el desarrollo de estrategias colectivas que permitan la construcción de la resiliencia entre sus profesionales y hacia los sujetos de su intervención. Con ello, por un lado, se contribuirá a la necesaria visibilización de las fortalezas y potencialidades asociadas a las profesiones de ayuda y, por otro, se podrán sumar experiencias y evidencias al paradigma de la resiliencia desde el contexto profesional de la intervención social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arranz, P. y Liesa, M. (2005). *La resiliencia en el ámbito educativo: alumnos en riesgo de exclusión*. Zaragoza: Grupo E.D.I. (Educación para la diversidad), Universidad de Zaragoza.
- Austin, D.M. (2002). *Human Services Management. Organizational Leadership in Social Work Practice*. New York, Columbia University Press.
- Bakker, A.B., Rodríguez-Muñoz, A. y Derks, D. (2012). La emergencia de la psicología de la salud ocupacional positiva. *Psicothema*, 24 (1), 66-72.
- Barranco, C. (2009). Trabajo Social, calidad de vida y estrategias resilientes. *Portularia*, IX (2), 133-145.
- Baruch, R. y Stutman, S. (2006). En E. H. Grotberg, *La resiliencia en el mundo de hoy*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.
- Bell, M. (2002). *The Five Principles of Organizational Resilience*. Gartner Inc. Stamford, Connecticut.
- Castillo, L. y Leal, M. (2007). Gestión del capital intelectual y residencia en el personal del sector farmacéutico. *Revista del Centro de Investigación*

- de Ciencias Administrativas y Gerenciales, 4 (2), 70-85.
- Contreras, D. (2008). Trabajo Social y prevención de riesgos laborales. Un enfoque desde el estrés, el síndrome de estar quemado y la violencia. *Trabajo Social Hoy*, 54, 143-158.
- Coutu, D. (2002). The anxiety of learning. *Harvard Business Review*, 80, 100-106.
- Coyle, D., Edwards, D., Hannigan, B., Fothergill, A. y Burnard, P. (2005). Systematic review of stress among mental health social workers. *International Journal of Social Work*, 48 (2), 201-211.
- Edward, K.L. (2005). The phenomenon of resilience in crisis care mental health clinicians. *International Journal of Mental Health Nursing*, 14 (2), 142-148.
- Elliott, K., Scott, J.L., Stirling, C., Martin, A. J. y Robinson, A. (2012). Building capacity and resilience in the dementia care workforce: A systematic review of interventions targeting worker and organizational outcomes. *International Psychogeriatrics*, 24 (6), 882-894.
- DOI: <http://dx.doi.org/10.1017/S1041610211002651>
- Franco, C. (2010). Intervención sobre los niveles de *burnout* y resiliencia en docentes de educación secundaria a través de un programa de conciencia plena (*mindfulness*). *Revista Complutense de Educación*, 21 (2), 271-288.
- García-Izquierdo, A.L., Ramos-Villagrasa, P.J. y García-Izquierdo, M. (2009). Los Big Five y el efecto moderador de la resistencia en el agotamiento emocional. *Revista de Psicología de las Organizaciones*, 25 (2), 135-147.
- Garmez, N. (1991). Resiliency and vulnerability to adverse developmental outcomes associated with poverty. *American Behavioral Scientist*, 34 (4), 416-430.
- Grotberg, E.H. (2006). *La resiliencia en el mundo de hoy*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.
- Gu, Q. y Day, C. (2007). Teachers resilience: A necessary condition for effectiveness. *Teaching and Teacher Education*, 23(8), 1302-1316.
- Hall, E. (1990). Women's Work: an Inquiry into the Health Effects of Invisible and Visible Labor, *The Johns Hopkins University*, 1, 24-32.
- Henderson, N. y Milstein, M. (2003). *Resiliencia en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.
- Hombrados-Mendieta, I. y Cosano, F. (2011). Burnout, Workplace Support, Job Satisfaction and Life Satisfaction among Social Workers in Spain: A structural equation model. *International Social Work*, 0020872811421620, first published on December 2, 2011 as doi: 10.1177/0020872811421620, p. 1-19.
- Howard, S. y Johnson, B. (2004). Resilient teachers: Resisting stress and burnout. *Social Psychology of Education*, 7 (4), 399-420.
- Lampel, J., Bhalla, A. y Jha, P. (2013). Does governance confer organisational resilience? Evidence from uk employee owned businesses. *European Management Journal* (Jul 26, 2013). DOI:<http://dx.doi.org/10.1016/j.emj.2013.06.009>
- Luthans, F. y Youssef, C.M. (2004). Human, social, and now positive psychological capital management: Investing in people for competitive advantage. *Organizational Dynamics*, 33, 143-160.
- Luthar S.S., Cicchetti D. y Becker B. (2000). The structure of resilience, a critic evaluation and guideline for future reports. *Child Development*, 71 (3), 543-562.
- Manciaux, M. (2003). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Marcos, J. y Macaulay, S. (2008). *¿Que es la resiliencia organizacional?* CNN Expansión. 26 de Noviembre de 2008. Recuperado el 15 de Octubre de 2013 en: <http://www.cnnexpansion.com/manufactura/especiales/bfque-es-la-resilienciaorganizacional>.
- Menezes de Lucena, V.A., Fernández, B., Hernández, L., Ramos, F. y Contador, I. (2006). Resiliencia y el modelo Burnout-Engagement en cuidadores formales de ancianos. *Psicothema*, 18 (4), 791-796.
- Minolli, C.B. (2000). *Empresas Resilientes, Algunas Ideas Para Construir las*. UCEMA. Recuperado el 5 de septiembre de 2013 en: http://www.ucema.edu.ar/u/cpcb/Investigacion/Resiliencia/Empresas_Resilientes.pdf.
- Muñoz-Silva, A. (2012). El estudio de la resiliencia desde la perspectiva evolutiva y su aportación a la comprensión del riesgo y la protección en la intervención social. *Portularia*, XII (1), 9-16.
- Nash, J. y Fraser, M.W. (1998). After-school care for children: A resilience based approach. *Families in Society*, 79, 370-382.
- Noone, S. y Hastings, R.P. (2009). Building psychological resilience in care staff supporting people with intellectual disabilities- Pilot evaluation of an acceptance-based intervention. *Journal of Intellectual Disabilities*, 13 (1), 43-53.
- Ollier-Malaterre, A. (2010). Contributions of work-

- life and resilience initiatives to the individual/organization relationship. *Human Relations*, 63 (1), 41-62.
- Palma-García, M. y Hombrados-Mendieta M.I (2014). The development of resilience in social work students and professionals. *Journal of Social Work*, 14(4), 380-397. <http://dx.doi.org/10.1177/1468017313478290>.
- Palma-García, M. y Hombrados-Mendieta, I. (2013). Trabajo Social y resiliencia: revisión de elementos convergentes, *Portularia* 13 (2), 89-98. <http://dx.doi.org/10.5218/prts.2013.0021>.
- Piñeiro, J. y Romero, N. (2011). Responsabilidad social empresarial e resiliencia. *Revista Galega de Economía*, 20 (2), 123-154.
- Quintero, A (2005). Resiliencia: Contexto no clínico para el Trabajo Social. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3 (01), 28-43.
- Reivich, K. y Shatte, A. (2002). *The resilience factor: 7 essential skills for overcoming life's inevitable obstacles*. New York: Random House.
- Richardson, G.E., Neiger, B., Jensen, S. y Kumpfer, K. (1990). The resiliency model, *Health Education*, 21, 33-39.
- Robb, D. (2000). *Building Resilient Organizations*. Recuperado el 5 octubre de 2013 en: <http://www.robbsconsulting.com/resilientarticle.pdf>.
- Saavedra, E. (2005). *Resiliencia y ambientes laborales*. Séptima jornada de Tesinas en resiliencia. CEANIM
- Sampedro, J.A. (2009). *Ingenio Estratégico. Resiliencia e impulso creativo en tiempos de crisis*. Recuperado el 14 de octubre de 2013 en: http://www.glconsulting.com.ve/articulos/Articulo_Ingenio%20Estrategico_Jesus%20Sampedro.pdf.
- Sunt, T. Zhao, X.W., Yang, L.G. y Fan, L.H. (2012). The impact of psychological capital on job embeddedness and job performance among nurses: a structural equation approach. *Journal of Advanced Nursing*, 68 (1), 69-79.
- Walsh, F. (1998). *Resiliencia Familiar*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Werner, E. y Smith, R.S. (1982). *Vulnerable but invincible: A study of resilient children*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Wilson, R.L. (2011). Organizational resilience models applied to companies in bankruptcy. *Humanities and Social Sciences*, 12, 28-52.

Lacan y la política

Francisco Manuel Montalbán Peregrín

Resumen: El presente trabajo intenta ofrecer una aproximación a la relación de la obra de Jacques Lacan y la política, a través de la fórmula “izquierda lacaniana”. Dicha propuesta se ha convertido en punto de encuentro relevante en la revitalización del pensamiento político de izquierdas al comienzo del siglo XXI, en torno a la inspiración lacaniana de autores como Laclau, Mouffe, Žižek o Badiou. Concretamente pretendemos recoger la presencia de dos maneras de ir al asunto, distanciadas geopolítica e idiomáticamente, que nos permitirá distinguir entre una propuesta surgida en universidades de Reino Unido (contexto de la Escuela de Essex), y otra más conectada a autores en Latinoamérica y España. Se valorarán las distintas implicaciones para pensar la transformación social y la renovación de la teoría del sujeto político.

Palabras clave: izquierda lacaniana, Freud, Lacan, posmarxismo, sujeto político.

Abstract: The present work tries to offer an approximation to the expression “lacanian left”. This one has turned into a common place for the revitalization of the left political thought in the beginning of the 21st century. This name tries to reflect also the inspiration lacaniana from authors like Laclau, Mouffe, Žižek or Badiou. Concretely we try together the presence of two ways forgoing to the matter, geopolitic and idiomatically distanced. It will allow us to distinguish between an offer arisen in Universities of United Kingdom (context of Essex’s School), and other one more connected to authors in Latin-America and Spain. The different implications will be valued to think the social transformation and the renovation of the political subject theory.

Key words: lacanian left, Freud, Lacan, posmarxism, political subject.

INTRODUCCIÓN

El contacto entre el psicoanálisis y el pensamiento político ha sido reiterado desde momentos tempranos con resultados agrídulces. El propio Freud después de la Primera Guerra Mundial dedica una parte significativa de su producción a los llamados textos culturales, con evidentes implicaciones para el debate socio-político (Rizo, 2006). No obstante, es necesario reconocer que ha sido mayoritaria la aproximación al concepto de inconsciente desde una óptica individualista. De hecho, la mayoría de las críticas vertidas sobre la influencia del psicoanálisis en la teoría política se han basado en el recurso privilegiado a factores psicológicos individuales (Borch-Jacobsen, 1991). En 1993, el profesor Jiménez-Burillo publica su trabajo “Freud y la Política” donde analiza la influencia del legado freudiano en tres áreas de investigación de la ciencia política: factores irracionales en la conducta política, socialización política y psichistoria. Concluye señalando las dificultades para asumir la contribución fundamental de este legado, el conflicto primordial entre biología y lenguaje. Y es que tanto la teoría cultural como la concepción pulsional, en sus últimas elaboraciones, representan el equipaje más comprometedor de la herencia freudiana que, en su emigración hacia Gran Bretaña y Norteamérica, las primeras generaciones de psicoanalistas suelen dejar en tierra. En las últimas décadas, sin embargo, se realizan acercamientos al psicoanálisis desde las ciencias humanas, centrados en la cuestión social y sus múltiples derivaciones, que en muchas ocasiones sorprenden incluso al propio corpus oficialista del psicoanálisis. Estos intentos osmóticos están permitiendo la aproximación a esferas de debate donde el psicoanálisis, sobre todo en la orientación lacaniana, se convierte en herramienta para la reflexión política, preferentemente respecto al presente y el futuro de la izquierda (Stavrakakis, 1999). No es una coincidencia azarosa. Pulsión de muerte y vínculo social establecen en la obra de Freud una relación ciertamente paradójica, en muchas ocasiones ingenuamente simplificada. En su movimiento de “retorno a Freud”, Jacques Lacan se hará cargo, entre otras cuestiones, de estas valijas olvidadas por la tradición postfreudiana (Lacan, 1994). Sin lugar a dudas, la presencia y enseñanza de Jacques Lacan en el panorama cultural francés de la segunda mitad del pasado siglo ha actuado como catalizador de muchos de estos encuentros.

Con este trabajo se trata de ofrecer una aproximación a la expresión contradictoria “izquierda lacania-

na”, que desde hace unos años se ha convertido en punto de encuentro relevante e innovador de distintas aproximaciones que pretenden dar una vuelta de tuerca más a la compleja relación entre el pensamiento político y el psicoanálisis. Podemos vislumbrar la diversidad de propuestas y puntos de partida, pero igualmente la reunión, aún con lecturas variadas, en torno a conceptos e implicaciones de la orientación lacaniana. Pretendemos reflejar también la presencia de dos maneras de ir al asunto, distanciadas geopolítica e idiomáticamente, que nos permitirá distinguir entre una propuesta surgida en universidades de Reino Unido (contexto de la Escuela de Essex), y otra más conectada a autores en Latinoamérica y España, entre las que sólo se están produciendo contactos recientes con la figura de Ernesto Laclau como protagonista (Biglieri y Perelló, 2012)¹.

EL PSICOANÁLISIS Y LA IZQUIERDA

Ya en su propia formulación la expresión “izquierda lacaniana”, como antes había ocurrido con la “izquierda freudiana” (Robinson, 1969), reúne términos que no han surgido en principio para estar juntos, lo cual abre toda una serie de preguntas sobre la legitimidad de la relación propuesta, y las posibilidades y consecuencias de su acogida e interpretación.

Ciertamente los intentos conciliadores entre marxismo y psicoanálisis se han sucedido a lo largo del siglo XX con resultados contradictorios y dispares, y bajo el predominio, en muchos casos, de lecturas simplistas e ideas prejuiciosas. Pero la inexistencia de una síntesis satisfactoria propicia recurrentemente nuevos intentos de aproximación (Acanda, 1998). El encuentro inicial entre psicoanálisis y marxismo se va produciendo gradualmente en las dos primeras décadas del siglo XX en Europa, y también en Rusia-URSS. Después de la revolución rusa, entre los exiliados que regresan hay analizantes de Freud y sus discípulos, que van conformando sociedades e instituciones psicoanalíticas en varios puntos de la extensa geografía soviética (Pollock, 1982; Angelini, 2008). La teoría psicoanalítica de Freud es recibida con gran interés, al tiempo que genera también una importante con-

1. El objetivo de este texto no es introducir ni desarrollar directamente las influencias e implicaciones de la relación Lacan-Laclau. Tomaremos algunos ejes de este encuentro pero integrados en el corpus de las dos aproximaciones a la izquierda lacaniana que se presentan.

troversia sobre su estatuto científico y la posibilidad de integración de los mecanismos inconscientes desde una perspectiva materialista. El debate sobre la utilidad que el psicoanálisis ofrecía a los esfuerzos de constitución de una psicología propiamente marxista se prolongó entre la crítica, a veces virulenta, y los intentos de asimilación, hasta 1926, fecha en la que el régimen estalinista comienza a perseguir la práctica psicoanalítica, finalmente prohibida completamente en 1936.

Hay muchos trayectos posibles para cubrir el territorio amplio y complejo del diálogo entre psicoanálisis y marxismo en el período de entreguerras. En estos años se suceden las apologías marxistas del freudismo, que pretenden despojar a la doctrina del psicoanálisis de la gruesa capa de subjetivismo y psicología burguesa para recuperar su “núcleo sano”, en un intento de sentar las bases de una teoría de la mente, solamente esbozada de manera explícita en los escritos de Marx, Engels y Lenin (Trotsky, 1964). Pero encontramos también algunas reflexiones, a veces difusas y que solo recientemente se vienen recuperando, de autores como Voloshinov o Gramsci, marcadas por la originalidad respecto al pensamiento marxista de la época, que dejan entrever, desde una necesaria perspectiva histórica, argumentos para un análisis más profundo de las imposibilidades de conjugar ambos proyectos pero también de sus posibles implicaciones recíprocas.

Así V.N. Voloshinov, referente del fructífero círculo de M. Bajtin, aporta nuevas formas de pensar no solo la relación entre marxismo y psicoanálisis, sino también la dialéctica entre lo personal y lo social, a pesar de que paradójicamente se trate de un enfoque bastante crítico con el freudismo en ciernes (Voloshinov, 1999; Montalbán, 2011). La reciente recuperación del legado de Voloshinov puede ser ilustrativa de la necesidad y posibilidad apuntada por Rossi-Landi (1978) de una novedosa y anticipatoria aproximación a las relaciones entre el marxismo y otras disciplinas, tanto desde la perspectiva del lenguaje como de la ideología. Los puntos de partida de Voloshinov (1999) en esta tarea se basan en dos preceptos metodológicos básicos: una psicología marxista debe abordar la especificidad cultural e histórica de la conciencia humana y, a un tiempo, basarse en métodos objetivos. Con estos presupuestos de partida, la noción de inconsciente que pretende desarrollar Voloshinov no se fundamentará en contenidos pretendidamente instintuales. En una lectura novedosa del descubrimiento freudiano, y en línea con la tesis de Engels de que la conexión entre lenguaje y trabajo re-

presenta una vía privilegiada para la comprensión de la conciencia, se trata de un inconsciente lingüístico y dialógico, con un claro origen social, que muestra claramente, como también se esforzó en demostrar el propio Gramsci (1981), el carácter contradictorio de la conciencia. Esta idea de una ideología dinámica, no determinada de antemano para reproducir los esquemas de poder, no portadora a priori de un signo negativo o positivo, será asimismo uno de los rasgos centrales de la “hegemonía” como concepto central en Gramsci, retomado por Laclau y Mouffe (1987), que no remite unilateralmente al dominio de la clase privilegiada, sino al espacio de las relaciones de dominación y subordinación (Abeledo, 2012). A diferencia también de la aproximación mayoritaria, Gramsci (2006), a pesar incluso de su recepción indirecta y parcial del legado freudiano, dedicará parte de su interés a los aspectos más comprometedores de la operación de exportación del psicoanálisis a la cultura americana fordista, como son la relación entre la moral sexual y el malestar en la cultura, y sus implicaciones en la formación de una nueva personalidad femenina. Como enfatiza Boni (2007) tanto en los *Cuadernos de la Cárcel* como, de una manera más íntima, en las *Cartas desde la Cárcel*, Gramsci se interesa por el psicoanálisis como factor de desestabilización con respecto a toda una serie de equilibrios ideológicos de la cultura occidental contemporánea, sustrayéndose a la mera crítica biologizante del oficialismo soviético estalinista, o al injerto materialista del psicoanálisis, propio de la cosmovisión freudomarxista.

Sin embargo, serán fundamentalmente W. Reich y la Escuela de Francfort los referentes que la historia de la psicología recoja en los apartados dedicados a la relación entre psicoanálisis y política. Sin desmerecer las aportaciones históricas del freudomarxismo y su influencia sobre distintos movimientos sociales, culturales y políticos, en la década de 1930 y tras la Segunda Guerra Mundial, hemos de reconocer que no toman en cuenta los desarrollos ulteriores de la teoría pulsional freudiana. Para Reich y Marcuse lo más relevante es establecer la relación directa de la represión sexual con la coacción social y política, reivindicando una interpretación hedonista del psicoanálisis (Rodríguez-Kauth y Falcón, 1998). Se pierde así una sutileza fundamental de la reflexión freudiana sobre el malestar en la cultura que tendrá, sin embargo, importantes implicaciones en el desarrollo de una teoría política de cuño lacaniano: no hay tanta oposición entre cultura y pulsión. La pulsión alimenta la cultura y sus exigencias de renuncia encontrando así

una satisfacción más secreta. El malestar en la cultura no procede tanto de las exigencias de renuncia civilizadora cuanto de la evidencia de que en tales exigencias está implicada la propia satisfacción pulsional, forzada como alternativa al haber sido introyectada. Esto nos lleva a pensar en una verdadera erotización de la conciencia moral. Al volver la pulsión sobre el yo logra satisfacerse alternativamente en este circuito de renuncia y culpabilidad: “se goza de la renuncia”. Para Freud, la moral está, por tanto, contaminada de la propia pulsión (Montalbán, 2009).

En el prefacio al *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, Foucault (2004) apunta a nuevas zonas ganadas para el pensamiento crítico más allá de una interpretación familiar y dualista de los acontecimientos de la segunda mitad de 1960 sobre la base de la explotación social y la represión psíquica. La asignatura pendiente en la confluencia de Marx con Freud se asume también desde la orientación lacaniana, provista de una sobriedad y anti-utopismo que se aleja de la tradición clásica freudomarxista y retoma, a su cargo, el pesimismo y escepticismo freudianos, que el “vitalismo” de Deleuze considerara obstáculos para la potencia del devenir (Montalbán, 2012). A pesar de la recomendación de Badiou (2000) de mantener separados psicoanálisis y política, sobre todo desde una perspectiva silvestre, es innegable que frente a la emergencia del discurso ultracapitalista el psicoanálisis actualiza su condición de factor de la política. El psicoanálisis no puede retroceder ante la exigencia de una respuesta particular y propia frente al surgimiento de los nuevos malestares en la cultura. Más aún, podríamos hablar incluso, en el sentido en el que Alemán (2004) se refiere a los nuevos territorios filosóficos, de una politología poslacaniana. De hecho el psicoanálisis de inspiración lacaniana representa uno de los ejes centrales de un texto influyente como *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, que firman conjuntamente Butler, Laclau y Žižek (2000), y con el que se intenta establecer una trayectoria común de pensamiento y presentar, al mismo tiempo, de manera productiva los diferentes compromisos intelectuales de sus autores.

Así a comienzos del siglo XXI se reactiva el interés por valorar las influencias de la enseñanza lacaniana en el pensamiento político de izquierdas, de manera inédita y original. Hablar de izquierda de orientación lacaniana es referirse, en principio, al trabajo de un amplio abanico de autores como Althusser, Jameson, Castoriadis, Laclau, Mouffe, Žižek, Badiou, y, en el ámbito de la crítica de todas las formas de psicología

y psicologización, podríamos incluir, no sin reservas, al propio Ian Parker. Desde variadas coordenadas, se recurre explícita o implícitamente a la obra de Jacques Lacan para formular una aproximación alternativa al estado y al futuro de la izquierda política. Se trata de una apuesta caracterizada por el mantenimiento de una posición epistemológica y ontológica no-esencialista, la deconstrucción del sujeto emancipatorio y la crítica de la unicidad homogeneizante del discurso capitalista y de las formas de sujeción y subjetivación que lo acompañan (Montalbán, 2011).

Pero la presencia de referencias inspiradoras lacanianas no asegura siempre un corpus estable de posicionamiento más allá de la utilización de conceptos con cierto carácter aplicable al análisis político contemporáneo: falta, real, *jouissance* (goce), etc.

Frente a la mera apropiación-aplicación de la teoría lacaniana al análisis político, la aportación de nuevos autores, esta vez en castellano (Alemán, 2003; 2007; 2010; 2012), se hace inexcusable para trazar vías en las que el pensamiento de Jacques Lacan puede contribuir activamente a concluir el debate sobre el final y el futuro de la tradición marxista. Nos proponemos desarrollar y analizar críticamente algunas de las principales marcas lacanianas en esta elaboración.

THE LACANIAN LEFT

En 2007 aparece el texto de Stavrakakis *The Lacanian Left: Psychoanalysis, Theory, and Politics*, que reconoce el interés inicial de la ciencia política por el psicoanálisis en el hecho de que las referencias que se hacían del sujeto en el pensamiento político tradicional, sobre todo en el pensamiento de izquierdas, eran bastante elementales e ingenuas. Este texto retoma algunas ideas ya presentadas en su obra anterior publicada en 1999, *Lacan and the Political*, donde se recurre a la enseñanza de Lacan como un importante bagaje en la reorientación de la teoría política y el análisis crítico. A pesar de que las relaciones de Lacan, como antes las del padre del psicoanálisis, con la izquierda no fueron sencillas, se valora especialmente el “radicalismo antiutopista” (Stavrakakis, 2007) en su pensamiento, categoría que ya había sido aplicada a Freud por Robinson (1969). Stavrakakis identifica así algunas ideas básicas compartidas por la amalgamada compañía de izquierdistas lacanianos. Algunas de éstas tendrán un interés especial para pensar la posdemocracia en occidente, caracterizada por las restricciones que imponen la seguridad y la crisis económica, así como por la dis-

tancia cada vez mayor entre los espacios de participación popular y el juego político, y permitirá valorar la posibilidad de avance de la democracia radical y plural (Biglieri y Perelló, 2012).

En primer lugar, retoma la concepción lacaniana de la subjetividad, destacando el hecho de que el sujeto lacaniano está *esencialmente dividido*. El concepto de “falta constitutiva”, derivada de la propia constitución dividida del sujeto, en el caso de la Escuela de Essex, se extiende también a toda la esfera social. La idea es, entonces, que los seres humanos devienen sujetos al ingresar en el orden simbólico, asumiendo una falta estructural derivada del propio acceso al lenguaje. Esta falta hace imposible cualquier identidad en sentido fuerte, sustantivo y estable. La identidad solamente sería posible como una identidad fracasada. Lo que genera esto para el sujeto es una serie de identificaciones fallidas, un juego entre la identificación y su fracaso; un juego, en definitiva, profundamente político.

Esta falta constitutiva está directamente relacionada con la imposibilidad de acceso a lo Real. Lo que sacrificarían, entonces, los seres humanos en el proceso de subjetivación es el acceso inmediato a cualquier tipo de naturalización o animalidad. Las necesidades se transforman en demandas mediadas por el lenguaje, los instintos devienen pulsiones y deseos. Lo que se pierde es el acceso inmediato a ese Real sin ley simbólica (Stavrakakis, 2007).

A partir de esta operación cualquier relación a lo Real será a través de la simbolización. Ganamos acceso a la realidad, como constructo simbólico, pero lo Real, en sí mismo, es sacrificado para siempre. Ninguna identificación nos posibilita restaurarlo o recapturarlo. Pero es justamente esta imposibilidad la que nos fuerza a identificarnos una y otra vez. Los sujetos no pueden con el lenguaje alcanzar una plenitud o una identidad estable que dé cuenta de ellos en su singularidad. Así la identificación simbólica (y social) siempre compartirá frontera con la alienación, siempre tendrá algo de impropia.

De esta manera, Stavrakakis retoma el problema de la negatividad en la retórica de la izquierda, y cómo subvertirla en positividad transformadora. Aquí recurre al concepto lacaniano de goce, que ya Žižek (1992) había tratado para mostrar cómo la ideología opera no solo en el nivel del significado. El goce designa un tipo de satisfacción entrópica, paradójica, que apunta a lo Real y está ligada a la repetición sintomática, no significable, y que Stavrakakis convierte en un poderoso agente de vinculación afectiva como

factor de la política. Incluye este elemento, junto a la dimensión simbólica, en los procesos de identidad, distinguiendo tres tipos de goce: el goce de la fantasía de completud de la idea de nación glorificada, el goce parcial de la celebración de las hazañas y el enaltecimiento identitario, y el goce robado por otros ajenos, el inmigrante, el enemigo del país, etc. (Žižek, 1999). Así Stavrakakis (2007: 212) afirma que “la dialéctica lacaniana del goce es capaz de mejorar notablemente nuestra comprensión de los procesos de apego o adhesión que reproducen las relaciones de subordinación y obediencia, estimulan la identificación ideológica y sostienen la organización social”.

A partir de este elemento se pretende explicar por qué persisten algunas formaciones políticas teóricamente insoportables para la ciudadanía, y cómo, en muchos casos, el compromiso con el cambio político progresista es difícil de contagiar entre la población. Para Stavrakakis (2007), el desarrollo de una democracia radical, que no olvide la presencia del antagonismo como condición inherente y promueva la acción política libre y concertada, rechazando a su vez todo tipo de ordenamiento policial, requerirá de un pasaje desde el goce fálico, relativo a la cuestión del tener y tan determinante en la actual hegemonía de la cultura consumista, al goce “no-todo” lacaniano, propio de la posición femenina. Para Lacan el no-todo no remite a una parcialidad, ni a un resto o una excepción, sino que representa más bien el desafío de concebir un universo sin límite ni punto de clausura, sin relación directa con las categorías habituales del pensamiento de los seres hablantes. Se puede ubicar más allá del plano de las identificaciones y en oposición al discurso del Amo (Aleman, 2009).

En general, esta nueva influencia lacaniana en el pensamiento político está siendo acogida con interés aunque debemos distinguir, con Robinson (2004), la existencia de una corriente más nihilista o rupturista, representada fundamentalmente por Žižek y Badiou, y otra más cercana a la democracia radical, con Laclau a la cabeza, y Stavrakakis como cronista. Las críticas a las contribuciones de éste último se han centrado en un excesivo interés por la aplicabilidad de la teoría lacaniana a la actualidad política y a operaciones deconstructivas de la democracia liberal, en detrimento del establecimiento de una agenda política original y distintiva. Creemos que, aunque sea de manera indirecta, a estas críticas responde un desarrollo paralelo en Latinoamérica y España que, aun denominándose de manera idéntica, tiene en principio escasa relación con la anterior propuesta.

LA IZQUIERDA LACANIANA

También en 2007 y, como decimos, sin una conexión directa con la producción de Stavrakakis, Jorge Alemán comienza una operación intelectual sobre la izquierda lacaniana que va a implicar a un grupo de pensadores posmarxistas y psicoanalistas lacanianos a ambos lados del Atlántico (Alemán, 2007; 2009; Bonazzi, 2012; Montalbán, 2011). El propio Alemán (2009) señala que la intención de su propuesta es abordar toda una serie de temáticas compartidas sin buscar una aplicabilidad instantánea en la referencia a Lacan que obligue a incluir sus contribuciones en la modalidad propia del discurso filosófico. Esto pretende generar también un debate de mayor alcance en la relación entre la política y el sujeto.

El desarrollo de la enseñanza lacaniana ha tenido avances diferentes en el ámbito anglosajón y en el de las lenguas romances. En el primero ha estado más ligado al mundo universitario, aprovechando de Lacan distintos conceptos y elaboraciones que pretenden aplicarse al análisis social, político, cultural, etc., en esta era posglobalizada. Por ejemplo, en muchas universidades norteamericanas, Lacan es conocido fundamentalmente a través de los estudios de *French Theory*, de *Queer Theory*, y de *Cultural Studies*, o incluso en los departamentos de cine, donde se utilizan sus aportaciones a una teoría de la mirada. En Francia, Latinoamérica, Italia y España, se trata de un interés más clínico, articulado a estructuras institucionales como la Asociación Mundial de Psicoanálisis y el llamado Campo Freudiano, conectado estrechamente a la propia práctica psicoanalítica y, a partir de ahí, a su conexión ética, epistémica y política. Se valora su operación de “retorno a Freud”, retorno a las fuentes, como medida de deconstrucción y avance del psicoanálisis tras la deriva que representa la tradición postfreudiana, sobre todo en su versión de la “egopsychology”, que prefirió privilegiar la segunda tópica frente a la primera o la tercera, reconfigurando los conceptos freudianos en torno de la idea de adaptación, haciendo del yo una función psicológica de acomodo a la realidad.

La propia recepción de lavasta producción de Jacques Lacan también es cuantitativa y cualitativamente diferente en inglés que en francés o castellano. Hay disponibles muchas más traducciones directas de su obra al castellano que al inglés (sobre todo por la rápida y fructífera extensión del psicoanálisis lacaniano en Argentina y su traspaso desde mediados de la década de 1970 a España a través de la labor, entre otros

y desde Barcelona, de Oscar Masotta), lo que facilita que en este último idioma su obra sea introducida mediante la lectura particular de otros autores, para el tema que nos ocupa esencialmente a partir del trabajo de Laclau, Žižek y Stavrakakis. También en castellano se están publicando los Seminarios anuales de Orientación Lacaniana de Jacques Alain Miller que, tras la muerte de Lacan en 1981, se ha dedicado principalmente al estudio y la difusión de su pensamiento.

En este contexto resulta entonces de interés detenernos en la singularidad de la nueva propuesta para una izquierda lacaniana. Hay distintos elementos a tener en cuenta pero podemos centrarnos en la implicación de una teoría lacaniana del sujeto y la posibilidad de una lógica colectiva emancipatoria. Es notoria la secuencia de pensadores, que aún a pesar de sus diferencias, intentan “acomodar” la emancipación al sujeto que la soporta, con el propósito de que el equipaje incómodo que Freud genera y Lacan retoma hasta sus últimas consecuencias para el psicoanálisis, a saber, el “real sin ley” y la división irreductible del sujeto, pueda ser reabsorbido en el horizonte del proceso de transformación. Así podríamos enumerar el “compromiso sartreano”, “el proceso sin sujeto” de Althusser, el “esquizo revolucionario” de Deleuze, la “hermenéutica del sujeto” en el último Foucault, la “fidelidad” en Badiou, o la “subjetivación política” de Negri. Estos ejemplos constituyen distintas estrategias teóricas, que más allá de las claras diferencias que mantienen entre sí, intentan mitigar los efectos que estas “las malas noticias” freudo-lacanianas deparan para cualquier lógica colectiva-emancipatoria que pretenda prescribir y proclamar su universalidad. En palabras de Alemán su nueva apuesta apunta a hacerse “cargo de las malas noticias del discurso analítico y volverlas una herramienta para repensar la política en su dimensión transformadora” (Alemán y Rosario, 2012), abandonando cierta obsesión porque las piezas encajen rápidamente y soportando todas las tensiones propias de una encrucijada teórica nueva. La operación se origina provisionalmente para sus iniciadores como una antifilosofía del sujeto político.

Mayoritariamente la retórica que ha sustentado el hecho emancipatorio se sostiene en la idea de que el sujeto logrará liberarse de las coerciones exteriores que limitan su acceso al goce. Desde esta perspectiva de izquierda lacaniana se opta por definir nuevas herramientas para pensar la emancipación, sin referencia a sujetos históricos teleológicamente constituidos, ni a contradicciones dialécticas; sin recurrir a soluciones utópicas o a los lugares comunes de la narrativa

revolucionaria que culmina en el advenimiento del “hombre nuevo”, de la sociedad plena, sustentada en un simbólico inmunizado frente a las fracturas y dislocaciones propias de lo Real. No queda lejos de este punto de partida la distinción de Lacan, en el *Seminario XX, Aún*, impartido en el curso 1972-73, entre revolución y subversión. Lacan, con el estilo irónico y epigramático que lo caracteriza, asimila la revolución a un movimiento circular, giratorio, que siempre está destinado a evocar el retorno: da igual quién ocupe el centro de rotación, la concepción del mundo seguirá siendo esférica. La subversión, afirma, “no está en haber cambiado el punto de rotación de lo que gira sino en haber sustituido un *gira* por un *cae*” (Lacan, 1981:56). ¿Con qué herramientas podemos contar entonces? Entre otras, siguiendo a Alemán (2009), la izquierda lacaniana se basará en:

No dar por eterno o terminal (en el sentido del fin de la historia) el principio de dominación capitalista. Insistir en el carácter contingente de la realidad histórica del capitalismo. Confrontarse con la tendencia historicista que tiende a transformar un acontecimiento, por el solo hecho de haber sido posible, en necesario.

Reformular el concepto de “anticapitalismo” por fuera de lo utópico, y del mero progresismo, teniendo presente que la salida histórica del sistema capitalista es hoy por hoy irrepresentable. En este sentido, Lacan presenta el capitalismo, no solo como régimen económico y político, sino como discurso que confiere a la realidad una conexión de lugares capturados en un movimiento circular que no ofrece un punto concreto desde donde se pueda realizar una operación de corte. Hoy en día, la presencia onnipotente de la técnica (en el sentido heideggeriano), la estructura mediática y los movimientos del capital han logrado establecer un sistema en donde las opciones políticas no presentan un antagonismo, se construyen siempre desde un consenso, se trata de ver quién es el que lo hace mejor, quién administra mejor. La actual crisis europea ilustra este extremo: la dimensión política está cautivada por la faceta gerencial y administrativa. No aparece por ningún lado la invención ni la posibilidad de construir un relato emancipatorio, pues incluso desde la propia izquierda se suponía que esta necesidad estaba superada.

En línea con esto, se propone pensar también todos los obstáculos que hay del lado del sujeto para asumir un proceso de cambio (Alemán, 2010). El mero hecho de considerar al colectivo social y, al propio sujeto, como constituidos a partir de una fractura

insalvable impide la conquista de una identidad plena y clausurada. Pero desde esta vertiente de la izquierda lacaniana, las dificultades identitarias del sujeto histórico se consideran más que un déficit, una posibilidad de transformación, aunque sea poco previsible su resultado final. La lectura que Lacan hace de ciertos aspectos del marxismo desestabiliza la suposición de la supuesta propiedad ontológica del proletariado, es decir, que haya alguna clase que pueda constituirse en *para sí*, predestinada de antemano para desconectar el circuito cerrado del capitalismo, que posea una identidad esencial a priori que no exija una elaboración, una construcción que hay que producir contingentemente para poder interpretar la estructura en la que está involucrada. Alemán (2010) considera así que una transformación parcial, aunque no sea corte o ruptura definitiva desde la perspectiva de la totalidad, es a veces la desviación oportuna que nos devuelve al camino de la construcción política. Aquí es donde aparecen como inspiradoras algunas de las ideas de Laclau cuando revaloriza la parcialidad, no como mero gradualismo, aproximación sucesiva, de menos a más, hacia la totalidad, sino en cuanto evidencia del carácter inaccesible de lo Real, tal y como hemos recogido que lo define Jacques Lacan.

Algunos desarrollos recientes permiten concretar aún más las implicaciones de estos presupuestos para la acción social transformadora. Se parte de la hipótesis de que el posmarxismo recurre a Lacan para pensar la emancipación sin ataduras metafísicas pero sin renunciar tampoco a definir una ontología radical de la política que implique revelar la estructura y la constitución del sujeto que la sustenta y es responsable de la misma. Remitirse a Lacan posibilita la inclusión en un debate innovador sobre una política emancipatoria en las cuestiones relativas al sujeto y la singularidad. Para ello Alemán (2012) recurre a una operación de conjunción-disyunción a través de la fórmula “Soledad: Común”. La soledad del sujeto remite en la producción lacaniana a su surgimiento como vacío sin sustancia y sin la posibilidad de representación por parte de los significantes instituyentes en una totalidad. Se trata, por tanto, de una soledad radical pues ninguna intersubjetividad puede sustituir de manera definitiva ese lugar vacío, resultado de la desustancialización del sujeto, cuyo agente principal es el lenguaje. No obstante, este sujeto barrado es convocado repetidamente a imaginar su completud a través de aquellos significantes que lo representan y lo refieren a determinados ideales, así como mediante distintas estrategias fantasmáticas que incluyen al ob-

jeto en sus diferentes modalidades como medida veladora del vacío estructural. También la consideración del impacto del lenguaje (como aquello que siempre nos antecede) remite al Otro, al orden simbólico correspondiente a la estructura lingüística, como precedente lógico de la constitución subjetiva. Así “el sujeto nace sincrónicamente en el lugar del Otro, tachado por el Otro. Sus historias, sus legados, sus herencias, sus destinos anatómicos, quedarán siempre modulados por el juego combinatorio del significante. Incluso sus elecciones más íntimas y cruciales” (Alemán, 2012: 13-14). A lo largo de la enseñanza de Lacan, el concepto de Otro fue dando paso a distintas elaboraciones desde la estructura inicial del lenguaje hasta la invención del neologismo “La lengua”, como “aparato” donde se amalgaman significantes y pulsiones, condición ontológica estructural de lo común a todo ser hablante, que co-pertenece asimismo a la soledad subjetiva. Soledad y común, agujereados ambos por el vacío de la brecha ontológica que Lacan nombrará como “ex-sistencia”. Frente a ello, la alianza de capital y técnica, según Alemán, ha logrado constituir una estructura de emplazamiento sustentada en dispositivos de control que toman la forma de protocolos de evaluación, objetivación, planificación, producción biopolítica (de los sujetos), etc., cuyo resultado es la infantilización generalizada. Se trata de una cierta forma de habitar el mundo donde nadie está atravesado por una idea pues los sujetos están reducidos exclusivamente a opiniones y cuerpos, sin opciones a producir una experiencia de desciframiento de la verdad singular.

La pregunta que nos asalta en este punto es si en este escenario hay lugar para un relato emancipatorio. El proyecto de *hacia una izquierda lacaniana* no se conforma con corroborar el agotamiento del sujeto histórico y de la creencia de que el propio movimiento intrínseco del capitalismo propiciará su atravesamiento. Así Alemán (2010) plantea la redefinición de la experiencia política, lo que exige la implicación de la dimensión subjetiva a fin de establecer una nueva lógica de la relación política-sujeto.

CONCLUSIÓN

Las dos aportaciones comentadas comparten el interés por la influencia diversa de la enseñanza lacaniana en la revitalización del pensamiento político de izquierdas al comienzo del siglo XXI. Stavrakakis (2007) hace suyos dos elementos fundamentales de

la teoría lacaniana que intenta anudar en una dirección posdemocrática: el aspecto simbólico de las identificaciones, y el papel del goce para abordar la dimensión afectiva, y comprender las condiciones de una identidad duradera. Así la nueva orientación transformadora, cuando los pilares de la democracia ultraliberal se tambalean, pasaría por posibilitar una relación nueva, subjetiva y colectiva, al goce. Es aquí donde Stavrakakis recurre al concepto lacaniano de goce no-todo, como alternativa al goce fálico (en el orden del tener), tan presente en la hegemonía del consumismo. Algunas de las críticas recibidas tras la publicación del texto de 2007 se refieren precisamente a este punto (Noys, 2009). Žižek (2008) considera que la teoría lacaniana del goce ayuda a Stavrakakis a equilibrar de manera simplista la dialéctica entre negatividad y positividad de lo Real en la teoría de Laclau, reduciendo la contribución del psicoanalista francés a un papel secundario en la reactualización del marco teórico de la democracia radical.

En este sentido, la aproximación de Alemán parece estar mejor advertida cuando afirma que empezó “a percibir que había un gran problema, en la relación Lacan-Laclau. Un problema extraordinario, pues hay un aire de familia en un conjunto vasto de términos, pero a la vez hay que ser muy minucioso y estar muy atento para poder, verdaderamente, situar diferencias que son muy determinantes en el modo de concebir la cosa que queremos pensar” (Alemán y Laclau, 2011: 368). Así se concreta la diferencia, y también una paradójica vecindad, entre Lacan y Laclau en la pregunta sobre cómo es posible la transformación social si no se realiza dialécticamente, sin confiar en que se posibilitaría a partir del movimiento de sus propias contradicciones, por mera concurrencia de la acción política. Esto representa una invitación a pensar la emancipación por fuera de las retóricas tradicionales, lo que remite también a un replanteamiento de la teoría del sujeto político. Recientemente, Alemán (2013) remarca el carácter “constructivo” del neoliberalismo centrado en la producción de un nuevo tipo de subjetividad respecto al concepto heideggeriano de la estructura de emplazamiento del ser propuesta por la técnica. Se trata del sujeto emprendedor, homogenizado con un empresario de sí mismo, que vive permanentemente en relación con el exceso, la presión, el rendimiento, el goce de la rentabilidad y la competencia. La cuestión aquí es si la racionalidad contemporánea del capitalismo puede producir enteramente a este sujeto, si este sujeto es simplemente una producción histórica a partir de los

dispositivos de poder y saber, o si por el contrario en la propia constitución estructural del sujeto hay elementos que ningún orden socio-político-histórico, por novedoso que sea en el empleo de dispositivos de control sobre los cuerpos y las subjetividades, puede integrar total y definitivamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Abeledo, M. (2012) Lo popular, lo vivo, lo artístico. Algunas premisas para una teoría literaria gramsciana. *Ex-libris*, 1, 1, 220-234.
- Acanda, J. L. (1998) La confluencia que se frustró: Psicoanálisis y bolchevismo. *Temas*, 14, 107-120.
- Alemán, J. (2003) *Derivas del discurso capitalista: notas sobre psicoanálisis y política*. Málaga: MGE.
- Alemán, J. (2007) Notas sobre una izquierda lacaniana... *Pensamiento de los confines*, 20, 91-94.
- Alemán, J. (2009) *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Grama.
- Alemán, J. (2010) *Lacan, la política en cuestión*. Buenos Aires: Grama.
- Alemán, J. (2012) *Soledad: Común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires: Clave Intelectual.
- Alemán, J. (2013), "Neoliberalismo y subjetividad", artículo disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-215793-2013-03-14.html>, 29 de mayo de 2013.
- Alemán, J. y Laclau, E. (2011) Psicoanálisis, retórica y política. *La Biblioteca, modos intelectuales*, 11, 366-373.
- Alemán, J. y Rosario, J.L. (2012) "Poética política: Antifilosofía del sujeto político. Entrevista a Jorge Alemán", entrevista disponible en http://lainyeccion.com/index.php?option=com_content&view=article&id=86:poetica-politica-antifilosofia-del-sujeto-politico-entrevista-a-jorge-aleman&catid=36:divan-de-cuero&Itemid=38, 28 de mayo de 2013.
- Angelini, A. (2008) History of the unconscious in Soviet Russia: From its origin to the fall of the Soviet Union. *The International Journal of Psychoanalysis*, 89, 2, 369-388.
- Badiou, A. (2004) Política y psicoanálisis. *Página literal. Revista de psicoanálisis*, 2, 90-94.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2012) *Los usos del psicoanálisis en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau*. Buenos Aires: Grama.
- Bonazzi, M. (2012) *El lugar político del inconsciente contemporáneo*. Buenos Aires: Grama.
- Boni, L. (2007) Gramsci et la psychanalyse(I). Sur les traces d'une réception fragmentaire dans les Cahiers de prison. *Cliniques méditerranéennes*, 75, 247-258.
- Borch-Jacobsen, M. (1991) The Freudian subject, from politics to ethics. En E. Cadava, P. Connor, & J. Nancy (Eds.), *Who Comes after the Subject?* New York: Routledge. pp. 61-78.
- Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. (2000) *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004) Preface, en G. Deleuze y F. Guattari (A.), *Anti-Oedipus*. Minneapolis: University of Minnesota. p.p. xiii-xvi.
- Gramsci, A. (1981) *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.
- Gramsci, A. (2006) *Cartas desde la cárcel*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y La Rana.
- Jiménez-Burillo, F. (1993) Freud y la Política. *Psycothema*, 5, 1, 45-51.
- Lacan, J. (1981), *El Seminario. Libro XX, Aún*. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1994), *Escritos, vol. 1*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, E., Mouffe, Ch. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Montalbán, F.M. (2009) *Comunidad e inconsciente. El psicoanálisis ante el hecho social*. Málaga: MGE.
- Montalbán, F. M. (2011) Diálogo entre marxismo y psicoanálisis: vigencia del legado de V. N. Voloshinov. *Universitas Psychologica*, 10, 1, 263-277.
- Montalbán, F.M. (2012) Pesimismo freudiano: salud mental y malestar en la cultura. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 15, 3, 497-511.
- Noys, B. (2009) Review articles. *Historical Materialism*, 17, 183-190.
- Pollock, G. H. (1982) Psychoanalysis in Russia and the USSR: 1908-1979. *Annual of Psychoanalysis*, 10, 267-279.
- Rizo, M. (2006) La psicología social como fuente teórica de la comunicología. *Andamios*, 3, 5, 163-184.
- Robinson, A. (2004) The politics of lack. *The British Journal of Politics & International Relations*, 6, 2, 259-269.
- Robinson, P. A. (1969) *The Freudian Left*. New York: Harper & Row.
- Rodríguez-Kauth, A. y Falcón, M.I. (1998) Desarrollo en psicoanálisis y política. *Psicología Política*, 17, 79-100.

- Rossi-Landi, F. (1978) *Ideología*. Milán: Isedi.
- Stavrakakis, Y. (1999) *Lacan and the Political*. Londres: Routledge.
- Stavrakakis, Y. (2007) *The Lacanian left*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Trotsky, L. (1964) *Littérature et Révolution*. París: Julliard.
- Voloshinov, V. N. (1999) *Freudismo. Un bosquejo crítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (1992) *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.
- Žižek, S. (1999) *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI.
- Žižek, S. (2008) *In defense of lost causes*. Londres: Verso.

Sobre la participación ciudadana y su relación con otros factores

Pilar Moreno-Jiménez

¿QUÉ SIGNIFICA “PARTICIPAR” EN LA SOCIEDAD?

Participación social, movimientos sociales, manifestaciones, huelgas... son conceptos actuales referenciados en los medios de comunicación y redes sociales, especialmente en estos últimos años de crisis donde parece que muchos ciudadanos se manifiestan contra algunas políticas gubernamentales impuestas en nuestro país.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a la participación social? De forma sencilla se puede definir como “tomar parte en alguna actividad o proceso” del sistema social y de la vida comunitaria (Sánchez, 1991). Se trata de cualquier actividad, intervención o relación que el ciudadano mantiene con instancias e instituciones que no reportan una reciprocidad inmediata o de intercambio mercantil. Algunos trabajos

en el ámbito español han estudiado la participación social en el contexto de la integración social, entendida esta última como implicación en la sociedad. Observando los mecanismos de participación que se dan en la sociedad, notamos que hay diferentes formas de participar, a veces incluso enfrentadas. Sánchez (1991) especifica que una participación “desde arriba” posee una estructura más organizada y busca un cambio social, de modo que cualquier sociedad produce formas de institucionalizar la participación a nivel cultural, social, político y económico, y a través de diferentes cauces (familia, empresa, partidos, grupos intermedios, Estado, etc.), lo que permite la gestión y satisfacción de necesidades comunes (García, 2001). Se realiza por medio de organizaciones sociales (partidos políticos, comités, consejos o juntas) con unos objetivos que otorgan estructura y organización. Por

el contrario, una participación “desde abajo” se caracteriza por la espontaneidad y el carácter lúdico, no proveniente de instituciones reguladoras, sino de asociaciones vecinales, sectoriales, como pueden ser los grupos de autoayuda y los movimientos sociales. Por tanto, es una participación que se produce a un nivel más informal o en la vida cotidiana. A su vez, podemos diferenciar la participación formal y la participación informal. La primera trata de redes sociales y asociativas con algún fin (cultural, político, religioso, profesional) y que adopta un carácter formalizado al inscribirse, por ejemplo la participación en una ONG o sindicato. Sin embargo, tienen un carácter más informal aquellos grupos que se reúnen para compartir intereses culturales o de entretenimiento, así como la ayuda voluntaria a otras personas al margen de asociaciones formales (Colectivo Ioé, 2007). Se puede considerar una participación puntual o continua en el tiempo, según el grado de compromiso adoptado por el participante. Por último, la participación puede ser entendida como medio de transformación social o como un fin en sí misma.

A pesar de la relación y similitudes entre varios conceptos, diferenciamos (Moreno-Jiménez, Ríos y Vallejo, 2013) una participación comunitaria de una participación sociopolítica. La primera recoge aquellas conductas que se producen a nivel informal en la vida cotidiana o a un nivel semiformal (por ejemplo, acudir a charlas o debates sobre temas sociales y de actualidad) pero cuyo objetivo directo no es la consecución de un cambio social; incluye las actividades de tipo cultural o de ocio (como participar en actividades que se realizan en el propio barrio) que se pueden llevar a cabo desde las asociaciones de vecinos, de padres y madres, peñas, etc.. La Participación Comunitaria está relacionada con aquellas pautas comunitarias que se desarrollan estableciendo relaciones sociales en torno a temas de interés común, pero en el que no existe un objetivo directo de cambio social. Se trata de una participación más informal, menos estructurada y de menor continuidad, que por lo general, cambia de actores de manera fluida. Por otro lado, la participación sociopolítica recoge aquellos comportamientos participativos de carácter más o menos formal que persiguen un cambio social. Alejados de una participación ciudadana exclusivamente como una cuestión política que sigue los cauces convencionales del sufragio y otros foros (Méndez, 2005) se entiende que una participación sociopolítica se produce en todos los ámbitos aunque sea el político un aspecto central y con un fin de cambio (Zamora, 2008). También se

incluyen en este concepto los movimientos sociales o movilizaciones ciudadanas, o la recogida de firmas con objeto de un cambio social. Esta participación implica cierto nivel de activismo y de compromiso social y hace referencia a la intervención en aquellas estructuras y procesos que persiguen un cambio y que, de forma consciente, se actúa para conseguirlo.

PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD SOCIAL ACTUAL Y PARTICIPACIÓN

El concepto de ciudadanía es un concepto complejo que ha ido modificándose a lo largo de las últimas décadas. Incluye una serie de obligaciones y derechos sociales y políticos que se otorgan de manera generalizada al conjunto de la sociedad por el mero hecho de pertenecer a ella. Pero ¿qué significa hoy en día ejercer una ciudadanía activa o ser ciudadano de pleno derecho? Antes habría que conocer en profundidad la percepción de la población sobre la realidad social que le rodea.

En ciertos periodos, nadie puede negar las evidentes señales de la calle que muestran alejamiento, descontento y malestar, es decir, desafección de la población sobre la situación política (Robles, Delgado, Martínez y Vázquez, 2008). Esto es algo que si bien no parece erosionar la legitimidad de los regímenes democráticos, sí es un síntoma de un claro malestar con la vida política democrática. En los últimos años hemos asistido, no sólo a un incremento de la percepción negativa de los ciudadanos y ciudadanas sobre la realidad social y política, sino a reivindicar en la calle cuestiones puntuales del propio sistema democrático, que en último término, exigen un mayor protagonismo de la ciudadanía en la toma de decisiones.

Los últimos datos ofrecidos por el Centro de Estudios Sociológicos (Barómetro de Julio 2013) dejan un panorama poco alentador y de valoración negativa sobre la opinión que tienen los ciudadanos a nivel nacional sobre la realidad social. Así, el 89.9% de los encuestados piensa que la situación económica actual en España es mala o muy mala y el 57.1% opina que la situación es peor que hace un año. Asimismo, respecto a la situación política actual, el 81.5% de los encuestados piensan que es mala o muy mala y el 43.7% que esta situación es peor que hace un año. Además, entre los principales problemas a nivel nacional se señalan por orden de importancia los siguientes: el paro (80.9%), la corrupción y el fraude (37.4%), los problemas de

índole económica (34%), los políticos y los partidos políticos (27.6%). Ante este panorama de percepción negativa de la población nacional sobre la realidad social y, en su conjunto, sobre el desarrollo del sistema democrático, cabe preguntarse ¿qué rol ejerce el ciudadano? Aunque la participación de la ciudadanía en cuestiones políticas reporta importantes beneficios al sistema democrático, en tiempos de desafección política, la implicación en asociaciones voluntarias o acciones políticas se resiente (Fernández, 2009). Hoy en día estamos asistiendo a varios fenómenos protagonizados por los ciudadanos: por un lado, hay un sector que claramente opta por la acción social, la reclamación de sus derechos sociales (la Plataforma Stop Desahucios o el 15M son ejemplo de ello). En este sentido se puede hablar de “movilización cognitiva” (De Maya y Font, 2004), es decir, ciudadanos formados e informados que no se conforman con un rol pasivo y limitado a votar cada cuatro años y demandan mayores oportunidades para alzar la voz. Por otro lado, el aumento de situaciones de pobreza o dificultad socio-económica está motivando acciones de ayuda mutua, acciones controvertidas como el reparto de comida en la calle sin criterio selectivo o programas televisivos donde personas con necesidades concretas piden y reciben ayuda económica de los televidentes. Estas acciones son apoyada por la mayoría de los ciudadanos y criticadas por gran parte de los profesionales que ven en este tipo de actuaciones basadas en la recaudación de dinero para familias necesitadas, un claro ataque al Estado de Bienestar y a la universalidad de los derechos sociales; Para el Consejo General de Trabajo Social, supone un parche para los problemas de las familias, cuya dignidad no se respeta, así mismo, en estas acciones la caridad prima sobre los derechos sociales, lo que va en contra del principio de justicia social.

De esta realidad controvertida se deduce que si bien hay un amplio consenso acerca de la necesidad de aumentar el compromiso cívico de los ciudadanos para contrarrestar las deficiencias de la democracia moderna (Van-Deth, 2006), no toda participación es válida desde el punto de vista ético y técnico. Eso sí, la sociedad civil anclada en una sólida red de asociaciones hace a los propios ciudadanos más fuertes en un sentido democrático al proveerlos de habilidades políticas y cívicas al tiempo que mejoran su sentido de la eficacia (Vázquez, 2010). La cuestión es definir y diferenciar la caridad y asistencialismo del compromiso cívico y la solidaridad.

¿TIENE CONSECUENCIAS PERSONALES LA PARTICIPACIÓN?

El ejercicio de una ciudadanía activa no influye sólo en una mejora de la salud democrática sino que también repercute en el bienestar individual de aquellos que la ejercen. Son numerosos los estudios a nivel psicosocial que plantean que una mayor integración en la comunidad y mayores niveles de participación social, hace que la persona ejerza mayor sentimiento de competencia y control, constituyendo esto por sí mismo un importante componente del bienestar psicológico (Moos, 2005, entre otros). En el caso concreto del voluntariado, diferentes investigaciones muestran el efecto positivo del mismo sobre el bien personal (Hidalgo y Moreno-Jiménez, 2013).

El grado de participación de una persona en la vida social de la comunidad, por lo tanto el grado de integración social, es un requisito imprescindible para la configuración de la red social y del apoyo social (Gracia, Herrero y Musitu, 2002). Por ello, una alta participación comunitaria se relaciona con mayores puntuaciones en autoestima social y satisfacción con la vida, menores niveles de soledad (Martínez, Amador, Moreno y Musitu, 2011) y mayor ajuste psicosocial. Esto es obvio si imaginamos una persona que se integra, participa, crea sus redes sociales y obtiene apoyo social de la comunidad.

Por ello, la participación se considera un elemento esencial de la intervención en la comunidad como mecanismo de intermediación y dinamización social. La participación se convierte en un medio para implicar a las comunidades ya que sus efectos contribuyen a los procesos de empowerment y al sentido de comunidad. Este sentimiento de comunidad se basa en la vinculación de los sujetos a un espacio común, a una misma forma de vida, que puede producir una conciencia de participación para resolver problemas (Musitu, 1991), es decir, el compartir un sistema de referencia común hace que se perciba un vínculo entre la conducta participativa y la resolución de conflictos comunitarios. Esto a su vez, aumenta los sentimientos de competencia y control y disminuye los sentimientos de alienación (Chavis y Wandersman, 1990). De acuerdo con la literatura, una mayor integración en la comunidad y mayores niveles de participación en actividades y organizaciones comunitarias influyen de forma positiva sobre el sentimiento de competencia y control, lo que constituye un importante componente del bienestar psicológico (Moos, 2005; Ortiz-Torres, 1999). Desde el modelo de apoyo social y estrés

(Lazarus, 1996) la participación en las distintas instancias asociativas del barrio permite al sujeto acceder a un mayor número de fuentes de apoyo social, con lo que aumentaría su bienestar y su calidad de vida (Gil, Pons, Grande y Marín, 1996). Por lo tanto, conocer y aumentar los niveles de participación comunitaria y sociopolítica se torna una necesidad si la intervención psicosocial se dirige a que los ciudadanos asuman el control de sus vidas y procuren resolver sus problemas solidariamente.

¿CUÁNTO PARTICIPAMOS?

Los datos utilizados para estudiar la participación se extraen generalmente del uso de encuestas como los Eurobarómetros, Encuestas Mundiales de Valores, Barómetro Social de España, etc. Este hecho produce ciertos problemas metodológicos ya que no se pueden realizar comparaciones entre países y se mide la participación únicamente en función de la pertenencia a determinados grupos políticos o sociales, lo cual dificulta la aprehensión en términos más psicosociales de esta variable de interés para el psicólogo (Morales, 2001). En el contexto español existen algunas líneas de trabajos relevantes en torno al concepto de Apoyo Social Comunitario (Gracia y Herrero, 2006; Gracia et al., 2002 y Herrero y Gracia, 2007). Estos autores desarrollan estudios sobre el apoyo social y diseñan algunos instrumentos para su evaluación. Han construido varias versiones del cuestionario de Apoyo Social Comunitario Percibido en el que se incluye la participación comunitaria, entendida como participación en las actividades de la comunidad. En algunos casos, evalúan conjuntamente dimensiones objetivas de participación (frecuencia de asistencia a eventos o grado de asiduidad en reuniones y asociaciones), así como la satisfacción derivada de esa participación. Otros autores (Gil et al., 1996 y Marín, Pons, Grande y Gil, 2002) miden la participación comunitaria a través de la frecuencia de participación en las asociaciones ciudadanas existentes en el barrio estudiado.

Fuera del contexto español encontramos The Youth Inventory of Social Involvement (Pancer, Pratt y Hunsberger, 2000) del cual existe una adaptación en español utilizada en un estudio en Chile (Silva y Martínez, 2007) que evalúa la frecuencia de participación en diferentes actividades y organizaciones comunitarias. Recientemente se ha elaborado una escala (Moreno-Jiménez et al., 2013) que se suma al desa-

rrollo de instrumentos para la investigación de aspectos de la vida social y comunitaria. En particular, considera los dos tipos de participación mencionados (comunitaria y sociopolítica) y ofrece unas características metodológicas adecuadas para la investigación de este concepto.

En los últimos años vivimos una profunda crisis financiera y económica que se concreta en recortes en políticas públicas, altos índices de desempleo, precariedad laboral, aumento del porcentaje de personas situadas en el umbral de la pobreza, etc. Esta situación lleva a que la población, en su mayoría, tenga una percepción negativa sobre la realidad social que le rodea y una baja expectativa sobre una mejora significativa en el corto y medio plazo. Ante esta coyuntura, los científicos sociales debemos preguntarnos, ¿se plasma esta percepción en un mayor compromiso colectivo?.

En general, nuestros resultados en diferentes trabajos realizados en España permiten concluir un grado de participación bajo. Es habitual que los estudios muestren índices bajos de participación y de afiliación política (Morales, 2001). Sin embargo, a pesar de los bajos índices de afiliación a partidos políticos y el bajo crédito de la clase política, asistimos a una considerable movilización, que aunque no se encuadran en las estructuras clásicas partidistas o sindicales, conllevan un alto grado de auto-organización. A este esquema responden por ejemplo, los centros sociales, los foros sociales o, como antes mencionábamos, los recientes aparecidos *15M* y la *Plataforma Stop Desahucios*.

SI PARTICIPAR ES “BUENO” ¿POR QUÉ NO SE PARTICIPA MÁS?

Con el fin de dar respuesta a esta pregunta planteada, en los últimos años nuestras investigaciones se centran en la relación de la participación con otras variables como el origen cultural, el fatalismo, la creencia en un mundo justo y las atribuciones causales de la pobreza (Hidalgo, Moreno-Jiménez y Quiñonero, 2011; Moreno-Jiménez, Ríos y Vallejo, 2012; 2013; Vallejo, Moreno-Jiménez y Ríos, 2012, 2013). Desde la psicología de la personalidad tal vez se puedan encontrar algunas respuestas al hecho de que las personas participen más o menos en la comunidad; sin embargo, nuestro interés se centra en variables psicosociales que inciten a que las personas puedan justificar el estado de las cosas y por ello no perciban la

necesidad de modificar personalmente lo que ocurre en su comunidad, país o en el mundo.

En sociedades más colectivistas existirían redes sociales más interdependientes y recíprocas y se presentarían mayores niveles de participación comunitaria. Sin embargo, estudios previos en nuestro país (Ríos y Moreno-Jiménez, 2010, 2012) indican que cuando se compara participación entre participantes nativos (españoles) y de otra procedencia (en su mayoría inmigrantes económicos procedentes de sociedades colectivistas) se obtienen mayores niveles participativos en autóctonos. Este dato puede deberse entre otras cuestiones a la falta de conocimientos e información para acceder a lugares de participación (asociaciones vecinales, movimientos sociales o sindicatos) o a un menor sentimiento de pertenencia en la comunidad. Además, las diferencias en género, edad, clase social, nivel educativo o procedencia cultural se transforman en divergencias de recursos sociales o económicos que dificultan el acceso a la esfera pública. Por lo tanto, estos factores también pueden repercutir en el nivel de participación y en cómo se ejerce.

Otro conjunto de variables sociales y psicosociales reflejan la situación de la persona respecto al mundo social que le rodea: atribución de las causas de la pobreza, creencia en que vivimos en un mundo justo, resiliencia, empoderamiento, fatalismo y sentido de comunidad. La situación de la persona ante estos conceptos va a influir en su participación –activismo o pasividad ante la realidad y los problemas sociales, así como en la forma concreta de participación. En un periodo de crisis como el actual es esencial el rol que toman los ciudadanos como parte activa de un posible desarrollo económico, político y social.

Los resultados de un trabajo realizado con 750 participantes (Moreno-Jiménez, Ríos y Vallejo, 2012) ponen de manifiesto las relaciones entre Sentido de Comunidad y Participación. Entre las conclusiones se revela que los mejores niveles de vida favorecen la participación y el sentimiento de comunidad (ser mujer, tener empleo, vivir en una casa en propiedad y tener mayores ingresos son variables que se relacionan con la mayor participación en la comunidad; por el contrario, los que se sitúan en clases sociales más bajas puntúan menos en participación comunitaria y sentido de comunidad). Otros resultados se dirigen a la misma dirección (Vallejo, Moreno-Jiménez y Ríos, 2013): los datos reflejan un nivel medio de sentido de comunidad y unos niveles bajos de participación comunitaria y participación sociopolítica, siendo más bajos los niveles de sen-

tido de comunidad para la clase social baja. Ambos tipos de participación correlacionan positivamente con sentido de comunidad y negativamente con el sentimiento fatalista. Algunos estudios relacionan la actitud fatalista con las clases más populares y con poblaciones más marginales y pobres (Gissi, 1986, 1990). Otros además destacan la correlación negativa entre fatalismo y participación colectiva (Javaloy, Rodríguez, y Espelt, 2001) y la percepción de una determinada situación como injusta (Tyler y Smith, 1998). Por lo tanto, sentirse parte de la comunidad lleva a participar en ella, y sin embargo, la creencia de que el futuro está ya determinado por el destino o por una fuerza superior y no podemos cambiarlo, inhibe diferentes modos de participación.

De igual modo, creer que el mundo es justo es otra posible explicación ante la inactividad ciudadana. La creencia en un mundo justo es una ideología según la cual las personas o grupos obtienen lo que se merecen (Lerner, 1980). Para proteger este sentido de justicia, las personas pueden usar varias estrategias. Una de las más comunes es pensar que las víctimas merecen sufrir porque son personas malas, por sus conductas, o porque ellas mismas causan ese sufrimiento. Sólo hay que pensar en el imaginario social de que en la crisis actual *las personas que se encuentran en situación de pobreza han vivido por encima de sus posibilidades*; de ese modo, se culpabiliza a las víctimas de su situación. Estas creencias también favorecen pensar que esas mismas desgracias no les acontecerán a ellos mismo por ser mejores personas y más cuidadosas o valiosas. Es lógico pensar que quien cree que el mundo es justo no participa en su cambio. Por ello, esta variable junto a las mencionadas anteriormente deben estudiarse para comprender mejor el comportamiento social en relación a la participación, para contrarrestar la fuerza ejercida por los medios de comunicación que propagan estas actitudes de conformismo y existencia de *justicia* en el mundo, unidas al asistencialismo y la caridad como medio de intervención social. La participación es un motor potencial de cambio social a la vez que implica la toma de conciencia colectiva y el compromiso individual de las personas, elementos básicos para una verdadera democracia.

BIBLIOGRAFÍA

Colectivo Ioé (2007). La participación política de los españoles. Una democracia de baja intensidad. *Papeles*, 99.

- Chavis, D. y Wandersman, J. (1990). Sense of community in the urban environment: a catalyst for participation and community development. *American Journal and Community*, 4, 55-81.
- De Maya, S. y Font, J. (2004). Participación individual: necesidades, dificultades y estrategias. *Intervención Psicosocial*, 13 (3), 345-359.
- Fernández, J.S. (2009). *Asociacionismo y participación social en Andalucía*. Centro de Estudios Andaluces.
- García, A. (2001). Sobre participación, voluntariado y servicio civil. *Documentación Social*, 122, 161-186.
- Gil, M.; Pons, J.; Grande, J.M. y Marín, M. (1996). Aproximación operativa a los conceptos de participación y sentimiento de pertenencia: estrategias en la comunidad. *Intervención Psicosocial*, vol. 15 (13).
- Gissi, J. (1986). Psicología de la pobreza. *Cuadernos de Psicología*. Pontificia Universidad Católica de Chile. Cuaderno, 5.
- Gissi, J. (1990). *Psicoantropología de la pobreza. Oscar Lewis y la realidad chilena*. Santiago de Chile: Psicoamerica Ediciones.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2006). La comunidad como fuente de apoyo social: evaluación e implicaciones en los ámbitos individual y comunitario. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 38, 327-342.
- Gracia, E; Herrero, J. y Musitu, G. (2002). *Evaluación de recursos y estresores psicosociales en la comunidad*. Madrid: Síntesis.
- Herrero, J. y Gracia, E. (2007). Measuring perceived community support: Factorial structure, longitudinal invariance and predictive validity of the PCSQ (Perceived Community Support questionnaire). *Journal of Community Psychology*, 35 (2), 197-217.
- Hidalgo, M.C. y Moreno-Jiménez, P. (2013). Positive effects of voluntary activity in old adults. *Journal of Community Psychology*, 41, 2, 188-199.
- Hidalgo, M.C.; Moreno-Jiménez, P. y Quiñónero, J. (2011). Psychological benefits of volunteerism for older people. *The 12th European Congress on Psychology*, Istanbul, Julio 4-8.
- Javaloy, F., Rodríguez, A., y Espelt, E. (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Madrid: Prentice Hall.
- Lazarus, R. (1996). *Psychological stress and the coping process*. McGraw Hill. Nueva York.
- Lerner, M. J. (1980). *The belief in a just world: A fundamental delusion*. New York: Plenum Press.
- Marín, M., Pons, J., Grande, J.M. y Gil, M. (2002). Análisis psicocomunitario de una comunidad urbana. *Intervención Psicosocial* 11(1), 91-118.
- Martínez, B., Amador, L.V., Moreno, D. y Musitu, G. (2011). Implicación y participación comunitarias y ajuste psicosocial en adolescentes. *Psicología y Salud*, 21 (2), 205-214.
- Méndez, M. (2005). Los derechos políticos de los inmigrantes. En A. Pedreño, y M. Hernández, (Coord.). *La condición inmigrante. Exploraciones e Investigaciones desde la región de Murcia* (pp. 125-139). Universidad de Murcia: Murcia.
- Moos, R.H. (2005). Contextos sociales, afrontamiento y bienestar; lo que sabemos y lo que necesitamos saber. *Revista mexicana de Psicología*, 22, 15-30.
- Morales, L. (2001). Participación política y pertenencia a grupos políticos: Los límites de las explicaciones individuales y la necesidad de considerar el contexto político. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 94 (1), 153-184.
- Moreno-Jiménez, P.; Ríos, M.L. y Vallejo, M. (2012). Evaluación de la participación comunitaria y política y del Sentido de Comunidad. Diferencias según sexo, empleo, ingresos económicos, clase social y propiedad del hogar. *IV Conferencia Internacional de Psicología Comunitaria*. Barcelona.
- Moreno-Jiménez, P.; Ríos, M.L. y Vallejo, M. (2013). Construction and validation of the Community and Social Political Participation Scale (SCAP). *The Spanish Journal of Psychology*, 16.
- Musitu, G. (1991). *Psicología Comunitaria*. Universitat de Valencia (mimeo). Valencia.
- Ortíz-Torres, B. (1999). El empowermwnt como alternativa teórica para la América Latina. *Revista Interamericana de Psicología*, 333, 49-66.
- Pancer, S.M., Pratt, M. y Hunsberger, B.E. (2000). *The roots of community and political involvement in Canadian youth*. Comunicación presentada en Encuentros de la Sociedad Interamericana para el estudio del desarrollo de la conducta. Beijing, China.
- Quintanilla, I. (1988). *La participación en las organizaciones. Fundamentos teóricos y conceptuales*. Ed. Promolibro, Valencia.
- Ríos, M.L. y Moreno-Jiménez, M.P. (2010). Influencia de la participación comunitaria y la identidad con el lugar en la satisfacción vital en inmigrantes. *Escritos de Psicología*, 3 (2), 8-16.
- Ríos, M.L. y Moreno-Jiménez, M.P. (2012). Identidad con el lugar y satisfacción residencial: diferen-

- cias en población autóctona e inmigrante. *Psyecology*, 3(1) 15-26.
- Robles, A.; Delgado, S.; Martínez, G. y Vázquez, R. (2008). *Liderazgo político en Andalucía. Percepción ciudadana y social de los líderes autonómicos*. Colección Actualidad 25, Centro de Estudios Andaluces.
- Sánchez, A. (1991). *Psicología comunitaria*. Barcelona: PPU.
- Silva, C. L. y Martínez, M.L. (2007). Empoderamiento, participación y autoconcepto de persona socialmente comprometida en adolescentes chilenos. *Revista Interamericana de Psicología*, 41 (2), 129-138.
- Tyler, T., y Smith, H. (1998). Social justice and social movements. En D. Gilbert, S. Fiske y G. Lindzey (eds.): *The handbook of social psychology* (pp. 595-629). Nueva York: McGraw-Hill, vol. II, 4ª ed.
- Vallejo, M.; Moreno-Jiménez, P. y Ríos, M.L. (2012). Participación comunitaria y asociacionismo en población inmigrante: un estudio en tres ciudades españolas. *IV Conferencia Internacional de Psicología Comunitaria*. Barcelona.
- Vallejo, M.; Moreno-Jiménez, P. y Ríos, M.L. (2013). Sentido de comunidad, fatalismo y participación en contextos de crisis socioeconómica. *XI Congreso Psicología Ambiental*. Barcelona.
- Van Deth, J.W. (2006). Democracy an Involvement. The Benevolent Aspects of Social Participation. En M. Torcal y J. R. Montero (eds). *Political Disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, Institutions and Politics*. Routledge. London (pp. 101-129).
- Vázquez, R. (2010). *Compromiso cívico y democracia. Los efectos democráticos del asociacionismo sociopolítico en España*. Centro de Estudios Andaluces.
- Zamora, J.A. (2008). *Inmigrantes entre nosotros ¿Integración o Participación?* Murcia: Boluda y Cía.

Participación y *empowerment*

Patricia García-Leiva y Juan Manuel Domínguez Fuentes
Universidad de Málaga

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo realizar un revisión del concepto de *empowerment*, su origen, desarrollo y tratamiento desde nuestra disciplina, en este caso, desde el enfoque común de la psicología comunitaria y la psicología política. Igualmente se aborda con profundidad la propuesta teórica desarrollada por Zimmermann (2000) enriquecida con las aportaciones de estudios recientes. Todo ello nos conduce a propuestas de políticas de participación concretas para mejorar el fortalecimiento de la ciudadanía.

Palabras clave: *empowerment*, fortalecimiento y participación

INTRODUCCIÓN

El término *empowerment* está de moda. Aparece en los medios de comunicación, en nuestras conversaciones cotidianas, en los espacios virtuales, etc. Si se introduce el término en google (principal barómetro del mundo virtual) encontramos 14.900.000 resultados y al seleccionar la opción de imágenes se puede observar fotografías o dibujos de trabajo en equipo, fuerza e independencia; todas ellas frecuentemente asociadas a la mujer y al ámbito de la empresa. Pero ¿en todos estos casos se está hablando de lo mismo?, ¿qué es el *empowerment*? Cuando en un artículo de prensa leemos... *la igualdad de género y el empowerment de las mujeres debieran ser componentes esenciales de la nueva agenda...* (fragmento de un artículo publicado en el periódico *El País* el 3 de marzo del 2014) ¿a

qué se refiere?, ¿quiere decir lo mismo que? *Tomamos la visión y la misión de una ONG pero funcionamos utilizando los métodos más efectivos de una empresa. Tomamos lo mejor de cada lado. Sí, generamos beneficios que reinvertimos en nuestra misión: empoderar a la gente (fragmento de un artículo del periódico El País publicado 15 de febrero del 2012).*

Si se consulta la literatura académica el término *empowerment* puede aludir a procesos distintos, procesos que oscilan entre dos polos:

1. Las personas comprenden el contexto sociopolítico en el que viven, el conflicto de intereses entre los grupos sociales y las relaciones de poder que de él se derivan. Todo ello conduce a los sectores más desfavorecidos a tratar de cambiar la correlación de fuerzas desde una mayor conciencia de sus propios intereses. En este polo, el proceso de *empowerment* conllevaría una visión endógena del poder planteando que la dimensión personal es política (Rodríguez-Villasantes, 1998).

2. Las personas no cuestionan la relación asimétrica, se acepta y participan en las parcelas dejadas por un sistema desigual manteniendo la estructura asimétrica. Luego desde este extremo el *empowerment* consistiría en aprovechar al máximo los espacios de participación dejados desde el sistema sin tratar por ello de modificar el orden establecido.

La primera de estas acepciones proviene de los años 60 del contexto de los educadores comunitarios con Paulo Freire a la cabeza, siendo posteriormente adoptada por el trabajo social, el ámbito político (Zambrano, 2007) y, más recientemente, por la psicología comunitaria (Rappaport, 1981) y la psicología política (Montero, 2010).

La segunda pertenece principalmente al ámbito de la empresa y de las organizaciones (Zambrano, 2007), pero también es frecuente encontrarla en la intervención comunitaria y las políticas públicas. Para Gil (2003) ha sido la acción comunitaria más paternalista la que ha defendido iniciativas desde esta concepción del *empowerment*. Igualmente, múltiples políticas públicas de participación se han planificado desde este enfoque del *empowerment*, en unos casos también por paternalismo y en otros porque se ha apostado por un *neoliberalismo-participado*. Planteamiento que ha permitido ceder espacios públicos a la gestión de grupos de ciudadanos, eximiendo de esta forma al Estado de esa responsabilidad y desmantelando estructuras del estado del bienestar (iniciativa conocida como *Big society*).

Es la primera construcción del *empowerment* la que es objeto de revisión en el presente artículo como modelo teórico que guía principios y proporciona un marco para organizar el conocimiento de la psicología comunitaria (Zimmerman, 2000) en confluencia con la psicología política (Montero, 2010). Se quiere analizar en profundidad el modelo teórico del *empowerment* más potente elaborado hasta la fecha, así como algunas aportaciones recientes al mismo para así ayudar a diseñar políticas públicas que fortalezcan a la ciudadanía.

EMPOWERMENT: EL CONCEPTO

Como ya se ha expuesto el concepto surge en los años 60, pero no llega a nuestra disciplina hasta finales de los 70 de la mano de países latinoamericanos como Venezuela, Méjico, Panamá y Puerto Rico (Montero, 2010) con el término: potenciación o fortalecimiento. Sin embargo, si bien el concepto surge antes, cronológicamente hablando, en los países latinoamericanos (véase por ejemplo Campos, 1978; Patiño Pompa & Millán Aguilar, 1979; Santi, Silva & Colmenares, 1978), no se desarrolla ni se estudia sistemáticamente hasta finales de los 80, período desde el que se construye paralelamente con el término equivalente proveniente de Estados Unidos: *empowerment*.

En la conferencia presidencial de la División 27 de la American Psychological Association que tuvo lugar en 1980, Julian Rappaport planteó que el móvil de la psicología comunitaria *debería ser ampliar las posibilidades para que la gente pueda controlar sus vidas* (Rappaport, 1981/2002, p. 135), proponiendo ya la primera conceptualización del fortalecimiento *como mecanismo por el cual personas, organizaciones y comunidades obtienen/assumen el control de sus vidas* (Rappaport, 1984, citado en Zimmerman, 2000, p. 43). De acuerdo con Riger (1993) la conceptualización de Rappaport recoge el sentido de control para la influencia social, el poder político y búsqueda de derechos. Posteriormente, el Cornell Empowerment Group aporta un nuevo aspecto al concepto, la interacción de la persona con el medio, planteando que el *empowerment* es un proceso intencional vinculado al territorio que implica respeto mutuo, reflexión crítica, cuidado y participación grupal, mediante el cual las personas carentes de acceso igualitario a los recursos, obtienen un mayor acercamiento y control sobre los mismos (1989). Más recientemente, desde la escuela latinoamericana, Maritza Montero refuerza la idea de

las personas como actores políticos dentro del concepto de fortalecimiento: *es el proceso mediante el cual los miembros de una comunidad o un grupo, miembros de grupos organizados dentro de esa comunidad o personas interesadas en promover y lograr un cambio respecto de alguna circunstancia que afecta a esa comunidad o grupo, desarrollan conjuntamente capacidades y recursos para controlar su situación de vida (en un momento específico); actuando de manera comprometida, consciente y crítica, para lograr la transformación de las condiciones que juzgan negativas o que deben ser modificadas según sus necesidades y aspiraciones, transformándose al mismo tiempo a sí mismos* (Montero 2003, p. 72).

Como se puede observar se trata de un complejo concepto que alude, tal y como se ha descrito en los anteriores párrafos a través de sus principales teóricos, a: la asunción del control desde la comunidad para los intereses de la comunidad, partiendo de la ciudadanía como actor político que analiza, comprende y se organiza para conquistar el poder y redistribuir los recursos desigualmente repartidos.

EL MODELO TEÓRICO DEL FORTALECIMIENTO MÁS RECONOCIDO

De la conceptualización previa se deriva que el fortalecimiento no posee un valor estable, sino que es constructo dinámico determinado por las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales del lugar, de la misma forma tampoco hay un único conjunto de habilidades, percepciones y conductas que indiquen la potenciación en las diferentes personas (Zimmerman & Rappaport, 1988). Por consiguiente,

el *empowerment* para una mujer española en los años 40 tiene un significado y una concreción distinta a la que posee para una mujer española en la actualidad. Del mismo modo el significado de *empowerment* en el presente año para una mujer del ámbito rural no es el mismo que el de una mujer en el ámbito urbano e incluso para la misma mujer su valor no es estable a lo largo de su ciclo vital. El *empowerment* no se puede operacionalizar en un conjunto de reglas universales para distintas personas, diversos contextos y/o a lo largo del tiempo (Zimmerman, 1995), lo que ha conducido a la instrumentación de medición, haciendo necesario adaptarlos cultural y contextualmente (Hombroed & Gómez-Jacinto, 2001) y recomendándose estudios longitudinales (Zimmerman, 1995).

Todo ello ubica al *empowerment* dentro de lo que se denominan constructos *open-ended*. Para todo constructo *open-ended* es necesario desarrollar un *nomological network*, consistente en un sistema de relaciones, guiado desde la teoría, entre conceptos abstractos que se comprueban empíricamente (Cronbach & Meehl, 1955). El *nomological network* es un marco de referencia donde se describe el concepto de *empowerment*, debiendo ser lo suficientemente amplio para abarcar toda su diversidad, pero también lo bastante específico como para comprender y evaluar el *empowerment* en una población concreta (Zimmerman, 1995).

De acuerdo con Rappaport (1984) es necesario analizar los procesos que pueden conducir al fortalecimiento desde tres niveles: individual, organizacional y comunitario, por lo que Zimmerman elabora el *nomological network* diferenciando entre procesos y resultados (Swift & Levine, 1987) para cada uno de estos tres niveles. Para Zimmerman (2000) las accio-

Nivel de análisis	Proceso - Experiencias (<i>empowering processes</i>)	Resultado (<i>empowered out comes</i>)
Individual	Aprender habilidades de toma de decisiones Gestionar recursos Trabajar con otros	Sentido de control Conciencia crítica Conductas de participación
Organizacional	Oportunidades para participar en la toma de decisiones Responsabilidades compartidas Liderazgo compartido	Competir eficazmente por los recursos Marco de relación con otras organizaciones Influencia política
Comunitario	Acceso a los recursos Estructura de gobierno abierto Tolerancia para la diversidad	Coaliciones organizacionales Liderazgo pluralista Habilidades de participación de los residentes

Tabla 1. Teoría del fortalecimiento, diferenciando entre *empowering* y *empowered* según nivel de análisis (Zimmerman, 2000, p.5-7)

nes, actividades o estructuras puede ser procesos (*empowering*) y como resultado de éstos se puede dar un nivel de potenciación (*empowered*). Las formas tanto de los procesos (*empowering*) como de los resultados (*empowered*) varían puesto que, como ya se ha indicado, no hay un indicador estándar para capturar su significado para todas las personas en todos los contextos (Rappaport, 1984; Zimmerman, 1995). Desde este esquema y considerando los datos de los estudios cuantitativos y cualitativos existentes Zimmerman propone la siguiente teoría.

Tal y como se muestra el *empowering* son procesos en los que las estructuras y dinámicas de una comunidad y las características de una organización y/o las actividades y vivencias de las personas conducen a que los habitantes de un lugar adquieran el control de sus vidas, accedan a los recursos necesarios y desarrollen una comprensión crítica del contexto social en el que habitan. El resultado, el *empowered*, es la operacionalización de la potenciación, donde se puede estudiar y medir las consecuencias de los intentos de la ciudadanía (organizada o no) por asumir el control de su comunidad, o los efectos de políticas diseñadas para incrementar el *empowerment* de la ciudadanía. Los niveles son interdependientes y cada uno es causa y consecuencia de los demás, por lo que las personas fortalecidas son necesarias para generar organizaciones y comunidades potenciadas (Zimmerman, 2000), al igual que determinadas formas de organización y determinadas políticas pueden propiciar una ciudadanía fortalecida.

El desarrollo de esta propuesta teórica se ha tendido a hacer desde lo individual hasta lo comunitario, enfatizando, sin pretenderlo, la dimensión más psicologizante del mismo. En este caso la exposición se va a realizar a la inversa, desde la comunidad, como unidad de socialización, a la persona como actor promotor y receptor del *empowering* y del *empowerment*.

Una comunidad fortalecida es aquella que responde a las amenazas a la calidad de vida de sus habitantes y proporciona oportunidades para la participación ciudadana (Zimmerman, 2000, p. 54), permitiendo así que sus ciudadanos, organizaciones e instituciones trabajen conjuntamente para identificar sus necesidades y afrontarlas desde sus propios recursos (Cottrell, 1983). El liderazgo pluralista (Minkler, 1990), las coaliciones organizacionales, así como ciudadanos con habilidades de participación y compromiso con la mejora de las condiciones de vida en la comunidad (Iscoe, 1974) son algunos de los aspectos hallados en comunidades fortalecidas. Estos resultados vienen

derivados de procesos de *empowering* diversos. En algunos casos han sido políticas que han apostado por sistemas de gobierno más abiertos (García-Leiva, Domínguez-Fuentes, Hombrados-Mendieta, Morales-Marente, & Palacios-Galvez, 2009), mientras que en otros casos ha surgido desde la ciudadanía, activándose su participación, principalmente, para acceder a los recursos (entendiéndose recurso en un sentido amplio, oscilando desde los básicos que aseguran la supervivencia del ser humano hasta el acceso a la información y la comunicación) (O'Sullivan, Waugh, & Espeland, 1984). Independientemente de si el proceso es de arriba a abajo (iniciativa política-institucional) o de abajo a arriba (iniciativa ciudadana) los estudios coinciden en resaltar que es necesario la generación de dinámicas sinérgicas en el territorio que favorezcan un análisis crítico de la realidad (Maynard, 1986), toma de decisiones colectivas, mejora del clima social, coaliciones (Chavis & Wanddersman, 1990) y una acción colectiva orientadas a incidir en las condiciones de vida. Por lo tanto, se puede hablar de comunidades potenciadas cuando todos los actores, o un grupo de ellos, estén fortalecidos sin que se pueda concluir que una comunidad fortalecida es la suma de sujetos con *empowerment*.

Dentro de una comunidad se pueden encontrar organizaciones que favorecen el fortalecimiento de sus miembros (*empowering*) y que también pueden ser organizaciones en sí misma fortalecidas (*empowered*), pero no toda organización potenciada genera necesariamente *empowerment* en sus miembros. En este caso el elemento central de análisis para el *empowering* es la estructura de toma de decisiones. Se han encontrado que aquellas organizaciones: a) en las que hay una estructura para participar en la toma de decisiones, b) donde se comparten las responsabilidades, c) en las que hay sistema de apoyo y d) donde se realizan actividades sociales tienden a ser más *empowering* que las organizaciones con estructuras jerárquicas y poco participativas (Maton & Rappaport, 1984; Prestby, Wandersman, Florin, Rich, & Chavis, 1990). Sin embargo una organización fortalecida no tiene que cumplir necesariamente estas características, sino que se trata de organizaciones que tienen capacidad de incidir en la toma de decisiones políticas de acuerdo con sus objetivos, accediendo a los recursos que necesitan, aunque sus miembros no estén empoderados.

A nivel individual hay que estudiar las vivencias individuales, grupales/organizacionales y/o comunitarias que indican en las cogniciones, emociones y conductas de las personas, haciéndolas asumir el con-

trol de sus propias vidas y de lo que ocurre en su contexto. Desde este nivel de análisis se ha desarrollado la teoría del *empowerment* psicológico (PE) que se va a explicar en el siguiente epígrafe.

EMPOWERMENT PSICOLÓGICO (PE)

Como ya se ha explicado el fortalecimiento psicológico se deriva de las experiencias y aprendizajes que experimenta la persona en su comunidad, ya sea dentro de grupos organizados o no. Los diversos *procesos de empowering* identificados por Zimmerman desde el nivel individual han sido: aprender a gestionar recursos, desarrollar habilidades para la toma de decisiones y trabajar con otras personas. Gracias a la vivencia de estos procesos las personas que se fortalecen mostrarán mayor sentido de control, mayor conciencia crítica y desarrollarán más comportamientos de participación. Dos han sido los estudios que sostienen esta tesis. El primero fue llevado a cabo con metodología cualitativa (Kieffer, 1984) y consistió en realizar 15 entrevistas en profundidad a líderes comunitarios de diverso perfil. Algunos años más tarde, con metodología cuantitativa (Zimmerman&Rappaport, 1988), se analizó la relación entre 11 medidas del control percibido (dimensión de personalidad, cognitiva y motivacional) y el grado de participación de estudiantes y ciudadanos de una comunidad. Los resultados muestran que una combinación de dimensiones del control percibido diferencian a las personas con niveles altos y bajos de participación. Estos mismos resultados fueron hallados en una réplica posterior de este estudio con una muestra representativa en el ámbito urbano (Zimmerman, Israel, Schulz&Checkow, 1992). Desde estas investigaciones Zimmerman (1995) plantea que el PE posee un componente intrapersonal, interaccional y conductual, siendo el componente intrapersonal el que alude al control percibido, el interaccional a la capacidad para analizar y comprender la vida social y política (conciencia crítica), mientras que el componente conductual recoge las acciones concretas destinadas a incidir en el contexto sociopolítico. Pero cada uno de estos componentes del PE se pueden encontrar con distinta intensidad en personas fortalecidas, e incluso no es necesario que aparezcan los tres para poder hablar de *empowerment*, del mismo modo tampoco existe una relación jerárquica entre ellos. De los tres componentes se plantean como más relevantes los dos

primeros, siendo el componente conductual el que ha suscitado cierto debate sobre si debe ser considerado un componente del *empowerment* psicológico o un precursor del mismo como se analizará más adelante.

Para comprender mejor esta propuesta teórica de PE y para diferenciarlo de otros conceptos con los que ha sido habitualmente confundido (como la autoestima, el locus de control o la autoeficacia) se va a desarrollar con cierta profundidad.

Componente intrapersonal

Alude a la creencia o percepción de controlabilidad de las situaciones, ya sean éstas personales, interpersonal o sociopolíticas (Paulhus, 1983). Es decir, la persona considera que puede influir sobre una situación y condicionar su origen, evolución y/o desenlace (para una amplia revisión sobre las reacciones de las personas ante situaciones que se valoran como controlables o incontrolables ver Gatchel, 1980; Langer, 1983). Cómo medir el control percibido ha dado lugar a una intensa producción de investigaciones, obteniéndose tres dimensiones como necesarias (Zimmerman, 1986; Zimmerman&Rappaport, 1988): a) personalidad (locus de control), b) cognitiva (autoeficacia) y c) motivacional, entendida como necesidad intrínseca de influir en el contexto (De Charms, 1968; White, 1959).

Componente interaccional

La conciencia crítica hace referencia al análisis y entendimiento de una situación social y política. Esto incluye la identificación de las causas y consecuencias de una situación o problema, qué factores inciden en la toma de decisiones, cuáles son las fuentes de poder en un contexto dado, así como sus conexiones e intereses. Por último incluye saber cuándo comprometerse con un conflicto y cuándo dejarlo, junto con la habilidad para potenciar recursos de acuerdo con los objetivos deseados (Kieffer, 1984).

Componente conductual

Son todas aquellas formas de participar en la comunidad, ya sean acciones/actividades colectivas o individuales, ejecutadas para influir en el contexto sociopolítico.

El PE no es un rasgo, ni tampoco es una variable individual con una distribución normal, es una di-

mención que se genera y crece (Zimmerman, 1990) poseyendo todo el mundo el potencial de desarrollarla (Zimmerman, 2000).

APORTACIONES A LA TEORÍA DEL PE

La teoría desarrollada por Zimmerman (2000) es la más reconocida y referenciada y, por lo tanto, también es receptora de observaciones y matizaciones. Recientemente se ha planteado como foco de debate la relación entre la participación comunitaria y el *empowerment* psicológico. Tal y como se ha ilustrado, la participación es entendida como una dimensión del PE, concretamente es una dimensión del componente intrapersonal. Pero la relación entre participación y PE no suscita consenso. Algunos autores han sugerido una relación temporal entre ambos hallando diferencias en los niveles de PE según la experiencia participativa de la persona (Itzhaky & York, 2000), en la misma dirección señala un estudio longitudinal que recoge el incremento del PE a través de la participación para personas que empezaron tanto con niveles bajos de PE como con niveles altos (Booker, Robinson, Kay, Najera, & Stewart, 1997), indicando

así a una relación causal. Desde estos datos se ha planteado la denominada hipótesis de la socialización, de acuerdo con la cual la participación precede al PE y es gracias a ella que la persona desarrolla las cogniciones, conocimientos y habilidades propias del *empowerment* (Ohmer, 2007). Pero no necesariamente se activan todos los componentes y dimensiones del PE al participar, incluso, no toda participación comunitaria conduce necesariamente al *empowerment* (Le Bosse et al., 1999). Paralelamente se encuentra la hipótesis de la selección, según la cual altos niveles de fortalecimiento conducen a la participación. Esta tesis viene avalada por los estudios de diferencias individuales en participación según habilidades, creencias, actitudes, recursos y percepciones (Bekkers, 2005; Cohen, Vigoda, & Samorly, 2001; Muhlberger, 2000; Verba, Schlozman, & Brady, 1995). En tercer lugar distintas investigaciones han apuntado a una estrecha relación bidireccional entre ambas variables (Kieffer's, 1984; Speer & Hughey's, 1995) e incluso a una relación causal recíproca, siendo ésta la tercera hipótesis propuesta (Chavis & Wandersman, 1990).

El estudio longitudinal realizado por Christens, Peterson & Speer, (2011) pone a prueba estas hipótesis mediante el análisis de ecuaciones estructurales,

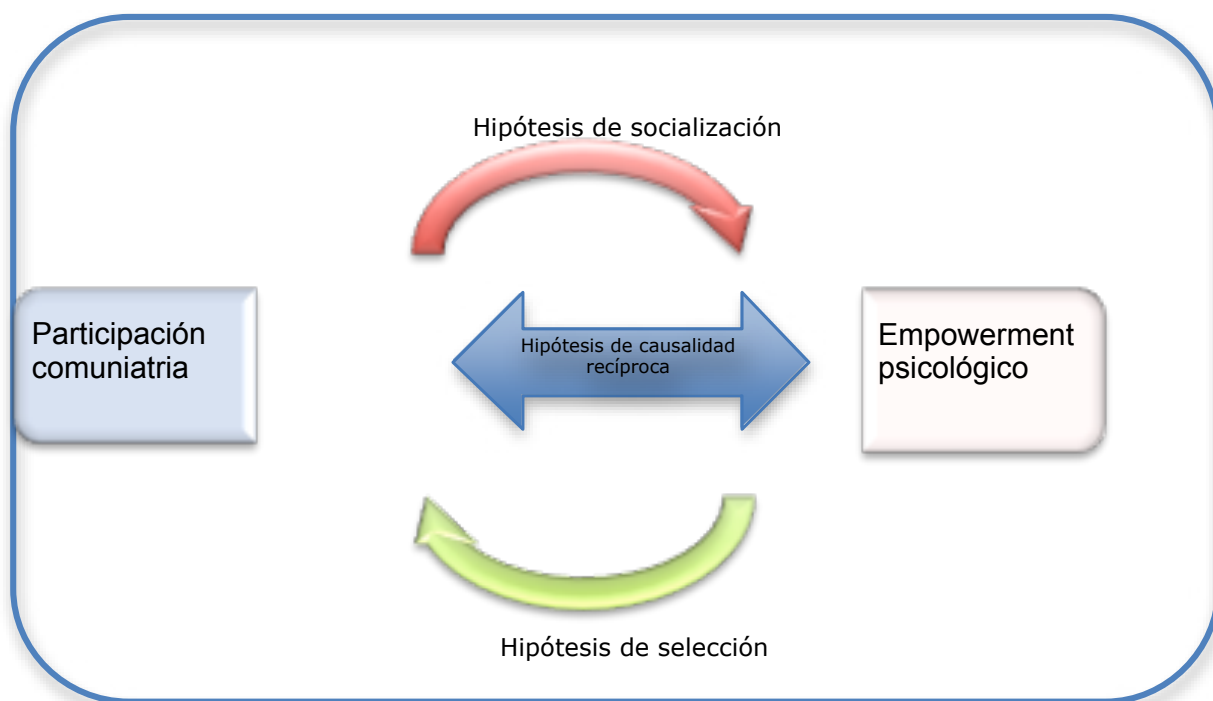


Figura 1. Posibles mecanismos de relación entre el *empowerment* psicológico y la participación comunitaria (Tomado de Christens, Peterson & Speer, 2011)

mostrando los datos respaldo a la hipótesis de socialización. Los resultados indican que la participación comunitaria influye en el posterior *empowerment*, pero éste no condiciona la participación, luego el PE es un resultado de la participación y no un predictor. Evidentemente las creencias y motivaciones pueden predisponer a algunas personas en determinadas circunstancias a la participación, pero ello no supone que el nivel de fortalecimiento permita predecir si la persona va a participar o no. Estos resultados refuerza la visión del *empowerment* como proceso social, comunitario y organizacional y no como una característica psicológica que guía la conducta humana.

CONCLUSIONES

El *empowerment* es el valor que guía la acción comunitaria, así como el marco teórico interpretativo de investigaciones e intervenciones sobre la participación comunitaria y política. A lo largo de este artículo se ha llevado a cabo un recorrido sobre el concepto y la teoría que, hasta el momento, mejor lo ha explicado, enriqueciéndola con las aportaciones más recientes.

Como se ha explicado el *empowerment* es lo que se denomina un constructo *open-ended* por lo que su valor y forma cambia según contexto, persona y momento. Esto ha conducido al desarrollo de un marco de referencia que diferencia entre cómo generar fortalecimiento y qué consecuencias podría tener. Este marco se ha elaborado desde postulados teóricos y desde la experiencia se estudia la relación entre las variables y dimensiones en él propuestas. De acuerdo con el modelo de partida una persona fortalecida es aquella que asume el control de su vida, analizando críticamente la realidad en la que vive y/o participando en su comunidad para influir en su contexto. Para Zimmerman (2000), padre de este modelo teórico, la participación es un componente que se puede dar o no, pero es parte del PE. Sin embargo, estudios recientes (Christens, Peterson & Speer, 2011) apuntan a que la participación es el precursor del PE, mientras que éste no predice la participación. Es decir una persona con un sentido de control alto, una autoeficacia alta, una clara motivación para incidir en el contexto sociopolítico y con un análisis crítico del contexto en el que vive no necesariamente va a participar en las asambleas de su barrio, manifestaciones, encuentros, etc. Mientras que la persona que milita en una organización (con una estructura participativa para la

toma de decisiones) o que participa en la vida política de su comunidad, incrementará su *empowerment* psicológico a través de ese proceso vivencial de la participación. Esta relación causal refuerza la tesis socializadora del *empowerment* y abre todo un abanico de posibilidades y apoyo a las apuestas políticas orientadas a fortalecer a la ciudadanía.

Algunas de estas apuestas las ilustran las experiencias que tratan de profundizar en la democracia participativa (para una revisión actualizada del tema consultar Díaz, 2013). En cualquiera de estas iniciativas, a la luz del marco teórico del *empowerment*, siempre y cuando se generan espacios en los que la ciudadanía: aprenda las habilidades para tomar decisiones colectivamente, acceda a los recursos de la comunidad (recursos de diverso tipo no exclusivamente económicos), aprenda a gestionarlos, desarrollen habilidades para trabajar en grupo, comparta responsabilidades y haga todo ello acompañada de vecinos de diverso perfil; se incrementará su nivel *empowerment*.

Igualmente avala la necesidad de desarrollar políticas participativas entre los más jóvenes. La escuela es sin duda el lugar idóneo donde desde muy temprana edad y mediante estrategias participativas, que cumplan los criterios ya indicados, las generaciones futuras incrementarán su comprensión del mundo en el que vive, mejorarán su autoeficacia y su alienación disminuirá. Colectivos tradicionalmente invisibilizados como la comunidad LGTB, población inmigrante, mujeres, mayores, discapacitados etc pueden mediante, los mecanismos de participación adecuados, no sólo ser colectivos con capacidad de influencia, sino también personas empoderadas.

De esta forma las personas pueden desarrollar un sentido de *empowerment* incluso tomando decisiones incorrectas, incluso cuando no se consiga la meta perseguida (Zimmerman, 2000), pero mientras tanto, mientras las personas participan, se va construyendo ciudadanía.

BIBLIOGRAFÍA

- Bekkers, R. (2005). Participation in voluntary associations: Relations with resources, personality, and political values. *Political Psychology*, 26, 439-454.
- Berger, P. I., & Neuhaus, R. I. (1977). *To empower people: The role of mediating structures in public policy*. Washington, D.C.: American Enterprise Institute for Public Policy and Research.
- Booker, V. K., Robinson, J. G., Kay, B. J., Najera, L.

- G., & Stewart, G. (1997). Changes in empowerment: Effects of participation in a lay health promotion program. *Health Education & Behavior*, 24, 452-464.
- Campos, M. (1978). *La dinámica de grupo en el desarrollo comunal* (Tesis de Licenciatura no publicada), Facultad de Psicología, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela.
- Chavis, D. M., & Wandersman, A. (1990). Sense of community in the urban environment: A catalyst for participation and community development. *American Journal of Community Psychology*, 18, 55-81.
- Christens, B. D., Peterson, N. A., & Speer, P. W. (2011). Community Participation and Psychological Empowerment: Testing Reciprocal Causality Using a Cross-Lagged Panel Design and Latent Constructs. *Health, education & behavior*, 38(4) 339-347
- Cohen, A., Vigoda, E., & Samorly, A. (2001). Analysis of the mediating effect of personal-psychological variables on the relationship between socioeconomic status and political participation: A structural equations framework. *Political Psychology*, 22, 727-757.
- Comell Empowerment Group. (1989). Empowerment and family support. *Networking Bulletin*, 1, 1-23.
- Cottrell, L. S., Jr. (1983). The competent community. In R. Warren & L. Lyon (Eds.), *New perspectives on the American community* (pp. 398-432). Homewood, IL: Dorsey
- Cronbach, L. J. & Meehl, P. E. (1955). Construct validity in psychological test. *Psychological bulletin*, 52, 281-302.
- Dias, N. (2013) *Esperança democrática. 25 anos de orçamentos participativos no mundo*. São Brás de Alportel (Portugal): Sigma Sence- Design Consultancy. ISBN: 978-972-8262-08-2.
- García-Leiva, P., Domínguez-Fuentes, J. M., Hombrados-Mendieta, M^a. I.; Morales-Marente, E. & Palacios-Gálvez, M^a. S. (2009). *Los presupuestos participativos y el fortalecimiento comunitario*. Presentado en el Congreso Nacional de Psicología Social, celebrado desde el 1 hasta el 3 de octubre en Tarragona.
- Gil, E. (2003). *El poder gris: una nueva forma de entender la vejez*. Barcelona: Grijaldo Mondadori.
- Hombrados, M.I., & Gómez-Jacinto, L (2001): Potenciación en la intervención comunitaria. *Intervención psicosocial*, 10, (1), 55-69
- Iscove, I. (1974). Community psychology and the competent community. *American Psychologist*, 29, 607-613.
- Itzhaky, H., & York, A. S. (2000). Sociopolitical control and empowerment: An extended replication. *Journal of Community Psychology*, 28, 407-415.
- Kieffer, C. H. (1984). Citizen empowerment: A development al perspective. *Prevention in Human Services*, 3, 9-36.
- Le Bosse, Y., Lavallee, M., Lacerte, D., Dube, N., Nadeau, J., Porcher, E., & Vandette, L. (1999). Is community participation empirical evidence for psychological empowerment? Distinction between passive and active participation. *Journal of Social Work and Social Sciences Review*, 8, 59-82.
- Maritza, M. (2010). Fortalecimiento de la Ciudadanía y Transformación Social: Área de Encuentro entre la Psicología Política y la Psicología Comunitaria, *PSYKHE*, 19, 51-63.
- Maton, K. I., & Rappaport, J. (1984). Empowerment in a religious setting: A multivariate investigation. *Prevention in Human Services*, 3, 37-70.
- Maynard, J. (1986, May 11). The people of New Hampshire against the nuclear dump. *New York Times Magazine*, pp. 20-22, 24-25, 40.
- Minlder, M. (1990). Improving health through community organization. In K. Glanz, F. M. Lewis, & B. K. Rimer (Eds.), *Health behavior and health education: Theory, research, and practice* (pp. 257-287). San Francisco: Jossey-Bass.
- Montero, M. (2003). *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria. La tensión entre sociedad y comunidad*. Buenos Aires: Paidós Tramas Sociales.
- Muhlberger, P. (2000). Moral reasoning effects on political participation. *Political Psychology*, 21, 667-695.
- O'Sullivan, M. J., Waugh, N., & Espeland, W. (1984). The Fort McDowell Yavapai: From pawns to power brokers. *Prevention in Human Services*, 3, 73-97.
- Ohmer, M. L. (2007). Citizen participation in neighborhood organizations and its relationship to volunteers' self- and collective efficacy and sense of community. *Social Work Research*, 31, 109-120
- Patiño Pompa, T. & Millán Aguilar, Y. (1979). *Análisis comparativo de dos investigaciones de campo de desarrollo comunitario* (Tesis de Licenciatura no publicada), Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela
- Prestby, J. E., Wandersman, A., Florin, P., Rich, R., & Chavis, D. M. (1990). Benefits, costs, incentive management, and participation in voluntary organizations: A means to understanding and promoting empowerment. *American Journal of Community Psychology*, 18, 117-149.

- Rappaport, J. (1981). In praise of paradox: A social policy of empowerment over prevention. *American Journal of Community Psychology*, 9, 1-25. Reproducido en T. A. Revenson, A. R. D'Augelli, S. E. French, D. L. Hughes, D. Livert, E. Seidman, M. Shinn & H. Yoshikawa, (Eds., 2002), *A quarter century of community psychology: Readings from the American Journal of Community Psychology* (pp. 121-146). New York, NY: Kluwer Academic/ Plenum.
- Rappaport, J. (1984). Studies in empowerment: 'Introduction to the issue'. *Prevention in Human Services*, 3, 1-7.
- Rappaport, J. (2000). Community narratives: Tales of terror and joy. *American Journal of Community Psychology*, 28, 1-24. doi:10.1023/A:1005161528817
- Riger, S. (1993). What's wrong with empowerment. *American Journal of Community Psychology*, 21, 279-292.
- Rodríguez-Villasantes, T. (1998). *Cuatro redes para el mejor vivir 1. Des desarrollo local a las redes del mejor vivir*. Argentina: Lumen/Humanitas.
- Santi, B., Silva, I. & Colmenares, F. (1978). *Desarrollo comunal en la urbanización Urdaneta en Catia* (Tesis de Licenciatura no publicada), Facultad de Psicología, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela.
- Speer, P. W., & Hughey, J. (1995). Community organizing: An ecological route to empowerment and power. *American Journal of Community Psychology*, 23, 729-748.
- Swift, C., & Levine, G. (1987). Empowerment and emerging mental health technology. *Journal of Primary Prevention*, 8, 71-94.
- Verba, S., Schlozman, K. L., & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Zambrano, A. (2007). *Criterios de intervención en estrategias de empoderamiento comunitario: la perspectiva de profesionales y expertos de la intervención comunitaria en Chile y España*. Tesis doctoral no publicada. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Zimmerman, M. A. (1990). Taking aim on empowerment research: on the distinction between individual and psychological conception. *American Journal of Community Psychology*, 18, 169-177.
- Zimmerman, M. A. (1995). Psychological Empowerment: Issues and Illustrations. *American Journal of Community Psychology*, 23, (5), 581-599.
- Zimmerman, M. A. (2000). Empowerment theory: psychological, organizational, and community level of analysis. En J. Rappaport y E. Seidman (Eds.) *Handbook of Community Psychology* (pp. 43 - 63). Nueva York: Kluwer Academic.
- Zimmerman, M. A. & Rappaport, J. (1988). Citizen Participation, perceived control, and psychological empowerment. *American Journal of Community Psychology*, 16, 725-750.
- Zimmerman, M. A. & Warschausky, S. (1998). Empowerment Theory for Rehabilitation Research: Conceptual and Methodological Issues. *Rehabilitation Psychology*, 43(1), 3-16.

La psicología social crítica en el abordaje del estudio del colectivo LGTB

Juan Manuel Domínguez Fuentes. *Universidad de Málaga*
Patricia García Leiva

Resumen: En el presente trabajo se analiza la psicología social crítica como alternativa a la psicología dominante. Estos planteamientos sirven de referente en el análisis del estudio LGTB (Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales), con propuestas alternativas a las líneas de investigación actuales. De este modo, se plantea la importancia de generar un cuerpo teórico y empírico desde una óptica positiva, alejada de las corrientes patologizantes que han caracterizado el estudio del colectivo.

Palabras clave: psicología social crítica, LGTB, heterocentrismo

La psicología crítica plantea aportar una visión alternativa en las tesis dominantes acerca de cómo hacer ciencia. Sin embargo, definir qué se entiende por psicología social crítica no resulta tarea fácil. Así, en la introducción del libro *Critical Social Psychology*, Russell Spears (1997) ya hacía referencia a esta dificultad: “The lack of an easily definable defining feature (beyond ‘criticality’), let alone consensus, may ironically be one reason for the marginal and marginalized status of critical social psychology”.

Para Íñiguez (2005) en el paisaje post-construccionista es necesario mantener una perspectiva crítica de la Psicología Social que abarque no solo lo teórico sino también aspectos como la metodología del conocimiento o la forma en la que nos acercamos y cuestionamos la realidad social de nuestro tiempo. Esto supone un esfuerzo considerable teniendo en cuenta

en palabras de Ovejero (2000) refiriéndose a las teorías científicas: “Y lo que cuesta es mirar el mundo de una forma muy distinta a como nos han enseñado a mirarlo y a como estamos acostumbrados a hacer”.

Podemos decir por tanto que la psicología crítica centra su atención en aspectos como la forma en la que se desarrolla el conocimiento o la participación de la psicología en la transmisión de la opresión y del poder establecido. Yendo un poco más lejos, Kitzinger (1999) señala cuatro aspectos comunes en la psicología crítica:

1. Los psicólogos críticos expresan su desafío hacia las ideologías y prácticas opresivas dentro de la psicología.

2. La psicología crítica presenta argumentos anti-positivistas. Oposición a la tradición positivista caracterizada por la investigación cuantitativa y la aproximación experimental (Spears, 1997).

3. Numerosos psicólogos críticos han desafiado la forma en la que la psicología tradicional asume un individualismo autosuficiente (Richardson y Fowers, 1997). “Inside individual heads rather than between people, in language” (Parker, 1997, p.286).

4. Categorías como ciencia, género, sexo u homosexualidad se construyen en contextos socio-políticos concretos, siendo usadas con frecuencia según los intereses del poder como medio de control y vigilancia.

Actualmente el abordaje de los problemas sociales está delimitado en gran medida por las prácticas científicas consideradas ideales o más adecuadas por parte de la comunidad científica imperante. Este hecho supone que la mayoría de las producciones científicas sigan una misma línea de trabajo con procedimientos normativos, en muchos casos independientes de la realidad social que se estudia. Esta crítica, aplicada a mí mismo, desvirtúa en muchos casos la aportación al conocimiento, donde interesan más los resultados productivos que la capacidad de explicar o mejorar el presente-futuro del ser humano en toda su complejidad.

“La psicología social crítica pretende hacer crítica de la psicología social estandarizada e institucionalizada (cuyo idioma oficial no es el castellano, y cuya sede no está en Latinoamérica); asimismo y por lo mismo, pretende hacer crítica de la psicología social en sí misma, y ultimadamente, pretende, y lo consigue muy bien, ser crítica de sí misma”

(Montero y Fernández, 2003, p. 211)

Quizá la consecuencia más inmediata es que la mayoría del saber empírico aportado no llega a la práctica, sino que continúa su carrera a través del circuito académico estándar donde se retroalimenta una y otra vez. De hecho no es extraño encontrar numerosos artículos en los que a través de análisis complejos se obtienen unos resultados cuya aplicación es cuestionable. De igual modo podemos encontrar modelos del comportamiento humano donde $A+B=C$, siempre que $C \geq 0$. ¿Realmente esto es posible? o incluso, ¿es necesario? Da la impresión de que tendemos a utilizar el camino más complejo para explicar las cosas más sencillas.

Una función de la teoría, según Gergen (1982), es proponer alternativas de acción que promuevan nuevas relaciones sociales. Y en este sentido, la investigación actual parece alejarse de lo que pide la sociedad, de lo que necesita. Algo nada novedoso por otra parte si atendemos a las palabras de Heider (1958, p. 5-6): “La psicología científica tiene mucho que aprender de la psicología de sentido común.”

Las aportaciones de la psicología social crítica podrían resultar esperanzadoras en el abordaje del estudio LGTB. Una gran parte de la producción científica del colectivo parte de un modelo patologista, donde las vidas de las personas pertenecientes al colectivo son cuestionadas o comparadas con población heterosexual como punto de referencia. ¿Qué ocurriría si los estudios demostraran que los hijos e hijas de parejas homosexuales tienen más probabilidades de ser homosexuales?

Un ejemplo de cómo los estudios se han centrado en gran medida en los aspectos más patologizantes lo demuestran los numerosos artículos centrados en las conductas sexuales de riesgo o prevalencia del VIH en el colectivo gay. Tal y como señalan Riggles y otros (2008, p. 210), “the majority of published studies concerning lesbians and gay men (and bisexual individuals) have focused on psychopathology, negative events, and stress”. Además, aún hoy podemos encontrar psicólogos y psiquiatras que continúan considerando la homosexualidad como una patología, proponiendo terapias de reorientación sexual o reparadoras. Un ejemplo de esta visión es la asociación nacional de investigación y terapia de la homosexualidad (NARTH) con sede en Estados Unidos y que siendo una organización secular plantea la reorientación sexual como alternativa al “sufrimiento” de gays y lesbianas. Además de su conferencia anual en su página web es posible encontrar publicaciones que desde un punto de vista supuestamente científico avalan sus teorías del malestar en el colectivo.

“The Church teaches that each male should accept his sexual identity as a man, and each female her sexual identity as a woman; and that means accepting that one is different from and complementary to—and equal in dignity with— persons of the opposite sex (gender)”

(Finnis, 2001)

La transexualidad es otro claro ejemplo de esta visión de la comunidad médico-científica, puesto que la Organización Mundial de la Salud sigue incluyéndola en el catálogo de enfermedades. Afortunadamente, la última versión del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-5) eliminará el término “Trastorno de Identidad de Género”, por lo que la transexualidad dejará, al menos aquí, de ser considerada enfermedad.

Es necesario por tanto abordar otros estudios y otras formas de hacer las cosas que planteen los aspectos positivos de la diversidad afectivo-sexual. Acercamientos en los que no se dé por sentado que la heterosexualidad es la base de la normalidad y por tanto, en la medida en que más nos acerquemos a esta asunción heterocentrista mayores serán los niveles de ajuste psicosocial. Como señalan Clarke y otros (2010, p. 47), “numerosos psicólogos que estudian el ámbito LGBTQ (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans y Queer) están cada vez más atraídos por la psicología crítica debido a su preocupación por el cambio social y la generación de un conocimiento liberador, y por su deseo de comprender las vidas de las personas LGBTQ en toda su complejidad”.

Otra necesidad actual es la de impulsar propuestas reales con ciertos colectivos que pertenecen al colectivo LGTB. Mientras que en el caso de los gays la visibilidad es mayor, ésta se reduce en el caso de lesbianas. De hecho, autoras como Tavrís (1993) han señalado que la mayoría de modelos o teorías psicológicas del colectivo se han basado en la experiencia de los hombres. Finalmente, en el caso de las personas transexuales esta visibilidad es casi inexistente, lo cual permitiría explicar por qué gran parte de la sociedad sigue sin tener claro qué supone ser un hombre o mujer transexual.

Por último, también plantear la necesidad de métodos alternativos de investigación que se centren en mayor medida en las personas LGTB. Conocer la realidad de los colectivos implica mucho más que la pasación de cuestionarios fiables. Métodos como el análisis del discurso, las entrevistas en profundidad, los grupos focales o las historias de vida pueden

aportar información necesaria e importante de cara a mejorar la calidad de vida o la normalización de las personas LGTB.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La psicología crítica que se ha alimentado de tradiciones teóricas como el feminismo o el post-modernismo supone una aproximación teórica alternativa y crítica no solo hacia la psicología dominante, sino también hacia sí misma. Y quizás desde este planteamiento pueden surgir exploraciones alternativas a los enfoques que se han desarrollado desde la psicología social, centrándose en los aspectos más negativos del colectivo. Por otra parte, también está la cuestión de la aplicabilidad de las investigaciones. ¿Cuáles son las aportaciones de la Psicología Social para mejorar una mayor normalización o una mejor calidad de vida de las personas que pertenecen al colectivo?

Sin lugar a dudas el acercamiento desde la psicología social a las personas LGTB requiere de la propia participación activa del movimiento LGTB (¿qué interés al colectivo o a los colectivos?, ¿cuáles son sus retos?...). En definitiva, se trata de hacer psicología LGTB positiva. Tal y como indica Savin-Williams (2009, p.167): “ser gay y estar orgulloso de ello no debería ser un oxímoron, una contradicción (...) Éste es el mensaje que debemos formular en voz alta y clara, e incluir en las páginas de nuestras publicaciones profesionales y en los medios de comunicación”.

Por tanto, el esfuerzo no debería ir dirigido a demostrar que las personas que no forman parte del mundo heteronormativo son tan equilibradas como los demás, sino a desmontar que el mundo no es ni debe ser exclusivamente heterocentrista, porque se engaña a sí mismo. Por otra parte, si queremos generar un verdadero cambio social que acabe con la opresión hacia el colectivo es necesario su empoderamiento, haciendo que formen parte activa en la generación y construcción del conocimiento.

“Critical psychologist have pointed out that psychology has systematically replaced political explanations (in terms of structural, economic and institutional oppression) with personal explanations (in terms of the dark workings of the psyche, the mysterious functioning of the subconscious)”

(Kitzinger, 2002, p. 211)

REFERENCIAS

- Clarke, V., Ellis, S.J., Peel, E. y Riggs, D.W. (2010). *Lesbian, Gay, Bisexual, Trans & Queer Psychology*. Cambridge University Press.
- Finnis, J. (2001). Reason, faith and homosexual acts. *The Catholic Social Science Review*, 6, 61-69.
- Heider, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New York: John Wiley & Sons.
- Íñiguez, L. (2005). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era 'post-construccionista'. *Athenea Digital*, 8. Disponible en <http://antalya.uab.es./athenea/num8/siniguez.pdf>
- Kitzinger, C. (2002). Lesbian and gay psychology: A critical analysis. En D. Fox & I. Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology: An introduction* (pp.202-2016). ThousandOaks, CA, US: Sage Publications.
- Montero, M. y Fernández, P. (2003). Psicología Social Crítica. *Revista Interamericana de Psicología*, 37 (2), 211-213.
- Ovejero, A. (2000). Psicología social postmoderna emancipadora: entre los psicología crítica y el postmodernismo. *Reips*, 1 (1). Recuperado el 12/12/2013 de <http://www.psico.uniovi.es/REIPS/v1n1/articulo2.html>
- Parker, I. (1997). The unconscious state of social psychology. En T. Ibáñez y L. Íñiguez (Eds), *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Richardson, F. C. and Fowers, B. J. (1997). Critical theory, postmodernism and hermeneutics: Insights for critical psychology. En Fox, D. y Prilleltensky, I. (Eds). *Critical Psychology: An Introduction*. London: Sage.
- Riggle, E.D., Whitman, J.S., Olson, A. y Rostosky, S.S. (2008). The positive aspects of being a lesbian or gay man. *Professional Psychology: Research and Practice*, 39 (2), 210-217.
- Savin-Williams, R.C. (2009). *La nueva adolescencia homosexual*. Madrid: Ediciones Morata.
- Spears, R. (1997) Introduction, En T. Ibáñez y L. Íñiguez (Eds). *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Tavris, C. (1993). *Mismeasure of women: why women are not the better sex, the inferior sex, or the opposite sex*. New York: Touchstone.

De los riesgos psicosociales a la Psicología Organizacional Positiva: hacia un enfoque más integrador en Psicología del Trabajo y de las Organizaciones

Natalio Extremera
Margarita Bravo
Auxiliadora Durán
Universidad de Málaga

Resumen: Desde los años setenta, la Psicología del Trabajo y de las Organizaciones (PTO) inició su interés en examinar los factores de riesgo psicosocial que afectan a la productividad y absentismo de los empleados. En este sentido, las aportaciones de la PTO al estudio del estrés laboral han estado en conexión con las graves consecuencias para la salud y el rendimiento organizacional. Uno de los campos de mayor interés académico y social ha sido el estudio del denominado *burnout* o síndrome de estar quemado. Sin embargo, en la última década el creciente interés en el estudio de las fortalezas y cualidades positivas de las personas ha venido a cristalizar en un nuevo marco conceptual, conocido como psicología positiva, cuyo objetivo es el desarrollo y mantenimiento de un mayor bienestar individual. Esta influencia de la psicología positiva alcanza también el ámbito or-

ganizacional, donde los aspectos relacionados con el bienestar de los empleados han devenido en tema de pujante actualidad. La psicología organizacional positiva plantea como objetivo analizar las características de quienes desarrollan un funcionamiento individual y colectivo óptimo en las organizaciones. Uno de esos novedosos fenómenos positivos asociados es el *engagement*, considerado un concepto teóricamente opuesto al *burnout*. En este trabajo se lleva a cabo una revisión de los modelos tradicionales que explican el origen y mantenimiento del *burnout* y su evolución, desde la psicología organizacional positiva, hacia enfoques dirigidos a la prevención de enfermedades laborales mediante el desarrollo de organizaciones saludables a través del *engagement*. Se discuten las implicaciones teóricas y prácticas del nuevo enfoque y las futuras líneas de investigación.

Palabras claves: Burnout; Engagement; Psicología Organizacional Positiva; Fortalezas; Riesgos psicosociales; Modelo Demandas Recursos Laborales

Abstract: From the seventies, Work and Organizational Psychology (WOP) have initiated an increasing interest in examining the psychosocial risk factors related to employees' productivity and absenteeism at work settings. Therefore, the contributions of WOP to the study of the work stress have been in connection with the serious consequences for health and job performance. One of the fields of major academic and social interest has been the study of burnout syndrome. Nevertheless, in the last decade the increasing interest in the study of the personal strengths and positive qualities has generated a new conceptual framework known as positive psychology, which aim is the development and maintenance of personal well-being. The influence of positive psychology have also reached the organizational field, called Positive Organizational Psychology. This new stream is focused on the analyses of positive personal and group characteristic and organizational aspects related to employees' well-being at workplace. One of these new positive phenomena is known as engagement, considered an opposite theoretically concept to the burnout syndrome. In this article, we review the stress traditional models, which explain the antecedents and development factors associated to burnout syndrome. Besides, we analyze the evolution from stress classic models to new scientific approach from positive organizational psychology, focused on the prevention of occupational diseases by means of the development of healthy organizations through engagement. Finally, we discussed the theoretical and practical implications and further research directions

Key words: Burnout; Engagement; Positive Organizational Psychology; Strengths; Psychosocial Risk; Job Demands-Resources Model

INTRODUCCIÓN

En el inicio de la década de los setenta, en un entorno laboral que evoluciona en línea con los cambios sociales, económicos y políticos de la época, surge el movimiento de *calidad de vida en el trabajo*; el factor humano entra de lleno de esta manera en el discurso, las estrategias y las prácticas organizacionales. En este contexto Freudenberg (1974), psiquiatra que traba-

jaba en la *Free Clinic* de Nueva York para toxicómanos, utiliza por primera vez el término "*burnout*". La expresión hace referencia a la experiencia de agotamiento, decepción, pérdida de interés por el trabajo y a los síntomas de ansiedad que este investigador observaba en la mayoría del personal después de un periodo, más o menos largo, de trabajo en la institución.

A su vez en aquel tiempo, las psicólogas sociales Cristina Maslach y Susan Jackson que estaban interesadas por las respuestas emocionales de los trabajadores en profesiones de ayuda a personas, incorporan también el término *burnout* a sus investigaciones. Estas investigadoras propician así el estudio del nuevo síndrome no tanto como una respuesta individual al estrés, que se manifiesta en una serie de síntomas clínicos, sino preferentemente en términos transaccionales, enfatizando las relaciones entre factores individuales y ambientales. Desde la perspectiva psicosocial Maslach y Jackson (1981) entienden que el *burnout* se configura como un síndrome tridimensional (resultado del análisis factorial de su célebre instrumento de evaluación MBI "*Maslach Burnout Inventory*") y que queda caracterizado como un proceso en el que intervienen elementos cognitivo-aptitudinales (baja realización personal en el trabajo), emocionales (agotamiento emocional) y actitudinales (despersonalización). Para Maslach (2009) el contexto interpersonal centró la atención en las emociones del individuo y en los motivos y valores que subyacen en el trabajo con los usuarios.

Desde entonces el término *burnout* ha sido delimitado y aceptado por la comunidad científica y mucha ha sido la literatura producida sobre el síndrome de estar quemado por el trabajo. En años recientes se ha publicado una amplia cantidad de revisiones sobre diversos aspectos del mismo (i.e. Halbesleben 2006; Halbesleben y Buckley 2004; Schaufeli y Buck 2003), mientras que una cercana exploración en Google Scholar (marzo 2014), encuentra 384.000 entradas bajo el término clave de *burnout*. En más de tres décadas de investigación se ha establecido la complejidad que subyace en el constructo mediante la elaboración de modelos conceptuales, se han abierto diferentes líneas de investigación, se han desarrollado instrumentos para su evaluación y se ha situado la experiencia de estrés dentro de un contexto organizacional que va bastante más allá de las profesiones asistenciales.

En la actualidad el *Burnout* se reconoce como un problema de salud vinculado a los riesgos psicosociales. Para Maslach y Leiter (1997) los tipos de pro-

blemas identificados por los investigadores y profesionales sugieren efectos nocivos que no sólo pueden tener un alto costo para las organizaciones y para las personas que lo padecen sino también para los colegas y usuarios del servicio. En este sentido ha sido asociado con respuestas negativas al trabajo: insatisfacción laboral, bajo compromiso e implicación, absentismo, intención de abandono, rotación y aumento de conflictos (i.e. Brief y George, 1995; Gil-Monte y Peiró, 1996; Schaufelli y Enzmann 1998; Soler, Yaman, y Esteva, 2007) y con un amplio cortejo de síntomas físicos, emocionales y actitudinales (Golembiewski y Munzenrider, 1988; Pines, 1993).

En palabras de Maslach (2009:37):

“En los años recientes “burnout” se ha convertido en una forma popular de describir la agonía personal del estrés laboral. La imagen evocadora de la llama que se está reduciendo a cenizas (...) con el paso del tiempo. El fuego inicial de entusiasmo, dedicación y compromiso con el éxito se ha ido quemando (burned-out) dejando atrás las brasas humeantes del agotamiento, el cinismo y la ineficacia”

Un breve repaso sobre el recorrido de este fenómeno en la literatura psicológica nos aproxima a las cuestiones relevantes que ha centrado el interés de los investigadores, desde una fase descriptiva necesaria a una fase explicativa y sistemática. Paso, por otra parte, que ha sido posible gracias a la utilización de instrumentos estrictos de medida y al impulso de estudios epidemiológicos y causales (Moreno-Jiménez, 2007)

EL MASLACH BURNOUT INVENTORY

Pese a que las descripciones originales se gestan en la observación clínica y la entrevista juega un papel clave en el acercamiento inicial al concepto, ambos métodos se han visto relegados en favor de la hegemonía de las medidas de auto-informe como forma de evaluar el síndrome de estar quemado (Durán, 2001; Schaufeli, Enzmann y Girault 1993). Sin embargo, pueden identificarse intentos de evaluación conductual (Lawson y O'Brien, 1994) y una propuesta de entrevista estructurada (Forney, Wallace-Schutzmann y Wiggers, 1982) aunque estas iniciativas a pesar de su enorme interés apenas han tenido continuidad en la investigación.

El *MBI* (Maslach y Jackson, 1981) se ha constituido como el instrumento de medida por excelencia en lo que a *burnout* se refiere y ha influido de ma-

nera relevante en lo que respecta a su investigación. La propia definición del síndrome se ha generalizado con base en la estructura tridimensional del cuestionario (agotamiento emocional, despersonalización y baja realización personal); hecho, por otra parte, que ha sesgado la investigación posterior. Así, para Gil-Monte (2007) se toma la definición del síndrome de quemarse por el trabajo por lo que evalúa el *MBI*; y el *MBI* consiste en el instrumento para evaluar *burnout*. La propia Maslach (1993) reconoce que disponer del *MBI* ha llevado a muchos investigadores a dirigir sus estudios más por el método que por la teoría.

En un principio el *MBI* fue elaborado para evaluar el síndrome exclusivamente en profesiones sanitarias, pero la rápida difusión del mismo y la inclusión de nuevos colectivos de estudio, dio lugar a una segunda edición para profesionales de la educación. Esta nueva versión del *MBI* recibe la denominación de *Educator Survey* (*MBI-ES*) frente a la primera que pasa a nombrarse como *Human Services Survey* (*MBI-HHS*). La gran mayoría de estudios sobre la validez psicométrica del *MBI* apoyan su validez factorial tridimensional. No obstante, es de reseñar cierta debilidad, especialmente en la escala de despersonalización, de manera que una parte de la literatura sobre el tema apuntan a estructuras bifactoriales (Brookings, Bolton, Brown y McEvoy, 1985; Chan y Hui, 1995; Green, Walkey y Taylor, 1991; Kalliath, O'Driscoll, Gillespie y Bluedorn, 2000) y en ciertos aspectos este debate continúa abierto en la actualidad.

A mediados de la década de los 90 se publica una nueva versión del cuestionario para profesionales ajenos al sector servicios, el *MBI-GS* (*General Survey*) (Maslach, Jackson y Leiter, 1996), el cual mantiene la estructura tridimensional a pesar de reducir a 16 el número de ítems. Esta nueva versión conlleva una redefinición del síndrome. Para Maslach (2009) la dimensión agotamiento representa el componente de estrés individual; las fuentes principales de este agotamiento son la sobrecarga laboral y el conflicto personal en el trabajo. La dimensión cinismo, que se desarrolla en respuesta al exceso de agotamiento emocional puede derivar en pérdida de idealismo y en reacciones negativas hacia la gente y hacia el trabajo. La ineficacia se refiere a los sentimientos de incompetencia, carencia de logros y productividad; este sentimiento es exacerbado por la insuficiencia de recursos, la falta de apoyo social y de oportunidades para desarrollarse laboralmente.

DESARROLLO DIMENSIONAL EN EL BURNOUT

La conceptualización del *burnout* asumida por la mayoría de los investigadores contempla al síndrome como un proceso gradual provocado a largo plazo por el estrés de rol. Desde este planteamiento surge desde muy temprano la necesidad de establecer la secuencialidad de sus dimensiones. Se han propuesto distintos procesos de aparición de los componentes del síndrome de quemarse. Uno de los primeros modelos que aparece en la literatura se debe a Golembiewski, Munzenrider y Carter (1983) en el cual los autores ubican como factor inicial los sentimientos de despersonalización. Para estos autores la distancia profesional del usuario, que en un principio puede ser funcional, cuando se convierte en excesiva dificulta la habilidad de relación y consecuentemente empeora la realización personal. Este proceso desemboca a más largo plazo en agotamiento emocional.

Para mejorar algunas deficiencias de esta propuesta Leiter y Maslach (1988) proponen un modelo alternativo en el que el síndrome se inicia con la aparición de sentimientos de cansancio emocional, ante el cual el individuo reacciona desarrollando una actitud despersonalizada hacia los usuarios, lo que provoca la pérdida de su compromiso con el trabajo y la consiguiente disminución de realización personal, sintiéndose finalmente quemado. Así, la actitud de despersonalización se contempla como una variable mediadora entre el agotamiento y la baja realización. Más tarde Leiter (1993) reformula esta propuesta y, aunque mantiene la relación entre cansancio emocional y despersonalización. Para el autor son los estresores laborales (sobrecarga, conflictos, etc.) los que agravarían el cansancio e incrementarían la despersonalización, mientras que la presencia/ausencia de recursos (apoyo social, oportunidades para desarrollar habilidades, etc.) influiría sobre la realización personal, se trata pues de un progreso en paralelo de ambas dimensiones.

Lee y Ashforth (1993) pusieron a prueba la viabilidad de los modelos de Leiter y Maslach (1988) y Golembiewski y cols. (1983), en un estudio de carácter longitudinal. Los modelos causales elaborados incluían el proceso de *burnout* desde ambas perspectivas y lo relacionaban con variables antecedentes y consecuentes. Si bien ninguno de los modelos se ajustó de forma adecuada a los datos, el avance metodológico que supuso la incorporación a la investigación de los modelos de ecuaciones estructurales ha avivado el debate y han funcionado como pilares para una mejor comprensión del fenómeno que nos ocupa.

También en nuestro país a lo largo de los últimos años encontramos propuestas para un modelo de desarrollo del proceso del *burnout* (Gil Montes, 1994; Gil Montes, Peiró y Valcarcel, 1998). Con base en el modelo de Lazarus y Folkman (1984) y la teoría sobre los antecedentes de la actitudes (Eagly y Chaiken, 1993), integran estos investigadores las experiencias cognitivas y emocionales como mediadores en la relación entre el estrés laboral percibido y los resultados conductuales/actitudinales. En el modelo propuesto los profesionales al enfrentarse crónicamente a problemas laborales no resueltos inician la aparición de baja realización personal (dimensión cognitiva) y paralelamente altos niveles de agotamiento (dimensión emocional) y, ambas circunstancias conducen a la despersonalización como una estrategia de afrontamiento.

MODELOS GENERALES DE CARÁCTER COMPRENSIVO

La necesidad de explicar la etiología del síndrome de quemarse por el trabajo cómo respuesta al estrés laboral, junto con la utilidad de integrarlo en marcos teóricos más amplios, ha dado lugar a la aparición de diversos modelos explicativos. Los estudios sobre *burnout* han incluido variables antecedentes, moduladoras o consecuentes tanto de carácter individual como organizacional y ofrecen una descripción del proceso que sigue el trabajador hasta sentirse quemado. Para Burke y Richardson (1996) estos modelos han de ser capaces de ofrecer un marco de intervención multi-nivel con objeto de paliar sus efectos y prevenir su aparición.

Si bien son muy numerosos los modelos que intentan explicar la aparición del síndrome desde consideraciones psicosociales, aceptando la clasificación de Gil-Monte y Peiró (1999) en la que se establecen tres perspectivas de estudio diferenciadas, pasamos a reseñar algunos ejemplos representativos.

El primer grupo incluye los modelos que incorporan conceptos propios de la teoría del Aprendizaje Social (Bandura, 1989) sobre autoeficacia. Así mismo, estos modelos consideran que las personas fuertemente motivadas entran en la vida laboral con objetivos y expectativas elevados sobre su trabajo. Para Harrison (1983) estas expectativas sobre consecución de objetivos se ven afectadas por características del entorno laboral que pueden ayudar, o por el contrario ser factores de barrera; al disminuir el sentimiento de

competencia social y de eficacia percibida reducen ostensiblemente la motivación de ayuda. En la misma línea, Chernis (1980) acentúa la relación entre las características del lugar de trabajo y las características del sujeto, en especial con su orientación profesional. Lograr nuestros objetivos personales nos permite experimentar sentimientos de autoeficacia; percibimos y evaluamos a los usuarios de acuerdo al grado en que satisfacen la necesidad de obtener significado de nuestro trabajo (Chernis, 1990) y, en este sentido, Pines (1993) establece que la raíz del *burnout* descansa en la necesidad de creer que nuestra actividad laboral es útil e importante, así los estresores serían objetivos y expectativas frustradas, siendo básico el sentimiento de eficacia personal para el afrontamiento del mismo.

El segundo grupo recoge los modelos elaborados desde las *teorías del intercambio social*. La tesis central de Buunk y Schaufeli (1993) descansa sobre la evidencia de que el *burnout* se desarrolla principalmente en un contexto social y para comprender su desarrollo se deberá atender al modo en que los individuos perciben, interpretan, y construyen las conductas de otros en el trabajo. Así, para estos autores el síndrome de quemarse por el trabajo presenta una doble etiología: los procesos de intercambio con los usuarios y los procesos de afiliación y comparación con los compañeros de trabajo; proponiendo que las expectativas de equidad o ganancias sobre esos intercambios juegan un papel muy importante en el origen del síndrome.

El último grupo considera los modelos elaborados desde la *teoría organizacional*. Son modelos que se caracterizan porque enfatizan la importancia de los estresores del contexto de la organización y de las estrategias de afrontamiento empleadas ante la experiencia de quemarse. El modelo de Golembiewski *et al.* (1983) pone el acento en la sobrecarga y la pobreza de rol, mientras que para Winnubst (1993) los antecedentes del síndrome varían dependiendo del tipo de estructura organizacional y de la institucionalización del apoyo social.

Finalmente, la investigación sobre burnout todavía tiene que descubrir los contextos específicos en los cuales el estrés ejerce sus efectos. Un meta-análisis de la literatura (Collins, 1999) demostró que los efectos del estrés en el *burnout* varían a través de factores situacionales, recursos de manejo disponibles tales como apoyo y control social y factores personales permanentes. No obstante la posición psicosocial se impone porque aunque se encuentra alguna evidencia de factores de riesgo individuales, existe mucha más evidencia de investigación para la importancia de las

variables situacionales (Maslach, Schaufelli y Leiter, 2001; Schaufelli y Enzman, 1998).

En un intento de organizar la vasta literatura de investigación sobre factores organizacionales del *burnout*, Maslach y Leiter (1997) presentaron una perspectiva global de prevención y tratamiento; en ella se plantea la meta última de generar compromiso con el trabajo mediante estrategias que incrementen la energía, implicación y eficacia como la mejor forma de prevenir el *burnout*. Basándose en modelos anteriores de ajuste al trabajo (French, Rodgers y Cobb, 1974) formularon un modelo que se centraba en el ajuste o desajuste entre la persona y aspectos relevantes de su ambiente laboral. El proceso de cambio propuesto vincula las condiciones específicas del ambiente laboral a las emociones y conductas laborales del sujeto. Es un proceso social y cooperativo, y trata de estimular la comunicación entre la organización y sus empleados. Estos autores identificaron seis áreas de la vida laboral que recogen los aspectos clave de riesgo organizacional para el *burnout*. Las dos primeras: sobrecarga en el trabajo y falta de control se evidencian en el modelo de estrés laboral Demanda-Control (Karasek y Theorell, 1990). Claramente existe un desajuste entre las exigencias del trabajo y la capacidad del individuo para satisfacer esas exigencias, mientras que la falta de control tiene un claro vínculo con elevados niveles de estrés. La tercera área crítica son las recompensas insuficientes. La falta de reconocimiento por la calidad del trabajo y de refuerzo por el logro juega un papel preponderante en el estado de ánimo de los empleados. La cuarta, quiebre en la comunidad, está referida a las relaciones interpersonales en el trabajo y captura el apoyo social y los conflictos con otras personas. La falta de apoyo y confianza posibilita un quiebre en el sentido de comunidad, el trabajo se hace difícil y las condiciones para estrés y *burnout* se tornan altas. La ausencia de imparcialidad, quinta de las áreas, emerge de la literatura sobre equidad y justicia social. Por último, la sexta área recoge el poder cognitivo-emocional de las metas y expectativas. Los autores promulgan la necesidad de enfatizar los valores humanos, la sinergia entre los valores personales y los organizacionales se convertiría en una fuente de energía creativa que estimula a grupos y organizaciones, mientras que si estos valores centrales no se cumplen, el conflicto y el desajuste puede favorecer la aparición de *burnout*.

Más tarde Leiter y Maslach (2004) establecen que el *burnout* media entre el impacto de los estresores organizacionales y los resultados del estrés. Sin embar-

go, para estos investigadores liberarse de un problema negativo no es lo mismo que lograr una alternativa positiva. Desde esta idea, germina la nueva corriente en Psicología Positiva que, progresivamente derivará en su aplicación al contexto laboral dando lugar a la Psicología Organizacional Positiva.

DE LA PSICOLOGÍA POSITIVA A LA PSICOLOGÍA ORGANIZACIONAL POSITIVA

La psicología como disciplina se ha marcado tres objetivos principales a lo largo de su historia: 1) curar la enfermedad mental; 2) hacer más productiva y plena la vida de las personas; y 3) identificar y desarrollar el talento (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000). Desafortunadamente, tras la segunda guerra mundial, las dos últimas misiones fueron rápidamente olvidadas. Las terribles secuelas dejadas por la guerra en la población civil y militar, hizo que el interés de la psicología se centrara en reparar el daño o el sufrimiento dentro de un modelo médico de enfermedad basado en las cuatro D (deterioro, daño, desorden y disfunción). Su objetivo quedó relegado a recuperar las personas de su malestar, sus trastornos y enfermedades, dejando en un segundo plano los objetivos relacionados con una vida más plena y el desarrollo del talento. Por tanto, en los últimos 50 años, podríamos decir que la psicología ha orientado sus esfuerzos principalmente hacia los déficits psicológicos del ser humano. No obstante, como sugieren Seligman y Csikszentmihalyi (2000), ello no implica una mejor prevención de estos fenómenos, pues los mejores progresos en este campo deben tener su origen en una perspectiva centrada en construir y desarrollar competencias y no estrictamente en corregir debilidades. En cualquier caso, este acercamiento hacia la intervención de la disfunción ha permitido que los teóricos e investigadores de las ciencias sociales desarrollen numerosos enfoques teóricos, acumulen conocimientos y diseñen estrategias de intervención sobre gran variedad de trastornos psicológicos y problemas sociales como la depresión, la agresividad o el *burnout*, tal como hemos visto anteriormente (Gable y Haidt, 2005).

Esta necesidad de ampliar hacia la búsqueda de lo mejor del ser humano, de las competencias y fortalezas que amortiguan los acontecimientos vitales negativos, se convierte en un caldo de cultivo idóneo para la aparición del movimiento de la Psicología Positiva (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000). La Psicología Positiva, por tanto, centra su interés

en el estudio de las condiciones y procesos que contribuyen al fortalecimiento y funcionamiento óptimo de las personas, los grupos y las instituciones (Gable y Haidt, 2005). Desde su introducción formal en la convención de la APA por Martin Seligman (2000), se ha convertido en un vibrante campo de trabajo para los investigadores de las ciencias sociales interesados en un amplio rango de dimensiones y competencias orientadas hacia lo positivo. Sheldon y King (2001) subrayan, de hecho, que la Psicología Positiva tiene como foco de atención examinar a la "persona media" con la misión de descubrir lo que funciona, lo que podría ser mejorado a pesar de que funciona, y las competencias y destrezas que usan estas personas y que les permiten no caer en problemas psicológicos. En lo que va de siglo, han surgido una gran cantidad de manuales, artículos científicos, proyectos de investigaciones, publicaciones en revistas internacionales, asociaciones, Congresos así como programas de Máster y Doctorado sobre psicología positiva en diferentes ámbitos, lo cual permite valorar el alcance de este nuevo enfoque y la necesidad de una nueva perspectiva más positiva y preventiva, complementaria al modelo existente de las cuatro D (Donaldson, Chizmilhali y Nakamura, 2011).

No obstante, debemos subrayar que la Psicología Positiva no afirma haber descubierto la importancia y el papel de la positividad en el ser humano (Peterson, 2006), puesto que la corriente humanista ya defendía tendencias claramente positivistas representadas por autores tan reconocidos como Carl Rogers, Abraham Maslow o Erich Fromm. Desafortunadamente, la ausencia de una base empírica sólida a mediados de los años 50 impidió que esta perspectiva adquiriese una mayor relevancia. Por tanto, podríamos decir que la Psicología Positiva surge con la finalidad de atender las áreas que la psicología tradicional ha relegado a un segundo plano, el estudio de las fortalezas, virtudes y el funcionamiento óptimo del individuo, siendo complementaria al modelo tradicional centrado en las cuatro D, pero desde un abordaje riguroso, centrado en la investigación-acción, con métodos de investigación sólidos y partiendo de un marco teórico bien fundamentado. Esta orientación positiva del estudio del ser humano pronto ha inundado otros campos aplicados de la psicología y rápidamente se ha expandido a la educación (Seligman, Ernst, Gillham, y Linkins, 2009), el ámbito clínico (Seligman, Rashid, y Parks, 2006), los servicios sociales (Glickman, 2004) y especialmente al contexto laboral (Bakker y Schaufeli, 2008; Luthans y Youssef, 2007), el cual será anali-

zado con mayor detenimiento a continuación (para una revisión de campos aplicados de actuación de la psicología positiva, ver Donaldson, Csikszentmihalyi, y Nakamura, 2011).

LA APLICACIÓN DE LA PSICOLOGÍA POSITIVA EN EL CONTEXTO LABORAL: PSICOLOGÍA ORGANIZACIONAL POSITIVA

La importancia de los aspectos psicológicos positivos de las personas y su impacto sobre el lugar de trabajo ha devenido en un nuevo enfoque denominado Psicología Organizacional Positiva (POP; Donaldson y Ko, 2010; Salanova, Martínez, y Llorens, 2005). No obstante, al igual que la Psicología Positiva admite que parte de sus raíces surgen de la escuela humanista, el reciente campo denominado Psicología Organizacional Positiva reconoce que gran parte del bagaje histórico de la disciplina se debe a las teorías clásicas motivacionales de Maslow (1954), McGregor, (1960) y Herzberg, (1966), quienes fueron los iniciadores del cambio conceptual imperante sobre el trabajador dentro de la empresa poniendo de relieve ciertas dimensiones positivas como predictores de las actitudes laborales y el desempeño organizacional. Igualmente, durante los años de post-guerra vieron la luz numerosos modelos y conceptos teóricos focalizados hacia las dimensiones positivas del empleado y su repercusión dentro del desempeño organizacional (i.e. satisfacción laboral, justicia organizacional, motivación intrínseca, compromiso organizacional, conducta organizacional ciudadana, etc...). Por tanto, al igual que la psicología positiva, la POP no proclama representar un nuevo descubrimiento de la positividad, más bien enfatiza la necesidad de una investigación-acción rigurosa, con enfoques teóricos con una base psicológica y científica bien fundamentada, basado en evidencias empíricas contrastadas y, finalmente, centrada en los rasgos, estados y comportamientos positivos de los trabajadores en las organizaciones (Luthans y Youssef, 2007).

De acuerdo con Donaldson y Ko (2010), hasta la fecha los trabajos de investigación de carácter positivo aplicados al ámbito organizacional han utilizado tres grandes categorizaciones: Psicología Organizacional Positiva (*Positive Organizational Psychology*), Comportamiento Organizacional Positivo (*Positive Organizational Behavior*) e Investigación Organizacional Positiva (*Positive Organizational Scholarship*). Aunque a veces han sido utilizados de manera intercambia-

ble en la literatura, estas áreas interrelacionadas en el estudio positivo de las organizaciones muestran diferencias conceptuales que son necesario aclarar.

No existe todavía un consenso dentro de la comunidad científica sobre la definición y foco de atención de la Psicología Organizacional Positiva. Por ello, a veces se han utilizado etiquetas como psicología positiva en el trabajo, lugar de trabajo positivo u organizaciones positivas o saludables (Martin, 2005). Por este motivo, vamos a partir de las bases conceptuales de la Psicología Positiva para seguir hacia su aplicación organizacional. La psicología positiva es definida como el estudio de: 1) la experiencia subjetiva positiva; 2) los rasgos positivos individuales y 3) las instituciones positivas (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000). Siguiendo esta definición, Peterson (2006) distingue tres pilares fundamentales de esta disciplina.

En primer lugar, la *experiencia subjetiva positiva*, que incluye aspectos como la felicidad, bienestar, placer, esperanza, optimismo, *flow* y afectividad positiva. El segundo pilar son los *rasgos positivos*, que implican el talento, intereses, creatividad, valores, fortalezas del carácter, crecimiento, significado, etc... Finalmente, el tercer pilar hace referencia a *instituciones positivas*, que incluyen familias, centros escolares, organizaciones, comunidades y sociedades.

Desde el ámbito organizacional, nos interesa este tercer elemento relacionado con las instituciones positivas. La Psicología Positiva plantea que los contextos se pueden modificar intencionalmente para fortalecer o mejorar las propias fortalezas individuales. Los programas preventivos o el desarrollo de entornos positivos podrían facilitar la consecución de experiencias subjetivas positivas y el desarrollo de rasgos y competencias individuales positivos. De acuerdo con Peterson (2006) este tercer pilar facilita los dos pilares anteriores ya que sin la existencia de contextos positivos facilitadores y mantenedores de estas actitudes y conductas positivas, su aparición y mantenimiento en el empleado sería muy limitada en el tiempo. De esta manera, instituciones positivas como los centros de trabajo ayudan a promover y refuerzan la puesta en práctica de las fortalezas positivas de los trabajadores y, por ende, la consecución de mayor satisfacción y felicidad en el trabajo. En resumen, la POP es considerada el estudio científico de las experiencias subjetivas y los rasgos positivos en ámbitos de trabajo positivos y su aplicación para mejorar la efectividad y la calidad de vida en las organizaciones.

Dentro de este marco conceptual de la POP podemos encontrar dos corrientes interrelacionadas,

pero con focos de atención diferentes: 1) comportamiento organizacional positivo (Luthans, 2002) e investigación organizacional positiva (IOP; Cameron, Dutton, y Quinn, 2003).

El comportamiento organizacional positivo (COP; del inglés *organizational positive behavior*) se refiere al estudio y aplicación de las capacidades psicológicas y las fortalezas de los trabajadores que pueden ser medidas, desarrolladas y gestionadas de manera efectiva para mejorar el rendimiento organizacional. Luthans (2002) argumenta que los criterios de inclusión por parte de una capacidad humana para formar parte de este enfoque es que debe ser considerada un “estado”, lo cual permite que esta capacidad pueda ser mejorada y desarrollada en el ámbito de trabajo para incrementar el desempeño organizacional. Igualmente, las investigaciones deben estar basadas en planteamientos teóricos y de investigaciones mensurables, desarrollables y gestionables desde el contexto laboral. Además su foco de investigación está centrado a un nivel más individual, sobre el propio trabajador, abarcando en enfoque de micro-análisis dentro de la empresa. Wright (2003) sugiere que el COP debe tener como objetivo fundamental el bienestar del empleado y su salud, pues la calidad de vida laboral del empleado se está convirtiendo actualmente en un valor empresarial de importancia estratégica. La evaluación y la consecución de la salud ocupacional y el bienestar, en lugar de ser considerado un “coste”, están paulatinamente convirtiéndose en una “inversión” pues son los trabajadores quienes producen beneficios económicos directos a la empresa en términos de mayor productividad, baja tasa de absentismo o menor números de bajas laborales, entre otros. Básicamente, el COP estudia las condiciones psicológicas positivas individuales y las fortalezas de los empleados que se encuentran relacionadas con su bienestar o su desempeño eficaz. Tales capacidades psicológicas incluidas son la esperanza, el optimismo, la resiliencia, el humor, la generosidad, la inteligencia emocional o la autoeficacia, entre otras. Así, existe toda una línea de investigación centradas en estos recursos personales que evidencian su impacto positivo sobre la satisfacción laboral, el compromiso organizacional, o la mayor ilusión o felicidad en el trabajo (Nelson y Cooper, 2007). Además, otro punto de interés de este enfoque es cómo alcanzar un nivel alto de excelencia por parte de los empleados en las empresas, así que se examinan detenidamente las condiciones bajo las cuales los empleados las alcanzan.

Por otro lado, cuatro años más tarde que la corriente COP, apareció el enfoque denominada investigación organizacional positiva (IOP) (del inglés *or-*

ganizational positive scholarship), la cual está centrada prioritariamente en el estudio de los resultados, procesos y atributos positivos de las organizaciones y sus miembros (Cameron et al., 2003). La idea central de IOP es comprender los mecanismos subyacentes a los comportamientos positivos en el ámbito laboral que permiten a las organizaciones impulsar nuevos niveles de excelencia (Roberts, Spreitzer, Dutton, Quinn, Heaphy, y Barker, 2005). La IOP tiene como objetivo estudiar las organizaciones y sus características donde la apreciación, creación y desarrollo del bienestar y la calidad de vida laboral son indicadores claves del éxito (Bernstein, 2003). La IOP se centra en dinámicas positivas que traen efectos positivos como el rendimiento organizacional o el desarrollo personal, por tanto, tiene un nivel de análisis más macro, su objetivo son el estudio de las organizaciones positivas y sus características. En este sentido, la IOP tienen entre sus temas de investigación aspectos como la resiliencia o la confianza organizacional, vitalidad o el significado laboral. De acuerdo con Cameron y su equipo (2003), cada palabra del acrónimo IOP implica un elemento importante de este enfoque. Así, la palabra “positiva” enfatiza una perspectiva con un claro sesgo hacia lo positivo, una orientación hacia lo excepcional, lo próspero y pleno dentro de la organización. El término “Organizacional” quiere subrayar el énfasis en contextos organizacionales, como opuesto a fenómenos meramente individuales, tales como ocurre en el enfoque COP (Dutton y Glynn, 2007). Finalmente, el término “investigación” es utilizado para hacer explícita el bagaje teórico y el apoyo empírico como requerimiento necesario para formar parte de este enfoque, más allá de posturas pseudo-científicas que incluían dimensiones y propuestas más populares. En resumen, IOP implica aquella investigación empírica que examina fenómenos positivos en la organización (Cameron et al., 2003).

Similar al COP pero con matices diferenciales de la Psicología Positiva, el objetivo primario de la IOP está en el lugar de trabajo y en el análisis de la consecución de resultados organizacionales positivos. A pesar de que tanto el COP como el IOP estudian la esfera organizacional desde un acercamiento positivo y subrayando los logros y resultados organizacionales, ambos enfoques difieren en algunos aspectos tales como son el nivel de análisis y las dimensiones examinadas. Mientras el COP se centra principalmente en las cualidades psicológicas individuales y las fortalezas humanas que influyen en el rendimiento organizacional (Luthans, 2002), la IOP se centra principalmente

en los aspectos positivos del contexto organizacional que influyen en el logro de los empleados (Cameron y Caza, 2004). El énfasis en la mejora del rendimiento es central para el COP pero no necesariamente para el IOP. Igualmente, ambos enfoques discrepan en los métodos de investigación y sus niveles de análisis (Bakker y Schaufeli, 2008). Los estudios desde COP se realizan principalmente a nivel micro utilizando encuestas, mientras los estudios sobre IOP normalmente son a nivel organizacional utilizando métodos de tipo cualitativos y cuantitativos (Luthans y Avolio, 2009). Mientras las investigaciones del COP tienden a desarrollarse de manera inductiva (i.e. niveles de análisis de individuo-grupo-organización) el IOP utiliza el patrón inverso. En definitiva, tal como sugieren Donaldson y Ko (2010), la POP es un término más general, que construye un puente conceptual entre el enfoque del COP, centrado en el trabajador, y la IOP, centrada en la organización. Sin duda, ambas se nutren de manera recíproca, ya que en la mayoría de los casos las contribuciones de la perspectiva COP interrelacionan con los intereses de la perspectiva IOP, así la POP cubre ambas esferas, en términos de líneas de investigación, foco de atención y nivel de análisis.

PSICOLOGÍA ORGANIZACIONAL POSITIVA: DEL ENGAGEMENT AL BURNOUT

A lo largo de más de treinta años de investigación, la evidencia empírica ha desvelado los importantes efectos negativos del *burnout* para el compromiso organizacional, la satisfacción laboral y vital, o la salud física, en diferentes profesiones asistenciales (Schaufeli, Leiter, y Maslach, 2009). Aunque la literatura ha constatado que los factores de vulnerabilidad personales y organizacionales tienen un gran peso en la etiología y mantenimiento del *burnout* (Maslach, et al., 2001), algunos autores han subrayado la improbabilidad de que los mecanismos explicativos que subyacen al malestar y el desajuste laboral sean idénticos a aquellos que explican el funcionamiento óptico y el bienestar (Bakker y Schaufeli, 2008; Tetrick, 2002). Así, enfoques organizacionales más positivos podrían contribuir complementando el modelo tradicional del estrés laboral con un modelo de bienestar laboral. El objetivo de estos enfoques no sería centrarse exclusivamente en el polo positivo sino lograr una visión más comprehensiva que incluya tanto los aspectos positivos y negativos, evitando así caer en una movimiento pendular, del que se pasaría de

la focalización tradicional en los aspectos negativos a centrarnos exclusivamente en el lado positivo (Fine-man, 2006). Casi tres décadas después de su definición y al calor del movimiento de la POP, el final de los años noventa supuso el despertar del interés por el estudio de experiencias opuestas al síndrome de *burnout*. De hecho, Maslach y Leiter (1997) destacaron el sentimiento de conexión energética y efectiva con sus trabajos propio de los empleados *engaged*, abriendo así camino para que el *engagement* emergiese al estudio científico caracterizado por energía, implicación, y eficacia profesional: los opuestos de las tres dimensiones del síndrome, a pesar de la existencia de otras definiciones previas (Kahn, 1990). Si las organizaciones contemporáneas esperan de sus empleados proactividad, iniciativa y responsabilidad sobre su desarrollo profesional, junto a un desempeño excelente, parece lógico que necesiten este tipo de empleados y, por ello, no sorprende que el inicio del siglo XXI haya sido testigo de la eclosión de este ámbito de investigación (Bakker y Leiter, 2010).

Sin duda, la cristalización de esta perspectiva positiva en torno al estudio del *engagement* ha resultado muy fructífera. Así Mills, Fleck y Kozikowski (2013) al pasar revista a la investigación desarrollada desde el ámbito de la Psicología Positiva vinculada al contexto laboral, indican que el *engagement* puede considerarse en la actualidad un 'tema candente'. De este modo, el futuro de la investigación sobre *burnout* ha desembocado de forma natural en el estudio del *engagement* y entra de lleno tanto en el ámbito de la Psicología de la Salud Ocupacional (Salanova, 2010), como en la esfera del concepto integral de Salud propuesto por la OMS, formulado a finales de la década de los cuarenta mucho antes de que quedase configurado formalmente el giro de la Psicología hacia el "lado positivo".

Resulta evidente que la sinergia de intereses entre el ámbito aplicado y el académico ha encontrado un lugar privilegiado en este campo de estudio, pues los beneficios del *engagement* del empleado no están limitados a éste (i.e., mejora de la salud, Halbesleben, 2010). En opinión de Bakker y Leiter (2010) centrarse en el *engagement* ofrece a las organizaciones una ventaja competitiva. Así, la investigación ha desvelado efectos positivos en ámbitos departamentales y organizacionales, tales como decremento del absentismo y la rotación (Bakker y Schaufeli, 2008; Saks, 2006) e incremento del compromiso organizacional (Halbesleben, 2010), desempeño y conductas extra-rol (Xanthopoulou, Bakker, Heuven, Demerouti, y Schaufeli, 2008), desempeño evaluado por compa-

ñeros y supervisores (Halbesleben y Wheeler, 2008), satisfacción del usuario y valoraciones de éste sobre las capacidades del empleado, mejor clima de servicio el cual predice desempeño del empleado y mayor lealtad y fidelización del cliente (Salanova, Agut, y Peiró, 2005), y rentabilidad e ingresos diarios para la organización (Xanthopoulou, Bakker, Demerouti, y Schaufeli, 2009a).

Considerado antídoto y constructo teóricamente opuesto al *burnout*, la traducción al castellano del concepto no ha sido tarea fácil y quizás la expresión más ajustada sea la de vinculación psicológica con el trabajo. En este sentido, los empleados *engaged* no son simplemente trabajadores “no-quemados”, el trabajo les resulta una experiencia positiva, disfrutando con y de lo que hacen, y se perciben capaces de afrontar a diario nuevas demandas laborales, desplegando conductas ‘extra-rol’ (Salanova, 2010; Salanova y Llorens, 2008).

La definición más difundida del *engagement laboral* incluiría las dimensiones vigor, dedicación y absorción, siendo caracterizado este fenómeno como un estado mental positivo relacionado con el trabajo, un estado afectivo-cognitivo persistente y no focalizado en un objeto, evento o situación particular. El vigor implica altos niveles de energía y resistencia mental mientras se trabaja, deseo de invertir esfuerzo en el trabajo incluso afrontando dificultades u obstáculos. Por su parte, la dedicación supone alta implicación laboral, junto con sentimientos de significación, entusiasmo, inspiración, orgullo y reto vinculados al trabajo. Finalmente, la absorción se vincula a un intenso estado de concentración en la propia actividad, mientras la persona experimenta que el tiempo ‘pasa volando’, y le resulta difícil desconectar de aquello que hace debido al disfrute y concentración asociados a su labor (Schaufeli, Salanova, Gonzalez-Roma y Bakker, 2002).

Esta estructura tridimensional ha permitido plantear dos continuos que ubican las dimensiones centrales del *burnout* y el *engagement* en los polos opuestos (Bakker, Schaufeli, Leiter y Taris, 2008). Así un primer continuo de energía o activación va desde vigor hasta agotamiento; y un segundo continuo denominado de identificación abarca desde dedicación hasta cinismo (Schaufeli y Bakker, 2004). El *engagement* quedaría caracterizado por alto nivel de energía y fuerte identificación con el trabajo, el *burnout* por lo contrario. Sin embargo, la absorción no es considerada el opuesto a ineficacia profesional (tercer aspecto del *burnout*) e implica un estado similar, si bien no idéntico, al *flow* (Csikszentmihalyi, 1990; Salanova, Bakker y Llorens, 2006).

Al hilo de esta definición ha sido elaborado, y profusamente aplicado como medida del *engagement*, el UWES (*Utrecht Work Engagement Scale*; Schaufeli y Bakker, 2003, 2010; Schaufeli et al., 2002). El cuestionario final consta de 17 ítems en su versión larga (Salanova y Schaufeli, 2004), existiendo también una versión corta de 9 ítems (Schaufeli, Bakker y Salanova, 2006) y una versión adaptada para evaluar el *engagement* académico (Salanova, Martínez, Bresó, Llorens y Grau, 2005).

En cuanto a los marcos explicativos el modelo que ha catalizado el avance en la investigación sobre *burnout-engagement* es el Modelo de Demandas y Recursos Laborales (DRL) (Demerouti, Bakker, Nachreiner y Schaufeli, 2001). Si bien surge para explicar el proceso de quemarse en el trabajo, su desarrollo permitió incluir el concepto de *engagement* y, con posterioridad, emplazar los recursos personales como factores predictivos (Bakker y Demerouti, 2008; Schaufeli y Bakker 2004). Con esta configuración el modelo DRL asume una aproximación holística al tomar en consideración indicadores de bienestar (*engagement*) y malestar (*burnout*) del empleado; y se constituye en un modelo parsimonioso y comprensivo, un heurístico útil aplicable a cualquier tipo de ocupación, al permitir incorporar la combinación de demandas-recursos laborales propia de cada organización/puesto como clave de la salud psicosocial del trabajador, en estrecha interacción con los recursos personales (ver Figuras 1 a 3).

Si tuviéramos que identificar la piedra angular del modelo, ésta sería la división de las características laborales en demandas y recursos (Demerouti et al., 2001) y el rol otorgado a ambos como base del denominado proceso dual de salud psicosocial (Bakker y Demerouti, 2008; Schaufeli y Bakker, 2004;). Numerosos estudios han corroborado la existencia de este proceso dual (Bakker, Demerouti y Schaufeli, 2003; Hanaken, Bakker y Schaufeli, 2006; Llorens, Bakker, Schaufeli y Salanova, 2006; Schaufeli y Bakker, 2004; Schaufeli, Bakker y Van Rhenen, 2008).

Las demandas se definen como aspectos del trabajo (físicos, psicológicos, socio-emocionales, organizacionales) que requieren esfuerzo físico o psicológico (cognitivo y emocional) sostenido o habilidades por parte del empleado, y llevan asociados costes fisiológicos y/o psicológicos. En cambio, los recursos laborales aluden a características físicas, psicológicas, sociales u organizacionales del trabajo que: 1) reducen las demandas laborales y los costes psicológicos/fisiológicos asociados; 2) son funcionales en la consecución

de objetivos laborales; y 3) estimulan el crecimiento personal, el aprendizaje y el desarrollo (Bakker y Demerouti, 2007; Schaufeli y Bakker, 2004;).

Sobre esta base el modelo DRL identifica un proceso dual integrado por 1) un proceso negativo, en el que las demandas se relacionan principalmente con un deterioro de la salud, jugando el *burnout* un papel esencial, y 2) un proceso motivacional positivo, en el que la disponibilidad de recursos primordialmente conduce a resultados relevantes para la organización (i.e., compromiso organizacional, desempeño y calidad del servicio) a través del *engagement*. El proceso de deterioro de la salud comienza con la presencia de demandas laborales crónicas, o una carencia de recursos que contribuiría a generar más demandas, agotándose los recursos. Como consecuencia puede generarse fatiga crónica y *burnout*. Numerosa evidencia empírica avala la relación entre *burnout* y salud (p.e, depresión, quejas psicósomáticas, infarto de miocardio) (Shirom y Melamed, 2005) y entre *burnout* y resultados organizacionales (i.e., escaso compromiso organizacional, disminución de conductas extra-rol, bajo desempeño) (Schaufeli y Enzmann, 1998).

De modo contrario, el modelo propone que la presencia de recursos laborales estimula la motivación en forma de *engagement* y permite afrontar eficazmente las demandas laborales, dando lugar a resultados organizacionales positivos. Los recursos actuarían reduciendo el impacto de las demandas sobre la salud psicosocial y, por tanto, sus costes físicos y psicológicos (Demerouti et al., 2001), pero también serían motivadores en sí mismos, como propone la teoría Conservación de Recursos (Hobfoll, 1989). Así los recursos laborales pueden actuar tanto como motivadores intrínsecos, fomentando el crecimiento personal y profesional de los empleados, su aprendizaje y desarrollo, como extrínsecos, al ser instrumentos esenciales para lograr otros objetivos laborales.

En este sentido la investigación, incluyendo estudios de diseño longitudinal, avala la importancia de la relación entre recursos laborales (i.e., apoyo social de compañeros y supervisores, *feedback* sobre desempeño, control o autonomía) y *engagement* (Bakker y Demerouti, 2008; Hakanen y Roodt, 2010; Hakanen, Schaufeli y Ahola, 2008; Mauno, Kinnunen y Ruokolainen, 2007; Salanova, Schaufeli, Martínez y Bresó, 2009; Schaufeli y Salanova, 2007).

Un reciente trabajo evaluó mediante técnicas de meta-análisis las relaciones entre recursos laborales y *engagement* y entre éste y resultados organizacionales (Halbesleben, 2010). Los resultados apuntaron que

recursos como apoyo social, autonomía y *feedback* alcanzan índices entre $.19 < r < .38$ con *engagement*, mientras la magnitud de esta relación oscila con el compromiso organizacional entre $.25 < r < .44$; con desempeño entre $.23 < r < .30$ y con intención de abandono entre $-.22 < r < -.37$.

No obstante, el modelo en sus diferentes versiones va más allá de los efectos directos, proponiéndose que los recursos laborales reducen el potencial efecto negativo de las altas demandas laborales sobre el *burnout* (efecto amortiguador del estrés), o considerando que las demandas laborales moderan la relación recursos–*engagement*. Así mismo se hipotetiza un impacto especialmente relevante de los recursos cuando los empleados afrontan demandas laborales muy elevadas (efecto exaltador de las demandas laborales) (Bakker y Demerouti, 2007; Hakanen y Roodt, 2010). Estos efectos han obtenido un sólido respaldo en los estudios llevados a cabo en los últimos años (Bakker, Demerouti y Euwema, 2005; Bakker, Hakanen, Demerouti y Xanthopoulou, 2007; Hakanen, Bakker y Demerouti, 2005; Xanthopoulou, Bakker, Dollard, Demerouti, Schaufeli, Taris y Schreurs, 2007).

Por otra parte, la evolución del modelo ha llevado a conceder un papel relevante no sólo a los recursos laborales, sino también a los personales en la generación de *engagement* y mejora del desempeño. Los recursos personales pueden ser considerados autoevaluaciones positivas vinculadas a la resiliencia y aluden a la percepción sobre nuestra habilidad para controlar e influir de forma exitosa en el ambiente (Hobfoll, Johnson, Ennis y Jackson, 2003). En el modelo integrador del *engagement* (Bakker y Demerouti, 2008), los recursos laborales mantienen una relación bidireccional con los recursos personales, los cuales son capaces de movilizar los recursos laborales y generar más *engagement* y mejor desempeño. A su vez *engagement* y desempeño retroalimentan los recursos iniciales: quienes están altamente vinculados con su trabajo y tienen un buen desempeño movilizarán más recursos personales (o capital psicológico) y más recursos laborales, estableciéndose procesos dinámicos en el tiempo y configurando una espiral positiva (p.e, Hakanen, Perhoniemi y Toppinen-Tanner, 2008; Xanthopoulou, Bakker, Demerouti y Schaufeli, 2008; Xanthopoulou et al., 2009b).

Los estudios llevados a cabo han vinculado *engagement* y estilo de afrontamiento activo (Rothmann y Storm, 2003), autoeficacia, optimismo, autoestima (Xanthopoulou, Bakker, Demerouti y Schaufeli, 2007; Xanthopoulou et al., 2009a, 2009b), capital

psicológico (auto-eficacia, optimismo, esperanza, y resiliencia) (Sweetman y Luthans, 2010), e inteligencia emocional (Durán, Extremera y Rey, 2004) entre otros constructos.

Siguiendo la estela del modelo de DRL, otras propuestas han tratado de completar sus presupuestos iniciales. En este sentido, el modelo RED (Recursos, Experiencias y Demandas) (Salanova, Cifre, Martínez y Llorens, 2007) toma en consideración tanto las demandas como los recursos extra-organizacionales (i.e., conciliación familia- trabajo) y plantea diferenciar, siguiendo a LePine, Podsakoff y LePine (2005), “demandas amenazantes” (demandas negativas con potencial para dañar el beneficio o logro personal, provocando emociones negativas y un estilo pasivo de afrontamiento) y “demandas retadoras” (demandas valoradas positivamente por promover beneficios o logros personales, oportunidades para el desarrollo y realización personal, provocando emociones positivas y un estilo activo de afrontamiento).

Como tercer aspecto clave destaca el papel otorgado a los recursos personales en la génesis de la salud ocupacional. Serán considerados elemento vital para la percepción y control del ambiente, siendo especialmente relevante la importancia de las creencias de eficacia (Bandura, 1977). En este caso, resulta curioso el “regreso al futuro” de algunas teorías y modelos sobre *burnout*, los cuales señalaron a comienzos de los noventa que éste se desarrolla a partir de sentimientos de ineficacia, falta de confianza en las propias competencias o “crisis de autoeficacia” (Cherniss, 1993; Leiter, 1992).

El modelo RED comienza con la existencia previa de determinados niveles de creencias de eficacia percibida, las cuales sirven de base para evaluar el ambiente de trabajo (demandas y recursos laborales). Si la persona cree que no puede controlar su ambiente de forma efectiva, ello potenciará la percepción de demandas amenazantes y la falta de recursos laborales. Esta situación incrementa la posibilidad de experimentar mayores niveles de malestar psicosocial y consecuencias organizacionales negativas. Con el tiempo estas consecuencias negativas pueden influir en el decremento de la percepción de recursos personales, siguiendo la espiral de deterioro de la salud.

Por el contrario, cuando las creencias de eficacia son elevadas es más probable que las personas perciban más demandas retadoras y más recursos laborales. A su vez, esto incrementa la posibilidad de que disfruten de mayores niveles de bienestar psicosocial y redundan en mejor desempeño, calidad del trabajo y

compromiso con la organización. Estas consecuencias positivas retroalimentarán los niveles de recursos personales siguiendo la espiral de motivación.

En resumen, el modelo presupone que son los recursos personales los que iniciarían las espirales de deterioro de la salud y de motivación a lo largo del tiempo (Salanova, Schaufeli, Xanthopoulou y Bakker, 2010). En este caso, la autoeficacia asume un rol tanto de causa como de consecuencia del *engagement*, lo que apoyaría la idea de la existencia de espirales de ganancias positivas (Llorens, Schaufeli, Bakker y Salanova, 2007; Salanova, Grau, Martínez, Cifre, Llorens, y García, 2004; Salanova, et al., 2010).

A pesar del desarrollo y la solidez de la investigación en este ámbito, la agenda marcada por Bakker y Leiter (2010) permite vislumbrar frentes abiertos, y no menores, en torno al concepto mismo de *engagement*, su medida y su relación con otras variables, incluyendo el propio síndrome de *burnout*. Aunque el concepto parece ofrecer una perspectiva distintiva y valiosa de la experiencia laboral y ha mostrado su validez incremental con respecto a constructos tradicionales como implicación laboral y compromiso organizacional (Schaufeli y Bakker, 2010) o más novedosos como la adicción al trabajo (Schaufeli, Taris, LeBlanc, Peeters, Bakker y De Jonge, 2001), aún quedan por resolver cuestiones importantes. De hecho, Schaufeli y Salanova (2011) han tenido que bajar a la arena académica para defender la idea de que *engagement* y *burnout* “son dos monedas diferentes”. Pero la polémica lejos de amainar ha venido manteniéndose durante estos años. Así mientras en una reciente revisión de la literatura, Bakker, Demerouti y Sanz-Vergel (2014) han afirmado que se trata de conceptos no redundantes que representan experiencias sustancialmente diferentes y que merecen cada uno atención particular, desde una perspectiva más crítica Cole, Walter, Bedeian y O’Boyle (2012), utilizando técnicas meta-analíticas, mantienen dudas razonables sobre la independencia de ambos constructos. En concreto, los autores apuntan la contradicción que supone el hecho de que Schaufeli y su equipo defiendan la idea de *engagement* como concepto nuevo e independiente, pero conceptualicen *burnout* y *engagement* como “opuestos”, caractericen al *engagement* como la “antípoda positiva” del *burnout*, e incluso afirmen que dos de las dimensiones de cada uno de esos constructos representan polos opuestos de un continuo (Schaufeli y Bakker, 2004; Schaufeli y Bakker, 2010).

Los resultados de su trabajo apuntan que a) las correlaciones entre las dimensiones de *burnout* y *engagement* son altas, b) ambos muestran un patrón

similar de asociación con los correlatos disponibles en la investigación, lo cual apoyaría la idea de que sus dimensiones comparten una red nomológica, y c) tras controlar los efectos del *burnout* en las ecuaciones de meta-regresión se reduce sustancialmente (en algún caso hasta un 80%) la varianza explicada por el *engagement* (7 de las 9 relaciones posibles no alcanzaron la significación estadística). Estos resultados sugieren que las dudas no pueden ser desechadas como mera especulación, y desafían la idea de que el *engagement* (medido a través del UWES) sea un constructo independiente cuya precisa evaluación requiere de una medida autónoma. Parecería en cambio que la interpretación más consistente con el principio de parsimonia es que se trata de constructos redundantes (Cole et al., 2012).

En este sentido, Cole et al. (2012) plantean la necesidad de trabajar con diseños de medidas repetidas para explorar la evolución en el tiempo de las relaciones *burnout-engagement* y sus correlatos, y examinar los efectos de *burnout-engagement* sobre actitudes laborales y desempeño, tanto intra como intersujetos. Aquí la investigación de carácter longitudinal puede ser particularmente útil. Además, consideran que es posible que se hayan descuidado antecedentes relevantes más allá de las demandas y recursos laborales, y recomiendan ampliar las variables de resultado habitualmente examinadas. Con respecto a los diseños longitudinales, en los últimos años son numerosos los trabajos que han tratado de marcar la evolución de las relaciones entre las variables comentadas, especialmente incluyendo recursos personales como la autoeficacia y emociones positivas, y asumiendo la noción de espirales de ganancias (Llorens y Salanova, 2014; Ouweneel, Schaufeli y Le Blanc, 2013; Salanova, Llorens y Schaufeli, 2011; Vera, Salanova y Lorente, 2012).

Retomando la agenda investigadora propuesta por Bakker y Leiter (2010), la temporalidad del *engagement* y sus posibles cambios diarios parece un tópico de especial interés. Sería cuestión a debate si las escalas de respuesta y la redacción de los ítems para medir *engagement* son adecuadas para su evaluación como estado, capturando las oscilaciones del día a día en energía y dedicación/implicación o permitiendo un seguimiento diario. Ampliar las medidas existentes con nuevos ítems o formatos de respuesta ayudaría a perfeccionar los instrumentos. En esta línea, se plantean cuestiones sobre las características situacionales de un día concreto que pueden elicitarse mayor *engagement-burnout* o si los niveles de ambos constructos

fluctúan en función de la tarea concreta que se realiza o de las personas con las que se trabaja (Bakker et al., 2014).

Por otra parte, la cuestión de la temporalidad viene a engarzarse con el tipo de antecedentes estudiados. Así Sonnentag, Dormann y Demerouti (2010) apuntan que las variables de personalidad podrían influir en la variabilidad del nivel de *engagement* de un individuo (i.e., la afectividad positiva se ha desvelado moderadora de la relación eventos positivos-*engagement*, siendo la relación más intensa en profesionales con baja afectividad positiva). Ello no implicaría dejar a un lado en esta agenda las características de la propia actividad/ambiente laboral como foco de investigación/intervención, sino que más de allá del diseño del puesto se plantea la necesidad de profundizar en la posibilidad de transformación o ajuste del mismo (*job crafting*) por parte de los propios empleados (Bakker et al., 2014).

Otra asignatura pendiente para este futuro inmediato sería el desarrollo y evaluación de programas de intervención. Leiter y Maslach (2010) sugieren que el modelo de DRL serviría como base para estas intervenciones, pero desafortunadamente los diseños empíricamente fundados y la implementación de intervenciones aún escasean. No obstante, en los últimos años se han publicado interesantes propuestas en este sentido (Bakker, et al., 2014; Ouweneel, Le Blanc y Schaufeli, 2013, 2014; Salanova, Martínez y Llorens, 2014).

Finalmente, también parece obligado ir más allá de la evidencia sobre los beneficios del *engagement*, explorando su posible “lado oscuro”, es decir, evaluando los efectos negativos a largo plazo de un elevado *engagement*. Como señalan Bakker y Leiter (2010) los empleados *engaged* cuentan con capital psicológico, parecen crear sus propios recursos, tienen un mejor desempeño, y clientes más felices, pero ya que hasta la Psicología Organizacional Positiva ha revelado un lado oscuro (i.e., un exceso de autoestima puede llevar a infravalorar el tiempo necesario para lograr objetivos, o la sobreconfianza obstaculizar el desempeño), habría que preguntarse por las sombras del *engagement*. Si además se tiene en cuenta que este tipo variables positivas como optimismo, autoestima, etc., son potenciales predictores de *engagement*, resulta evidente que el “sobre-*engagement*” podría estar vinculado con ellas y acarrear consecuencias negativas graves. En esta línea, y a pesar que aún queda mucho por explorar, Schaufeli y Salanova (2011) han indicado, completando en cierto modo este ciclo investi-

gador con una *vuelta al inicio*, que el lado oscuro del *engagement* es el propio síndrome de *burnout*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bakker, A.B. y Demerouti, E. (2007). The job demands-resources model: State of the art. *Journal of Managerial Psychology*, 22, 309–328.
- Bakker, A.B. y Demerouti, E. (2008). Towards a model of work engagement. *Career Development International*, 13, 209–223.
- Bakker, A.B. y Leiter, M.P. (2010). Where to go from here: integration and future research on work engagement. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work Engagement. A Handbook of essential Theory and Research* (pp. 181-196). Nueva York: Psychology Press.
- Bakker, A.B. y Schaufeli, W.B. (2008). Positive organizational behavior: Engaged employees in flourishing organizations. *Journal of Organizational Behavior*, 29, 147-154.
- Bakker, A.B., Demerouti, E y Schaufeli, W.B. (2003). Dual processes at work in a call centre: An application of the Job Demands a Resources model. *European Journal of Work and Organizational Psychology*, 12, 393-417.
- Bakker, A.B., Demerouti, E. y Euwema, M. (2005). Job resources buffer the impact of job demands on burnout. *Journal of Occupational Health Psychology*, 10, 170–180.
- Bakker, A.B., Demerouti, E. y Sanz-Vergel, A.I. (2014). Burnout and work engagement: The JD-R approach. *Annual Review of Organizational Psychology and Organizational Behavior*, 1, 389–411.
- Bakker, A.B., Hakanen, J.J., Demerouti, E. y Xanthopoulou, D. (2007). Job resources boost work engagement, particularly when job demands are high. *Journal of Educational Psychology*, 99, 274-284.
- Bakker, A.B., Schaufeli, W.B., Leiter, M.P. y Taris, T.W. (2008). Work engagement: An emerging concept in occupational health psychology. *Work & Stress*, 22, 187–200.
- Bakker, A.B., y Schaufeli, W.B. (2008). Positive organizational behavior: Engaged employees in flourishing organizations. *Journal of Organizational Behavior*, 29, 147-154.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological Review*, 84(2), 191-215.
- Bandura, A. (1989). Human agency in social cognitive theory. *American Psychologist*, 44 (9), 1175-1184.
- Bernstein, S.D. (2003). Positive organizational scholarship: Meet the movement: An interview with Kim Cameron, Jane Dutton, and Robert Quinn. *Journal of Management Inquiry*, 12, 266-271.
- Brief, A.P. y George, J.M. (1995). Psychological Stress and the Workplace: A Brief Comment on Lazarus' Outlook. En R. Ctandall y P.L. Perrewé (Eds.). *Occupational Stress: A Handbook*. (pp. 15-19). Bristol, PA: Taylor & Francis.
- Brookings, J.B., Bolton, B., Brown, C.E. y Mc Evoy, A. (1985). Self-reported job burnout among female human service professionals. *Journal of Occupational Behavior*, 6, 143-150.
- Burke, R.J. y Richardson, A.M. (1996). Stress, burnout, and health. En C. Cooper (Ed.), *Handbook of Stress, Medicine and Health*. (pp. 101-117). Boca Ratón, FL: CRC Press.
- Buunk, B. y Schaufeli, W.B. (1993). Burnout: A Perspective from Social Comparison Theory. En W.B. Schaufeli, C. Maslach y T. Marek (eds.), *Professional Burnout: recent Developments in Theory and Research*. (pp. 53-73). Washington, DC: Taylor & Francis.
- Cameron, K. S. y Caza, A. (2004). Contributions to the discipline of positive organizational scholarship. *American Behavioral Scientist*, 47, 731-739.
- Chan, D. y Hui, E. (1995). Burnout and coping among Chinese secondary school teachers in Hong Kong. *British Journal of Educational Psychology*, 65 (1), 15-25.
- Cherniss, C. (1980). *Professional Burnout in Human Service Organizations*. New York: Praeger.
- Cherniss, C. (1990). Organizational negotiation skill and the prevention of burnout: Lessons of a long-term follow-up study. *Comunicación presentada a la 98th Annual Convention of The American Psychological Association*, Boston (USA).
- Cherniss, C. (1993). The role of professional self-efficacy in the etiology and amelioration of burnout. En W.B. Schaufeli, C. Maslach y T. Marek (Eds.), *Professional Burnout: Recent Developments in Theory and Research* (pp. 135-150). Washington, DC: Taylor & Francis.
- Cole, M.S., Walter, F., Bedeian, A.G. y O'Boyle, E.H. (2012). Job Burnout and Employee Engagement: A Meta-Analytic Examination of Construct Proliferation. *Journal of Management*, 38, 1550-1581.
- Collins, V. (1999). A meta-analysis of burnout and

- occupational stress. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 60 (9-B), 4942.
- Csikszentmihalyi, M. (1990). *Flow, the Psychology of Optimal Experience*. Harper Collins.
- Demerouti E., Bakker, A.B., Nachreiner, F. y Schaufeli, W.B. (2001). The Job Demands-Resources model of burnout. *Journal of Applied Psychology*, 86, 499-512.
- Donaldson, S.I. y Ko, I. (2010). Positive organizational psychology, behavior, and scholarship: A review of the emerging literature and evidence base. *Journal of Positive Psychology*, 5, 177-191.
- Donaldson, S.I., Csikszentmihalyi, M., y Nakamura, J. (2011). *Applied Positive Psychology: Improving Everyday Life, Health, Schools, Work, and Society*. London: Routledge Academic.
- Durán, A. (2001). *El Síndrome de Burnout en organizaciones policiales: Una aproximación secuencial*. Tesis doctoral. Facultad e Psicología, Universidad de Málaga. Disponible en: <http://www.biblioteca.uma.es/bbl/doc/tesisuma/16272675.pdf>
- Durán, A., Extremera, N. y Rey, L. (2004). Self-Reported Emotional Intelligence, Burnout and Engagement among Staff in Services for people with Intellectual Disabilities. *Psychological Reports*, 95, 386-390.
- Dutton, J.E. y Glynn, M.A. (2007). Positive Organizational Scholarship. En Cooper, C.L. y Barling, J. (Eds), *Handbook of Organizational Behavior*, (pp 693-711). Los Angeles: Sage Publications.
- Eagly, A. H. y Chaiken, S. (1993). *The psychology of attitudes*. Fort Worth, TX: Harcourt, Brace, Jovanovich.
- Fineman, S. (2006). On being positive: Concerns and counterpoints. *Academy of Management Review*, 31, 270-291.
- Forney, D.S., Wallace-Schutzmann, F. y Wiggers, T.T. (1982). Burnout among career development professionals: Preliminary findings and implications. *Personnel and Guidance Journal*, 60, 435-439.
- French, J.R., P Rodgers, W. y Cobb S. (1974). Adjustment as person-environment fit. In Coelho, G. V., Hamburg, D.A., Adams J. E, (eds). *Coping and adjustment*. New York: Basic Books. (pp. 316-33).
- Freudenberger, H. J. (1974) Staff burnout. *Journal of social Issues*, 30, 159-165.
- Gable, S. L. y Haidt, J. (2005). What (and why) is Positive Psychology? *Review of General Psychology*, 9, 103-110.
- Gil-Monte, P. R. (2007). El síndrome de quemarse por el trabajo: una perspectiva histórica. En P. R. Gil-Monte y B. Moreno-Jiménez, B. (coord.). *El síndrome de quemarse por el trabajo (burnout). Grupos profesionales de riesgo* Madrid: Pirámide
- Gil-Monte, P. R. y Peiró, J. M. (1997). *Desgaste psíquico en el trabajo: el síndrome de quemarse*. Madrid: Síntesis.
- Gil-Monte, P.R., Peiró, J.M. (1999). Perspectivas teóricas y modelos interpretativos para el estudio del síndrome de quemarse por el trabajo. *Anales de Psicología*, 15, 261-268
- Gil-Monte, P.R., Peiró, J.M. y Valcárcel, P. (1998). A model of burnout process development: An alternative from appraisal models of stress. *Comportamento e Gestao*, 4 (1), 165-179.
- Glicklen, M. D. (2004). *Using the Strengths Perspective in Social Work Practice: A Positive Approach for the Helping Professions*. Boston, MA: Pearson Education.
- Golembiewski, R. y Munzenreider, R. (1988). *Phases of burnout*. New York: Praeger.
- Golembiewski, R.T., Munzenreider, R. y Carter, D. (1983). Phases of progressive burnout and their work site covariates. *Journal of Applied Behavioral Science*, 19, 461-481.
- Green, D.E., Walkey, F.H. y Taylor, A.J.W. (1991). The three-factor structure of the Maslach Burnout Inventory. *Journal of Social Behavior and Personality*, 6, 453-472.
- Hakanen, J.J. y Roodt, G. (2010). Using the job demands-resources model to predict engagement: Analysing a conceptual model. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work Engagement. A Handbook of essential Theory and Research* (pp. 85-101). Nueva York: Psychology Press.
- Hakanen, J.J., Bakker, A.B. y Demerouti, E. (2005). How dentists cope with their job demands and stay engaged: The moderating role of job resources. *European Journal of Oral Sciences*, 113, 479-487.
- Hakanen, J.J., Perhoniemi, R. y Toppinen-Tanner, S. (2008). Positive gain spirals at work: From job resources to work engagement, personal initiative, and work-unit innovativeness. *Journal of Vocational Behavior*, 73, 78-91.
- Hakanen, J.J., Schaufeli, W. B. y Ahola, K. (2008). The Job Demands-Resources model: A three-year cross-lagged study of burnout, depression, commitment, and work engagement. *Work & Stress*, 22, 224-241.

- Halbesleben J.R.B. (2006). Sources of social support and burnout: A meta-analytic test of the conservation of resources model. *Journal Applied Psychology*, 91, 1134-1145.
- Halbesleben J.R.B, Buckley, M.R. (2004). Burnout in organizational life. *Journal of Management*, 30, 859-879.
- Halbesleben, J.R.B. (2010). A meta-analysis of work engagement: Relationships with burnout, demands, resources, and consequences. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work engagement: A handbook of essential theory and research* (pp. 102–117). New York, NY: Psychology Press.
- Halbesleben, J.R.B. y Wheeler, A.R. (2008). The relative roles of engagement and embeddedness in predicting job performance and intention to leave. *Work & Stress*, 22, 242–256.
- Hanaken, J.J., Bakker, A. y Schaufeli, W.B. (2006). Burnout and work engagement among teachers. *Journal of School Psychology*, 43, 495-513.
- Harrison, D.H. (1983). A social competence model of burnout. En F. Farber (ed.), *Stress and burnout in the human service professions* (pp. 29-39). New York: Pergamon Press.
- Herzberg, F. (1966). *Work and the nature of man*. New York: The Word Publishing Company.
- Hobfoll, S.E. (1989). Conservation of resources a new attempt at conceptualizing stress. *American Psychologist*, 44, 513-524.
- Hobfoll, S.E., Johnson, R.J., Ennis, N. y Jackson, A.P. (2003). Resource loss, resource gain, and emotional outcomes among inner city women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 632–643.
- Kahn, W.A. (1990). Psychological conditions of personal engagement and disengagement at work. *Academy of Management Journal*, 33, 692-724.
- Kalliath, T., O’Driscoll, M., Gillespie, D. y Bluedorn, A. (2000). A test of the Maslach Burnout Inventory in three samples of healthcare professionals. *Work and Stress*, 14, 35-50.
- Karasek R, y Theorell T. (1990). *Stress, productivity, and the reconstruction of working life*. New York: Basic Books.
- Lawson, D.A. y O’Brien, R.M. (1994). Behavioral and self-report measures of staff burnout in development disabilities. *Journal of Organizational Behavior Management*, 14 (2), 37-54.
- Lazarus, R.S. y Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal, and coping*. New York: Springer.
- Lee, R. T. y Ashforth, B. E. (1996). A meta-analytic examination of the correlates of the three dimensions of job burnout. *Journal of Applied Psychology*, 81, 123-133.
- Lee, R.T. y Ashforth, B.E. (1993). A longitudinal study of burnout among supervisors and managers: Comparisons between the Leiter and Maslach (1988) and Golembiewski *et al.* (1986) models. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 54, 369-398.
- Leiter, M. P. Y Maslach C. (2004). Areas of work life: A structured approach to organizational predictors of job burnout. In Perrewe P., L., Ganster D. C., eds. *Research in occupational stress and well-being* (pp. 91-134). Oxford: Elsevier.
- Leiter, M.P. (1992). Burnout as a crisis in self-efficacy: Conceptual and practical implications. *Work & Stress*, 6, 107-115.
- Leiter, M.P. (1993). Burnout as a developmental process. Consideration of models. En W.B. Schaufeli, C. Maslach y T. Marek (Eds.), *Professional Burnout: Recent Developments in Theory and Research*. (pp. 237-250). Washington,DC: Taylor & Francis
- Leiter, M.P. y Maslach, C. (1988). The impact of interpersonal environment on burnout and organizational commitment. *Journal of Organizational Behavior*, 9, 297-308.
- Leiter, M.P. y Maslach, C. (2010). Building engagement: The design and evaluation of interventions. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work engagement: A handbook of essential theory and research* (pp. 164–180). New York, NY: Psychology Press.
- LePine, J.A., Podsakof, N.P. y LePine, M.A. (2005). A meta-analytic test of the challenge stressor-hindrance stressor framework: An explanation for inconsistent relationships among stressor and performance. *Academy of Management Journal*, 48, 764-775.
- Llorens, S. y Salanova, M. (2014, en prensa), Loss and gain cycles? A longitudinal study about burnout, engagement and self-efficacy. *Burnout Research*, <http://dx.doi.org/10.1016/j.burn.2014.02.001>
- Llorens, S., Bakker, A.B., Schaufeli, W.B. y Salanova, M. (2006). Testing the robustness of the Job Demands-Resources model. *International Journal of Stress Management*, 13, 378-391.
- Llorens, S., Schaufeli, W.B., Bakker, A. y Salanova, M. (2007). Does a positive gain spiral of resources, efficacy beliefs and engagement exist? *Computers in Human Behavior*, 23, 825–841.

- Luthans, F. (2002). The need for and meaning of positive organizational behavior. *Journal of Organizational Behavior*, 23, 695-706.
- Luthans, F., y Avolio, B. J. (2009). The point of positive organizational behavior. *Journal of Organizational Behavior*, 30, 291-307.
- Luthans, F., y Youssef, C. M. (2007). Emerging positive organizational behavior. *Journal of Management*, 33, 321-349.
- Martin, A. J. (2005). The role of positive psychology in enhancing satisfaction, motivation, and productivity in the workplace. *Journal of Organizational Behavior Management*, 24, 113-133.
- Maslach, C. y Jackson, S. E. (1981). *Maslach Burnout Inventory: Manual*. Palo Alto, USA: Consulting Psychologists Press.
- Maslach, C. (1993). Burnout: a multidimensional perspective. In: Schaufeli WB, Maslach C. Y Marek T. (Eds). *Professional burnout: Recent developments in theory and research*. Washington, DC: Taylor & Francis. (pp. 19-32).
- Maslach, C. (2009). Comprendiendo el burnout. *Ciencia & Trabajo*, 32, 37-43
- Maslach, C. y Leiter, M.P. (1997). *The truth about burnout: How organizations cause personal stress and what to do about it*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Maslach, C., Jackson, S. E., y Leiter, M. P. (1996). *Maslach Burnout Inventory Manual* (3. ed.). Palo Alto, USA: Consulting Psychologists Press.
- Maslach, C., Schaufeli, W.B. y Leiter, M. (2001). Job Burnout. *Annual Review of Psychology*, 52, 397-422.
- Maslow, A. H. (1954). *Motivation and personality*. New York: Harper.
- Mauno, S., Kinnunen, U. y Ruokolainen, M. (2007). Job demands and resources as antecedents of work engagement: A longitudinal study. *Journal of Vocational Behavior*, 70, 149-171.
- McGregor, D. (1960). *Human side of enterprise*. New York, McGraw-Hill.
- Mills, M.J., Fleck, Ch.R. y Kozikowski, A. (2013). Positive psychology at work: A conceptual review, state-of-practice assessment, and a look ahead. *The Journal of Positive Psychology*, 8 (2), 153-164.
- Moreno-Jiménez, B. (2007). Evaluación, medidas y diagnóstico del síndrome del burnout. En P. R. Gil-Monte y B. Moreno-Jiménez, B. (coord.). *El síndrome de quemarse por el trabajo (burnout). Grupos profesionales de riesgo* Madrid: Pirámide
- Nelson, D., y Cooper, C. L. (2007). *Positive organizational behavior: Accentuating the positive at work*. En Cameron, K. S., Dutton, J. E., y Quinn, R. E., (2003). *Positive organizational scholarship: Foundations of a new discipline*. San Francisco, CA: Berrett-Koehler Publishers Inc
- Ouweneel, E., Le Blanc, P.M. y Schaufeli, W.B. (2013). Do-it-yourself: An online positive psychology intervention to promote positive emotions, self-efficacy, and engagement at work. *Career Development International*, 18 (2), 173-195
- Ouweneel, E., Le Blanc, P.M. y Schaufeli, W.B. (2014). On Being Grateful and Kind: Results of Two Randomized Controlled Trials on Study-Related Emotions and Academic Engagement. *The Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 148 (1), 37-60.
- Ouweneel, E., Schaufeli, W.B. y Le Blanc, P.M. (2013). Believe, and You Will Achieve: Changes over Time in Self-Efficacy, Engagement, and Performance. *Applied Psychology: Health and Well-Being* 5 (2), 225-247.
- Peterson, C. (2006). *A primer in positive psychology*. New York: Oxford University Press.
- Pines, A.M. (1993). Burnout. En L. Goldberger y S. Breznitz (Eds.) *Handbook of Stress. Theoretical and Clinical Aspects*. (pp. 386-402). 2nd Edit. New York: Free Press.
- Roberts, L.M., Spreitzer, G., Dutton, J., Quinn, R., Heaphy, E., y Barker, B. (2005). How to play to your strengths. *Harvard Business Review*, 83, 74-80.
- Rothmann, S. y Storm, K. (2003). *Work engagement in the South African Police Service*. Paper presented at the 11th European Congress of Work and Organizational Psychology, 14-17 May 2003, Lisbon, Portugal.
- Saks, A. M. (2006). Antecedents and consequences of employee engagement. *Journal of Managerial Psychology*, 21, 600-619.
- Salanova y Llorens (2008). Estado actual y retos futuros en el estudio del burnout. *Papeles del Psicólogo*, 29 (1), 59-67.
- Salanova, M. (2010). *Psicología de la Salud Ocupacional*. Madrid: Síntesis.
- Salanova, M. y Schaufeli, W. B. (2004). El engagement de los empleados: un reto emergente para la dirección de los recursos humanos. *Estudios Financieros*, 261, 109-138.
- Salanova, M. y Schaufeli, W.B. (2009). *El engagement en el trabajo. Cuando el trabajo se convierte en pasión*. Madrid: Alianza Editorial.
- Salanova, M., Agut, S. y Peiró, J.M. (2005). Linking organizational resources and work engagement to

- employee performance and customer loyalty: The mediation of service climate. *Journal of Applied Psychology*, 90, 1217-1227.
- Salanova, M., Bakker, A. y Llorens, S. (2006). Flow at work: Evidence for a gain spiral of personal and organizational resources. *Journal of Happiness Studies*, 7, 1-22.
- Salanova, M., Cifre, E., Martínez, I. y Llorens, S. (2007). *Caso a caso en la prevención de riesgos psicosociales. Metodología WONT para una organización saludable*. Bilbao: Lettera Publicaciones.
- Salanova, M., Grau, R., Martínez, I.M., Cifre, E., Llorens, S. y García-Renedo, M. (Eds.) (2004). *Nuevos Horizontes en la investigación sobre Autoeficacia*. Castellón: Colección Psique (nº 8). ISBN 84-8021-470-8.
- Salanova, M., Llorens, S. y Schaufeli, W.B. (2011). "Yes, I can, I feel good, and I just do it!" On gain cycles and spirals of efficacy beliefs, affect, and engagement. *Applied Psychology*, 60 (2), 255-285.
- Salanova, M., Martínez, I., Bresó, E., Llorens, S. y Grau, R. (2005). Bienestar psicológico en estudiantes universitarios: facilitadores y obstaculizadores del desempeño académico. *Anales de Psicología*, 21, 170-180.
- Salanova, M., Martínez, I.M. y Llorens, S. (2005). Psicología Organizacional Positiva. En F. Palací (Coord.), *Psicología de la Organización* (pp. 349-376). Madrid: Pearson Prentice Hall,
- Salanova, M., Martínez, I.M. y Llorens, S. (2014). Una mirada más "positiva" a la Salud ocupacional desde la Psicología Organizacional Positiva en tiempos de crisis: aportaciones desde el equipo de investigación WONT. *Papeles del Psicólogo*, 3, 22-30.
- Salanova, M., Schaufeli, W.B., Martínez, I. y Bresó, E. (2009). How obstacles and facilitators predict academic performance: the mediating role of study burnout and engagement. *Anxiety, Stress & Coping*, 26, 1-18.
- Salanova, M., Schaufeli, W.B., Xanthopoulou, D. y Bakker, A.B. (2010). The gain spiral of resources and work engagement: Sustaining a positive worklife. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work engagement: A handbook of essential theory and research* (pp. 118-131). New York: Psychology Press.
- Schaufeli W. y Enzmann D. (1998). *The burnout companion to study and practice: a critical analysis*. London: Taylor & Francis.
- Schaufeli, W. B. Y Buunk BP. 2003. Burnout: An overview of 25 years of research and theorizing. En: Schabracq MJ, Winnubst JAM, Cooper CL, (eds.) *The handbook of work and health psychology*. 2nd ed. (pp. 383-429). West Sussex, U.K.: Wiley.
- Schaufeli, W.B. y Bakker, A. (2010). Defining and measuring work engagement: Bringing clarity to the concept. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work Engagement. A Handbook of essential Theory and Research* (pp. 10-24). Nueva York: Psychology Press.
- Schaufeli, W.B. y Bakker, A.B. (2003). *UWES – Utrecht Work Engagement Scale: Test Manual*. Unpublished Manuscript: Department of Psychology, Utrecht University.
- Schaufeli, W.B. y Bakker, A.B. (2004). Job demands, job resources, and their relationship with burnout and engagement: A multi-sample study. *Journal of Organizational Behavior*, 25, 293-315.
- Schaufeli, W.B. y Enzmann, D. (1998). *The burnout companion to study and research: A critical analysis*. London: Taylor & Francis.
- Schaufeli, W.B. y Salanova, M. (2007). Work engagement: An emerging psychological concept and its implications for organizations. En S.W. Gilliland, D. D. Steiner y D.P. Skarlicki (Eds.), *Research in social issues in management (Volume 5): Managing social and ethical issues in organizations*. Greenwich, CT: Information Age Publishers.
- Schaufeli, W.B. y Salanova, S. (2011). Work engagement: On how to better catch a slippery concept. *European Journal of Work and Organizational Psychology*, 20 (1), 39-46.
- Schaufeli, W.B., Bakker, A. y Van Rhenen, W. (2008). Workaholism, Burnout, and Work Engagement: Three of a Kind or Three Different Kinds of Employee Well-being? *Applied Psychology: An International Review*, 57 (2), 173-203.
- Schaufeli, W.B., Bakker, A.B. y Salanova, M. (2006). The measurement of work engagement with a short questionnaire: *A cross-national study*. *Educational and Psychological Measurement*, 66, 701-716.
- Schaufeli, W.B., Enzmann, D., y Girault, N. (1993). Measurement of Burnout: A review. En W. Schaufeli, C. Maslach y T. Marek (eds.), *Professional Burnout: Recent Developments in Theory and Research*. (pp. 199-215). Washington, DC: Taylor & Francis.
- Schaufeli, W.B., Leiter, M.P. y Maslach, C. (2009). Burnout: 35 years of research and practice. *Career Development International*, 14, 204-220.

- Schaufeli, W.B., Salanova, M., Gonzalez-Roma, V. y Bakker, A.B. (2002). The measurement of engagement and burnout: A two sample confirmatory factor analytic approach. *Journal of Happiness Studies*, 3, 71-92.
- Schaufeli, W.B., Taris, T.W., Le Blanc, P., Peeters, M., Bakker, A.B. y De Jonge, J. (2001). Maakt arbeid gezond? Op zoek naar de bevlogen werknemer [Does work make happy? In search of the engaged worker]. *De Psycholoog*, 36, 422-428.
- Seligman, M., Ernst, R. Gillham, K. y Linkins, M. (2009). Positive Education: positive psychology and classroom interventions. *Oxford Review of Education*, 35(3), 293-311.
- Seligman, M.E.P., Rashid, T., y Parks, A.C. (2006). Positive psychotherapy. *American Psychologist*, 8, 772-788.
- Seligman, M.E.P., y Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*, 55, 5-14.
- Shirom, A. y Melamed, S. (2005). Does burnout affect physical health? A review of the evidence. En A.G. Antoniou y C.L. Cooper (eds.), *Research companion to organizational health psychology* (pp. 599-630). Cheltenham, UK: Edward Elgar.
- Soler, J.K., Yaman, H. y Esteva, M. (2007). Burnout in European general practice and family medicine. *Social Behavior and Personality*, 35(8), 1149-1150.
- Sonnentag, S., Dormann, C. y Demerouti, E. (2010). Not all days are created equal: The concept of state work engagement. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work Engagement. A Handbook of essential Theory and Research* (pp. 25-38). Nueva York: Psychology Press.
- Sweetman, D. y Luthans, F. (2010). The power of positive psychology: Psychological capital and work engagement. En A.B. Bakker y M.P. Leiter (Eds.), *Work Engagement. A Handbook of essential Theory and Research* (pp. 54-68). Nueva York: Psychology Press.
- Tetrick, L. E. (2002). Individual and organizational health. En D. Ganster, y P. L. Perrewe (Eds.). *Research in organizational stress and well-being* (Vol. 3, pp. 107-141). Greenwich, CN: JAI Press.
- Vera, M., Salanova, M. y Lorente, L. (2012). El papel predictivo de la auto-eficacia en el Modelo de Demandas-Recursos Laborales: un estudio longitudinal. *Estudios de Psicología*, 33 (2), 167-178.
- Winnubst, J.A. (1993). Organizational Structure, Social Support, and Burnout. En W.B. Schaufeli, C. Maslach y T. Marek (eds.), *Professional Burnout: recent Developments in Theory and Research*. (pp. 151-162). Washington, DC: Taylor & Francis.
- Wright, T.A. (2003). Positive organizational behavior: An idea whose time has truly come. *Journal of Organizational Behavior*, 24, 437-442.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A., Dollard, M.F., Demerouti, E., Schaufeli, W.B., Taris, T.W. y Schreurs, P.J.G. (2007). When do job demands particularly predict burnout? The moderating role of job resources. *Journal of Managerial Psychology*, 22, 766-785.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A., Heuven, E., Demerouti, E. y Schaufeli, W.B. (2008). Working in the sky: A diary study among flight attendants. *Journal of Occupational Health Psychology*, 13, 345-356.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A.B., Demerouti, E. y Schaufeli, W.B. (2009b). Reciprocal relationships between job resources, personal resources, and work engagement. *Journal of Vocational Behavior*, 74, 235-244.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A.B., Demerouti, E. y Schaufeli, W.B. (2007). The role of personal resources in the job demands-resources model. *International Journal of Stress Management*, 14, 121-141.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A.B., Demerouti, E. y Schaufeli, W.B. (2008). How job and personal resources influence work engagement and financial returns: A diary study in a Greek fast-food company. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 13, 345-356.
- Xanthopoulou, D., Bakker, A.B., Demerouti, E. y Schaufeli, W.B. (2009a). Work engagement and financial returns: A diary study on the role of job and personal resources. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 82, 183-200.

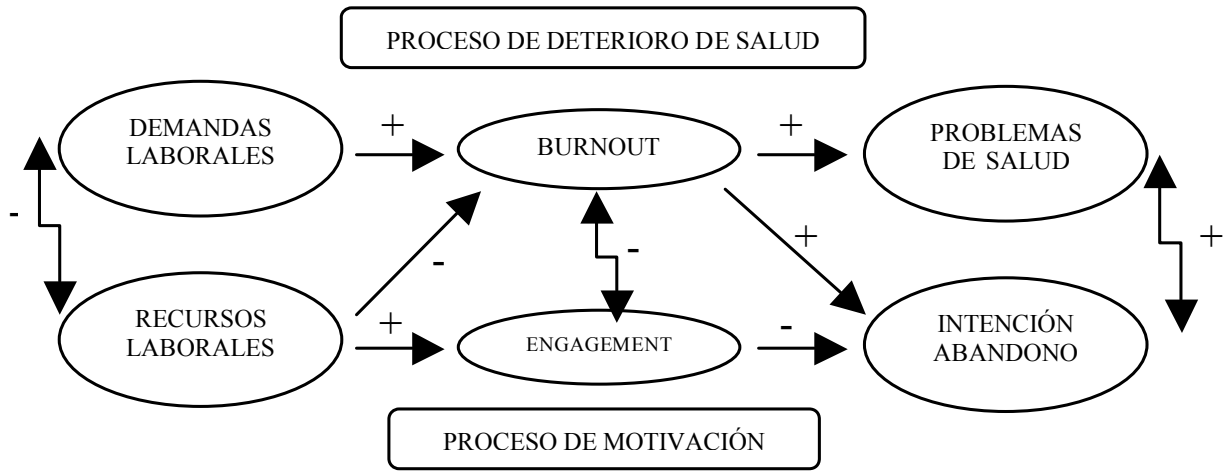


Figura 1. Modelo Demandas y Recursos laborales. Adaptado de Schaufeli y Bakker (2004, p. 297).

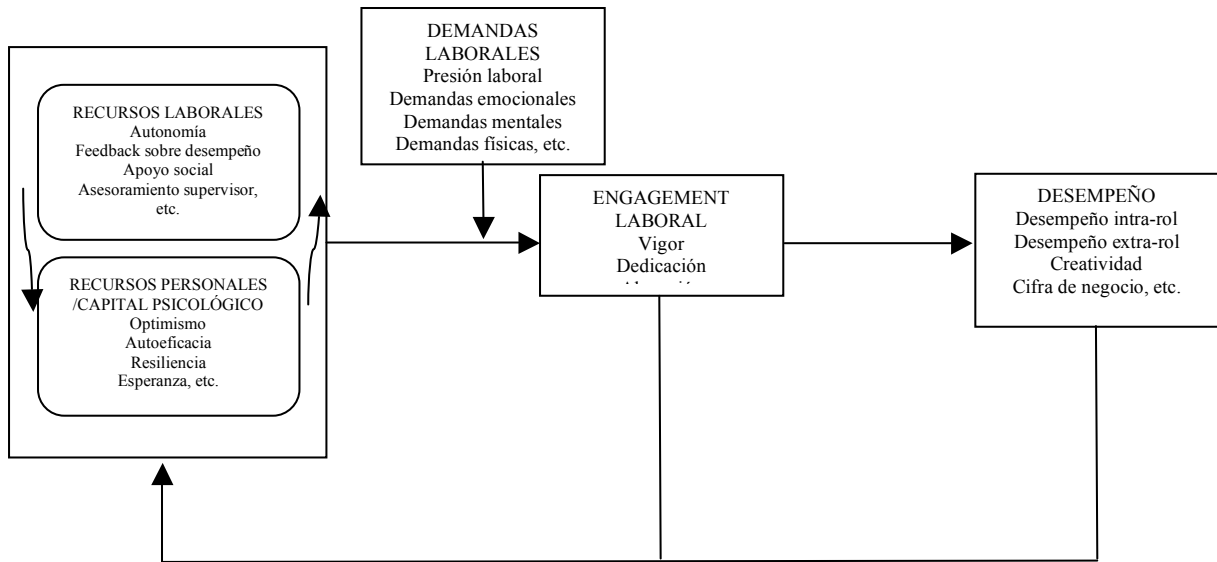


Figura 2. Modelo integrador del *engagement* (Bakker y Demerouti, 2007; 2008). Adaptado de Bakker y Leiter (2010, p. 187).

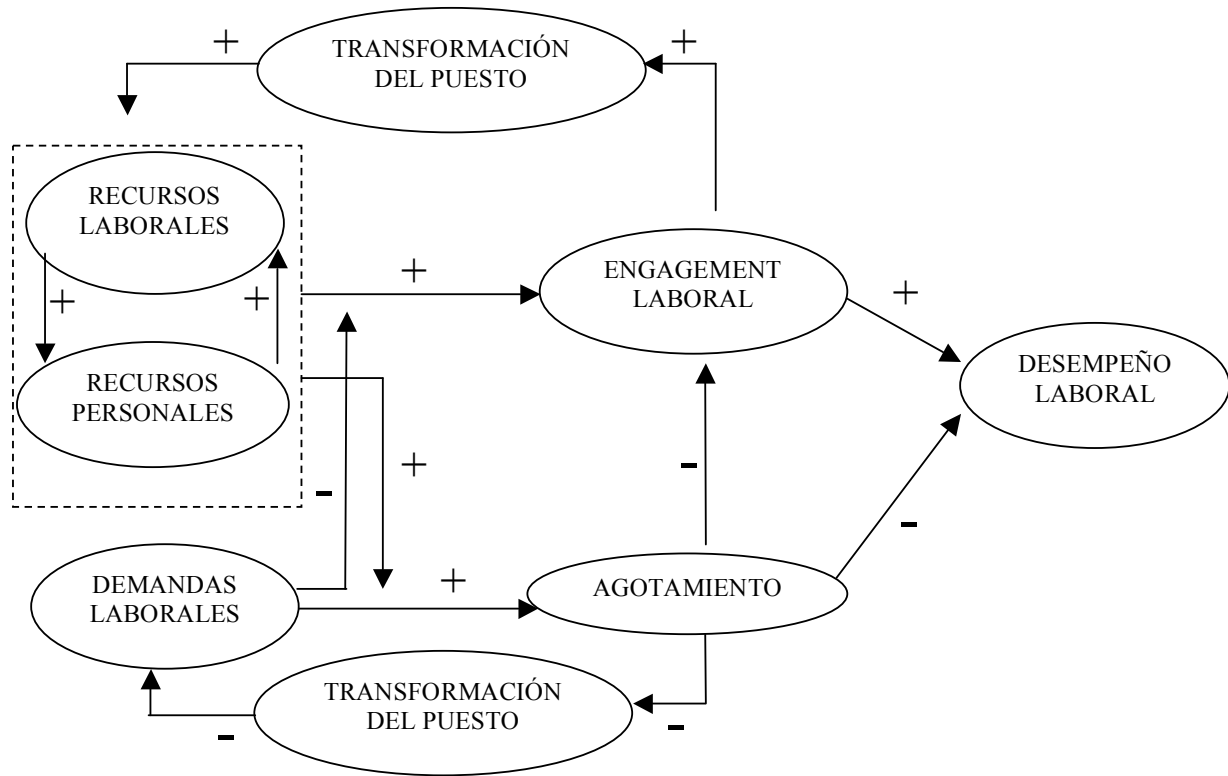


Figura 3. El modelo de demandas y recursos del bienestar laboral. Adaptado de Bakker, Demerouti y Sanz-Vergel, 2014, p. 400.

